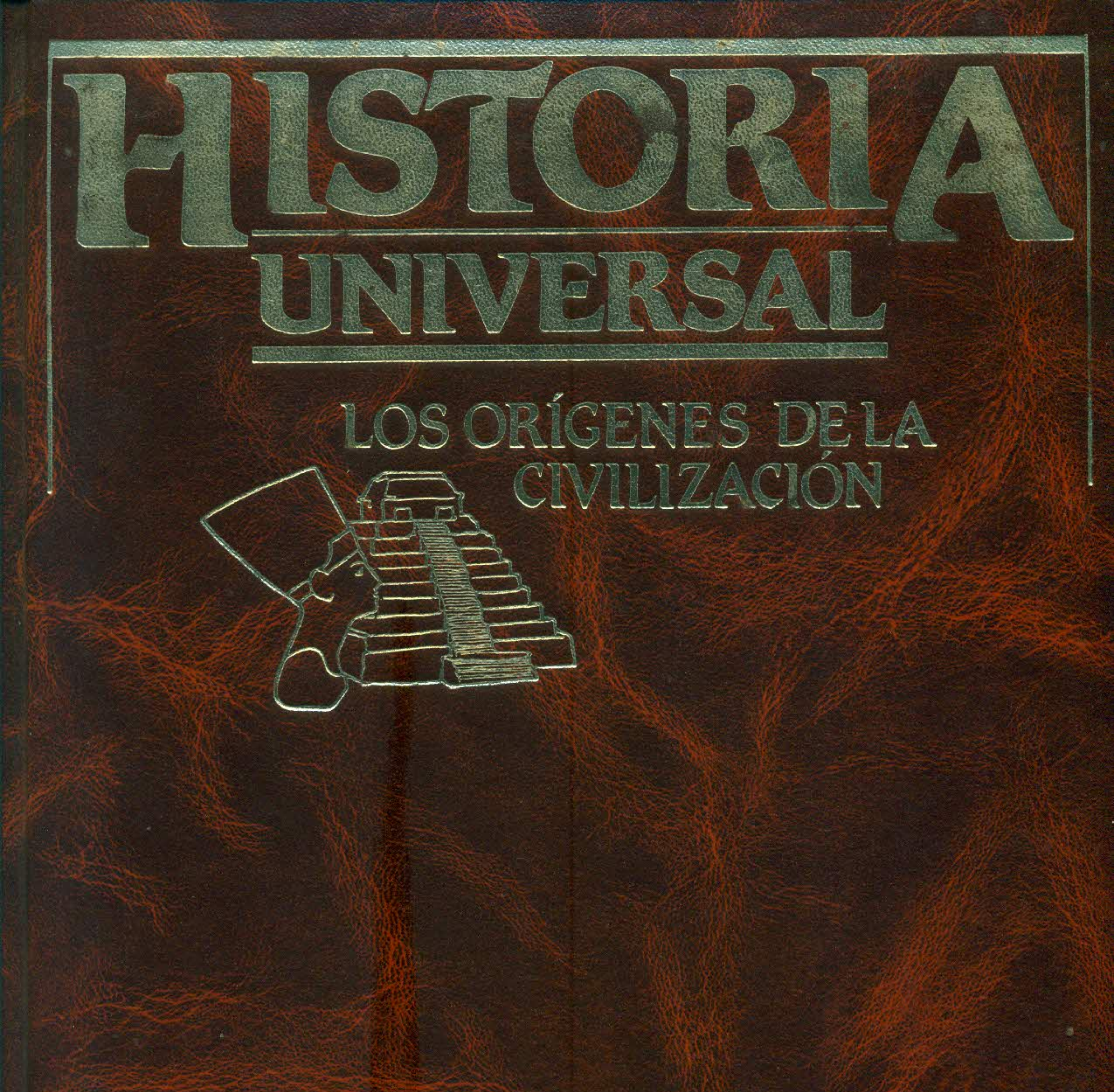
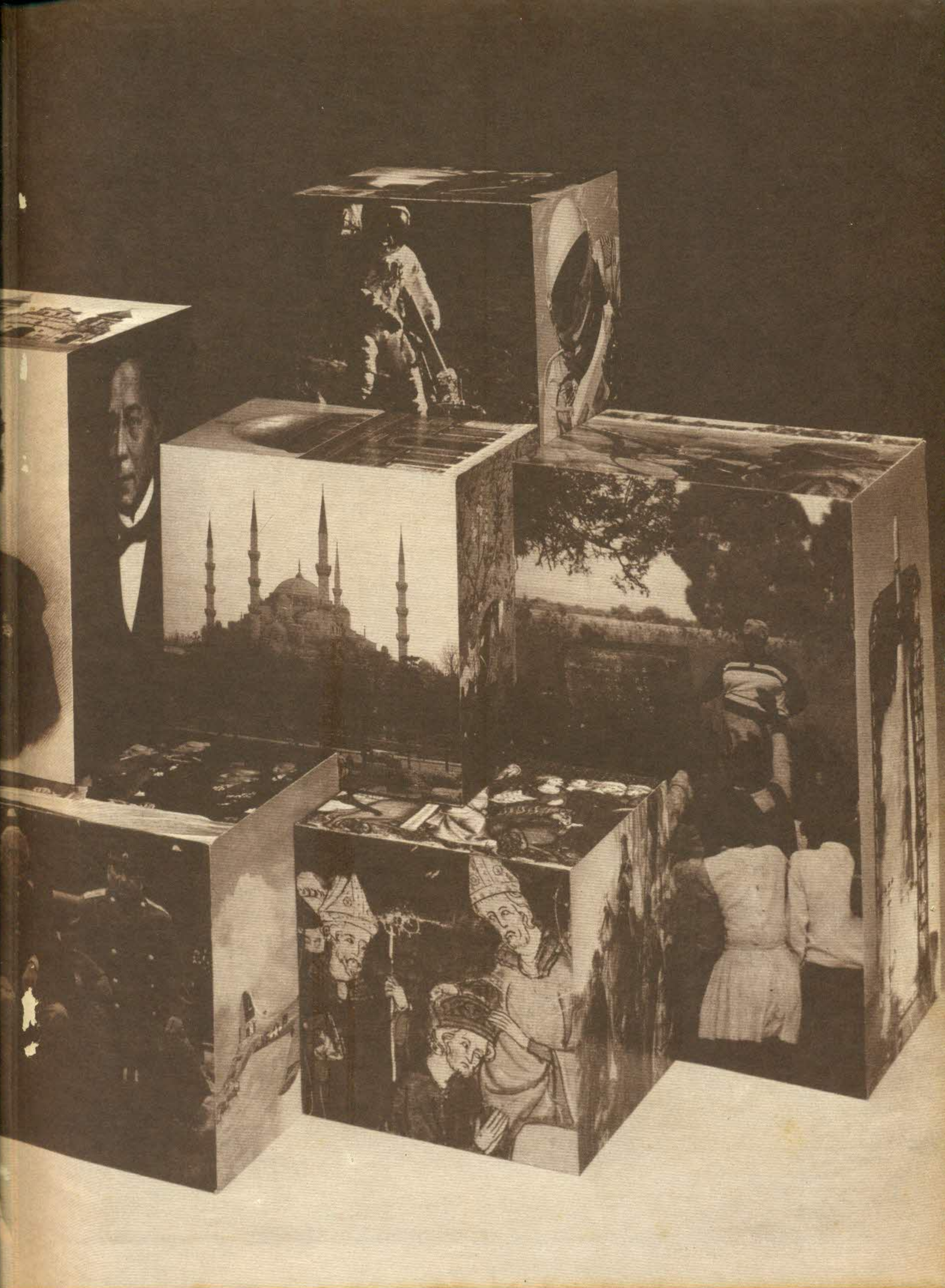
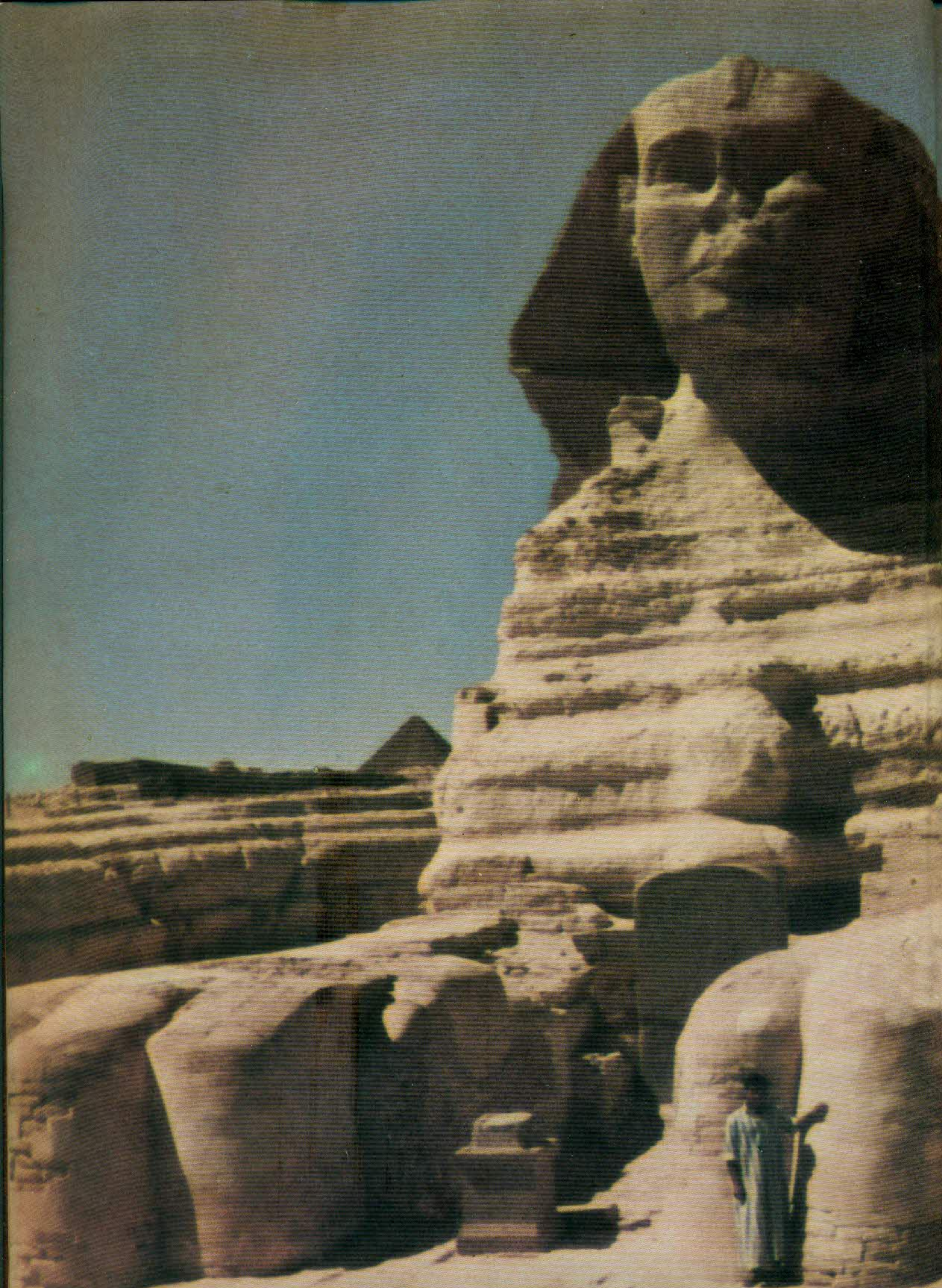

HISTORIA UNIVERSAL


HISTORIA
UNIVERSAL
LOS ORÍGENES DE LA
CIVILIZACIÓN





HISTORIA UNIVERSAL





LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Archives Photographiques, París; Archivo Nauta, Barcelona; J. Auboyer, París; Blasi, Barcelona; E. Böhm, Mainz; British Museum, Londres; Brooklyn Museum, Charles Edwin Wilbur Fundation, Nueva York; Bulloz, París; Dirección General de Antigüedades, Irak; Embajada de Bolivia, Madrid; Embajada de Guatemala, Madrid; Embajada de Honduras, Madrid; Embajada de México, Madrid; Embajada de Perú, Madrid; Werner Forman Archive, Londres; Ch. Fowkes; Giraudon, París; Susan Griggs Agency, Londres-Adam Wolfitt; Grupo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; R. Harding Associates, Londres; Hirmer Fotoarchiv, Munich; M. Holford, Londres; M. Howgate, Londres; Mansell Collection, Londres; Bildarchiv Foto Marburg; Metropolitan Museum of Art, Nueva York; Metropolitan Museum of New York, Rogers Fundation; Monfort, Barcelona; A. Perrisinotto, Padua; J. Powell, Roma; G. Rampazzi, Turín; Roger-Viollet, París; R. Sheridan, Londres; Staatliche Museen zu Berlin; Stiftung Preussischer Kulturbesitz, Staatliche Museen, Berlín; W. Swaan, Nueva York; Z.E.F.A., Londres; J. Ziolo, París.

Edición original inglesa:
© 1979, THE HAMLYN PUBLISHING GROUP LIMITED
The Ancient World
(Illustrated History Series)
Publicada por
The Hamlyn Publishing Group Limited
(Londres, Nueva York, Sydney, Toronto)
Astronaut House, Hounslow Road, Feltham,
Middlesex, Gran Bretaña
© 1983, EDICIONES NAUTA, S.A.
Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0760-0 (vol. VII)
Depósito legal: M. 2.299-1983 (7)
Impreso en España - Printed in Spain
11912/E

Edición original

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Sir Mortimer Wheeler
Nicholas Postgate
L.K. Young
David Hawkins
Thomas Trautmann
John Coles
Richard Cowell
Paul Wietzel
Anthony Bryer
Barry Kemp

Edición española

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección: **Bernat Muniesa,** *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*
José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos: Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores: Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferran Hernández
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó

Cartografía: Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico,* que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

I – HACIA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

- 1 – El tránsito al mundo contemporáneo (incluye América colonial)
- 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
- 3 – Industrialización e imperialismo (incluye América independiente)
- 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
- 5 – Siglo XX: la era nuclear
- 6 – Calendario cultural del siglo XX

II – DE LA PREHISTORIA HASTA EL SIGLO XVIII

- 7 – Los orígenes de la civilización
- 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
- 9 – Cristianismo y feudalismo
- 10 – El tránsito a la Edad Moderna
- 11 – La nueva Europa y el absolutismo

III – 12 – ATLAS HISTÓRICO

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

- A – 7 – Los orígenes de la civilización
- B – 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
- C – 9 – Cristianismo y feudalismo
- D –10 – El tránsito a la Edad Moderna
- E –11 – La nueva Europa y el absolutismo
- F – 1 – El tránsito al mundo contemporáneo
- G – 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
- H – 3 – Industrialización e imperialismo
- I – 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
- J – 5 – Siglo XX: la era nuclear
- K – 6 – Calendario cultural del siglo XX
- L –12 – Atlas histórico

Prólogo

por
Antoni Jutglar Bernaus
Catedrático de Historia Universal y de España.
Director del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga.
Profesor honorario de la Universidad de Barcelona.

Los hechos o sucesos importantes que se eligen para señalar la divisoria entre dos etapas de la historia tienen únicamente un valor simbólico y, por otra parte, han sido marcados con un criterio absolutamente europeo. Algunos de ellos no tuvieron especial repercusión entre sus contemporáneos, salvo para aquellos a los que afectó directamente. Es indudable que la escritura, la imprenta y los medios audiovisuales marcan unos claros hitos de carácter cultural, igualmente que la palanca o la rueda, la máquina de vapor, la electricidad, el petróleo y la energía atómica podrían también jalonar el desarrollo industrial.

La división de la historia en edades o épocas tiene exclusivamente un valor de referencia, útil para el estudioso, el investigador o el pedagogo, sin mayor trascendencia. Sin embargo, aunque sea artificioso situar fronteras entre una edad y otra, lo cierto es que hay diversas etapas en el proceso del desarrollo de la humanidad que se caracterizan por alguna cualidad peculiar, por algún cambio o progreso que precisamente las tipifican.

Las fechas pueden ser imprecisas, según el punto de vista, pero siempre determinantes. Por ejemplo, para delimitar el final de la Edad Media se puede fijar la toma de Constantinopla por los turcos (1453), el descubrimiento de América (1492) o la Reforma de Lutero (1517), según la importancia que conceda a estos hechos el historiador; pero, en todo caso, podemos decir que la Edad Moderna empieza con el Renacimiento, que significó también la debilitación del feudalismo y el desarrollo de la imprenta; aunque estos acontecimientos afectaran a los distintos países en diferentes fechas, debido a la lentitud de las comunicaciones.

Como elemento clarificador, una obra como la presente debe adscribirse a una clasificación temática en la que la cronología es absolutamente necesaria. Aquí, en el primer conjunto, encontrará el lector una vasta exposición que incluye desde los orígenes de la civilización, la protohistoria, hasta el tránsito a la modernidad. Una sucesión de etapas históricas se engranan para componer un gran panorama que nos transportará desde aquellas remotas comunidades de Mesopotamia hasta el umbral de los tiempos modernos, más concretamente hasta el siglo XVIII, en el que se produce la génesis del cambio social origen del mundo contemporáneo.

Esta exposición, con su notoria dificultad, ha sido abordada en toda su compleja diversidad. Así, los orígenes de la civilización que se gestaron entre las fertilísimas tierras limitadas por los ríos Éufrates y Tigris, allí donde los hombres aprendieron las ventajas de la cooperación para una mejor explotación del medio, descubriendo que los retos planteados por la naturaleza eran mejor afrontados colectivamente que de modo individual o por reducidos grupos. Aparece ya, en tan remotos tiempos, la división del trabajo, primero técnica, luego social, en un proceso que engendra la formación de jerarquías sociales y, consecuentemente, la conformación de un poder decisorio separado de la comunidad de los hombres del trabajo físico.

En la aparición de este dominio de unos hombres sobre otros, se presenta ya el debate, tan importante para el porvenir de la humanidad, de si fue primero el poder político, o se forjó antes el poder económico, siguiéndole como necesaria secuela el político. Es indiscutible que aquellos que lograron controlar los sobrantes de la producción para intercambiarlos en los mercados, se situaban ya en una posición de privilegio. El excedente económico fortalecía a sus poseedores y distribuidores. Pero también el excedente de información, base del poder político en sus inicios, favorecía a los privilegiados que tenían acceso a él. Aquellos sacerdo-

tes o dignatarios que conociendo la causa de un eclipse, por ejemplo, en lugar de socializar esta información preferían conservarla y acumularla secretamente, se situaban asimismo en una posición dominante, desde la cual podían ejercer alguna forma de poder sobre los hombres.

Este esquema prevaleció en la historia posterior, por contacto o imposición cultural o militar, o surgiendo espontáneamente en diversos lugares. Se proyectó en las grandes civilizaciones del pasado, pues siempre existió la explotación del hombre por el hombre. Las culturas egipcia, china, persa, etc. son presentadas en esta magna obra en toda su potencia, pero también con una perspectiva desmitificadora, asumiendo el relativismo que impone la lejanía cronológica y la dificultad de tratamiento de las fuentes documentales y arqueológicas, para evitar caer en las afirmaciones gratuitas y exageradas que acostumbran poblar las grandes síntesis historiográficas.

Especial atención ha exigido lo que podríamos considerar como fundamentos de la civilización occidental. Grecia, y luego Roma, son diseccionadas para poner de manifiesto sus grandezas y sus miserias. Su tremenda irradiación cultural es parangonada con el análisis de sus luchas intestinas promovidas por las ambiciones imperialistas de gobiernos o de caudillos y césares. Está claro que bajo la democracia ateniense subyacía un impulso expansionista que chocó violentamente contra los intereses espartanos. Igualmente la crisis del Imperio Romano es situada en la verdadera dimensión de una gigantesca descomposición interior. La presión de los pueblos bárbaros fue un factor de aceleración del proceso de degradación del imperio que tenía su sede en Roma, en una coyuntura de la historia que tuvo importantes repercusiones en el futuro de la humanidad.

Toda la Edad Media aparece aquí situada alrededor del eje compuesto por las afinidades y conflictos entre el altar y el trono, en una Europa caracterizada por un conjunto de rasgos muy comunes, que la península Ibérica no podrá compartir hasta la derrota y expulsión del Islam instalado en sus tierras, tras una larga lucha desarrollada entre los siglos VIII y XV.

Los descubrimientos geográficos que amplían el mundo conocido, los logros culturales y científicos del Renacimiento, la Reforma religiosa y la Contrarreforma que se le opone, la Revolución Inglesa, la de Norteamérica, la crisis de la hegemonía imperial española, el auge y agonía del absolutismo, el movimiento de la Ilustración, la eclosión de los idearios democráticos y liberales. Todos ellos son factores que gestan y anuncian el gran salto del siglo XIX.

Con la despiadada colonización del Nuevo continente se alumbraron nuevas fuentes de riqueza y se abrieron nuevos y fundamentales mercados. En el curso de los siglos XVI, XVII y XVIII, colisionaron allí dos civilizaciones absolutamente dispares en un proceso trágico, pues el respeto con que los descubridores europeos hubieran debido afrontar las sorprendentes culturas amerindias se trocó en explotación y destrucción, en una etapa que no es especialmente brillante para la historia de la humanidad.

La alianza entre el poder civil y el religioso comenzó a resquebrajarse abiertamente, especialmente por la crisis que envolvió a la institución católica romana. De hecho, los conflictos entre Estados e Iglesia empezaron ya en la época medieval, pero ahora se les sumó un amplio movimiento de oposición surgido de las entrañas del mismo catolicismo. Al abrirse la brecha rupturista de la Reforma, iniciada por Martín Lutero y sus seguidores, los "protestantes" intentaron que el nuevo movimiento no tuviera concomitancias sociales; pero en Alemania, por ejemplo, la izquierda reformadora —como señala Ernest Bloch— se hizo revolucionaria, y las aspiraciones reivindicativas de los campesinos fueron apoyadas por el anabaptismo intelectual de Thomas Münzer, un fraile agustino renovador que murió ejecutado. El posterior enfrentamiento religioso que estalló en Francia entre católicos y hugonotes era el ropaje con que se cubrieron diversos intereses políticos y sociales.

El Renacimiento fue un movimiento cultural y científico que buscaba una nueva identidad del individuo, con la perspectiva de situar al hombre en el centro de todas las cosas. La contundente respuesta del poder espiritual contra la actividad de Galileo, que rechazaba todo apriorismo y recababa la necesidad de basarse sobre datos empíricos, se fundamentó más en el hecho de que el científico divulgara sus descubrimientos en lenguaje vulgar que en el propio contenido de sus aportaciones.

La disminución del poderío de los pontífices robusteció la autoridad del poder temporal y se extendió el absolutismo. Rex est lex *fue la divisa de un sistema político basado en el despotismo real apoyado en unas élites a las que la monarquía protegía. Los nobles veían salvaguardadas sus propiedades sin demasiadas exacciones, y la alta burguesía podía realizar grandes negocios aunque pagaba elevados impuestos. Estos dos estamentos abandonaron sus aspiraciones a un mayor status político. Renunciaron en todas partes menos en Inglaterra, donde se gestó una revolución en la primera mitad del siglo XVII que supuso la primera crisis del absolutismo, y de la que derivó un remedo de monarquía constitucional, con un Parlamento legislador de representación social limitada.*

En el resto de Europa la vida cotidiana de las clases populares apenas sufrió modificación aparente; su estado miserable era una prolongación del medioevo, aunque las ciudades comenzaron a crecer, rompiendo sus antiguas murallas y convirtiéndose en sede de nuevas profesiones. El maquinismo, tras la revolución industrial, comenzó a desplegar su potentísimo influjo a mediados del siglo XVIII, pero su fuerza no se tradujo materialmente hasta el XIX y ha seguido creciendo hasta nuestros días.

La mayoría de estos fenómenos históricos discurren en una parcela muy reducida del planeta y conviene no confundir la historia del mundo con la historia europea. Los pueblos asiáticos presentaban unas complejas características de las que se empezó a tener conocimiento a través del comercio. Aunque China siguió siendo un mundo cerrado, la India fue conectada por diferentes países europeos. Eran los prolegómenos de la evalancha imperialista de finales del siglo XIX y principios del XX.

El ideal de progreso y libertad se modificó indudablemente a lo largo de los siglos de la modernidad pero, así como en el pasado la autoridad y la propiedad eran presentados como un derecho providencial, ahora se les identificaba como derecho natural. La revolución política asumió principios y elementos de cambio económico, llegándose a la conclusión de que el derecho natural consistía en la libre distribución equitativa de los bienes terrenales. Se gestaban así las ideas de progreso que habrían de incidir básicamente en la proyección histórica y en humanitarias legislaciones posteriores.



EL DESPERTAR DEL HOMBRE



Introducción

Muchos de los logros humanos, aunque normalmente se consideran producto de la civilización, fueron de hecho resultado de actividades tan peculiares como la del cazador nómada de los tiempos prehistóricos. Otros avances importantes derivaron de las primeras comunidades agrícolas. Los progresos del cazador y del agricultor constituyen el trasfondo de los extraordinarios avances realizados por las sociedades urbanas en el antiguo Próximo Oriente.

Aunque la presencia del hombre en la Tierra se calcula en dos millones de años, si se compara con la edad del planeta constituye un insignificante período de tiempo. ¿Qué factor permitió al hombre diferenciarse de sus antecesores animales? La posición actual del hombre, hegemónica sobre los restantes seres vivos, es el resultado de su capacidad cultural, de milenios de tradición y experiencia, y no de sus características físicas que son en muchos aspectos inferiores a las de otros animales.

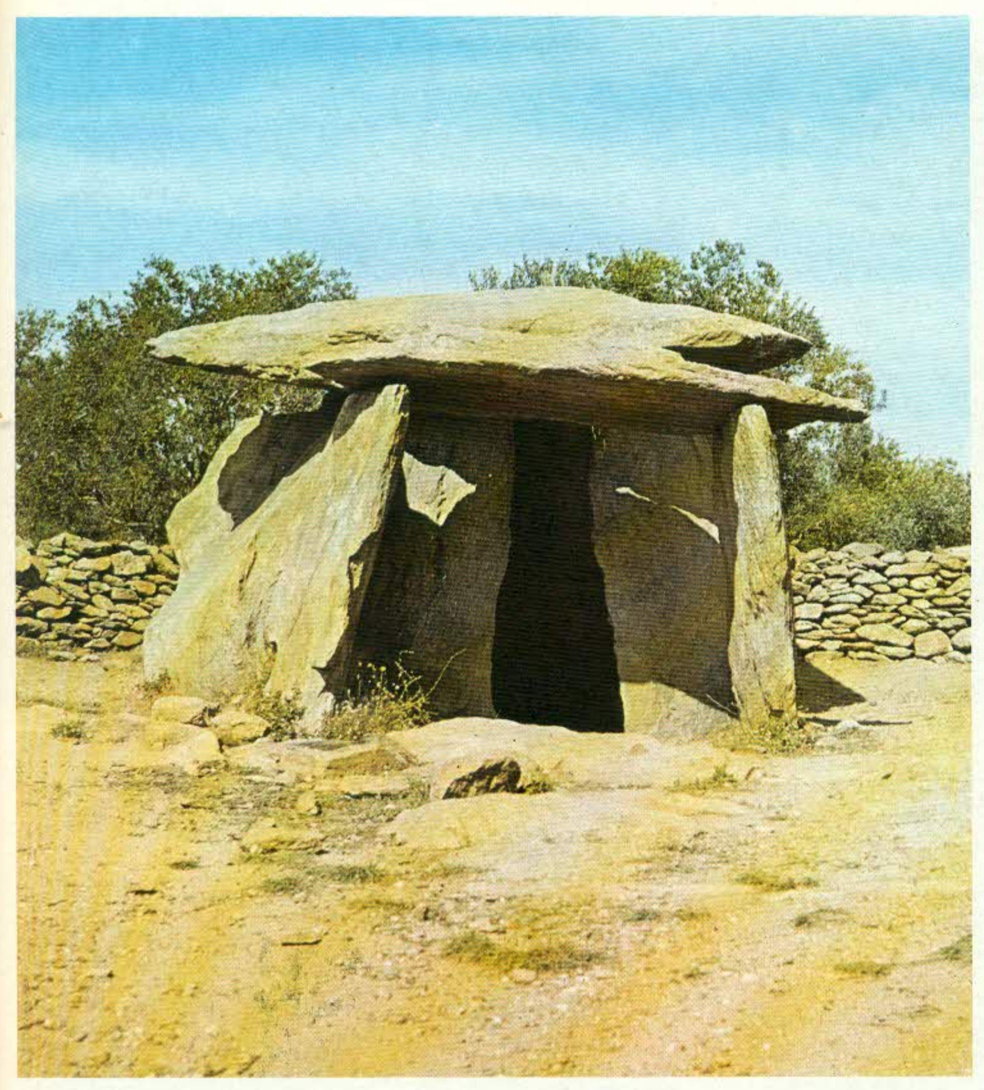
La evidencia arqueológica demuestra que la característica esencial del comportamiento humano en los tiempos remotos fue un constante impulso de progreso. Un progreso no sólo alentado por las duras realidades del medio ambiente, sino también por la propia ingenuidad e imaginación del hombre. Los arqueólogos hablan de «revolución» en las actividades del hombre, de los períodos básicos del avance vital hacia el futuro, pero es evidente que las primeras revoluciones —la neolítica y la urbana— fueron el resultado de siglos de experiencias previas. No obstante, estos períodos son como los eslabones iniciales de las primeras conquistas del hombre primitivo. El establecimiento del cultivo organizado de la tierra facilitó el eventual desarrollo de las comunidades urbanas, que alcanzaron su apogeo con los griegos y los romanos.

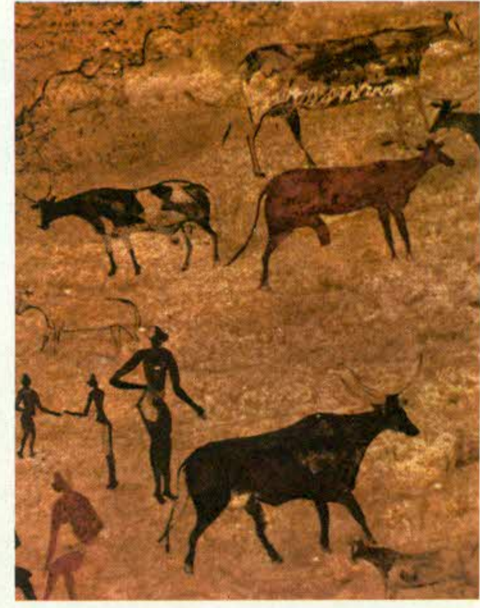
No hay duda de que el origen biológico del hombre ha desempeñado un papel importante en el desarrollo de la sociedad. El hombre es un primate, y probablemente fuera el desarrollo fisiológico propio de esta cualidad el que comportó no sólo una continuidad de machos potentes y hembras altamente receptivas, sino también la necesidad de un largo período de aprendizaje en los individuos más jóvenes. Por otra parte, a diferencia de otros primates actuales, el hombre se orientó hacia el alimento animal, más difícil de obtener que el vegetal, ya que exigía del cazador una especialización superior.

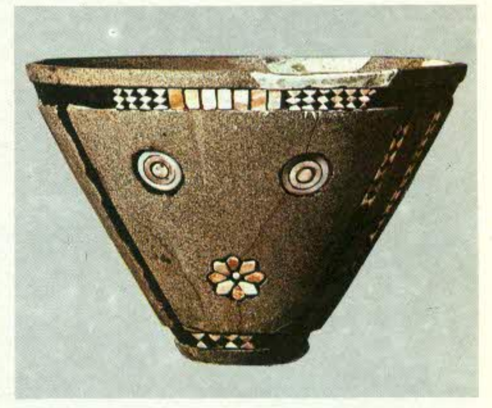
El resultado de esta actividad pudo originarse en una división del trabajo sobre la base del sexo, y es probable que la unión sexual de un solo hombre y una sola mujer se desarrollase a causa de la dificultad de obtener alimento suficiente. El problema de encontrar alimento sería también un acicate para que los hombres se agruparan, conscientes de que la cooperación resultaría más ventajosa que el individualismo. En un grupo semejante, en el que se desarrollaran formas de existencia tradicionales y características, y en las que la evolución social se diferenciaría de la evolución biológica, la evolución social pudo adquirir una función destacada.

Uno de los primeros acontecimientos necesarios para la evolución de la sociedad humana fue la palabra. A través de ésta, las técnicas tradicionales para conseguir alimentos podían ser explicadas a los más jóvenes, transmitiendo e intercambiando ideas. Estos intercambios pudieron haber impulsado el desarrollo de la fabricación de utensilios.

Aunque otros seres vivos, como algunos mamíferos y aves, usan objetos materiales para sus actividades inmediatas, sólo el hombre fue capaz de producir instrumentos de uso cotidiano y de convertirlos en algo tradicional. Igualmente importante para la evolución del hombre primitivo fue su capacidad de adaptación a los más diversos ambientes. El resultado de este hecho puede ser contrastado con la relativamente estática situación de otros primates, tales como los grandes monos, confinados a determinadas áreas de África y reducidos a un número inferior al







millón. Estas características básicas de la humanidad —habla, instrumental y adaptabilidad— son una parte de la herencia cultural legada por el hombre de hace doscientos cincuenta mil años.

Los arqueólogos tratan no sólo de entender los mayores acontecimientos económicos y políticos de tiempos pasados, acontecimientos que en las sociedades que poseían una literatura fueron recogidos en escrituras y que pueden deducirse de las excavaciones de monumentos prehistóricos, sino que también tratan de entender las formas de vida de la gente común, que formaba la base de estas sociedades. El arqueólogo tiende innecesariamente a subestimar al individuo singular o a la modesta familia, que en nada pudieron haber contribuido al desarrollo humano. Estas escenas de cazadores, campesinos y tenderos que nos han proporcionado las excavaciones de cavernas, asentamientos agrícolas y construcciones urbanas, o la recuperación de juguetes en tumbas de niños, subrayan los pequeños intereses del hombre, sus costumbres y su sentimiento de frustración ante la naturaleza irrevocable de la muerte. El entierro organizado de un muerto, al que suministraban comida y equipamientos para una posible existencia más allá de la tumba, debió de originarse en un deseo de superar la futilidad de la vida.

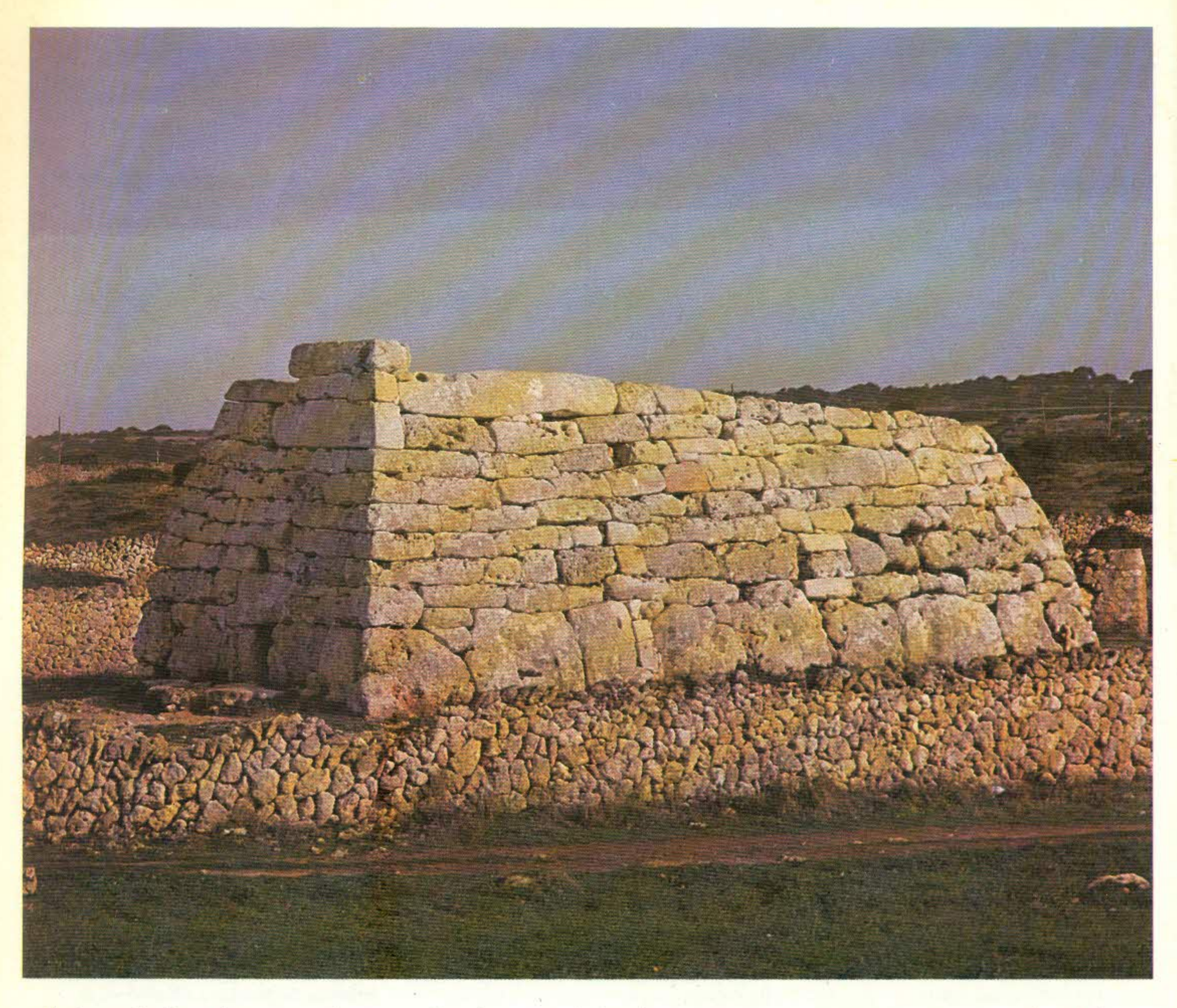
La existencia del cazador hubo de ser muy azarosa, pero garantizaba la libertad individual, y ambas realidades, peligro y libertad de acción, debieron desempeñar un papel esencial en la aparición de los ideales religiosos, del arte y de la música. No obstante, la libertad en una sociedad sedentaria no fue la libertad del nómada; hay pocas dudas respecto a que la consolidación de comunidades agrícolas significó el fin de una vida libre para la mayor parte de la gente, que tuvo que ocuparse del laboreo de campos y pastizales para obtener el alimento comunal. Estos pueblos agrícolas fueron, al principio, autosuficientes e independientes de otros núcleos de población, pero proporcionaron una base para el eventual surgimiento de ciudades. Con el surgimiento de la civilización urbana, la libertad personal del individuo se vio erosionada, y el proceso continuó hasta la creación, por los griegos, de instituciones más democráticas.

Izquierda, el dolmen de la Creu d'en Corbetella, en Rosas (Gerona).

Derecha, arriba, pinturas rupestres de los tassilis, en el Ahaggar. Son manifestaciones artísticas del Neolítico sahariano y nos muestran un tipo de sociedad pastoril.

Derecha, abajo, taza de piedra con incrustaciones de nácar en mosaico, procedente de Hafagi y perteneciente al período protosumérico (IV milenio a. de C.).

Página anterior, construcciones megalíticas de la Edad del Bronce en Stonehenge (sur de Inglaterra), del II milenio a. de C.



El desarrollo de civilizaciones urbanas constituye en sí un período histórico cuando las comunidades ya establecidas empiezan a expandirse y multiplicarse en muchas áreas. Por ejemplo, en Mesopotamia, la ciudad de Uruk (la Erek del Antiguo Testamento), que eventualmente formó la nación sumeria, apareció tres mil quinientos años antes de Cristo, y en ella habían templos artísticamente labrados, grandes edificios públicos y un sistema político organizado. La palabra «ciudad» no debería ser empleada para indicar dimensiones o capacidad, sino organización, pues aunque parece ser que bastaban sólo siete minutos para pasear alrededor de las murallas de la Troya homérica, Uruk, de murallas más grandes, era en sí mucho más pequeña. La civilización sumeria, como las civilizaciones de Egipto, representó mucho más que un mero desarrollo urbano y el simple planteamiento del fenómeno ciudad.

Con el aumento de la población el trabajo de la cerámica y del metal fueron la especialidad de unos cuantos artesanos. El comercio en bienes e ideas, que existía desde siglos a pequeña escala, halló posibilidades de expansión, de tal manera que en las ciudades pronto alcanzó el estadio de un extenso y complejo sistema comercial de transacciones que requerían sistemas de escritura y el servicio de escribas. La arqueología muestra que en Mesopotamia, concretamente en las primeras ciudades sumerias, fue inventado un precursor sistema de escritura.

En la misma época, el crecimiento de las ciudades aportó otras ventajas. A las personas con cualidades, la urbanización les suministraba la oportunidad de aumentar su poder y su prestigio, los cuales podían ser escasamente logrados en las sociedades primitivas. Para un número muy reducido de personas, las nuevas circunstancias permitían una acumulación de riqueza con la que nunca pudiera haber soñado el más avezado cazador. El tesoro en la tumba de Tutankamon en Egipto, es un ejemplo espectacular de la acumulación de riqueza por un solo individuo. Pero las mismas implicaciones sociales se reflejan en las tumbas y enterramientos sumerios y asirios, donde las riquezas, los enseres personales y, en algunos casos, los criados, eran obligados a acompañar a sus amos al más allá.

La urbanización trajo también conceptos y comportamientos menos atractivos en la vida de las personas. El contraste entre los que mandaban y los que trabajaban debió de seguir aumentando; en los centros urbanos de Sumeria, Asiria y Egipto coexistían grandes suburbios miserables y ostentosos palacios. Puede ser desalentador para el estudioso de los comportamientos humanos la impresión general que se obtiene a partir de los inevitables e interminables conflictos entre

los distintos núcleos urbanos o entre las diversas naciones.

La historia de las conquistas asirias e hititas explica poco el sufrimiento humano que comportaba tanto esfuerzo por mantener y acumular territorios. Por otra parte, las presiones de la guerra descubrían dramáticamente algunas de las mejores cualidades humanas; bien pudiera ser que el conocimiento y uso del hierro surgiera entre los hititas como resultado de las necesidades planteadas por las continuas guerras e incursiones en países enemigos.

La guerra entre grupos humanos ha existido probablemente desde los primeros tiempos, pero la creciente urbanización comportó concentraciones de riqueza y de poder que provocaron una conflictividad endémica. Territorios, tesoros, esclavos, todo era objeto de posesión. Devastación, enfermedad y hambre formaban parte de la vida del hombre común. Estas circunstancias contribuyeron sin duda al aumento de la influencia de la religión y de los rituales mágicos como medios sobrenaturales para escapar de los problemas cotidianos.

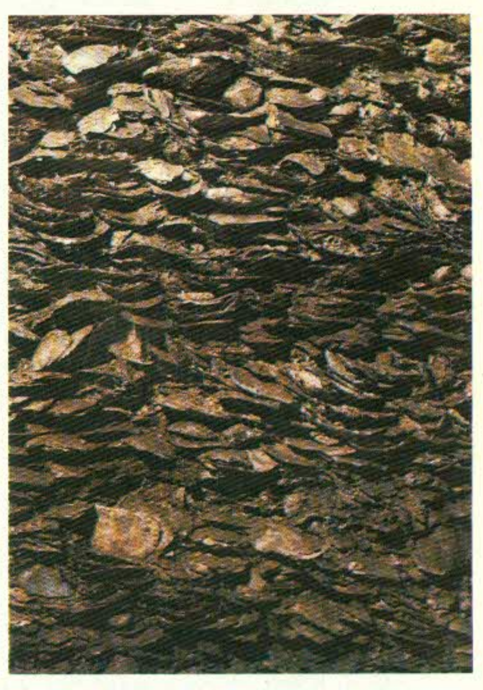
El hombre ha tenido siempre curiosidad por los acontecimientos pasados. Al principio, tal conocimiento dependió de tradiciones orales, sustituidas más tarde por relatos escritos de antiguos acontecimientos, bajo el estímulo de los monumentos visibles de episodios vagamente recordados.

El activo interés por el pasado como una crónica del comportamiento humano es de origen reciente. Los griegos y los romanos testimoniaron la existencia de un remoto pasado, pero no intentaron clasificar el material que pertenecía a sus antecesores. En la Edad Media, el interés por el mundo antiguo fue obviado por el determinismo de la Iglesia cristiana, la cual estableció una tabla ordenada de acontecimientos desde el origen bíblico. No obstante, a principios del siglo XVII, la Antigüedad y el mundo clásico comenzaron a excitar la imaginación de los eruditos, y su interés pronto se orientó hacia el occidente asiático y sus riquezas. El Antiguo Egipto se comenzó a conocer tras la expedición de Napoleón, al mismo tiempo que aumentaba el interés por la historia antigua de Mesopotamia.

Desde 1860 se realizaron excavaciones en Mesopotamia y Egipto. Esta fecha marca el principio de la aceptación gradual de la evidencia biológica de la gran antigüedad humana. Desde entonces, y desde hace más de un siglo, las excavaciones e investigaciones han aumentado enormemente el conocimiento de la evolución humana.

La herencia del pasado no se extiende solamente a Grecia y Roma. Las características esenciales de la sociedad humana han estado presentes durante siglos antes del nacimiento de aquellas civilizaciones mediterráneas. Los griegos y los romanos fueron afortunados porque heredaron los conocimientos del antiguo Próximo Oriente, pero fueron también capaces de desarrollar sus propios conceptos civilizadores.

En definitiva, el despertar del hombre fue, en esencia, el hecho preliminar al desarrollo consciente de las ideas de libertad y de iniciativa personal, que tanto contribuyeron luego al desarrollo de la humanidad.

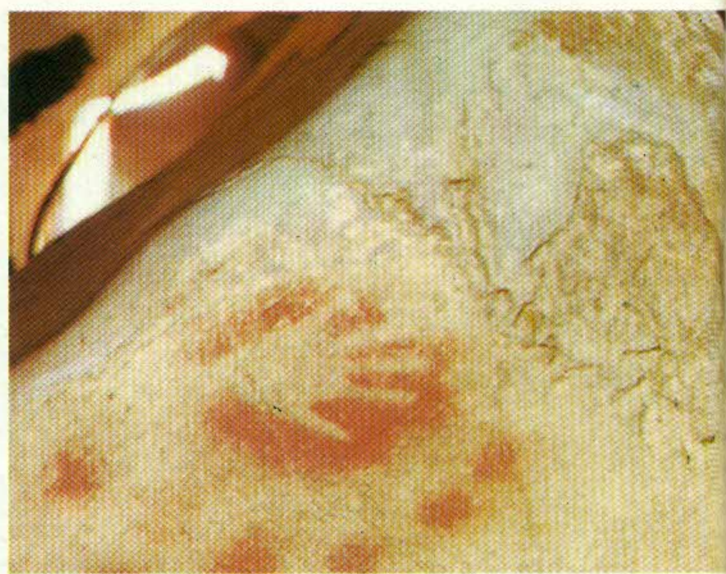


Arriba, la pintura rupestre del bisonte, notable muestra del arte paleolítico, período magdaleniese, de la cueva de Altamira, situada cerca de Santillana (Santander).

Abajo, sección del depósito de conchas de Esterbölle, en Dinamarca. La extensión de los desechos hacen pensar en una permanencia del hombre durante varias temporadas.

Página anterior, la naveta de los Tudons, restos prehistóricos de Menorca.





El hombre antes de la historia



La criatura que nosotros llamamos hombre apareció en África al principio de la época llamada Pleistoceno o período Glaciar. Durante miles de años el hombre coexistió con animales que, aunque similares a él en apariencia, carecían de la destreza necesaria para utilizar herramientas. Con el empleo de herramientas, el hombre pudo adueñarse de su entorno y de las criaturas que en él habían. El hacha de piedra más primitiva, rudamente tallada por una arista, le permitía conseguir alimento más fácilmente que matando con sus manos o recolectando.

Desde su hogar africano aquel remoto fabricante de herramientas se desplazó gradualmente hacia Europa y el sur de Asia. En sucesivas migraciones, prácticamente completadas hace unos 250.000 años, penetró en la mayor parte de lo que sería el Mundo Antiguo, que no estaba recubierto por los avances periódicos de gruesas capas de hielo procedentes del norte. Con el tiempo, la separación del hombre primitivo en grupos aislados, conduciría al desarrollo de distintos tipos físicos y diversas culturas.

Las nuevas invenciones posibilitaron una mayor difusión de las herramientas, ahora especializadas, y el surgimiento de un tipo nuevo de hombre, el *Homo sapiens*. Éste se adueñó del ambiente en las regiones septentrionales y prosperó económica y culturalmente bajo el estímulo de condiciones climáticas más frías. Cazó animales como el enorme mamut y el reno y se extendió hasta el Círculo Polar Ártico, y por el continente norteamericano. En cambio, en el África tropical, y en el Lejano Oriente, donde los cambios climáticos, incluso los estacionales, no eran tan acentuados, los desarrollos culturales destacaron tanto como en el norte.

Quizás el acontecimiento más significativo de aquella era fuese —hace unos 50.000 años—, la aparición de la creencia en una vida después de la muerte, la cual justifica el cuidadoso entierro de los muertos con provisiones de comida y armas. Esta tradición mortuoria abrió vías a una más amplia comprensión de los misterios de la vida y de la muerte, y estimuló el desarrollo, en el oeste de Europa, de notables pinturas y grabados de animales y otros objetos en santuarios y cuevas. Este arte, junto a los rituales de caza y fertilidad que lo acompañaban, duraron alrededor de 20.000 años, hasta el fin del

Pleistoceno, hace aproximadamente unos 10.000 años. Fue en aquel espacio de tiempo que se produjo el deshielo de los enormes glaciares que recubrían el norte de América y Europa. Los consiguientes cambios en el clima y en la vegetación impulsaron la dispersión, por el nordeste, de los animales que se habían desarrollado bajo condiciones más frías. El hombre primitivo tuvo dificultad para adaptarse al nuevo ambiente, y los grupos económicos y culturales desarrollados entraron en crisis, de modo que a pesar de que siguió ocupando áreas no heladas, en Europa, al menos, el progreso humano perdió su impulso álgido.

Agricultura y domesticación de animales

El mayor avance tuvo lugar en el Próximo Oriente con el establecimiento de la agricultura y la domesticación de animales. Este acontecimiento fue el resultado de siglos de especialización en la caza y en la obtención de alimentos, que llevaron al hombre a centrarse en los animales y vegetales que por su naturaleza podían serle más útiles. Variedades de trigo y cebada se obtuvieron en una amplia franja de tierra que iba desde Anatolia a Irán, y por el Próximo Oriente proliferaron los rebaños de cabras y ovejas. La cuidadosa y persistente especialización en estos recursos sentó gradualmente las bases del cultivo y la domesticación, y esta realidad habría de promover una rápida transformación de la sociedad humana.

El desarrollo de la agricultura significó que una gran población podía sobrevivir con el producto obtenido en un área relativamente pequeña de tierra fértil, de la que se desechaban los vegetales y animales innecesarios. Esta concentración de esfuerzos sobre un área pequeña contrastaba profundamente con la tradicional forma de vida del cazador y dio lugar a una forma más sedentaria de economía. La alteración de la estructura de la socie-







Arriba, fragmento de un propulsor, procedente de Mas d'Azil, con el perfil de una cabeza de caballo. (Ariège, Francia.)

Izquierda, arriba, muela para el grano de la cueva del Sanguineto (Liguria, Italia).

Izquierda, abajo, pinturas rupestres de la cueva de Lascaux, de unos 15.000 años de antigüedad. (Montignac, Francia.)

Página anterior, arriba, izquierda, pinturas rupestres del período magdaleniense de Niaux (Ariège, Francia), con animales en movimiento de una gran fuerza expresiva.

Página anterior, arriba, derecha, representaciones paleolíticas de la cueva de Pech-Merle, a orillas del Célé (Cahors, Francia), del período auriñaco-perigordiense.

Página anterior, abajo, vista parcial de los restos del pueblo palafítico de Ledro (Trento, Italia). El hombre del Mesolítico abandona el refugio de las rocas y establece su morada junto a lagos o ríos.

dad humana fue relativamente brusca. En el Próximo Oriente los asentamientos permanentes con casas de piedra, y con murallas y torres, aparecieron hacia el año 7000 antes de Cristo, aunque unos mil años antes la economía primitiva seguía aún los modelos básicos de caza y recolección de alimentos iniciados cien mil años antes.

El desarrollo de las granjas y la consolidación de asentamientos permanentes transformó la precaria existencia del hombre como cazador y facilitó eventualmente un aumento de la población. Al mismo tiempo, el crecimiento de una economía pastoril hizo posible que animales normalmente sedentarios como el ganado y las ovejas, sobrevivieran con el cuidado humano en nuevos ambientes.

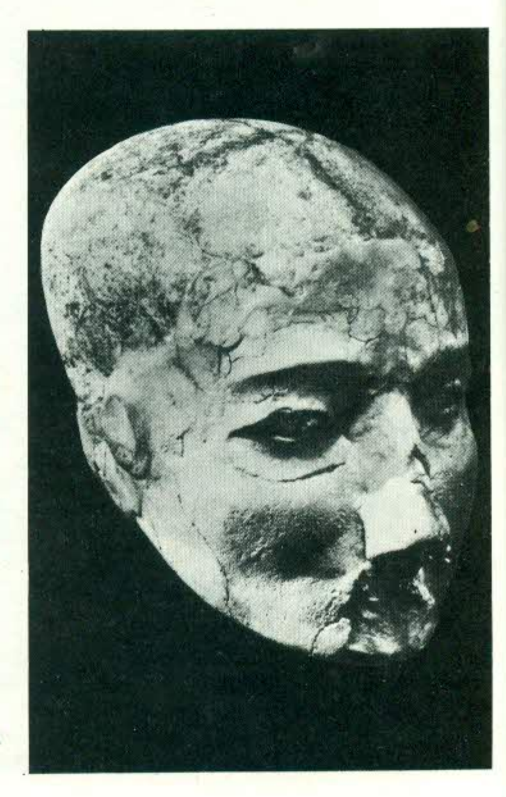
Los métodos de fijación de fechas por medio del carbono radiactivo muestran que las comunidades agrícolas estaban ya bien establecidas en el Próximo Oriente hacia el año 6000 antes de Cristo, y que la extensión de la agricultura al norte y al oeste atrajo oleadas de nuevas gentes hacia Europa, y posiblemente al norte de África, lo que ocurrió hacia el año 4000 antes de Cristo. El primer movimiento de comunidades agrarias hacia Europa, y posiblemente hacia el Sahara, más o menos quedó completado en el año 3000 antes de Cristo.

No obstante, mucho antes de esta época se produjeron otros importantes acontecimientos en el oeste de Asia. De los muchos progresos atribuidos a la comunidad establecida en aquella área, la fabricación de cerámica y la fundición del cobre fueron quizá los más importantes. Los utensilios de barro fabricados a mano eran una realidad hacia el año 6000 antes de Cristo, y el tratamiento de los metales se consolidó en el quinto milenio. Paralelamente a estos descubrimientos surgieron creencias religiosas, como revela la producción de figuras de mujer en arcilla, utilizadas en los cultos de fertilidad, en una época en que la agricultura era una conquista muy reciente. Más tarde, otros rituales más complejos exigieron santuarios para el culto más costosos. En Jericó, cierto número de cráneos humanos hallados presentan características faciales moldeadas en arcilla, con conchas figurando los ojos, y varios de ellos tienen pintados mechones de pelo. Estas cabezas pudieron haber sido usadas para adorar a los antepasados. En Catal Höyük, Anatolia, apareció un complejo culto que involucraba estatuas femeninas, leopardos y buitres, así como toros y carneros.

El desarrollo de la civilización urbana

El crecimiento de las comunidades rurales entre los ríos Tigris y Éufrates, así como en Egipto y en el subcontinente indio, promovió el nacimiento de sociedades urbanas. Una de las más grandes fue la de El Obeid, que parece se desarrolló en el año 4000 antes de Cristo en la cabecera del golfo Pérsico. Fue una comunidad agrícola sencilla que floreció a través de una cuidadosa planificación de los recursos, el desarrollo de métodos para la conservación del agua, la irrigación del desierto adyacente, y la organización de extensas conexiones comerciales. Sus habitantes conocieron la cerámica, que decoraron con elementos geométricos, la rueda de alfarero y el ladrillo, dos elementos decisivos para las civilizaciones posteriores. Entre los utensilios encontrados en sus sepulturas se han hallado instrumentos de cobre. De manera esporádica se formaron otros asentamientos en las regiones septentrionales de Mesopotamia, con lo que estaba ya puesta la base para el desarrollo de la histórica Sumeria.

Desde esta área central, es probable que las realizaciones en arquitectura, escritura y medios de transporte, se extendieran por el norte de África, el sur de Europa y el sur de Asia. Con el fomento del arte y la artesanía, estas dispersas regiones originaron las civilizaciones que más tarde estudiaría la historia.



El origen de Sumeria



Allí donde los dos grandes ríos de Mesopotamia discurren hacia el golfo Pérsico, se extiende hoy una amplia área de tierras pantanosas. Más arriba, se extiende hacia el norte una tierra llana a través de la cual fluyen el Tigris y el Éufrates; por el este está limitada por montañas, en el oeste por el desierto, y hacia el norte por las altas montañas del este de Turquía.

En verano esta llanura es extremadamente calurosa y ningún vegetal puede crecer salvo que sea regado, pues la lluvia es inexistente. La vida en el llano es, pues, imposible sin el agua del Tigris y del Éufrates —nombres que estos ríos poseían tan lejos en el tiempo como pueda recordarse—. No obstante, las inundaciones de estos ríos, a diferencia del Nilo, se producen en la época más inconveniente para el agricultor. El grano, sembrado en noviembre, crece a pesar de la escasez de agua, pero hacia marzo, cuando casi está maduro, los ríos alcanzan su máxima crecida, y sólo con gran dificultad el agricultor puede evitar que las aguas arrasen sus campos y la cosecha tan duramente ganada.

Es un hecho indiscutible que los primeros humanos que habitaron la tierra de Sumeria, aprendieron no sólo cómo hacer crecer el grano y obtener cosechas, sino también cómo controlar los ríos, distribuyendo sus aguas mediante zanjas y canales en época de escasez, y construyendo presas y canales de desagüe para proteger los campos de las inundaciones. El desafío del nuevo medio así como la necesidad de la mutua cooperación para hacer buen uso del abastecimiento de agua, debieron de actuar como estimulantes que ayudaron a crear la civilización que allí surgió.

Sin embargo, en la época de los Obeids, Sumeria no estaba más avanzada que las regiones circundantes. Todas las comunidades compartían un cierto conocimiento de la agricultura, de la fabricación de utensilios de barro, e incluso, limitadamente, del modo de trabajar los metales. En Sumeria la gente construyó casas con ladrillos de barro —el material más común para la construcción en el Próximo Oriente hasta nuestros días— y aunque su prosperidad fue lenta, podemos aún hoy observar sus templos, reconstruidos una y otra vez, progresivamente más grandes y más espléndidos. La riqueza de los santuarios del pueblo es un índice del grado de civilización de los fieles devotos que los usaban.

Uruk, la primera ciudad

Allí donde la tierra es llana y no hay una sola elevación que signifique una ventaja estratégica sobre el resto del país, sólo la suerte determina el lugar idóneo en que fundar las grandes ciudades. Así, a través de la historia de Sumeria, el poder y la riqueza se desplazaron de una ciudad a otra. Hacia el año 3000 antes de Cristo,

Arriba, detalle de la estela de los buitres, que celebra la victoria de Eanatum, rey de Lagash (ciudad de la antigua Mesopotamia). Los soldados, protegidos con casco y escudo, avanzan empuñando las lanzas. (Inicio del III milenio antes de Cristo.)

Página anterior, arriba, relieve de Ubaid, centro de la primera cultura del sur de Mesopotamia (2600-2400 a. de C.); representa a Imdugud, el águila benefactora con cabeza de león de la mitología sumeria, protegiendo a dos ciervos. (British Museum, Londres.)

Página anterior, abajo, cráneo de yeso con ojos de conchas de cauri (7000-6000 a. de C.) hallado en Jericó. (Museo de Amman, Jordania.)

Uruk gozó de gran prosperidad, con un complejo de santuarios y templos construidos dentro de la ciudad, algunos de dimensiones comparables a las de una catedral gótica.

Varios de ellos, descubiertos por las excavaciones arqueológicas, muestran aún su original decoración, con conos de diversos colores incrustados como clavos en sus paredes exteriores, formando en zigzag bandas de color que recuerdan los troncos de las palmeras cuando las comparamos a las semi columnas que forman parte de las fachadas.

Sepultados entre estas ruinas se hallaban algunos de los tesoros del templo. Incluían figuritas de animales, en plata y cobre, hermosamente trabajados, recipientes de piedra con incrustaciones, y muchos otros objetos de piedra tallada que eran probablemente el producto de artesanos que trabajaban para el templo. El más precioso de los objetos es un vaso de piedra, de un metro de alto aproximadamente, en cuya parte exterior hay esculpidas tres bandas de decoración mostrando una procesión portadora de ofrendas. Las ovejas, las cabras y el maíz, bases de la riqueza, están también representados, formando parte del cortejo, mientras que la cabeza de la procesión es la diosa Inanna, la deidad máxima de Uruk. De esta ciudad procede también el primer fragmento conocido de lo que debió de ser una escultura de tamaño natural: una cabeza de mujer de asombrosa naturalidad, quizás una sacerdotisa. A pesar de ser admirable, el vigoroso arte clásico de aquel período no es el más significativo rasgo cultural.

También de esta época proceden de Uruk los primeros escritos que se han conservado. Una primitiva forma de escritura, grabada, menciona listas de objetos domésticos y trata del comercio en torno a los templos. Son reconocibles a primera vista signos que identifican cabras, cerdos y bueyes, arados y embarcaciones, y muchos otros enseres indispensables para la economía agrícola.

No es posible precisar el tipo de lenguaje usado por aquellos primeros escribas, ya que un dibujo de una embarcación indica que tenían una palabra para el objeto, pero no cuál era esa palabra. Sin embargo, los métodos desarrollados muy pronto por los escribas para indicar la pronunciación de estos signos, permitió la identificación de ese lenguaje como sumerio. Por tanto, es muy probable que los inventores de dicha escritura —y probablemente el primer pueblo que la usó— fueran ellos.

Los primeros ejemplos de escritura fueron dibujados, a menudo con considerable detalle, en la arcilla. Pero ya desde el año 2000 antes de Cristo, se empleó un método más rápido que permitió reducir el



elemento pictórico del signo y facilitar el proceso de escritura. En vez de dibujar laboriosamente cada línea, se incrustaba en la arcilla la punta triangular de una caña afilada, mientras que con el filo de la misma se hacía una cola al triángulo, que equivalía a una línea en el signo original.





Una vez adoptó este método, las líneas curvas eran imposibles de realizar: se había dado el primer paso que transformaba las composiciones pictóricas y los dibujos perfectamente reconocibles en grupos de líneas en forma de cuña, llamadas cuneiformes.



Las ciudades de Sumeria

Numerosos relatos e inscripciones del período anterior al 2300 antes de Cristo proceden de diversas ciudades de Sumeria, concretamente de Uruk y de los antiguos emplazamientos de Lagash y Shuruppak. En conjunto, todas estas inscripciones proporcionan amplios datos acerca de la vida de aquellos primeros literatos. Aunque las ciudades se identificaban en la unidad sumeria, y a pesar de que la ciudad de Nippur, con su dios Enlil, era el centro religioso de toda Sumeria, no existía una sede central del poder político. Cada una de las ciudades y pueblos de Sumeria tenía el gobierno propio de una pequeña ciudad-estado, de modo similar a las ciudades de la Grecia clásica, y que como en ellas, se producirían continuas escaramuzas y rivalidades entre ciudades vecinas.

Una ciudad-estado podía conseguir el control sobre otras momentáneamente más débiles, y entonces su dirigente podía optar al título de rey. Un ejemplo de la naturaleza versátil de la política en aquel tiempo lo proporciona la ciudad de Lagash. En cierta ocasión, el rey de Kish, Mesalim, intercedió en una disputa territorial entre Lagash y su gran rival, Umma. En una generación posterior, todavía preocupada por su disputa con Umma, Lagash, dirigida por Eannatum, derrotó al soberano de Mari, una ciudad situada al

Arriba, reconstrucción de una lira con cabeza de toro (2600 a. de C.) hallada en Ur. (British Museum, Londres.)

Izquierda, arriba, vaso de alabastro de Uruk, 3200-3000 antes de Cristo, que muestra las ofrendas de frutos de la tierra que se hacen a la diosa de la fertilidad. (Museo de Irak, Bagdad.)

Izquierda, abajo, cabeza de un dios, de Lagash, hacia 2800 antes de Cristo. (Louvre, París.)

Página anterior, arriba, representación de un sacrificio en Mari, ciudad de Siria, junto al Éufrates. (Louvre, París.)

Página anterior, abajo, retrato de Idi Narum, el «molinero». Arte sumerio de la primera mitad del III milenio a. de C. (Museo de Alepo.)



norte de Kish, en el curso medio del Éufrates.

El jefe sumerio de una ciudad-estado se denominaba *ensi*, y se consideraba que su poder provenía por delegación del dios de la ciudad. El *ensi* era el jefe religioso, miembro de la comunidad, y representaba al pueblo en sus tratos con las deidades. La victoria de una ciudad-estado sobre otra, era considerada como un reflejo en la tierra de acontecimientos que concernían a sus dioses respectivos.

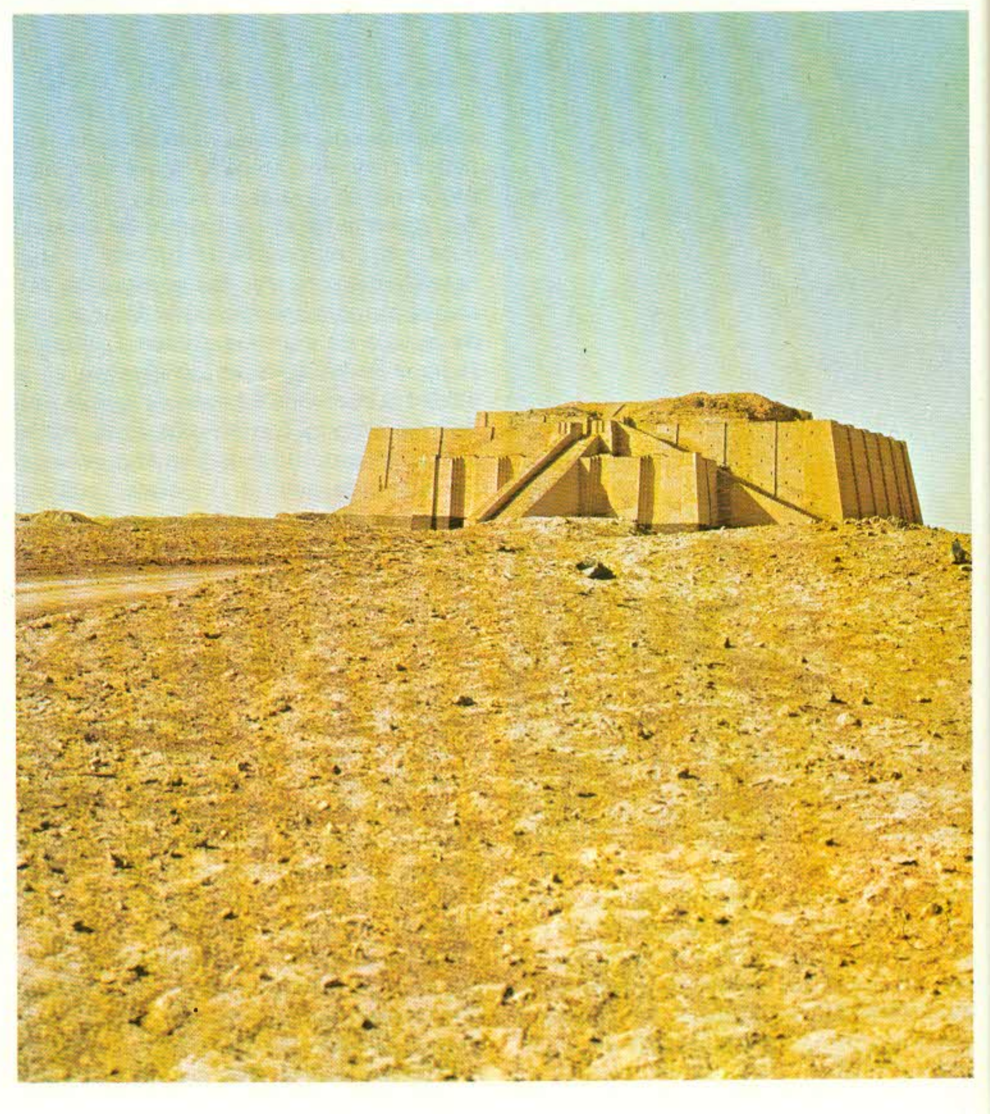
A través de excavaciones realizadas en la ciudad de Ur se han podido obtener interesantes datos acerca de la condición social del *ensi*. En ella fue descubierto un vasto cementerio con tumbas de una riqueza y ostentación tales que sólo podían pertenecer a los miembros de una casa real. En su viaje al más allá, a los muertos se les equipaba con cantidades masivas de oro, plata, otros metales y piedras preciosas exquisitamente trabajados, así como orfebrería diversa, barcos, armaduras, e incluso instrumentos musicales. Además, las tumbas manifestaron la desagradable evidencia de que los esclavos eran también posesión del jefe en la antigua Sumeria, y que si éste tenía que vivir en otro mundo igual que en este, entonces los esclavos debían acompañarle. En una de estas tumbas excavadas se encontraron más de setenta cuerpos fuera de la cámara central que albergaba el cuerpo del rey.

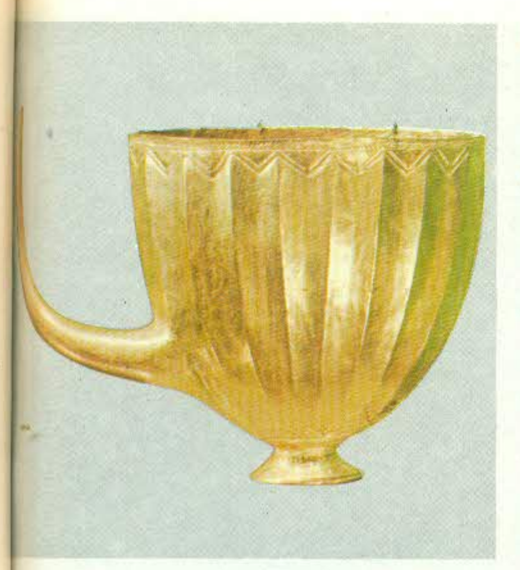
Los templos poseían también grandes riquezas y a menudo disponían de numerosos hombres para trabajar sus tierras. Además del grano como materia prima, los sacerdotes del templo cultivaban dátiles, cebollas y otras plantas hortícolas, y poseían rebaños y pesquerías de agua dulce y salada. El *ensi* y el templo ejercían sobre la ciudad un control económico completo, e incluso se afirma que hubo sacerdotes participando en las guerras locales.

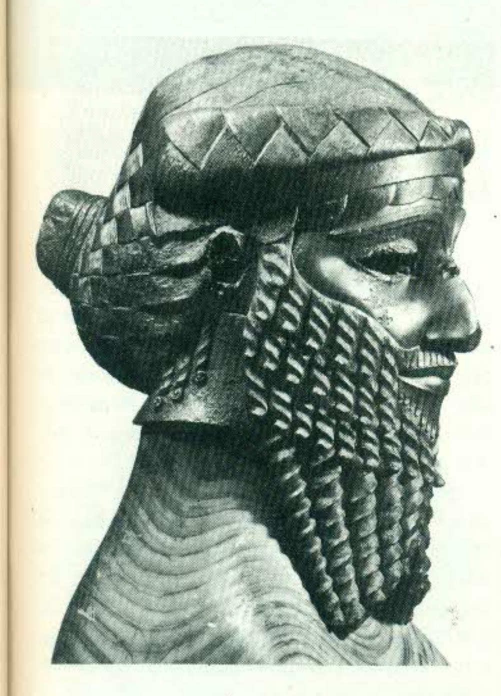
El Imperio acadio

Las pequeñas rencillas entre las ciudades sumerias desaparecieron drásticamente cuando Sargón I, fundador de la dinastía de Akad, conquistó Sumeria aproximadamente entre los años 2400 y 2350 antes de Cristo. Sargón poseía un nombre acadio, lengua semítica parecida al hebreo y el árabe, que fue utilizada desde tiempos remotos en el norte de Sumeria, y que reemplazaría al propio lenguaje sumerio. Sargón era, probablemente, de raza semítica, y fundó su propia capital, Akad, cerca de Kish, conquistando con sorprendente rapidez la totalidad de Sumeria.

Sargón I y sus sucesores —de los que Naramsin fue el más notable— controlaron militarmente un área que se extendía desde Tell Brak, en las fuentes del río Habur, hacia el sur, hasta Elam. Al igual que los últimos reyes de Asiria, los acadios se aventuraron hasta el Mediterráneo, y, según prueban hallazgos históricos fidedignos, explotaron la madera de cedro de las montañas Amanus en el norte de Siria.







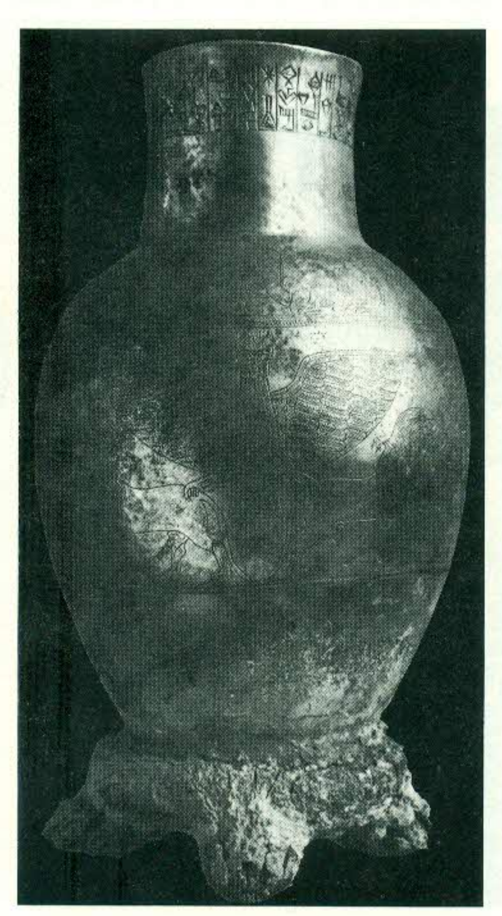
A pesar de su hegemonía, el Imperio acadio sufrió graves disensiones internas. En lugar de adoptar la antigua costumbre sumeria que daba al señor de las ciudades cierta independencia, Sargón y sus descendientes abolieron las dinastías locales, provocando la sublevación general de Sumeria. Otra razón de la hostilidad de los sumerios hacia Sargón fue el desvío del comercio del cobre, piedras preciosas y otros objetos de lujo, desde el golfo Pérsico a Akad.

Con anterioridad, Ur y Lagash habían prácticamente monopolizado aquel importante y valioso comercio, que les permitió entrar en contacto con los países de Magan y Meluhha, e incluso con las ciudades del valle del Indo. La pérdida de este comercio significó el empobrecimiento de Sumeria. Por último, cabe la posibilidad de que Sargón hostilizara a los sumerios por el hecho de pertenecer a una raza distinta.

La invasión de los guti

El Imperio acadio cayó tan rápidamente como se había levantado. El período de su derrumbe está pobremente documentado, pero se sabe que un pueblo de las colinas, los guti, fue el responsable de su colapso final, hacia el año 2270 antes de Cristo. Una composición literaria posterior describe cómo los dioses habían maldecido a Akad por su impiedad, y cómo «el agua potable se tornó salada y el comercio se interrumpió por tanto tiempo que creció la hierba donde antes anclaban los barcos, y las plantas de la lamentación crecieron donde antes habían pasado los carros de guerra». Sin embargo, no se recordó sólo la caída de la dinastía, sino también sus logros. Las leyendas que nos han llegado narran los éxitos de Sargón y de Naramsin y demuestran que sus conquistas perduraron más en la memoria de las generaciones posteriores que su fatal destino.

Los efectos de la invasión guti fueron mayores en el norte que en el sur de Sumeria. Poco después de la invasión, el entonces gobernante de Uruk en el sur, Utuhegal, cuenta cómo derrotó y capturó a un rey guti. A juzgar por la precisión de este relato de la campaña, Ur y sus antiguas rivales Lagash y Umma, eran también independientes del yugo guti, por lo que, al menos en el sur de Sumeria, la





Arriba, vajilla de oro y collar que forman parte del ajuar funerario de las tumbas de Ur, en la primera mitad del III milenio a. de C. (University Museum, Filadelfia.)

Izquierda, arriba, taza de oro con pico para libaciones. (British Museum, Londres.)

Izquierda, abajo, cabeza de bronce (2350-2150 a. de C.), posiblemente de Sargón I, de Nínive. (Museo de Irak, Bagdad.)

Centro, vaso de plata (2600-2350 a. de C.) que representa al dios benefactor Imdugud. (Louvre, París.)

Página anterior, izquierda, retrato de Iku-Shamagan, rey de Mari. Arte sumerio. (Museo Nacional de Damasco.)

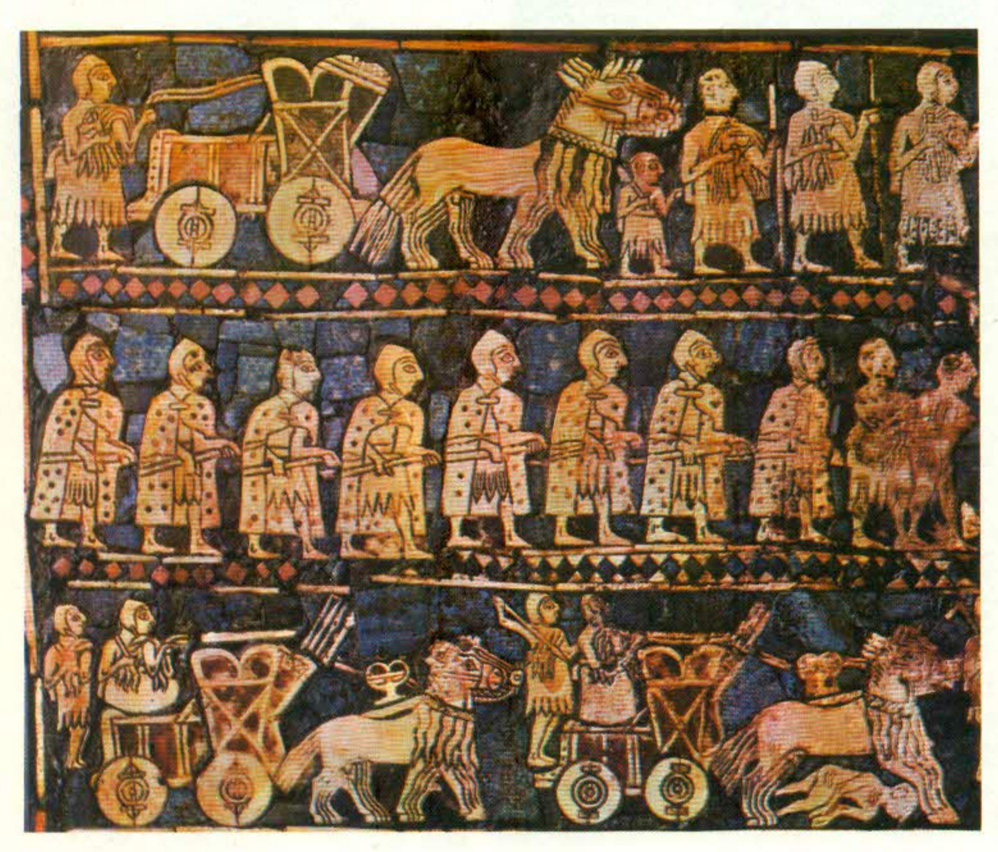
Página anterior, abajo, restos de un zigurat de Ur (2150-2050 a. de C.) que probablemente era más alto. Está dedicado a Nanna, dios de la Luna.



paz ciudadana y la vida normal se reanudaron mucho antes de que se acabara el poderío de Akad.

Durante este período, mientras el norte era gobernado por los gutis, Lagash floreció particularmente bajo el mandato de Gudea, rey que pasó a la posteridad representado por numerosas estatuas y efigies.

Aparte de más de una veintena de estatuas, se han conservado dos grandes cilindros de arcilla, cuyas inscripciones explican la dedicación de un templo a Bau, diosa de la ciudad de Girsu. Gudea narra cómo recibió a través de un sueño las instrucciones para construir el templo, y cómo reunió los materiales para llevarlo a cabo: maderas de Elam, Magan y Meluhha, cobre, bloques de piedra y brea fueron traídos por orden de la diosa para la construcción del templo. Sin embargo, Gudea no menciona nunca sus relaciones con otras ciudades, y presenta un cuadro de una comunidad autosuficiente, sin deseos de extender sus fronteras, pero sí de enriquecerse y aumentar su piedad hacia los dioses, condición previa necesaria para la prosperidad.



El nacimiento de un nuevo Imperio

Poco después de que Utuhegal acabara con el poder guti en Sumeria, se hizo súbdito del señor de Ur, Urnamu. Aunque se sabe muy poco de las victorias de este rey en Sumeria, la situación cuando su hijo Shulgi le sucedió, indica claramente que había extendido su dominio a la mayor parte del territorio.

Según los registros del propio Urnamu, su dominio no fue inhumano. En la más primitiva colección de leyes que se conoce, se manifiestan sus ofrendas a los dioses, su concepción de la ley y el orden y su defensa de los huérfanos y las viudas. Una de las leyes destinadas a la conservación del orden moral rezaba así: «Si un hombre acusa a otro de adulterio con la esposa de un hombre libre, y el acusado ha sido absuelto por la prueba del río, el demandante pagará veinte shekels de plata».

Mediante un sabio gobierno Urnamu estableció unas sólidas bases para su Imperio, y cuando su hijo Shulgi asumió el poder, su principal preocupación fue mantener las fronteras que su padre había conseguido. De modo especial, las fronteras del este requerían una preocupación constante, motivada por las permanentes incursiones de las tribus procedentes de las montañas Zagros. Éstas eran visitadas anualmente por expediciones punitivas enviadas por los reyes de Ur, pero la naturaleza del terreno hizo que la dominación total del territorio fuera imposible. Por otra parte, es muy posible que el Imperio de la tercera dinastía de Ur alcanzara una extensión similar a la del Imperio acadio.





Mientras que Urnamu dejó el gobierno local de las ciudades sumerias en manos de sus jefes tradicionales, Shulgi y sus sucesores transfirieron gradualmente los cargos de gobernador a sus propios hombres de confianza, con lo cual se inició la ruptura del modelo tradicional de las ciudades-estado sumerias. De forma parecida, Assur en el Tigris y Susa en Elam tuvieron gobernadores nombrados por la autoridad central de Ur.

Al mismo tiempo que se conservaban las fronteras del país, se prestó gran atención a la administración interna, y en esta actividad Shulgi fue sin duda un innovador. Bajo su mandato, cada departamento gubernamental registraba hasta el más nimio detalle su movimiento comercial. Existen registros anuales de considerables cantidades de alimentos, lana, metales, enormes cantidades de ganado, controladas por los representantes del rey. Asimismo se estableció un pulcro control de la organización del trabajo que se hacía en edificios gubernamentales, de los canales y de otros proyectos agrícolas.

Sin embargo, poco después de acceder al trono Ibisin comenzaron a manifestarse las primeras irregularidades. No se contabilizaron los tributos, aumentaron los precios, y hacia el décimo año de su reinado el hambre amenazaba incluso a la misma ciudad de Ur. La correspondencia de Ibisin con Ishbierra, uno de sus gobernadores en el norte, demuestra al mismo tiempo la necesidad urgente de grano y la fragilidad de su poderío. Ishbierra describe las dificultades que encontró para reunir y transportar el trigo, dificultades aumentadas por los pueblos nómadas hostiles que dominaban los llanos. Sin embargo, no fueron esos nómadas del desierto del oeste quienes precipitaron el fin del reino de Ur. Hacia fines del tercer milenio, una banda de merodeadores de Elam, con ayuda de las tribus montañesas, venció y arrasó las ciudades de Sumeria. Ocuparon Ur y dejaron allí una guarnición, e Ibisin, según cuenta una le-

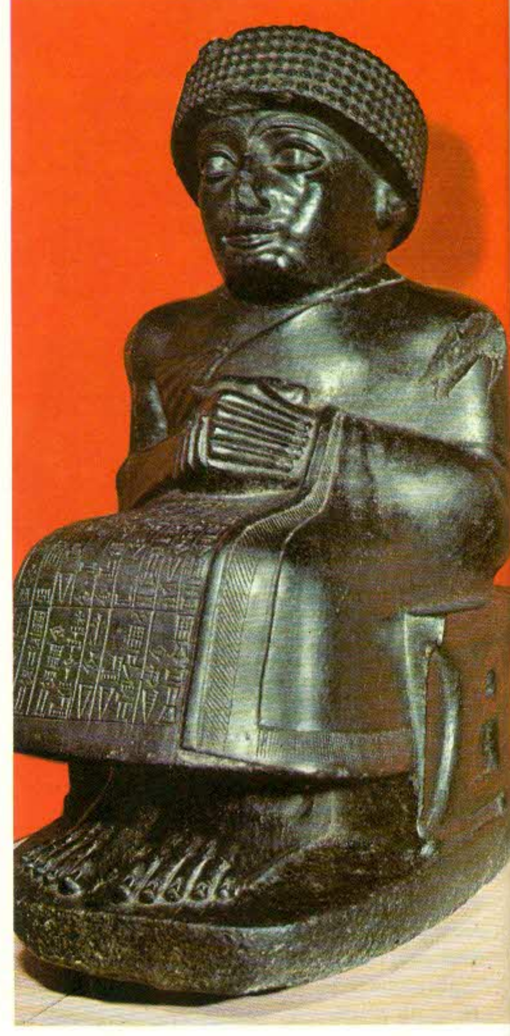
Arriba, friso calizo, procedente de Tell el-Obeid, que representa las ocupaciones de los pastores. (British Museum, Londres.)

Izquierda, la diosa Bau o Baba, venerada especialmente en Lagash. Esta imagen proviene de las ruinas de Ur. (II milenio a. de C.)

Página anterior, abajo, estandarte de Ur, de la primera mitad del III milenio a. de C. (British Museum, Londres.)







yenda posterior, fue llevado a Elam donde pasó el resto de sus días. Para los sumerios este cúmulo de infortunios procedía de una maldición divina y creyeron que la diosa de la luna, Ningal, había abandonado la ciudad de Ur. La madre Ningal se yergue fuera de la ciudad como un enemigo, lamentándose sobre las ruinas de su templo de Ur: «Ann [el jefe de los dioses] ha arruinado mi ciudad, y Enlil ha destruido mi templo golpeándolo con su hacha... La tierra ha inundado mis canales, y los zorros han cavado allí sus madrigueras».

La primera «lengua muerta»

La caída de la tercera dinastía de Ur acarreó algo más que el colapso de una estructura política. Aunque el sumerio había continuado como la lengua oficial del Imperio durante los reinados de la tercera dinastía, los dos últimos reyes, Shusin e Ibisin, llevaban nombres acadios, y muy pronto, después de la transferencia de poder a los regidores amorritas, el sumerio dejó de ser una lengua comúnmente hablada. Sin embargo, se sabe que no murió del todo.

Muchos de los textos sumerios que se han conservado hasta hoy, fueron escritos durante el período de la vieja Babilonia por eruditos que conservaron el lenguaje y la tradición escriturística de sus predecesores.

Los reyes escribieron sus inscripciones en sumerio, aunque también en una versión acadia. La influencia de la religión sumeria, basada en el concepto de un dios supremo (Enlil) y sus mitos (que incluyen la idea de una vida eterna) impregnaron todas las ramas de la escritura cuneiforme hasta el final.

Existen una cantidad considerable de datos sobre las escuelas de Sumeria. En Ur, excavaciones arqueológicas revelaron una sala escolar con bancos construidos de ladrillo y dispuestos en fila para los estudiantes, y en la misma habitación aparecieron sus ejercicios —tablillas redondas con una frase escrita por el maestro en el frente y copiada en el reverso con éxito variable por el estudiante—. Las escuelas disponían de largas

listas de palabras que los alumnos debían aprender de memoria. Estas listas incluyen términos legales, nombres de animales, vegetales y alimentos, así como objetos hechos de madera o metal, que eran de uso cotidiano. Resultan particularmente útiles para el moderno investigador, especialmente desde que los escribas añadieron la traducción acadia al lado de cada palabra sumeria. Cabe resaltar el gran número de proverbios e historias sobre la vida escolar, con referencias acerca del comportamiento de los alumnos y a los azotes.

Entre otros textos conservados de aquellas primeras escuelas, los más interesantes son, sin duda, las historias sobre dioses y héroes. Las series de leyendas centradas en Gilgamesh son espectacularmente fantasiosas, en su mezcla de realidad y leyenda, y recuerdan los poemas de Homero. Se trata de historias breves, cada una explicando un episodio, y narran hazañas y epopeyas como la expedición dirigida contra el gigante Humvava en las montañas de los cedros, la victoria de Gilgamesh sobre el «toro del cielo», enviado contra él por Inanna, la diosa del amor, al rechazar el héroe sus proposiciones amorosas, y el enfrentamiento con el rey de Kish, antaño su señor, en un relato muy ilustrativo sobre la clase de política existente entre las ciudades del período preacadio.

Las historias sobre los dioses no son menos variadas, y muestran una inventiva



Arriba, mapa de Mesopotamia (en griego: «entre dos ríos»), fértil tierra limitada por el desierto y las montañas.

Izquierda, pequeña cabeza de alabastro con mentonera y carrillera de guerrero, del siglo XVIII a. de C. Estaba situada a la entrada del palacio de Zimri-Lim, en Mari. (Museo de Alepo.)

Página anterior, arriba, izquierda, vaso ritual en caliza procedente de Uruk. (Inicio del II milenio antes de Cristo.)

Página anterior, arriba, derecha, estatua sumeria encontrada en Mari, de la mitad del III milenio antes de Cristo.

Página anterior, abajo, retrato de Gudea sentado. Estatuilla en diorita del siglo XXII antes de Cristo. (Louvre, París.)

difícilmente igualada por los escritores semíticos posteriores. Por ejemplo, una de ellas narra el rescate de Dumuzi, un dios de la fertilidad, del interior de la tierra, por su hermana, que obtiene su liberación aceptando quedarse allí en calidad de rehén durante la mitad del año, mientras él completa la otra mitad. En sumerio existe también el relato, más antiguo que se conoce, acerca de una gran inundación, y de la salvación de un hombre en un arca.

El lenguaje sumerio no fue, sin embargo, la única gran aportación de aquella cultura. Sus progresos en el conocimiento técnico, como el trabajo de los metales, y su maestría en las ciencias del riego y la agricultura, sentaron las bases económicas para la prosperidad de Mesopotamia durante milenios. Ni siquiera el descubrimiento del hierro cambió decisivamente los modos de vida instituidos por los sumerios en el tercer milenio antes de Cristo.



Los amorritas

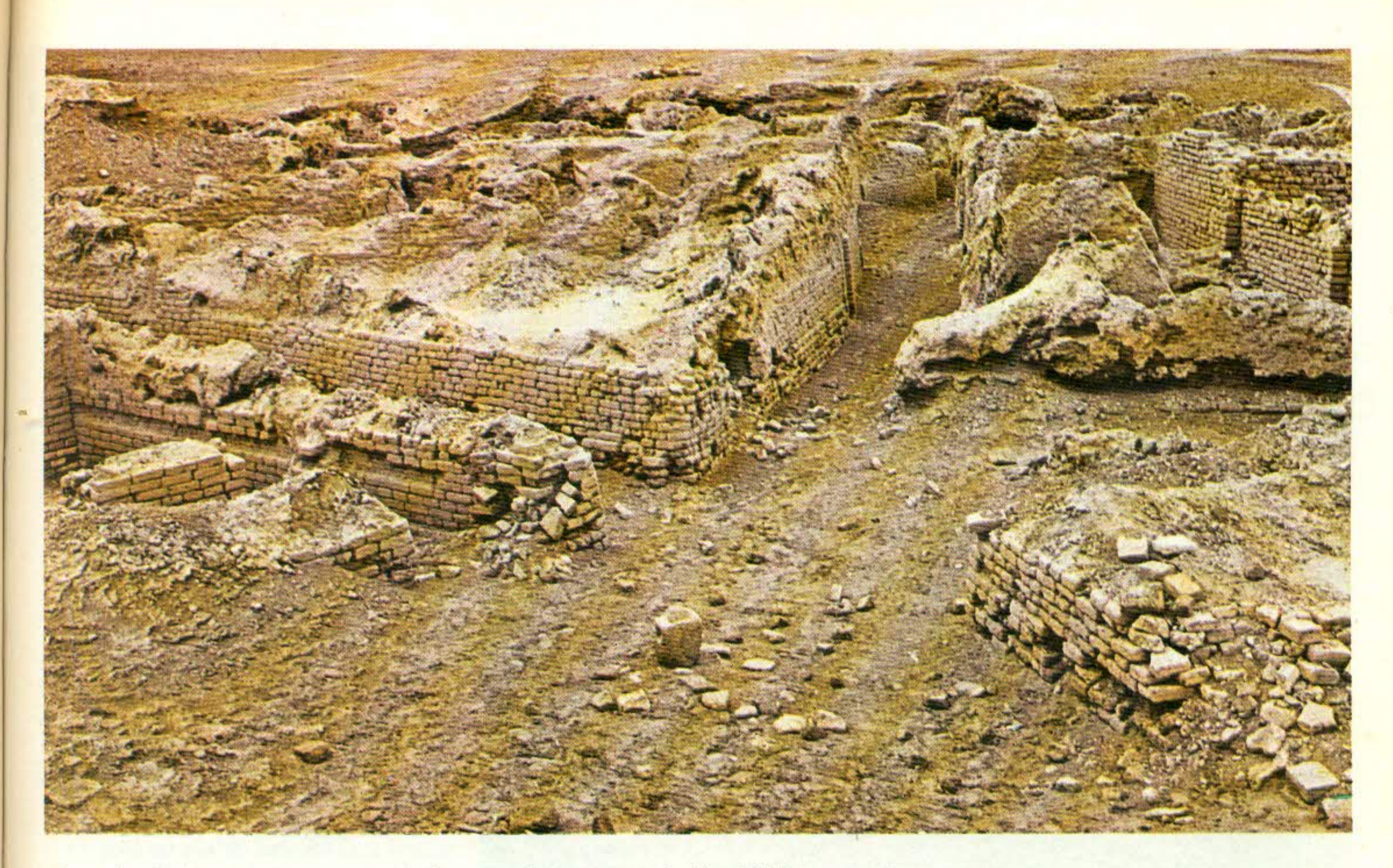
La principal amenaza contra la civilización establecida en la llanura de Sumeria procedió de las tribus de las montañas del este y de las tribus nómadas de los desiertos del oeste, al mismo tiempo hostiles contra la vida urbana y envidiosas de sus riquezas. Las incursiones llevadas a cabo por estas tribus, que hablaban una lengua semítica llamada amorrita, agravaron el caos que acompañó la caída de la tercera dinastía de Ur. Antes del final de Ibisin, Ishbierra se estableció como soberano independiente en la antigua ciudad de Isin, y fundó la primera dinastía amorrita en Sumeria.

Los amorritas consiguieron el control de la mayor parte de las antiguas ciudades de Sumeria y de muchos estados que habían formado parte alguna vez del Imperio de Ur de la tercera dinastía, compartiendo así la misma herencia cultural. Después de un período de confusión, las sólidas dinastías amorritas se establecieron por el sur de Sumeria, en Larsa —ciudad que había vencido y anexionado el reino de Isim—, en Babilonia, en el norte en Eshnunna, al este del Tigris, y en Mari, en el Éufrates medio. Las dinastías amorritas surgieron también alrededor del Tigris, en el territorio que más tarde llegó a ser de Asiria, y hubo, además, un conjunto de principados más pequeños distribuidos en el norte de Mesopotamia.

Una inscripción del palacio de Mari revela la situación política de aquellos tiempos. Cada uno de los reyes mayores tenía un séquito de diez, quince o —en el caso de Aleppo, en Siria— veinte reyes vasallos, lo cual indica cuán cuidadosamente se mantenía el equilibrio del poder. Otras inscripciones de Mari registran detalles de las relaciones de la ciudad con el sur, donde las dos principales potencias eran Larsa, bajo el gobierno de Rimsin, y un rey del norte de Babilonia, Hamurabi, que había extendido ampliamente su dominio territorial. Aunque debió de haber mantenido relaciones cordiales con Rimsin, el hecho es que existe una leyenda documentada que narra la derrota de éste. En el trigésimo año de su reinado, Hamurabi era dueño de toda Sumeria. Más tarde extendió su poder aún más allá, conquistando Mari, y obtuvo la sumisión del sucesor de Shamshi-Adad, en Asiria.

Fue después de tales conquistas que Hamurabi creó una obra monumental, la cual ha conservado mejor su fama que cualquiera de sus conquistas. Sobre una gran estela escribió una larga y detallada descripción de las leyes por las que deseaba se rigiera su país. Algunas disposiciones son muy duras, pero, no obstante, es significativo que se reconozca una diferenciación entre el homicidio intencional y el accidental. Además, la condición otorgada a la mujer es más honrosa que en muchos países de la actualidad. El código incluye numerosas cláusulas detalladas sobre las distintas clases sociales y profesiones, convirtiéndose en una inapreciable fuente de información para el conocimiento de aquella sociedad. Aunque no es el código de leyes más antiguo de la historia, sí es con mucho el más preciso y completo de la antigua Mesopotamia.

Las conquistas de Hamurabi constituyeron el último gran acontecimiento político de su época. Sus sucesores perdieron gradualmente muchos de los territorios que él obtuvo, aunque de hecho ningún poder surgió con la suficiente fuerza para desafiar la decadente fuerza de Babilonia. El duradero resultado de las campañas de Hamurabi se hizo manifiesto más tarde, cuando la hegemonía de Babilonia fue reafirmada por los sucesivos reyes casitas,



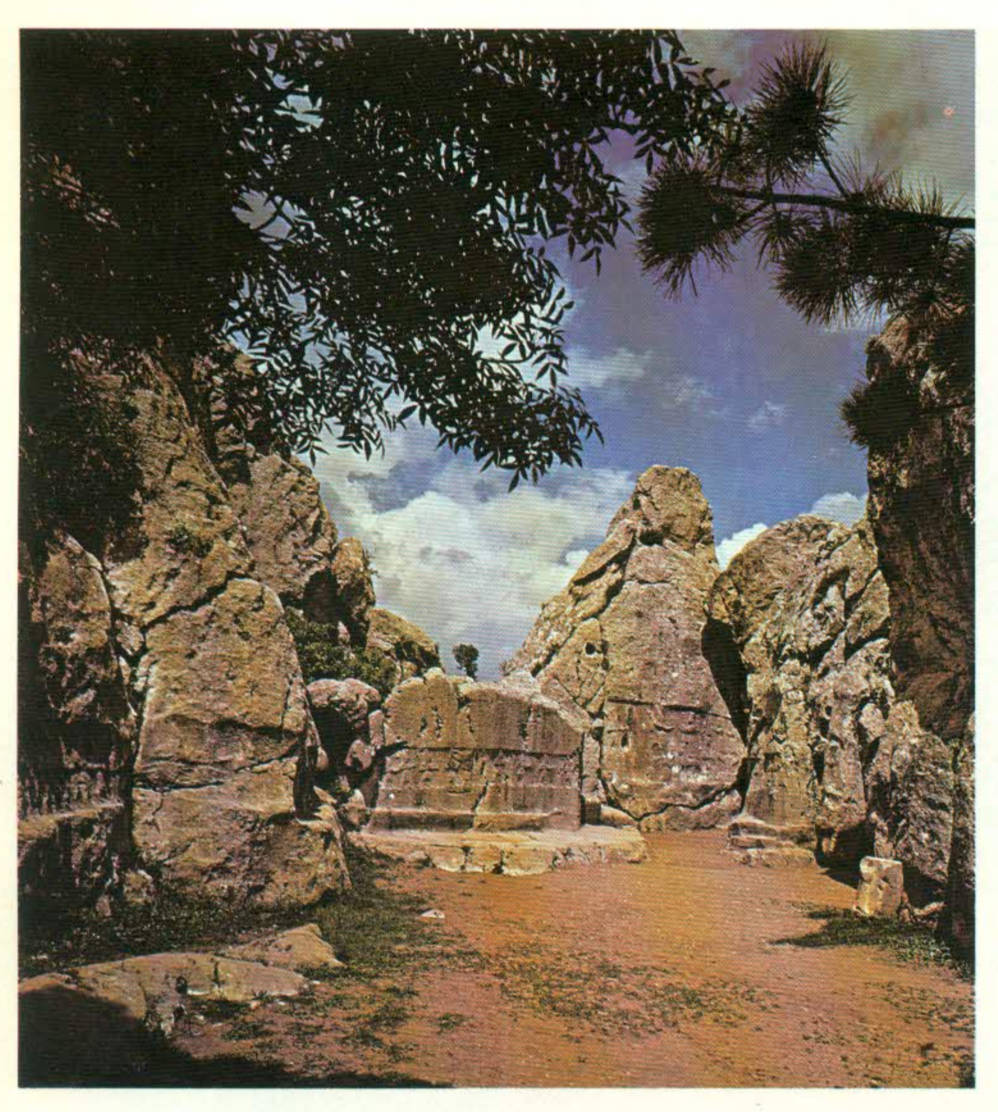
quienes la eligieron como su capital, fomentando allí las tradiciones aprendidas de la antigua Sumeria. La decadencia política de Babilonia se produjo de manera concluyente en el año 1595 antes de Cristo, cuando el rey hitita Mursil, descendiendo a lo largo del Éufrates, saqueó el santuario sumerio.

Arriba, ruinas de Isin Larsa, complejo urbano de fines del III milenio antes de Cristo.

Página anterior, figura de mujer sentada, en yeso, con vestido típico de Mari en la primera mitad del III milenio antes de Cristo. (Museo Nacional, Damasco.)

SUMERIA: DE LOS ORÍGENES A HAMURABI

Año a.C.	Gobiernos de las ciudades sumerias	Política interior	Política exterior	Cultura
3000	Dinastías Kish			Escritura cuneiforme
2900				Primeros templos
2800		Luchas entre las ciudades de Ur, Uruk y Lagash		
2600	Primera dinastía Ur			Representación de las victorias sumerias en las tumbas reales de Ur
2500	Lagash Segunda dinastía Ur y		Infiltración de los semitas	
2400	Uruk			
2300	Lugalzaggesi Sargón de Akad	Unificación de Babilonia bajo el dominio Akad		
2200	Naramsin		Invasión de los guti	
2100	Apogeo de Lagash	Resurgimiento de los sumerios		Renacimiento artístico
2000		Imperio Ur		Gran zigurat de Ur
1900	Aparición de Mari	Dominación de los amorritas	Aparición de Asiria	Palacio real de Mari
1800				
1700	Hamurabi Samsuiluna		Los arios abandonan el desierto de Irán	Código de Hamurabi
1600			Los casitas invaden Babilonia	



Los hititas

La historia escrita de Anatolia –la Turquía actual– se remonta al año 2000 antes de Cristo. Aunque ya antes de esa fecha se había alcanzado un alto grado de civilización no dejó, sin embargo, testimonios escritos. Nada se conoce, antes de aquella fecha, acerca de los nombres de pueblos y ciudades, de su lengua o de su historia. En cambio, a partir del año 2000 antes de Cristo aparecen los primeros documentos escritos: los archivos de un mercader de la colonia de comerciantes asirios de Kanesh. Los documentos están redactados en la antigua escritura cuneiforme asiria, en tablillas de arcilla descubiertas por los arqueólogos en el montículo donde se hallan los restos de la antigua ciudad de Kanesh.

Así pues, esta escritura fue introducida en Anatolia desde su país de origen, Mesopotamia. Los mercaderes asirios que la trajeron consigo, viajaron a través de las extensas llanuras y de los ríos del norte de Mesopotamia, cruzando los estrechos pasos de las formidables montañas Taurus hasta alcanzar las altas tierras de Anatolia, en busca de los metales que su país necesitaba: cobre, plata y oro. Para intercambiar, disponían de tejidos de Asiria, finamente trabajados, y de otro metal, el estaño, que ellos importaban desde el este. En Anatolia establecieron colonias mercantiles, desde donde realizaban su comercio; entre ellas, Kanesh era la mayor y actualmente la mejor conocida. En aquellas colonias, situadas generalmente fuera de las murallas de las ciudades nativas, los asirios desarrollaban una existencia fundamentalmente mercantil, anotando sus transacciones comerciales en tablas de arcilla.

Estos documentos proporcionan gran información sobre el comercio asirio y sobre la situación del propio país en aquel tiempo. A partir de ellos se comprueba que Anatolia, lo mismo que Sumeria, estaba dividida en un gran número de pequeñas ciudades-estado, cada una de las cuales era gobernada por su propio príncipe nativo. Las ciudades que se mencionan en los documentos son muy similares a las conocidas en fechas posteriores. Una de aquellas colonias mercantiles se estableció en la ciudad de Hattusa, que más tarde sería la capital del Imperio hitita.

Sin embargo, los textos no proporcionan información directa sobre las razas y las lenguas de los pueblos nativos, aunque un detenido estudio de las nomenclaturas personales, tal como fueron transcritas por los asirios, parece demostrar que había ya en Anatolia un gran número de hititas, así como de sus parientes los luvitas, componiendo un conglomerado étnico muy variado que también incluía hurritas, pueblo del este, más allá del río Éufrates, y los hattas, que fueron quizá los habitantes originales de aquellas tierras antes de la llegada de los hititas.

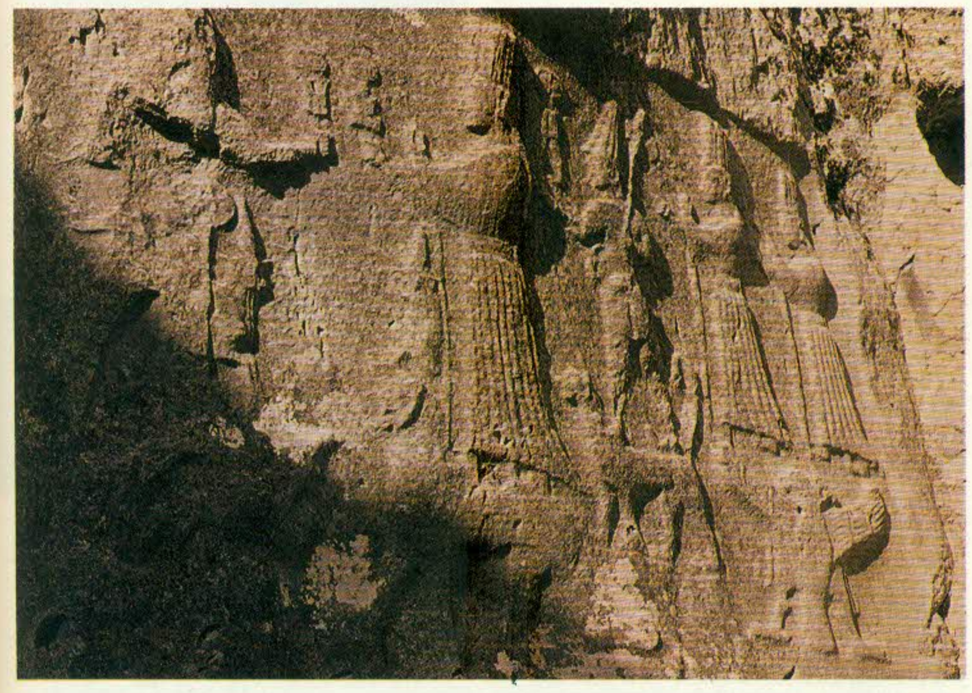
Los príncipes locales de las ciudades-estado fueron al parecer completamente independientes unos de otros, pero la presencia de los mercaderes asirios bien organizados, formando una red a través del país, pudo haber propiciado la organización de ciertos vínculos. No obstante, existió la tendencia por parte de uno u otro de aquellos príncipes, a conquistar las ciudades de sus vecinos y asumir el título de «gran príncipe», vanagloriándose de haber conseguido unificar una parte del territorio. Después de 1840 antes de Cristo la ciudad y la colonia mercantil en Kanesh fueron atacadas y devastadas. No se conoce con seguridad la identidad del responsable de la acción, pero parece probable que fuera obra de uno de los príncipes anatolios que intentaba afianzar su autoridad.

Después de un período en el que la ciudad permaneció en ruinas y deshabitada, los mercaderes asirios regresaron y reanudaron el comercio. Apareció entonces un príncipe cuyas hazañas excedieron con mucho las de sus predecesores, y del cual se conservó un vivo recuerdo incluso en los tiempos del Imperio hitita. Su nombre era Anittas, provenía de la ciudad de Kussara y su propia narración de los hechos se conserva en una tablilla procedente de la biblioteca real hitita. Fue él quien conquistó la ciudad de Kanesh, conocida en hitita como Nesa, y la convirtió en su capital. Sometió a las demás ciudades, se autoproclamó «gran rey», y destruyó Hattusa, sembrando semillas de mostaza en sus ruinas a modo de maldición.

El antiguo reino hitita

No se conoce el destino de la dinastía de los Anittas después de que trasladaran

Troya
Hattusa
KASKA
HATTI
Kanesh
Halis
Colofón
ARZAWA
TABAL
URARTU
Montes Taurus
MITANNI
Karkemish
Alepo
ASIRIA
Asur
CHIPRE
Ugarit
Kadesh
Biblos
Tigris
MAR MEDITERRÁNEO
FENICIA
Eufrates
Sidón
Tiro
Damasco
Meggido
PALESTINA
Babilonia
Jerusalén
Gaza
EGIPTO
Nilo



Arriba, mapa del mundo conocido en tiempo de los hititas.

Izquierda, muestra de arte hitita en el santuario rupestre de Yazilikaya.

Página anterior, arriba, santuario de Yazilikaya, Anatolia, de 1360-1250 a. de C.

su capital de Kussara a Kanesh. Sólo se sabe que Kanesh fue arrasada por segunda vez y permaneció abandonada durante un largo período.

En esta época en que masas de hititas debían de haber llegado ya a Anatolia, los datos históricos se recuperan después del 1700 antes de Cristo para citar la existencia de un reino hitita, cerca del moderno pueblo de Bogazköy en Turquía. Allí se ha descubierto una enorme fortaleza montañosa, rodeada de murallas macizas de



más de tres kilómetros de longitud y perforada al menos por siete puertas. Dentro de aquellos muros aparece la antigua ciudadela colgada sobre un desfiladero rocoso, y en ella los restos del palacio real hitita, con las casernas de la guardia, y en la ciudad inferior un enorme templo dedicado al «dios de las tormentas», el jefe de la mitología hitita. A cierta distancia, fuera de las murallas, en un lugar conocido ahora como Yazilikaya se encuentra otro templo situado ante una gruta cuyas paredes estaban decoradas con representaciones de los dioses hititas en procesión hacia la escena central, en la que el «dios de las tormentas» y su consorte aparecen uno frente al otro.

En las ruinas del palacio y del templo del «dios de las tormentas» las excavaciones han revelado la existencia de miles de tablillas de arcilla, que forman parte de la gran biblioteca real y de los archivos del Imperio hitita. Están escritas con técnica cuneiforme de claro origen mesopotámico, la mayor parte en un lenguaje que hoy se conoce como hitita. El pueblo hitita, no obstante, llamaba a su lengua *nesita* –el idioma de la ciudad de Nesa–, y a su reino Hatti. Resulta curioso comprobar que los babilonios y los egipcios llamaban a los hititas el «pueblo de Hatti», mientras que para los hebreos eran los «hijos de Heth», del que se toma el término moderno de hitita.

La lengua hitita fue descifrada en 1916 por un erudito checo, que demostró su vinculación indoeuropea, es decir su relación con el latín y el griego. Otras lenguas usadas allí fueron la luvita y el palaíta, ambas estrechamente conectadas con el hitita. La lengua de los remotos habitantes, el hatti, solamente era utilizada en actos rituales. Los hititas empleaban también la lengua de sus vecinos del este, los hurritas, y más específicamente, la lengua mesopotámica acadia, de uso generalizado en el Próximo Oriente para la correspondencia y las relaciones diplomáticas.

Aunque los hititas recordaban a Anittas como el «gran rey», consideraron a Labarna como el fundador de su reino. Fue éste una gran figura legendaria cuyo nombre se utilizó como título dignificante por todos los sucesivos gobernantes hititas. Su sucesor, Labarna II, fue el primer rey hitita de la historia. Éste trasladó la capital de Kussara a Hattusa, a la que denominó Hatusil, nombre por el cual se conoce a dicho monarca. A través de una serie de campañas muy duras unió la Anatolia central con el reino Hatti y llevó sus fuerzas hacia el este, a través de las montañas Taurus, hasta alcanzar el Éufrates.

Su heredero y nieto Mursil, en un corto pero glorioso reinado, obtuvo para Hatti victorias sin parangón en la historia de su pueblo. Después de derrotar a los hurritas en Siria y destruir la ciudad de Aleppo, siguiendo el curso del Éufrates marchó contra Babilonia, en la que hacia el año 1515 antes de Cristo expiraba la deca-





dente dinastía de los Hamurabi. Sin embargo, Mursil no intentó conservar la conquistada Babilonia, y cediendo a otros el privilegio de su victoria, regresó a Hattusa, donde fue asesinado en una conspiración palaciega.

Este último hecho condujo a más de dos siglos de debilidades y confusión. En el interior, las conspiraciones se sucedían en el seno de la familia real, y en el exterior proliferaban revueltas en los territorios ocupados, aumentando las incursiones de pueblos hostiles procedentes de las montañas.

Este cúmulo de problemas amenazó con derrumbar el Imperio, de no haber sido por la actuación de un importante rey de este período, Telepinu, quien seguramente gobernó unos cien años después de Mursil, hacia el año 1500 antes de Cristo. Este monarca no sólo tuvo éxito en asegurar provisionalmente la pervivencia del reino contra los ataques, sino que también emprendió reformas internas de largo alcance. Al «decreto» de Telepinu, mediante el cual dictó sus reformas, debemos gran parte del conocimiento de la primitiva historia hitita. El propósito de aquellas reformas fue consolidar la posición real frente a la amenaza de asesinato y usurpación y atraerse a la nobleza como apoyo a su trono.

El Imperio hitita

El siglo siguiente a la muerte de Telepinu está pobremente documentado, e incluso el número y el orden sucesivo de los reyes es incierto. Los indicios permiten intuir que fue un período de creciente debilidad, en el que Hatti afrontó una gravísima crisis, atacada simultáneamente por todos sus enemigos: los luvitas del oeste, los habitantes de las montañas Kaska, en la provincia del norte, y más hacia el este, cruzando el Éufrates, el reino hurrita de Mitanni, entonces en el punto más álgido de su poder, tras dominar las ciudades sirias que habían sido previamente sometidas por Egipto. Tal era la desesperada situación que tuvo que afrontar Supiluliuma, el rey que cerró el período de decadencia e inauguró dos siglos de expansión del Imperio hitita. Supiluliuma subió al trono aproximadamente en el año 1380 antes de Cristo, después de que su hermano, Tudhaliya el Joven, fuera asesinado por el ejército. Su primera actividad consistió en asegurar el reino contra los ataques de sus

Arriba, dos relieves procedentes de Karkemish, de la segunda mitad del siglo VIII a. de C., con escenas familiares del rey Araras que, en la inscripción, se muestra orgulloso de la sabia educación que da a sus hijos. (Museo Hitita, Ankara.)

Página anterior, izquierda, relieve sobre roca de un rey —probablemente Varpalava— rindiendo homenaje al dios de la vegetación, una de las numerosas deidades hititas. (Hacia 1750 antes de Cristo.)

Página anterior, derecha, estela de Maras (capital del reino hitita de Gurgum), del siglo VIII antes de Cristo. El escriba Tarhunpiyas aparece de pie sobre las rodillas de una mujer, que podría ser una diosa o quizás su madre. (Louvre, París.)



vecinos, lo que requirió muchos años de luchas.

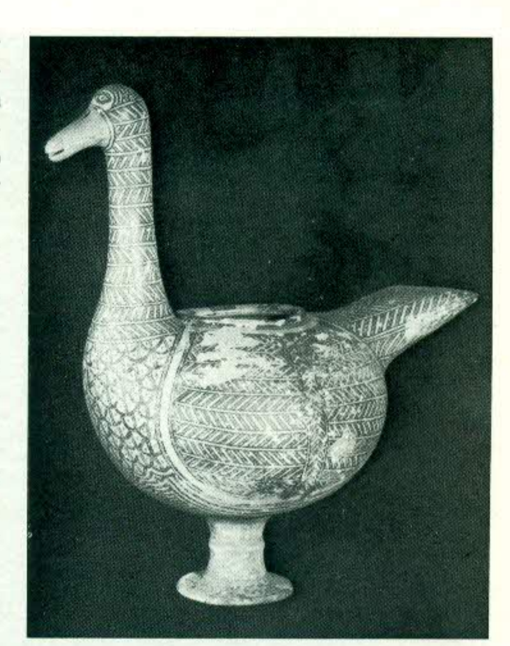
No obstante, aquel monarca creyó desde el primer momento que la fortaleza de su país dependía del sometimiento de las ciudades sirias, y a este objetivo orientó sus esfuerzos.

En sucesivas guerras destruyó el poder de Mitanni, instaló a sus hijos como reyes de Aleppo y Karkemish, y vinculó a los príncipes sirios como vasallos por medio de diversos tratados. En Egipto, la decadente XVIII dinastía era demasiado débil para intervenir, como lo demuestra el hecho de que la reina egipcia viuda de Tutankamon pidiera en matrimonio a un hijo de Supiluliuma, con el fin de consolidar su situación política. Aproximadamente hacia el año 1336 antes de Cristo, Supiluliuma murió víctima de una peste que su ejército trajo de sus campañas en Siria. Su heredero, Arnuvanda II, también sucumbió a la enfermedad poco tiempo después de su acceso al trono, siendo sucedido por su hermano Mursil II, quien demostró ser tan capaz como su padre en la resolución de situaciones difíciles. Preocupado con Siria, Supiluliuma había descuidado la seguridad de Anatolia, y a su muerte, Arzawa, nunca sometida por completo, se rebeló de nuevo. Mursil II empleó los primeros diez años de su reinado en campañas en



el oeste y norte de Anatolia, donde el pueblo kaska siempre fue una amenaza latente. Más tarde tuvo que afrontar una crisis en Siria, tras la muerte de su hermano, el rey de Karkemish, pero logró mantener la unidad del Imperio y seguir adelante. Se han conservado algunos detalles personales interesantes sobre Mursil, que al parecer fue un hombre particularmente supersticioso. Atribuía la peste que asolaba el Imperio a la cólera de los dioses por el asesinato de Tudhaliya el Joven, e intentó apaciguarlos con largas y costosas oraciones. En un momento crítico de tensión en la frontera norte con Siria, atribuyó esta difícil situación al abandono de antiguos cultos, apresurándose a restaurarlos, y dejando el poder en manos de sus generales se dedicó a intrigar contra su madre, acusándola de haber provocado la muerte a su esposa por medio de la magia negra y de haberle dificultado a él mismo el habla (seguramente debió sufrir este rey algún ataque cerebral). Asimismo, atribuyó este impedimento a la ira del «dios de las tormentas», emprendiendo una serie de complejos rituales de purificación, que fueron recogidos en una antigua tablilla. Mursil murió aproximadamente en el año 1310 antes de Cristo, después de un reinado de unos veinticinco años. Su hijo y sucesor, Mutalu, parece que mantuvo el poder hitita en Anatolia sin necesidad de tomar medidas drásticas, tarea en la que colaboró su hermano más joven, Hatusil, que tenía el mando de la frontera norte. No obstante, durante el reinado de Mutalu los intereses egipcios en Siria revivieron bajo los vigorosos reyes de la XIX dinastía, en la que Ramsés II promovió la gran batalla de Kadesh, en el año 1300 antes de Cristo. Los triunfalistas términos en los que el rey egipcio hizo describir el desarrollo y los acontecimientos habidos en la batalla intentaron ocultar la realidad de su derrota, que sólo una penosa negociación evitó su definitiva traducción en desastre. El dominio hitita sobre Siria permaneció firme, y su puesto fronterizo en Kadesh recuperó la tranquilidad.

Mutalu murió aproximadamente en el año 1294 antes de Cristo, siendo sucedido primero por su jóven hijo ilegítimo Uritesuv, y luego por su tío Hatusil, quien se hizo con el poder desterrando a aquél a Chipre. Hatusil estableció la paz con los egipcios mediante un famoso tratado firmado en el año 1284 antes de Cristo, en lengua egipcia e hitita, y en el que se reconocen las posesiones hititas en Siria y Palestina. Hatusil pactó asimismo con Babilonia. Tales actividades pacificadoras tenían por finalidad asegurar su reino contra un nuevo y peligroso enemigo que apuntaba por el este, los asirios.

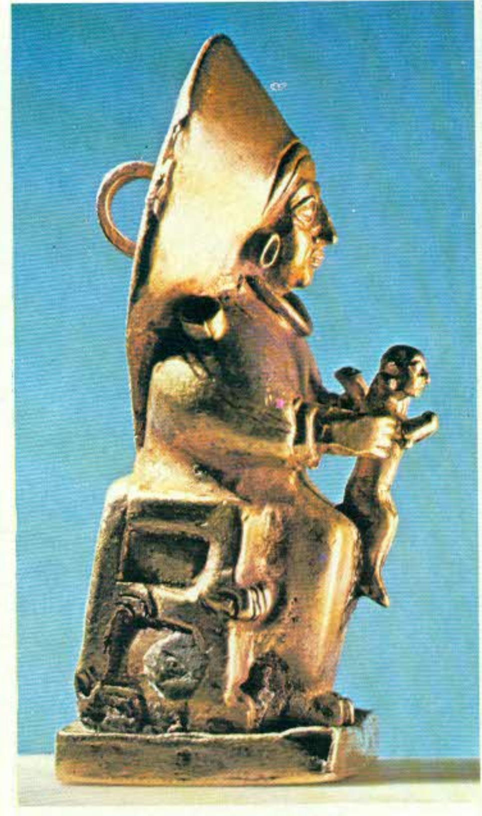


Arriba, vaso en forma de oca hallado en una tumba de Gordión, capital de Frigia. (Museo Arqueológico, Ankara.)

Página anterior, izquierda, uno de los guardianes de piedra de la Puerta de los Leones, en Malatya (norte de Arslan Tepe), del siglo IX antes de Cristo. (Museo Arqueológico, Ankara.)

Centro, otra Puerta de los Leones, en la fortaleza que guardaba la ciudad de Hattusa, capital de la Confederación hitita. Era la residencia de los reyes y tenía cinco puertas, la de los leones se abría frente al valle. (Entre los siglos XV y XIII a. de C.)



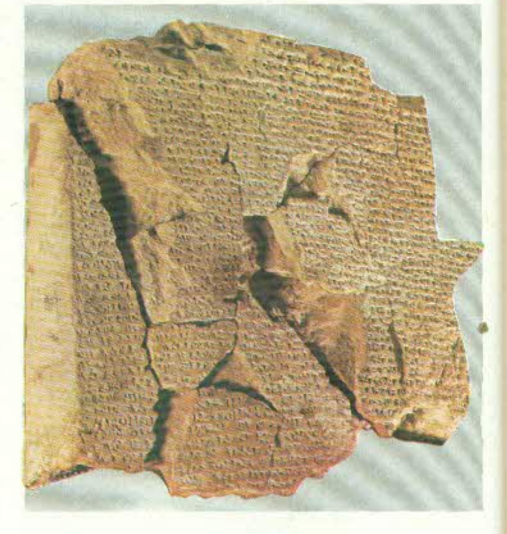


Tudalis IV sucedió a su padre Hatusil, aproximadamente en el año 1265 antes de Cristo, pero fue durante el reinado de Tukulti-Ninurta I (1244-1208 antes de Cristo) que las tropas asirias cruzaron el Éufrates en una vasta expedición, en la que fueron capturados 30.000 hititas. Éstos respondieron obligando a sus vasallos de Siria a promover un embargo comercial a los asirios.

Sin embargo, una amenaza más seria que la de los asirios amenazaba entonces a los hititas por el oeste. En los confines del mundo hitita existía desde tiempos remotos un país que era conocido como la «Tierra de Ahiyava», cuyo rey era tan poderoso como el hitita. Se ha sugerido que el pueblo de Ahiyava era en realidad los aqueos griegos, que para Homero fueron los *achaiwoi*. En realidad, lo único que puede afirmarse con certeza es que ambos nombres son muy parecidos, pero no parece probable que Ahiyava estuviera emplazada tan lejos como Micenas; por el contrario, es más probable que Ahiyava fuese una colonia griega minoica en las costas o islas del Asia Menor.

Así pues, durante el reinado de Tudalis IV el rey de Ahiyava conspiró con Maduvatas, un vasallo de los hititas en tierras del oeste. Durante los combates suscitados por la intromisión de Ahiyava, Tudalis llegó a invadir la isla de Chipre, con lo que este episodio constituyó la primera invasión militar por mar de un pueblo no marinero, como eran los hititas, y al mismo tiempo fue la primera expansión del Imperio desde los tiempos de Mursil II.

Cuando Tudalis IV fue sucedido por su hijo Arnuvanda III el poder hitita estaba en crisis, pues se consolidó la alianza entre el rebelde Maduvatas y los reyes de Ahiyava. Arnuvanda murió sin descendencia después de un corto reinado y fue sucedido por su hermano Supiluliuma II, el cual fue incapaz de afrontar la grave crisis latente. Poco se conoce sobre su reinado y del desastre con que éste concluyó. Los archivos hititas, como es típico en todos los relatos antiguos, se interrumpen antes del colapso final. Todo lo que se sabe es que las ciudades del Imperio hitita fueron destruidas, saqueadas e incendiadas hacia el año 1200 antes de Cristo, y que su hegemonía política en Anatolia desapareció definitivamente. A juzgar por las crónicas asirias, parece ser que los responsables del fin del esplendoroso reino de los hititas fueron los frigios, que después de un lapso de varios siglos lograron reconstruir un imperio en Anatolia, bajo el gobierno del rey Midas.



Los egipcios, no obstante, atribuyen el desastre a «los pueblos del mar», los mismos que posteriormente les atacarían a ellos.







La cultura hitita

Culturalmente los hititas fueron el centro civilizador del área geográfica que habitaban. La religión absorbió gran parte de la atención del poder. El dios principal era el de làs «tormentas», «el creador del trueno», el cual era adorado bajo distintos nombres en los diversos países del Imperio. Su esposa era también conocida como una poderosa diosa. Junto a ellos existía un grupo de dioses menores, «los mil dioses de Hatti» que también recibían atención. El rey no sólo era comandante de los ejércitos y juez principal, sino también sumo sacerdote, y la reina desempeñaba igualmente un papel importante en los asuntos religiosos y de la administración. Por otra parte, los hititas adoptaron, como se ha dicho ya, la escritura vigente en Mesopotamia, al igual que el estilo en la redacción de cartas, tratados políticos y leyes. La poesía mitológica fue traducida directamente de la lengua acadia y posiblemente también de la hurrita. Sin embargo, también es cierto que supieron enriquecer todas aquellas apropiaciones culturales. El primer ejemplo de una forma arcaica de redacción histórica, en forma de anales, procede de Hatti. Asimismo, es evidente por los éxitos que alcanzaron,



que poseían un ejército eficaz y disciplinado. Los hititas hicieron un gran uso de los carros de guerra, y de hecho fueron el primer pueblo que introdujo el caballo en el Próximo Oriente. Sus ciudades estaban fortificadas con enormes murallas, y fueron capaces de capturar las de sus enemigos por medio de arriesgadas tácticas de cerco. En cuanto victoriosos, fueron compasivos, gobernando el Imperio a través de un sistema flexible de vasallaje basado en el pacto. Sin embargo, esto fue una debilidad, que explicaría su rápida desmembración a raíz de la sublevación de los vasallos del oeste del Imperio.

Arriba, izquierda, fragmento de un bajorrelieve que muestra a un guerrero hitita con escudo y lanza; aproximadamente del 900 antes de Cristo. (British Museum, Londres.)

Arriba, derecha, funcionario de la corte; relieve encontrado en Karkemish. (Museo Hitita, Ankara.)

Izquierda, relieve en la roca del santuario de Yazilikaya, en el que se ve al dios hurrita Sharruma protegiendo al rey Tudhaliya IV, que murió en 1265 antes de Cristo.

Página anterior, arriba, izquierda, jarra para libaciones en forma de toro fechada en el 1400-1200 antes de Cristo. (Schimmel Collection, Nueva York.)

Página anterior, arriba, derecha, colgante que representa probablemente a la diosa del Sol, Arinna; 1400-1200 antes de Cristo. (Schimmel Collection, Nueva York.)

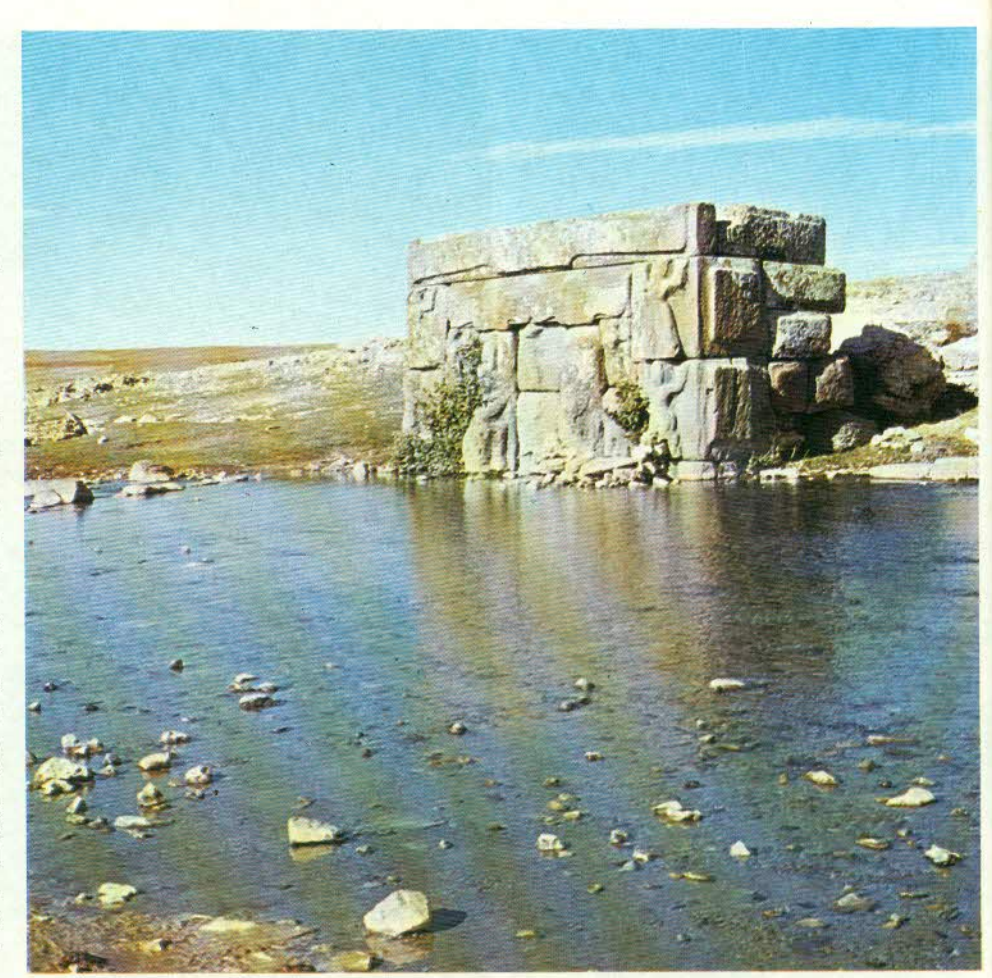
Página anterior, abajo, tablilla de arcilla con el texto del tratado de Kadesh, estipulado entre los hititas y Ramsés II en el 1278 antes de Cristo. Forma parte del archivo real de Hattusa y es el más antiguo testimonio de un tratado de paz. (Museo Arqueológico, Ankara.)

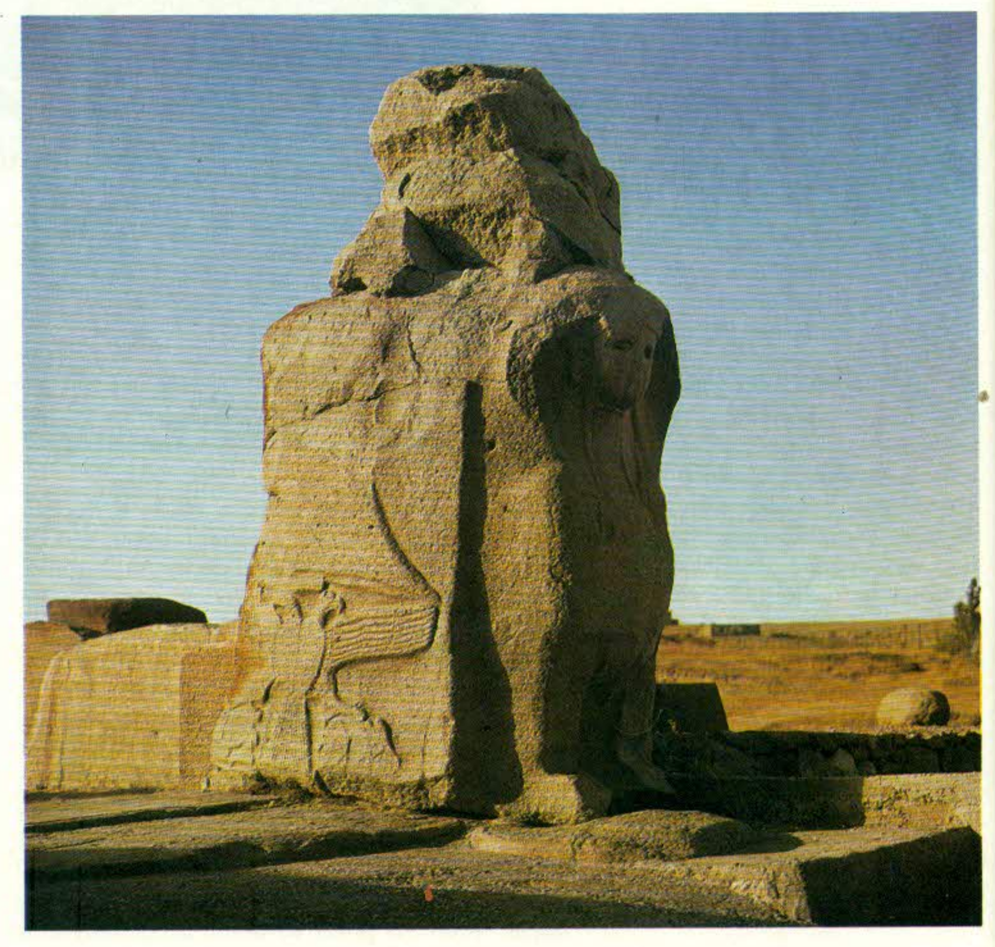
Los últimos reductos hititas

Las áreas del oeste y del centro del Imperio hitita cayeron bajo la agresión de los frigios, pueblo procedente de Tracia en la época de las grandes migraciones del Egeo, hacia aproximadamente 1.200 años antes de nuestra era. No obstante, los hititas se mantuvieron en la región del sudeste, que se dividió en pequeñas ciudades-estado. Éstas se vieron amenazadas por dos grandes potencias: en las montañas de Armenia, el reino de Urartu (según el Antiguo Testamento, Ararat), constituido por un pueblo emparentado con los hurritas, pero más antiguo, y en el norte de Mesopotamia, Asiria, que se encontraba una vez más en expansión después de un período de decadencia. Ambas potencias estaban en conflicto permanente, no de forma directa, sino a través de los estados hititas, que ocupaban un área codiciada por ellas. Al sur de éstos, existían similares ciudades-estado en Siria y Palestina, ocupadas por los pueblos arameo y hebreo que se habían asentado allí durante la oscura época posterior al 1200. A pesar de tan precaria situación, los pequeños estados hititas conservaron la cultura heredada del desaparecido Imperio.

Los dioses eran los mismos, especialmente el temible «dios de las tormentas», y se mantenía el culto al Sol y la Luna. Los gobernantes se contentaban con el título de «rey» e incluso gobernador, aunque a veces reclamaban ser el «gran rey», rememorando el pasado imperial. Fortificaron sus ciudades y construyeron palacios según el estilo tradicional, poniendo especial cuidado en adornar los pasillos y entradas con esfinges y escenas esculpidas en relieve. El más grande de aquellos estados fue probablemente Karkemish, en el paso del Éufrates, tradicionalmente lugar de residencia habitual del rey hitita en Siria. Más hacia arriba del Éufrates se hallaba el reino de Kumuh, y en el pie de las montañas Taurus los estados de Melid y Gurgum. El estado de Samal presentaba la peculiaridad de ser geográficamente hitita, pero su clase dirigente era de cultura y etnia aramea. Al otro lado de las montañas Taurus, la tierra de Tabal incluyó en distintas épocas varios de aquellos estados hititas, y al sur de Tabal la ciudad de Luvana permanecía independiente.

El volumen de tributos exigidos por los asirios demuestra que aquellos pueblos poseían considerables riquezas, pero contra lo que pudiera parecer, lo cierto es que no eran súbditos sumisos. Tres reyes asirios estuvieron parcialmente relacionados con los hititas. Salmanasar III (858-824





antes de Cristo) fue el primero en obligarles a pagar tributo, aunque raras veces penetró a través de las montañas Taurus hasta Tabal. Sus sucesores, más débiles, dejaron a los hititas en paz durante un siglo. Fue Tiglatpileser III (745-727 antes de Cristo) quien reanudó el control asirio, y la dureza del tributo que impuso provocó frecuentes rebeliones entre los hititas.

Sargón II (721-705 antes de Cristo), que heredó aquellos estados hititas gobernados por reyes tributarios, reprimió sangrientamente las desobediencias, y después de cada revuelta saqueaba las ciudades, ejecutaba a la familia real y deportaba a la población, instalando en su lugar a colonos asirios gobernados por un dirigente propio. Durante el reinado de Sargón todos los estados hititas supervivientes sufrieron la misma experiencia, que significó su fin. Posteriormente se registraron revueltas ocasionales dirigidas por caudillos con nombres hititas, pero como nación y como pueblo éstos se habían dispersado definitivamente.



Arriba, cabeza de Sargón II, hallada en su palacio de Korsabad. (Museo Egizio, Turín.)

Página anterior, arriba, ruinas de Eflatum-Bunar (II milenio antes de Cristo), monumento hitita a una deidad de las fuentes, en las inmediaciones de Konya (Turquía). En los restos de la fachada hay unas figuras que sostienen discos o globos alados.

Página anterior, abajo, puerta de las esfinges del palacio de Alaja Hüyuk, muestra del arte escultórico hitita.

HITITAS, FENICIOS Y JUDÍOS

Año a.C.	Reyes hititas	Los hititas y el mundo exterior	Pueblos vecinos	Fenicios y judíos
1900	Anitas el Grande			
1800		Destrucción de Kanesh		
1700	Antiguo reino hitita (1700-1500 a.C.) Hatusil I Mursil I	Mursil I invade Babilonia		
1600	Telepinu		Los casitas en Babilonia Imperio Nuevo en Egipto	Judíos en Egipto Comercio entre Biblos y Egipto
1500	Hatusil II	Culminación del poder de Mitani	Tutmosis III Amenofis II Amenofis III	Rivalidad entre Ugarit, Biblos, Tiro y Sidón
1400	Imperio Nuevo hitita (1380-1200 a.C.) Supiluliuma I (m. 1336) Arnuvanda II Mursil II (m. 1310) Mutalu (m. 1294)	Decadencia del reino de Mitani Pacificación de Anatolia Conflicto con Egipto	Amenofis IV Progreso de Asiria Ramsés II	Se concluye el alfabeto fenicio
1300	Urkhi-Teshup Hatusil III (m. 1265) Tudhaliya IV (m. 1230) Arnuvanda III Supiluliuma II	Kadesh Guerra contra Asiria Invasión de los pueblos del mar: fin del Imperio hitita	Los asirios son expulsados de Babilonia	Moisés: establecimiento de los judíos en Palestina
1200	Pequeños imperios hititas permanecen en Anatolia		Ramsés III Asiria y Babilonia saqueadas por invasores	Destrucción de ciudades fenicias Período de los Jueces Dominación de Tiro y Sidón
1100				Samuel Saúl: guerra contra los filisteos
1000	Estados tardíos hititas (1000-700 a.C.) Territorios hititas sobreviven todavía en Anatolia		Reconstrucción del poder asirio	Hiram I de Tiro División de Israel y Judá
900		Salmanasar III impone tributos a los hititas		
800		Tiglatpileser III reconquista posesiones de los hititas		
700		Sargón destruye los estados hititas		







El Imperio asirio

La división natural del moderno Irak en un distrito norteño centrado en torno a la ciudad de Mesul y la llanura del sur de su capital Bagdad, marca una diversidad que en tiempos remotos se tradujo en las unidades políticas asiria y babilónica. Aunque la capital de Asiria, Assur, se hallaba situada muy al sur, junto al Tigris, el núcleo agrario del Imperio estaba en las fértiles tierras del este del río, y especialmente en el triángulo formado por el Tigris y el Gran Zab.

En esas tierras, así como en la llanura que se extiende hacia el oeste, surcadas por las aguas de los ríos Habur y Balih, la lluvia permite cultivos sin irrigación, aunque son deseables fuentes adicionales más seguras para los tiempos de sequía. Asimismo, las cosechas son diferentes. La palmera datilera no maduraría a no ser por el clima suave, que permite la existencia de una gran variedad de árboles frutales, y hay también datos sobre extensos viñedos en tiempos de los asirios.

Los orígenes de la ciudad de Assur se pierden en la prehistoria. Las listas de reyes compiladas en siglos posteriores describen los primeros gobernantes de Asiria como «diecisiete reyes que vivieron en tiendas», tradición que revela un pasado nómada y que, sin duda, es digna de crédito, ya que se aplica al pueblo conocido más tarde como los asirios. No obstante, la ciudad de la que el Imperio tomó su nombre fue habitada antes de que los jeques nómadas se establecieran allí y asumieran el poder político. Mucho antes de que Sargón de Akad conquistara las tierras mesopotámicas hasta el Mediterráneo, Asiria era el hogar de un pueblo que parecía ser una avanzada septentrional de la civilización sumeria, y aunque no existan registros cronológicos, una construcción excavada en las capas inferiores del lugar presenta todas las características de ser un arcaico templo sumerio. Entre los descubrimientos se encuentra también un gran grupo de estatuas que son virtualmente indistinguibles de las de la Sumeria contemporánea. El hecho de que estatuas similares hayan sido encontradas en una región tan lejana del norte de Mesopotamia, demuestra que todavía no se ha dicho la última palabra sobre la amplitud de la civilización sumeria.

La antigua Assur de los asirios

La primera fecha fiable acerca de la estancia de los asirios en Assur se sitúa hacia el año 2000 antes de Cristo. La ciudad estaba bajo el dominio de los reyes del Imperio acadio, y pasó a depender del Imperio de Ur, de la III dinastía, convirtiéndose Assur en la residencia de un gobernador. De todos modos, no hay fecha del establecimiento de los asirios y tampoco existe certeza de su lugar de procedencia, así como si su estancia fue repentina o bien respondió a un proceso gradual. Los últimos asirios hablaban en un dialecto del acadio, conocido como asirio, muy distinto del dialecto babilonio de sus parientes meridionales, y a pesar de la enorme presión cultural y literaria de los babilonios, conservaron sus propias y peculiares características hasta el final del Imperio.

Cuando aparece la primera documentación escrita de la historia de la ciudad de Assur, hacia el año 1900 antes de Cristo, los gobernantes y habitantes son indiscutiblemente asirios, pues hablaban aquel dialecto. Sin embargo, la realidad de aquellos primeros asirios es muy diferente de la de los habitantes de los últimos tiempos.

Siguiendo una tradición que se remonta más allá de la conquista acadia, el pueblo de Assur vivía en una pequeña comunidad fuertemente centrada en torno a la propiedad de la tierra, y situada cerca de la ciudad, desarrollando un activo y próspero comercio. Esta actividad comercial asiria es avalada por unas primitivas inscripciones reales, en las que el rey de Assur describe la apertura de los mercados de Babilonia a los comerciantes de su ciudad. Parece que la realeza de Assur, aunque hereditaria, no confería a sus dirigentes poderes absolutos tal y como fueron ejercidos por los reyes de Akad.

Además, puesto que no hay evidencia de si las fronteras políticas se extendían más allá de las inmediaciones de la misma

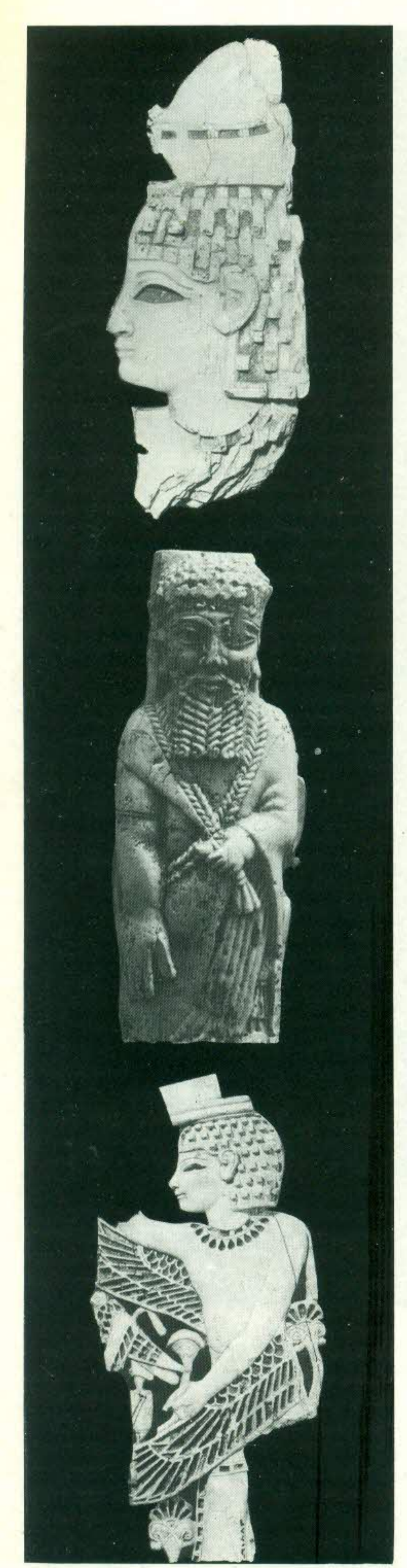


Assur, es imposible incluso estar seguro de si la posterior capital de Asiria, Nínive, estaba bajo el mismo gobierno de Assur antes del reinado de Shamshi-Adad.

La información acerca de aquellos mercaderes asirios no procede de Assur, sino de centenares de kilómetros más lejos, de la colonia comercial de Kanesh. Los registros comerciales y la correspondencia de estos mercaderes conservan datos esenciales acerca de su profesión, proporcionando un cuadro de la vida financiera que aparece como sorprendentemente moderna. Los principales objetos de comercio eran textiles y metales, especialmente estaño, traído de Assur y vendido con notable beneficio en Anatolia. El medio de transporte eran las caravanas, tiradas por asnos, y los comerciantes solían viajar hasta tres meses hacia el norte, realizando

Arriba, fresco del palacio de Til Barsip, cerca del Éufrates; realizado probablemente en el reinado de Tiglatpileser III, 745-737 a. de C. (Museo de Alepo, Siria.)

Página anterior, tres kudurrus de la época cassita, en el II milenio a. de C. Estas estelas se depositaban en los santuarios para garantizar la integridad de los contratos y transacciones de propiedad. (Louvre, París, y British Museum, Londres.)



negocios de ciudad en ciudad a través de Mesopotamia.

El comercio parece que estuvo exclusivamente dominado por las grandes y ricas familias, cuyos jefes dirigían las operaciones desde la misma Assur, mientras que los miembros más jóvenes organizaban las caravanas o actuaban como representantes residentes en Kanesh. Ellos cuidaban directamente los intereses de la familia, preparaban los tratos con otros mercaderes y supervisaban la distribución de mercancías a otros centros comerciales más pequeños. La colonia de Kanesh estaba investida de superior autoridad respecto de los otros centros asirios, y sus miembros más ilustres, cuando era necesario, ejercían las funciones jurídicas para dilucidar pleitos. Existe un documento dirigido por la ciudad de Assur a la de Kanesh solicitando su colaboración en la construcción de una muralla alrededor de aquella ciudad, para protegerla, lo que demuestra su papel hegemónico.

La dominación amorrita

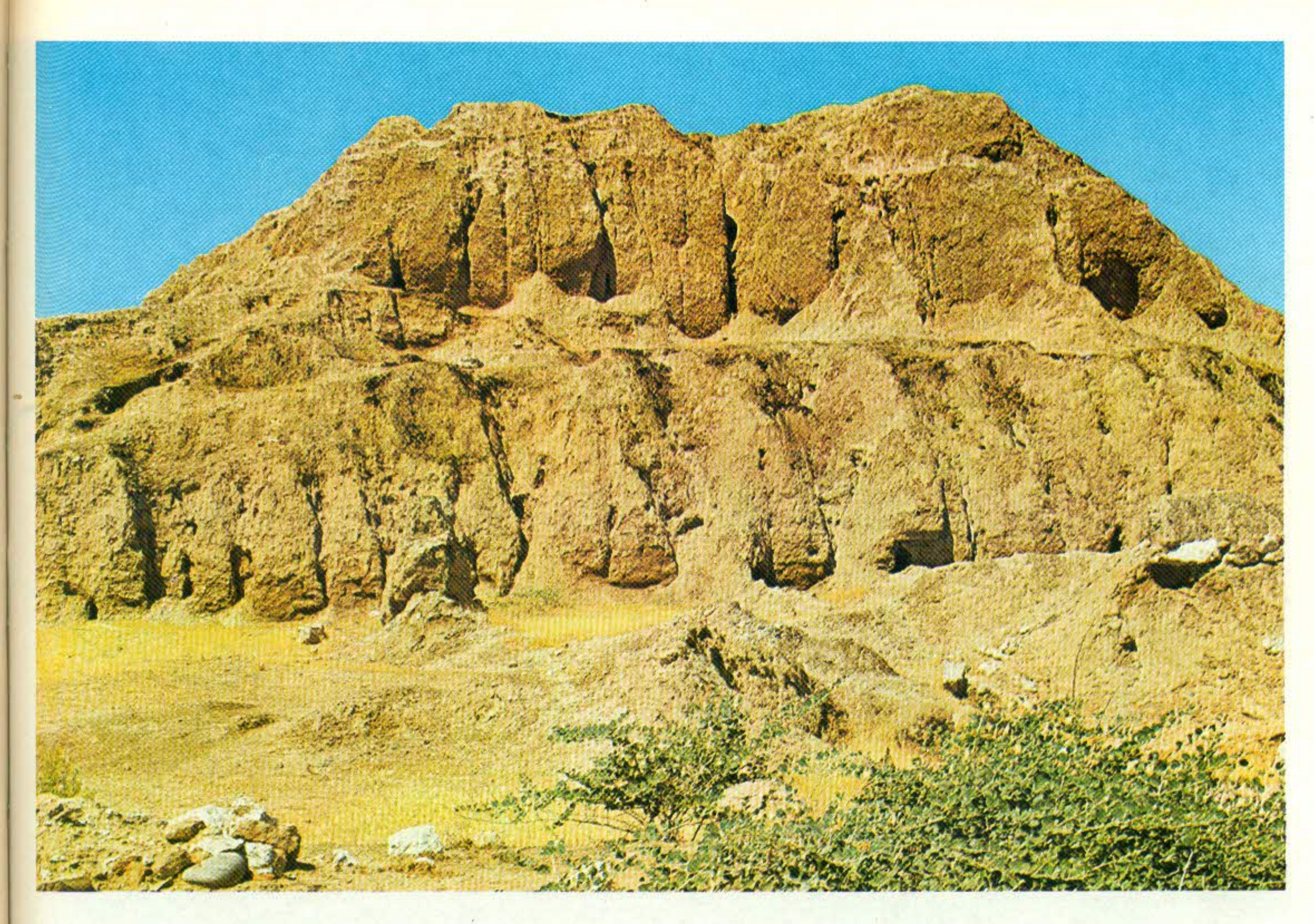
El mismo movimiento que elevó al poder a la dinastía de Hamurabi en Babilonia, afectó también al norte. El amorrita usurpador fue Shamshi-Adad, que aparentemente procedía de la ciudad de Terqa, situada en el Éufrates medio. Después de conquistar la ciudad de Assur, el usurpador se extendió aún más, incluyendo en sus dominios al reino de Mari gobernado por los amorritas, en el que instaló a uno de sus hijos en el trono. Luego se interesó por los territorios del norte y construyó una nueva capital en la región de Habur.

Aproximadamente en los tiempos en que Hamurabi accedía al trono, las posesiones de Shamshi-Adad se extendían sobre la mayor parte del norte de Mesopotamia, anticipando un modelo de lo que sería la posterior expansión territorial de Asiria. El archivo de documentos reales descubierto en el palacio de Mari informa de que Shamshi-Adad estaba en permanente contacto con Hamurabi, y entre las numerosas cartas que se refieren a las campañas militares se mencionan fuerzas de hasta 30.000 hombres. Hay incluso razones para pensar que el propio Hamurabi reconoció la soberanía de Shamshi-Adad. No obstante, las conquistas de éste no le sobrevivieron.

Poco después de la muerte de Shamshi-Adad, Mari fue reabsorbida por la dinastía amorrita, su antigua poseedora. Esto ocurrió poco antes de que el poderoso Hamurabi recibiera la sumisión del hijo de Shamshi-Adad, Ishme-Dagan, que gobernaba en Assur. Sea como fuere, el hecho es que los cambios políticos acabaron por cortar radicalmente el comercio con Anatolia.

La sumisión de Ishme-Dagan a Hamurabi fue el preludio de un período de declive de Asiria que duró varios siglos. Las fases oscuras que interrumpen la historia del mundo antiguo en el Próximo Oriente empezaron en Asiria más pronto que en





ninguna parte y duraron también más tiempo. La única fuente de referencia para la historia de este período es la lista de los reyes de Assur, que muestra una línea ininterrumpida de sucesión de padre a hijo, aunque no proporciona ningún dato acerca de su poderío, fuerza o debilidad.

Durante un considerable período de tiempo aquellos reyes de Assur no fueron más que vasallos tributarios. Un extenso archivo de tablillas de la ciudad de Nuzi, cerca de la moderna Kirkuk, demuestra que esta región, situada al pie de las colinas del este de Assur, era parte del dominio de los grandes reyes hurritas, como Mitanni o Hanigalbat, cuya capital estaba al norte de Mesopotamia, y Assur debió de formar parte de tales dominios. Más adelante, cuando la ciudad reaparece en la historia, su arte y su lengua muestran claramente la influencia de un largo período de dominación hurrita.

Nacimiento del estado asirio

Aunque los hechos que promovieron el intercambio de correspondencia entre hititas, hurritas y egipcios afectaba a Asiria sólo indirectamente, existen, no obstante, dos documentos de la colección que son significativos en este sentido. Asurubalit, rey de Assur hacia el año 1350 antes de Cristo, era lo suficientemente independiente de los primeros señores hurritas como para escribir al faraón por su propia cuenta. En una carta trata al faraón como un igual, y se refiere a sí mismo como «gran rey». Esto por otra parte, refleja el declive de los hurritas. En esta época no eran ya uno de los grandes poderes, sino virtualmente vasallos de los hititas, y éstos tenían escaso interés en recuperar para sí los territorios que los hurritas habían perdido, pues preferían su mantenimiento como un estado interpuesto contra el creciente poder de Asiria. Era inevitable que la expansión asiria se produjera hacia las áreas de antiguas posesiones hurritas. Desde que los dos inmediatos sucesores de Asurubalit impulsaron campañas militares en las montañas al norte y al este, se puede presumir que de aquella época data la reconquista de las tierras de la parte alta del Tigris, al norte de Assur, y especialmente el triángulo Tigris-Gran Zab.

Desde esas fechas en adelante, el modelo de la historia de Asiria, hasta su fin, unos 700 años más tarde, mantiene una

Arriba, ruinas del zigurat de Assur, del período asirio antiguo (II milenio antes de Cristo). Templo y observatorio astronómico, el zigurat se edificaba, junto con los demás edificios públicos, en la parte norte de la ciudad.

Página anterior, izquierda, tres figuras fenicias de marfil halladas en un palacio asirio. Los fenicios monopolizaron las vías comerciales del Oriente Medio y de la cuenca mediterránea durante varios siglos. (Museo de Irak, Bagdad.)

Página anterior, derecha, estatua de Asurnasirpal II (883-859 a. de C.), procedente del templo del dios Ninurta, en Nimrud. Sobre el pecho, una inscripción deja constancia del nombre y los títulos del soberano, y de las victorias militares que le llevaron del Tigris al Mediterráneo.



estabilidad casi monótona. Los períodos de conquista anteceden a períodos de declive y a reyes mediocres, hasta que un nuevo monarca poderoso restaura la grandeza del país y renueva las conquistas. De 1350 a 625 antes de Cristo, Asiria extendió su control por el sudeste de Asia, como hicieran varios siglos antes Egipto y Babilonia, y en cierto sentido también los hititas. Los tres reyes que siguieron a Asurubalit, es decir, Adadnirari I, Salmanasar I y Tukulti-Ninurta I, condujeron a Asiria al cenit de su poder en el segundo milenio antes de nuestra era.

El Imperio se expandió principalmente hacia el Mediterráneo, hacia el reino hurrita de Hanigalbat, nominalmente bajo protección hitita. No obstante, los reyes Adadnirari y Salmanasar fueron capaces de penetrar en territorios tan lejanos como el Éufrates, en Karkemish, área incorporada al Imperio asirio, e instalando gobernantes en las mayores ciudades. No parece que hubiera ningún intento hitita para revocar tal estado de cosas, un indicio seguro de que el poder militar de Asiria era internacionalmente reconocido. En una carta enviada a Tukulti-Ninurta I con motivo de su acceso al trono, el rey hitita intentaba disuadirle de una posible expedición a las colinas del norte, que los hititas consideraban como territorios propios. Sin embargo, la estable situación del oeste permitió a Tukulti-Ninurta ignorar el consejo, y durante mucho tiempo sometió a los pequeños principados hurritas, entre los cuales estaba Urartu, que llegaría a ser poderoso rival de Asiria en el primer milenio.

La mayor hazaña de Tukulti-Ninurta fue la captura de Babilonia, cuya soberanía Asiria había reconocido anteriormente. Provocado por el rey de Babilonia en una disputa fronteriza, le derrotó y sa-



Bajorrelieve del palacio de Asurnasirpal II, en Nimrud. Representa a las tropas asirias atacando a sus enemigos. Éstos, huyen por un río con la ayuda de flotadores hechos con pieles de buey. (British Museum, Londres.)

queó la ciudad. Sin embargo, aunque gobernó en Babilonia durante cierto tiempo, la ocupación fue problemática. La oposición de los babilonios fue muy activa y la empresa de gobernar Babilonia debió de ser excesiva para las posibilidades asirias.

Más tarde, durante el reinado de Tukulti-Ninurta, las fronteras asirias empezaron a desmoronarse de nuevo, y el asesinato del rey fue el preludio de otra sucesión de débiles e inestables monarcas. No obstante, el contacto con Babilonia revigorizó las tradiciones culturales y literarias de los asirios.

La amenaza aramea

Ya en tiempos de Salmanasar I, los nómadas del desierto arrasaban las comunidades agrícolas, y en la época de Tiglatpileser I constituían una seria amenaza. Éste, ayudado por la firme situación creada por su padre en el país en los primeros años de reinado, fue capaz de reconquistar las tierras del norte y del oeste, penetrando hasta el Mediterráneo, a pesar de que las veintiocho expediciones que tuvo que enviar al Éufrates para reprimir a los arameos demuestran la inestabilidad de la situación. Una crónica describe la

miseria y el hambre reinantes al final de su mandato, cuando Asiria fue invadida por las tribus arameas. No se sabe cuánto tiempo duró esta situación, pero cuando Asiria se recobró, la primera tarea de sus reyes fue aplastar la resistencia de los estados arameos.

El modelo de la agresión asiria se repetiría ahora miméticamente. Primero sobrevino la época de restauración del orden y la estabilidad en el propio Estado, y luego, con Adadnirari II (911-889 antes de Cristo) las fronteras fueron ensanchadas hacia el oeste, incluyendo aquellas tierras que Asiria consideraba suyas. El centro principal de resistencia fue el principado arameo, cuya capital estaba en la ciudad de Nisibis, en las colinas de Anatolia. Una vez que Nisibis fue capturada, la llanura del norte de Mesopotamia hasta Habur, cayó totalmente bajo la dominación asiria.

Tukulti-Ninurta II, sucesor de Adadnirari, dedicó sus energías a consolidar el orden interno de Asiria. No obstante, los nómadas del Éufrates medio eran todavía un foco de disturbios, y el rey llevó a cabo una exhibición de fuerza: después de marchar hacia el sur a través de las regiones del desierto, en donde sus tropas sufrieron grandes penalidades, consolidó la frontera con Babilonia y cruzó el Éufrates, a lo largo del cual marchó hasta alcanzar la confluencia con el Habur. Siguió entonces el camino hacia el norte a lo largo de este río, llegando hasta Nisibis y, tras una incursión por las montañas que la rodeaban, retornó a Asiria.

Asurnasirpal II

Aunque de acuerdo con sus propios registros históricos Asurnasirpal fue un gran conquistador, lo cierto es que no ensanchó de modo especial las fronteras de Asiria. No trató de imponer su gobierno al oeste del río Habur, aunque dominó el área y obligó a sus príncipes a pagar tributos. Más aún, sus penetraciones hacia el Mediterráneo, reconocidas por testimonios fenicios, no fueron más que un ejercicio de propaganda y se limitaron a la búsqueda de maderas para sus proyectos arquitectónicos. De hecho, la mayoría de sus campañas fueron dirigidas contra los distritos de las colinas que rodeaban a Asiria por el norte, consolidando y expansionando ligeramente el gobierno directo de los asirios. En el este y en el sur no hizo más que sus predecesores, prefiriendo confiar en el letargo de los reinos babilónicos y en la desunión de las tribus de las montañas.

Este monarca estuvo muy ocupado en asuntos internos del país, dejando en él huellas muy elocuentes de su reinado. En primer lugar, consideró que la capital, Assur, estaba mal situada. Se encontraba demasiado al sur, muy cerca de la frontera babilónica y excesivamente alejada del centro de cultivo de cereales. Así pues, cambió la sede del gobierno a Kalaj, entre el Tigris y el Gran Zab, allí donde existiera la antigua ciudad de Nínive.

Mantuvo Assur como capital religiosa de Asiria y transformó Kalaj en la capital secular, sede del comercio y la política. En una inscripción conmemorativa de la inauguración de su nuevo palacio, se explica la





construcción de un canal desde el río Gran Zab, al que se denominó «canal de la abundancia». Esta arteria fluvial irrigó las vegas del Tigris y facilitó la producción hortifrutícola, con toda clase de árboles frutales y viñedos. Estableció ofrendas periódicas a su señor Assur, así como para todos los templos del país; también adornó el palacio con maderas de varias clases, y para subrayar la importancia de la ciudad, construyó nuevos templos para albergar a sus dioses.

Los edificios civiles y religiosos se beneficiaron de una innovación artística: el relieve esculpido. Alrededor de las paredes de los aposentos reales habían planchas de piedra caliza en las que fueron talladas —a veces con soberbio detalle— las hazañas de los reyes en la guerra o en la caza, y aunque esta actividad artística fue el inicio de una larga serie, lo cierto es que la sencillez y vigorosa dignidad de sus escenas no fue superada posteriormente. Grandes leones de piedra flanqueaban la entrada de los templos, y los gigantescos guardianes en forma de toros alados en los pasillos del palacio, han permanecido como testimonio de la grandeza y poder del Imperio asirio.

Conquistas posteriores

Cuando Asurnasirpal murió, dejó a su hijo Salmanasar III (859-824 antes de Cristo) un territorio que incluía la mayor parte de la productiva y estratégica tierra situada entre el Tigris y el Éufrates. Las fronteras de Asiria se ampliaron lo suficiente como para mantener el país original entre el Tigris y el Gran Zab, libre de incursiones hostiles por parte de las tribus montanas, y el sistema de gobierno establecido por su padre permitió al nuevo rey dejar las fronteras del norte y del este bajo la eficaz autoridad de sus gobernadores provinciales. Además, las experiencias de los veinte años precedentes mentalizaron a los vecinos de Asiria en evitar cualquier provocación por su parte.

En estas circunstancias el principal objetivo de Salmanasar fue obtener el control de las lucrativas rutas comerciales que comunicaban Mesopotamia con Anatolia, así como la red de las ciudades fenicias del litoral mediterráneo. De modo similar a la oposición de los arameos respecto a sus predecesores, fue un rey de las fronteras del oeste quien resistió a las ambiciones expansionistas de Salmanasar. Ya en el reinado de Asurnasirpal se detectaba en aquellas regiones la presencia de un estado fuerte y hostil, conocido por los asirios como Bitadin, cuya capital, Til Barsip, estaba situada un poco hacia el sur de Karkemish, junto al Éufrates.

En una expedición de Asurnasirpal hasta el mar, el gobernante de aquel reino, Ahuni, declaró su vasallaje, sin que Asiria mostrara apetencias de conquista. Más tarde Salmanasar necesitaría tres ar-

Arriba, detalle de una estela que representa al rey Jehú de Israel rindiendo vasallaje al monarca asirio Salmanasar III (859-823 antes de Cristo). (British Museum, Londres.)

Página anterior, arriba, ruinas del templo de Nimrud. Detrás, la entrada del palacio de Asurnasirpal II (reconstruido). Al fondo, a la derecha, sobre la colina, el palacio de Asarhadon.

Página anterior, abajo, relieve procedente de Nínive y hoy, como tantos otros, en el British Museum de Londres. En él está representado Asurbanipal tomando parte en un combate.



duas campañas para extender su control hasta el Éufrates. Convirtió la antigua capital de Bitadin en la capital de una provincia asiria, dándole su propio nombre, Salmanasar. Desde entonces, la tierra entre el Éufrates y el Tigris no estuvo ya más fuera del control de Asiria.

Sin embargo, Salmanasar no estuvo aún satisfecho. Al sur y al oeste de las nuevas fronteras de Asiria existía un conglomerado de estados arameos, entre ellos Israel y Judea, que conocieron un período de gran prosperidad en los siglos precedentes, cuando ni Egipto ni Asiria ni ninguno de los estados anatolios disponían de fuerza para intervenir en sus asuntos. Éstos no serían observadores dóciles de la conquista de su país por los asirios.

No se conocen las razones por las que Salmanasar decidió atacar a los estados sirios. ¿Necesitaba acaso el control de las rutas de comercio, o bien acceder a los bosques de cedros del Líbano? ¿O fue simplemente impulsado febrilmente de una victoria a otra? Si se aprecia el enorme esfuerzo que incluso una pequeña campaña supone para la economía y la vida de un país, ya sea en hombres, caballos o material, los motivos asirios debieron ser importantes.

Cuando Salmanasar centró su atención hacia Siria y Palestina se encontró con una oposición mucho más dura de lo que seguramente esperaba. El gobernador de Damasco fue capaz de formar una coalición que incluía su propio enemigo del sur, Israel, y varios estados neohititas tan lejanos como Cilicia. En el año 853 antes de Cristo, Salmanasar lanzó una gran campaña contra Damasco, y en la batalla de Qarqar se encontró con una gran fuerza militar a la que Acab de Israel había contribuido con 2.000 carros de guerra y 10.000 soldados de infantería. Esta batalla no fue definitiva, y no sería hasta la muerte de Ben-Hadad de Damasco, que Salmanasar lograría romper la coalición negociando con Israel y las ciudades fenicias, aislando y derrotando al sucesor de Ben-Hadad, Hazael, en el 851 antes de Cristo. A pesar de todo, Damasco no fue capturada y Salmanasar acabó por desinteresarse del área oeste. Sin embargo, sí dedicó atención al sometimiento de los reinos del norte del Éufrates y de las montañas Taurus, ricas en metales. Estas campañas tuvieron como objetivo comprobar el crecimiento del mayor rival septentrional de Asiria, el reino de Urartu, que a pesar de las embestidas militares de los primeros años de Salmanasar, se transformaba rápidamente en una amenaza, especialmente desde que Asiria dependía de las montañas de la zona para sus vitales suministros de hierro y cobre. La inactividad de los últimos años del reinado de Salmanasar se debió en parte a su avanzada edad. Confió sus campañas, dos de ellas contra Urartu, a su general en jefe, y él se dedicó a apaciguar el descontento de sus súbditos, y tuvo que sofocar la rebelión dirigida por uno de sus hijos, al que su hermano y heredero al trono, Shamshi-Adad V, derrotó sólo después del asesinato de Salmanasar.

Adadnirari III

Shamshi-Adad V después de lograr imponer sus pretensiones por la sucesión al trono de su padre y reducir las ciudades rebeldes que aún se le oponían, su gobierno fue insulso: ni realizó grandes conquistas ni sufrió pérdidas territoriales significativas. Debió de morir muy joven, ya que, a su muerte, su hijo y heredero Adadnirari III era aún menor de edad y durante cinco años el país estuvo bajo la regencia de la madre del rey, Samuramat. El carácter de esta mujer era lo bastante enérgico como para que su memoria se conservara hasta los días de Herodoto (484-428 antes de Cristo), quien la cita en sus crónicas históricas con el nombre de Semíramis.

Adadnirari desplegó gran energía, y tan pronto como llegó a la edad de reinar reanudó las campañas militares destinadas principalmente a mantener las fronteras de Asiria tal como las dejara Salmanasar. Así, se dirigió varias veces al nordeste para someter a las tribus de la región del lago Urmia, consiguiendo intimidar a los pueblos de las montañas Zagros.

Sin embargo, su actividad se centró hacia el oeste, donde fue capaz de ampliar las conquistas de Salmanasar. En el año 805 antes de Cristo marchó hacia el oeste y en el 801 cercó y ocupó Damasco. Esto eliminó la oposición siria, y más tarde recibió tributos y obediencia de los estados hititas del norte, de las ciudades fenicias de la costa y, en el sur, de los filisteos y de Israel. No obstante, tales logros no deben ser sobreestimados. El área al oeste del Éufrates no fue nunca, de hecho, incorporada a Asiria propiamente dicha hasta el reinado de Tiglatpileser III, por lo que no son ciertas las noticias del propio Adadnirari adjudicándose su conquista. Los tributos que recibió tuvieron como objetivo entablar amistad y disuadirle de atacar y saquear más territorios, pero en ningún caso hubo anexión. Aunque Damasco estuvo sometida, lo cierto es que los asirios nunca entraron en ella militarmente, e incluso es dudosa la existencia de algún tratado entre ambas partes.

Ahora bien, aunque los éxitos militares de Adadnirari fueron menos impresionantes que los de sus dos grandes predecesores, su reinado no debe ser subestimado. Administrar un territorio es más difícil que conquistarlo. Adadnirari afrontó el problema del mantenimiento de tropas asirias bien equipadas en lugares muy distantes de su capital, al tiempo que sostenía un cuerpo de ejército para las eventuales campañas que periódicamente realizaba.

El centro militar del Imperio fue Kalaj, la moderna Nimrud. Bajo Salmanasar la sucesión de expediciones anuales se convirtió en algo tan regular, que el rey decretó la construcción de un enorme arsenal en un ángulo de la ciudad, diseñado con el fin de almacenar el armamento y servir como campo de entrenamiento militar en las vísperas de la partida hacia el frente. Este polígono militar medía aproximadamente 350 m^2 y el edificio central, excavado recientemente, es un excepcional testimonio de la compleja organización que exigía la máquina militar asiria.

El reinado de Adadnirari III está infravalorado en los tratados históricos usuales, pero las tablillas de arcilla que se han conservado nos muestran un cuadro de cómo funcionaba la maquinaria administrativa. El primer paso para la asimilación de un territorio al Imperio, consistía en la instalación de un centro urbano adecuado para el gobernador, que actuaba en todos lo asuntos como representante del rey. Al principio, sin duda, sus decisiones eran reforzadas por el aparato militar, pero gradualmente se desarrollaba una administración civil.

Uno de los principales factores que permitían a Asiria la anexión de nuevos territorios, era el potencial humano de que disponía y la exigencia a cada gobernador del reclutamiento de tropas para las campañas anuales. Cada provincia imperial suministraba al gobierno no sólo dinero, sino también mercancías de todas clases: maderas, textiles, metales, provisiones comestibles y animales, especialmente caballos para el ejército. Así, el gobernador de la provincia de Harran, al oeste del río Habur, fue requerido en una ocasión por Adadnirari para obtener seis caballos en cada ciudad o pueblo de su provincia, y unirse al ejército regular en una fecha fija para la campaña anual.

Como representante del rey, el gobernador tenía otras responsabilidades, aparte de los asuntos militares. Un rey era en todo momento la cabeza religiosa, militar y judicial del país. Era personalmente responsable de interceder por su tierra y sus gentes ante el dios nacional, Assur. Una carta suya dirigida a un gobernador y conservada hasta hoy expone las instrucciones de cómo evitar la posibilidad de una sequía. He aquí las palabras del rey a Manukimatassur: «Tú y el pueblo de tu provincia tenéis que celebrar una ceremonia de lamentación durante tres días delante de Adad [el «dios del tiempo»]. Rezad, purificad vuestra tierra y vuestros campos; quemad ofrendas y celebrad un ritual de purificación dondequiera que preveáis la existencia de un enemigo. Así te reconciliarás con Adad. Obrad inmediatamente».

Tiglatpileser III, el más importante de los reyes de Asiria, cambió el sistema de los gobiernos regionales, sustituyéndolo por unidades más pequeñas, que reducían el poder del gobernador pero le permitían un control más efectivo.

Tiglatpileser III

Desde que Tiglatpileser III (745-727 antes de Cristo) llegó al trono, emprendió la urgente tarea de restaurar el poderío de su país.

La principal amenaza residía en el creciente poder de Urartu. Mientras Asiria había sufrido graves disensiones internas, los reyes de Urartu extendieron su poder, mediante conquistas y alianzas, hasta territorio de Siria, flanqueando de este modo a Asiria por el este y el oeste. En su tercer año de reinado, Tiglatpileser derrotó a la coalición de Urartu en el oeste, poniendo fin a las interferencias de aquel reino, mientras que por otra parte procedía al sometimiento de Siria. En el año 732 antes de Cristo consiguió aislar Damasco, devastando Israel y Fenicia al sur, y creando así las condiciones para consolidar la hegemonía en todos los territorios del viejo Imperio.

Las hazañas de Tiglatpileser en el sur fueron igualmente notables. En la época de su acceso al trono las tribus nómadas de Caldea protagonizaban continuos disturbios en Babilonia. Inmediatamente el ejército imperial marchó hacia el sur, y después de derrotar a los alborotadores, confirmó en su trono al rey que gobernaba Babilonia. Unos años después, la muerte de este rey promovió nuevas revueltas, y Tiglatpileser mismo, tras destituir al usurpador caldeo, tomó «las manos del dios Bel», simbólica acción que le confería el reinado de Babilonia, llegando a la conclusión de que aquella era la única decisión capaz de asegurar la paz y la lealtad en Babilonia.

La dinastía Sargónida

En el siglo que siguió a la muerte de Tiglatpileser, Asiria atemorizó al mundo



Arriba, guerrero asirio, figura de marfil que procede de la ciudad de Kalhu, actualmente Nimrud, a orillas del Tigris. (Museo del Irak, Bagdad.)

Página anterior, prisioneros de guerra; bajorrelieve procedente del palacio del rey Senaquerib, en Nínive. (Louvre, París.)

circundante con su poder aparentemente invencible. Es por esto que resulta sorprendente la velocidad de su colapso. Los cuatro reyes de aquella época –Sargón II, Senaquerib, Asarhadon y Asurbanipal– fueron conocidos por egipcios, judíos, elamitas, persas e incluso por los griegos, como los lejanos jefes de los ejércitos que les oprimían.

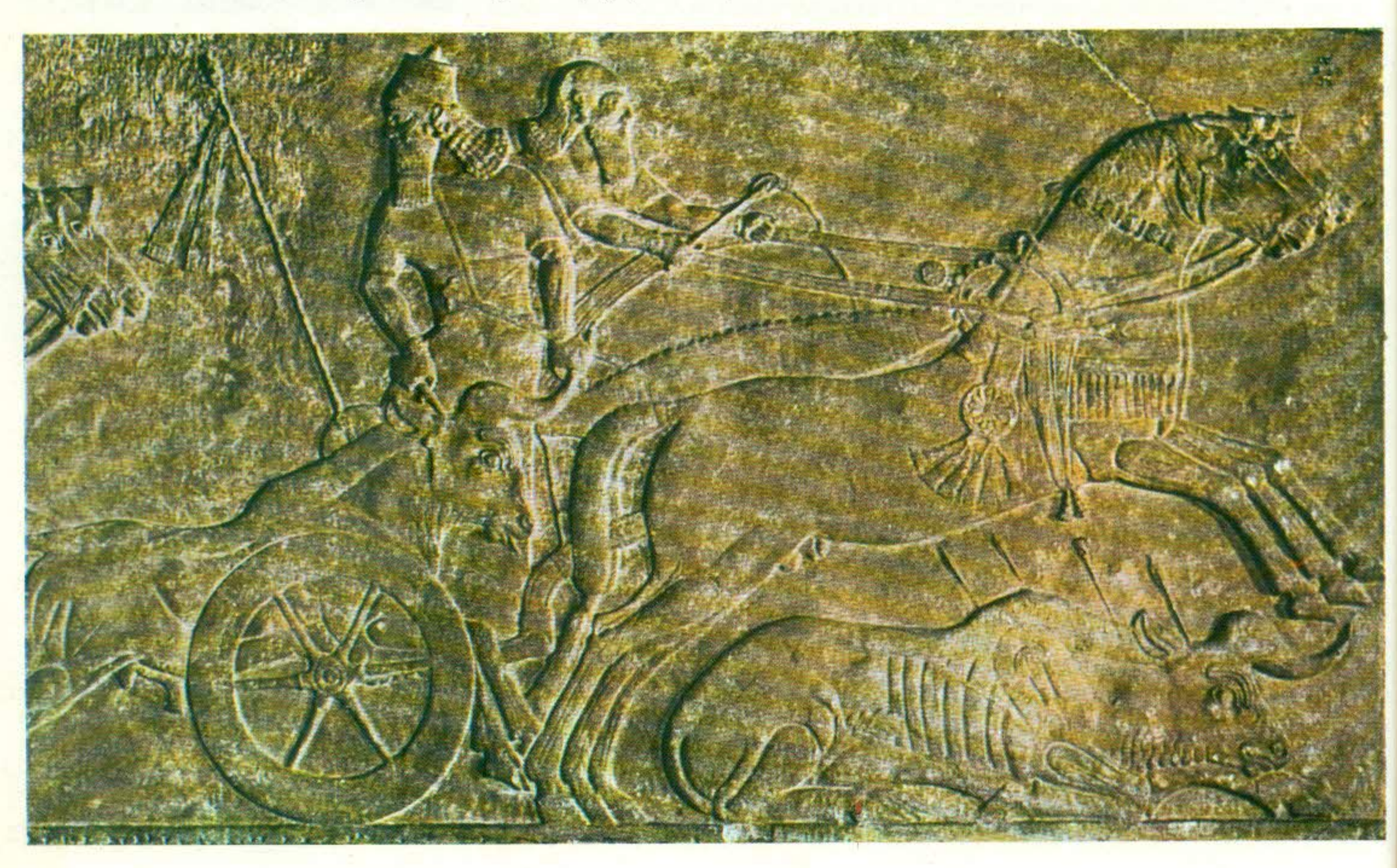
En el 722 antes de Cristo la capital de Israel, Samaria, fue tomada por los ejércitos asirios después de un cerco que comenzara Salmanasar V, predecesor de Sargón. Esta nueva conquista permitió a Sargón ignorar temporalmente la zona del oeste, dejando Judea como el mayor estado sin conquistar. Las dificultades en Babilonia centraron su atención, y tuvo que enfrentarse con numerosas revueltas entre las tribus del norte y del este, disturbios que acontecimientos posteriores demuestran que eran fomentados por Urartu. Durante el primer milenio Asiria mantuvo siempre una vigilante alerta frente a la presencia de un rival potencial en el norte. Cuando apareció debilitada, Urartu interfirió el área de influencia asiria. En cambio, cuando la fuerza de Asiria se hacía patente, Urartu buscaba la expansión de su poder en otras latitudes.

Con su centro en el lago Van, el dominio de los reyes de Urartu a veces se extendía al oeste del Éufrates y a las tribus del lago Urmia, y también alguna vez su soberanía fue reconocida en lugares más lejanos. Por el norte, su poder se prolongaba hasta el interior del Cáucaso. Aunque ni Asiria ni Urartu apetecían los territorios de su respectivo dominio, especialmente a partir de la cordillera de montañas que les separaba y que imposibilitaba casi por completo un ataque militar directo, sus intereses se enfrentaron en el este y en el oeste. En el oeste, Asiria, bajo Salmanasar V y Sargón, se había anexionado dos nuevas provincias en las ricas regiones metalíferas de los montes Taurus, y en el este cada país buscaba la forma de aumentar su influencia entre las tribus de la meseta irania, de las que ambicionaban sus excepcionales caballos.

En el año 714 antes de Cristo, Sargón salió hacia el nordeste en una rutinaria expedición punitiva contra las tribus iranias, que tras una sublevación destronaron un rey afín a los intereses asirios. Sin preverlo, Sargón se vio enfrentado contra una coalición que no sólo incluía las fuerzas de los dos principales capitanes que habían instigado la revuelta trival, sino también al rey de Urartu, Rusa, y su poderoso ejército. Prestando su apoyo a los iranios, el rey de Urartu ponía de manifiesto su hostilidad contra la presencia de Sargón en aquella región, y aunque éste no estaba preparado para enfrentarse a su más poderoso oponente, no obstante le atacó y derrotó. En su avance decidió presionar hacia la capital de Urartu, en el lago Van, y pese a que no intentó tomarla, saqueó sus alrededores, dejando el impacto de la firme superioridad asiria.

Poco después, se pactó una tregua entre las dos potencias. Sargón mantuvo una constante vigilancia en la frontera, y han llegado hasta nosotros muchas de las cartas enviadas por sus oficiales allí destacados –de los que su hijo Senaquerib era uno–. En ellas se informa de movimientos de tropas y de la vida en el interior de Urartu, así como de una terrible derrota infligida a sus habitantes por los cimerios. Estos últimos eran invasores procedentes de las estepas de Asia, que más tarde presionaron hacia el Asia Menor, y fueron alejados de Asiria gracias a la rápida reacción de Sargón en el año 705 antes de Cristo.

Sin embargo, Sargón murió en la batalla contra los cimerios. Le sucedió su hijo, Senaquerib, quien había prestado servicio en las fronteras del norte, organizando la resistencia contra Urartu. Sargón había construido una nueva capital al norte de Nínive, cuyos palacios y templos estaban ornamentados con los más suntuosos motivos decorativos que el Imperio podía suministrar. Sin embargo, aquella nueva capitalidad no gustó al hijo del rey, que al ascender al trono decidió establecerla en Nínive. Desde entonces en adelante esta ciudad fue la más importante del Imperio, y sus murallas, aún visibles, tienen una circunferencia de casi nueve kilómetros.





Arriba, toro alado con cabeza humana procedente del palacio de Sargón II, en Korsabad, siglo VIII antes de Cristo. Estas figuras flanqueaban las grandes puertas de entrada al palacio.

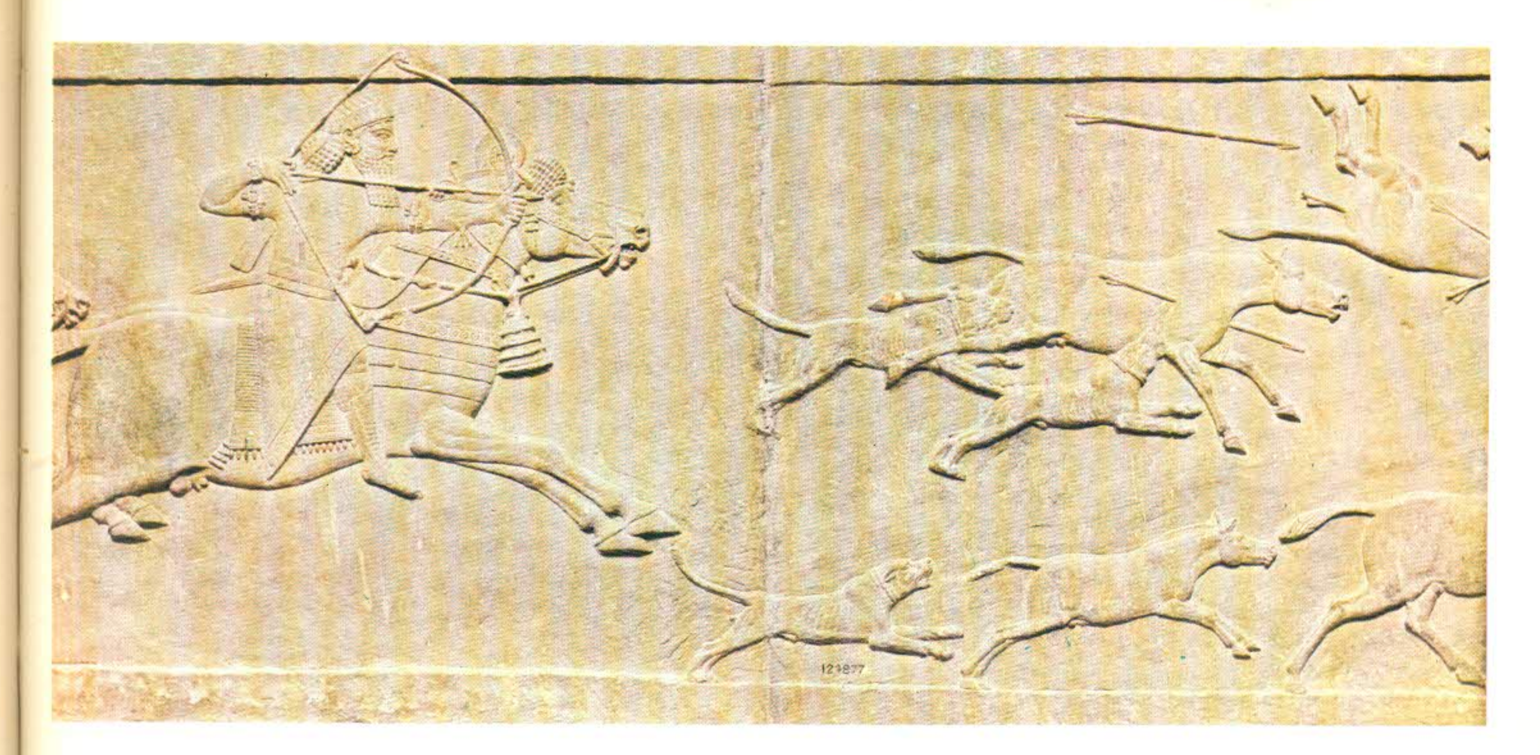
Izquierda, capitel decorado con la figura de un hombre-toro. (Museo Arqueológico, Teherán.)

Página anterior, bajorrelieve del palacio de Asurnasirpal II, en Nimrud. Sobre un carro de dos ruedas, el monarca acosa a un toro alcanzado ya por sus flechas. (British Museum, Londres.)

Asiria y el oeste

Durante muchos años el Éufrates sirvió como frontera oeste de Asiria, y las continuas revueltas en esta zona forzaron al Imperio a incorporar nuevas conquistas más allá de sus fronteras. Ahora la frontera ya no era tan propicia para una agresión contra Asiria. En el sur, el poder de Elam y el golfo Pérsico constituían un dique de contención para las ambiciones asirias. En el norte, Urartu y las regiones montañosas de Anatolia se convirtieron en barreras psicológicas. Hacia el oeste, una cadena de estados más o menos fuertes se extendían hacia Egipto, y la conquista de uno de ellos involucraba a Asiria en complicaciones con los restantes. El resto de países situados entre Asiria y Egipto se enfrentaban a un grave dilema: temer más la energía de Asiria o la proximidad de Egipto. Ezequías de Judá, el más poderoso de los reyes que todavía no se habían sometido a Asiria, se alió con Egipto. Sin embargo, tal como afirman los ministros de Senaquerib en el sitio de Jerusalén por los asirios: «No se puede confiar en una caña en mal estado, tal es vuestro caso para con Egipto; cuando un hombre se inclina, esta caña puede atravesarle la mano. Esto hará el faraón de Egipto con toda vuestra confianza».





Aunque Senaquerib no llegó a tomar la capital, el resto de Judá fue saqueada por el ejército asirio. Esta operación de castigo motivó que el rey de Judá rectificara su imprudente iniciativa y enviara al rey asirio una embajada que le ofreció su sometimiento. Con la excepción de la ciudad de Tiro, segura en su fortaleza isleña, la totalidad del oeste de Asia reconocía la supremacía de Asiria.

Sin embargo, esto no significó la paz. Había aún una gran potencia, Egipto, incitando a la agitación y a la desobediencia, y que obligó al rey asirio Asarhadon a dirigirse por dos veces hacia el oeste para sofocar revueltas. Finalmente, este rey decidió atacar Egipto, aunque respetó la ciudad de Tiro, aliada de los gobernantes del Nilo. Después de las victorias obtenidas en la región del delta en los años 674-673 antes de Cristo, Asarhadon reunió sus fuerzas para el asalto final. En el año 671 antes de Cristo derrotó nuevamente al faraón y ocupó la ciudad de Menfis, pero en las campañas posteriores para tratar de ocupar el resto de Egipto, el rey asirio enfermó y murió, lo que significó el final de la invasión de Egipto.

Esta fue la época de mayor expansión de Asiria. Los dos grandes centros de civilización, Babilonia y Egipto, estaban ya bajo su control, y todas las naciones del mundo —incluso los griegos— creían que Asiria era invencible. Sin embargo, Egipto estaba muy lejos de Asiria, y aunque Asurbanipal fuera capaz de reafirmar allí su autoridad, lo costoso del mantenimiento del dominio le indujo a nombrar príncipes locales sometidos a su poder. Con las campañas de los años 667 y 663 antes de Cristo, persistió en los intentos de completar la conquista de Egipto, pero nunca intentó incorporar definitivamente Egipto al Imperio. Cuando poco después del año 658 antes de Cristo el faraón Psamético expulsó a las guarniciones asirias de Egipto, Asurbanipal se abstuvo de intentar restaurar su posición. Es probable que la gran distancia que separaba a ambos países, la dificultad de imponer un gobierno a un pueblo con una civilización propia, y las preocupaciones por otros graves problemas, le convencieran de que no era factible mantener a Egipto como un territorio imperial.

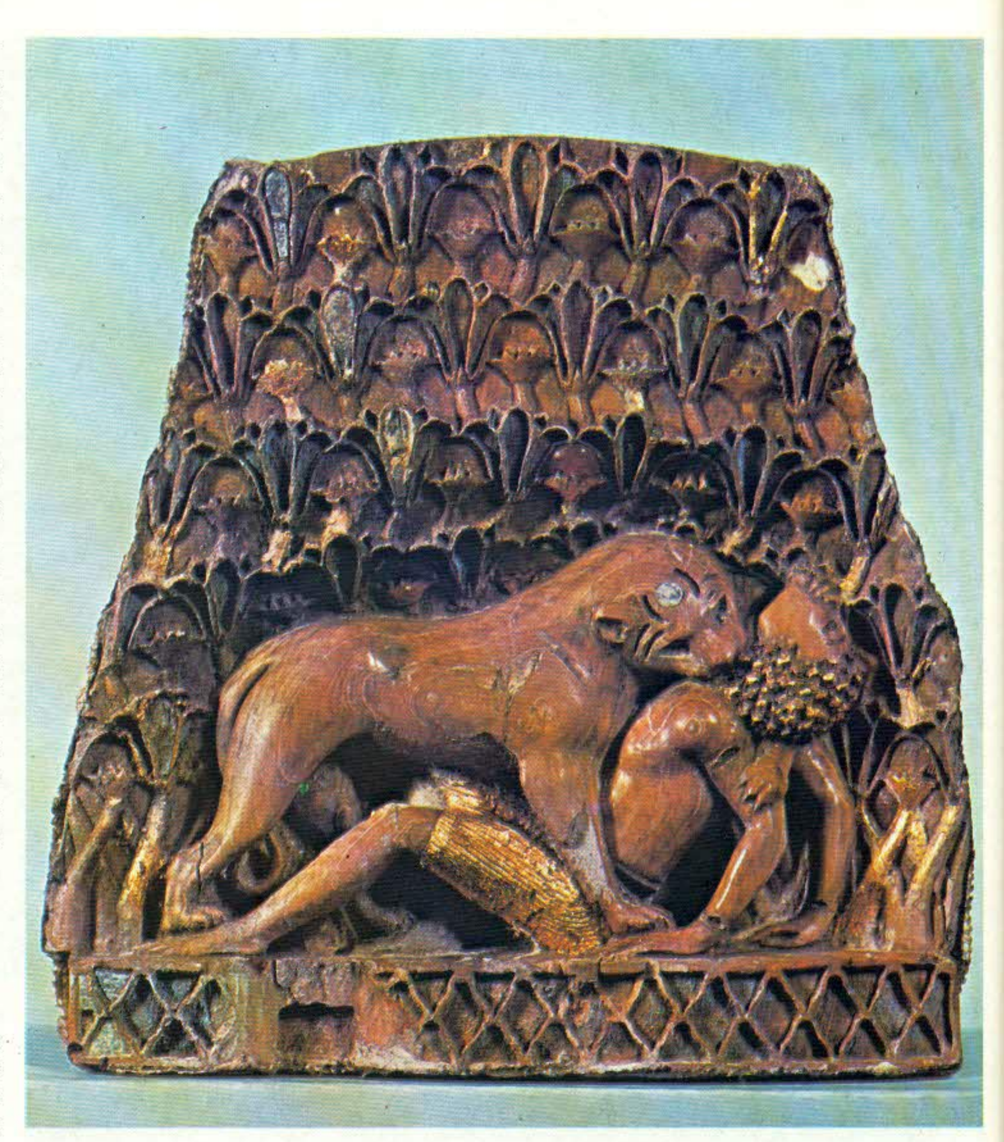
Cuando Tiglatpileser «cogió las manos del dios Bel», Asiria abrió en el sur un nuevo frente político. Sus derivaciones habían de constituir un problema agotador, y aunque inicialmente no fue difícil reducir la oposición de los caldeos, las posteriores actividades de un jefe llamado Marduk cambiaron la situación, pues consiguió aglutinar bajo su mando a varias tribus, y a la muerte de Salmanasar V, durante una campaña en el oeste, ocupó Babilonia y reclamó el reino para él. Al año siguiente, Sargón marchó hacia el sur para castigarle, pero fue recibido por un fuerte ejército formado por los aliados occidentales del rebelde y más concretamente por los elamitas, quienes detuvieron su avance de forma tan efectiva que el rey asirio se vio obligado a admitir la situación de Babilonia regida por el rebelde, a la espera de una coyuntura más oportuna. Ésta se produjo en el año 710 antes de Cristo, cuando Sargón, sin encontrar realmente una oposición tenaz y seria, dejó a Marduk magnánimamente como jefe de su provincia, convirtiéndose en rey de Babilonia.

Arriba, relieve que presenta una cacería de onagros o asnos salvajes. (British Museum, Londres.)

Página anterior, arriba, ruinas de Korsabad, ciudad situada cerca del actual Mosul, construida por orden de Sargón II en el siglo VIII antes de Cristo.

Página anterior, abajo, detalle de un bajorrelieve que muestra a Asurbanipal disparando sus flechas durante la caza. (British Museum, Londres.)

El generoso trato hacia el enemigo demostró su efectividad: hasta su muerte, Sargón no volvió a tener problemas con Babilonia. Su sucesor, Senaquerib, mantuvo el control militar de la ciudad. Sin embargo, en el año 703 antes de Cristo, Marduk volvió a plantear dificultades, asegurándose el apoyo de los elamitas e incluso de Ezequías, rey de Judá, pero la coalición fue derrotada fácilmente por Senaquerib. Éste instaló primero un rey babilonio títere, y luego eligió a uno de sus propios hijos y le dio el trono de Babilonia. Nuevas subversiones habrían de producirse por la recuperación combinada de Elam y las tribus caldeas, y en el año 689 antes de Cristo Babilonia cayó después de un largo sitio, agotada la paciencia de Senaquerib, cuyas tropas saquearon la capital llevándose al dios principal, Bel, a Asiria. Él mismo asumió el título de rey de Sumeria y de Acadia, y en sus últimos años confió el gobierno de las provincias del sur a su hijo, Asarhadon, a quien había designado como sucesor. En el año 681 antes de Cristo, Asarhadon le sucedió en el trono después de derrotar a los conspiradores que habían asesinado a su padre.



Asarhadon y Asurbanipal

A pesar de que durante su reinado no se tienen noticias acerca de la existencia en Babilonia de problemas importantes, lo cierto es que Asarhadon, asimilando las experiencias de los dos reinados anteriores, estuvo siempre atento a la posibilidad de propiciar un arreglo satisfactorio que fuera compatible con el orgullo de los babilonios. Puso gran cuidado en asegurarse de que tras su muerte el Imperio sería bien administrado. A su hijo mayor, Samashsumukin, le adjudicó el trono de Babilonia, mientras que Asiria –y por tanto, se trataba de una herencia de mayor poder– fue asignada a Asurbanipal. La sucesión fue realizada acorde con sus deseos, pero los herederos, que inicialmente mantuvieron relaciones amistosas, entraron al final en trágico conflicto.

Unos quince años después de la muerte de su padre Asarhadon, Samashsumukin comenzó a intrigar con los enemigos tradicionales de Asiria: Elam, los caldeos y otros pueblos nómadas, Palestina e incluso Egipto. El resultado sería la guerra, y a pesar de la extraordinaria resistencia de los babilonios, en el año 648 antes de Cristo las tropas de Asurbanipal entraron en la ciudad, finalmente vencida por el hambre después de un cerco que duró dos años. El rey de Babilonia evitó su captura arrojándose a las llamas de su palacio, saqueado e incendiado. Finalmente, Asurbanipal asumió la corona babilonia que retuvo sin disputas hasta su muerte, en el año 627 antes de Cristo.

La biblioteca personal de Asurbanipal en Nínive es un vestigio excepcional. Aparte de las reglas sobre la didáctica de la montura a caballo y sobre las artes de la guerra, en ella están registradas las experiencias personales del rey respecto a su aprendizaje de las lenguas y escrituras acadia y sumeria, en el sistema cuneiforme, e incluso se encuentra el tratamiento de algunos problemas matemáticos. Debemos agradecer el gran interés académico y cultural de aquel rey, pues esa biblioteca constituye la base del conocimiento actual sobre la ciencia y la literatura de la civilización mesopotámica.

Por otra parte, cabe señalar que al igual que ocurre en las modernas bibliotecas, los trabajos de referencia son los más voluminosos. Siguiendo las pautas marcadas por los escribas babilonios, los escribas asirios realizaron enormes recopilaciones de presagios y augurios, pues para ellos el más nimio acontecimiento podía comportar trascendentales significados –por ejemplo, el comportamiento de un animal– y en consecuencia debían ser minuciosamente analizados por los sacerdotes. Sin embargo, aparte de estas pseudociencias, se registraron otros temas de gran valor. En matemática, astronomía y química los babilonios y los asirios realizaron numerosos descubrimientos y transmitieron otros anteriores, y en los textos de la biblioteca de Asurbanipal se encuentran testimonios evidentes de un marcado interés por la ciencia.

Los textos literarios registrados por los escribas del rey asirio revisten un nivel de importacia similar, mostrando una mayor dependencia de las tradiciones sumerias conservadas por los escribas casitas de Babilonia. La epopeya de Gilgamesh basada en los relatos sumerios, constituye la más célebre realización literaria en lengua acadia. Pues bien, la historia de las crecidas fluviales en Asiria, elaborada siguiendo el mismo esquema narrativo de la epopeya acadia, con sus himnos, descripción de rituales religiosos, oraciones, la narración de encantamientos, vocabula-

rios, compilaciones gramaticales y jurídicas —todo ello de uso ordinario—, deriva de un relato sumerio, sin relación alguna con Gilgamesh. Los proverbios no derivaron del lenguaje vivo de la Babilonia contemporánea o de Asiria, sino de los originales sumerios con más de un milenio de antigüedad. Es un fenómeno similar al del uso del latín en la Edad Media, constituido en lengua erudita y diplomática, a pesar de que los pueblos ya no lo utilizaban como lenguaje cotidiano. En resumen, las leyendas, la historia y, de hecho, todo el sistema cultural de los asirios, fue heredado de la primitiva civilización sumeria.

La caída de Asiria

Faltan documentos del período final del reinado de Asurbanipal, de modo que resulta imposible juzgar hasta qué punto pudo haber declinado el poder de Asiria antes de su muerte. Sin embargo, a partir de esa época se sabe de la existencia de revueltas y agresiones generalizadas, y ni siquiera el buen gobierno de algunos de sus reyes fue suficiente para salvar el país de nuevos peligros que lo acechaban. En el año 612 antes de Cristo el rey de Babilonia, Nabopolasar, y su aliado, el meda Ciaxares, fueron capaces de conseguir el apoyo del ejército escita que antes había luchado contra ellos, y lanzar su ataque final contra Nínive. Después de tres intentos, la gran capital de Asiria cayó en manos de sus sitiadores. La «agonía de Nínive» es descrita en el Antiguo Testamento por el profeta Nahum del siguiente modo: «Tú, deidad de los pastores ¡oh, rey de Asiria! Tus nobles hijos morderán el polvo, tu pueblo será dispersado por las montañas y ningún hombre jamás lo podrá agrupar de nuevo. No hay cura para tus heridas. Tus heridas son mortales. Todos los que sientan tan sólo el rumor de tu existencia te maldecirán, porque ¿quién pudo olvidar nunca tus crueldades?»



La caída de Nínive fue un hecho irreversible. Sólo un resto del Imperio asirio se mantuvo por un tiempo en la ciudad de Harran, al oeste, pero sin ningún porvenir. El centro de gravedad de los acontecimientos pasó a los casitas, un pueblo de origen montañés cuyos dirigentes adoptaron la cultura de sus súbditos, impulsando conscientemente sus antiguas tradiciones.

No obstante, ni los casitas ni ninguna de las dinastías sucesivas, todas de corta duración, tuvieron la fuerza militar de Asiria. Aunque hubo épocas en el segundo milenio antes de Cristo en que Asiria reconoció abiertamente la superioridad de Babilonia, y a pesar de que ambos países sostuvieron constantes disputas sobre las fronteras de sus posesiones, Babilonia parece que siempre rehusó seguir la costumbre de la conquista militar, que tan natural había sido para los asirios.

Flanqueada en el este por el antiguo estado de Elam, en el sur y en el oeste por el mar y el desierto, y en el norte por Asiria, Babilonia tenía escasas perspectivas de conquista. Aunque la verdadera razón de la diversidad de comportamientos de Asiria y Babilonia tiene probablemente un origen en su propia realidad natural; Babilonia era extraordinariamente fértil, y las antiguas industrias tradicionales impulsadas por una vida comercial altamente desarrollada, contribuyeron a aumentar de manera fundamental la prosperidad del país. El poder de sus reyes no era tan absoluto como en Asiria, y éstos sabían que la guerra significaba inevitablemente un aumento de las dificultades para el comercio.

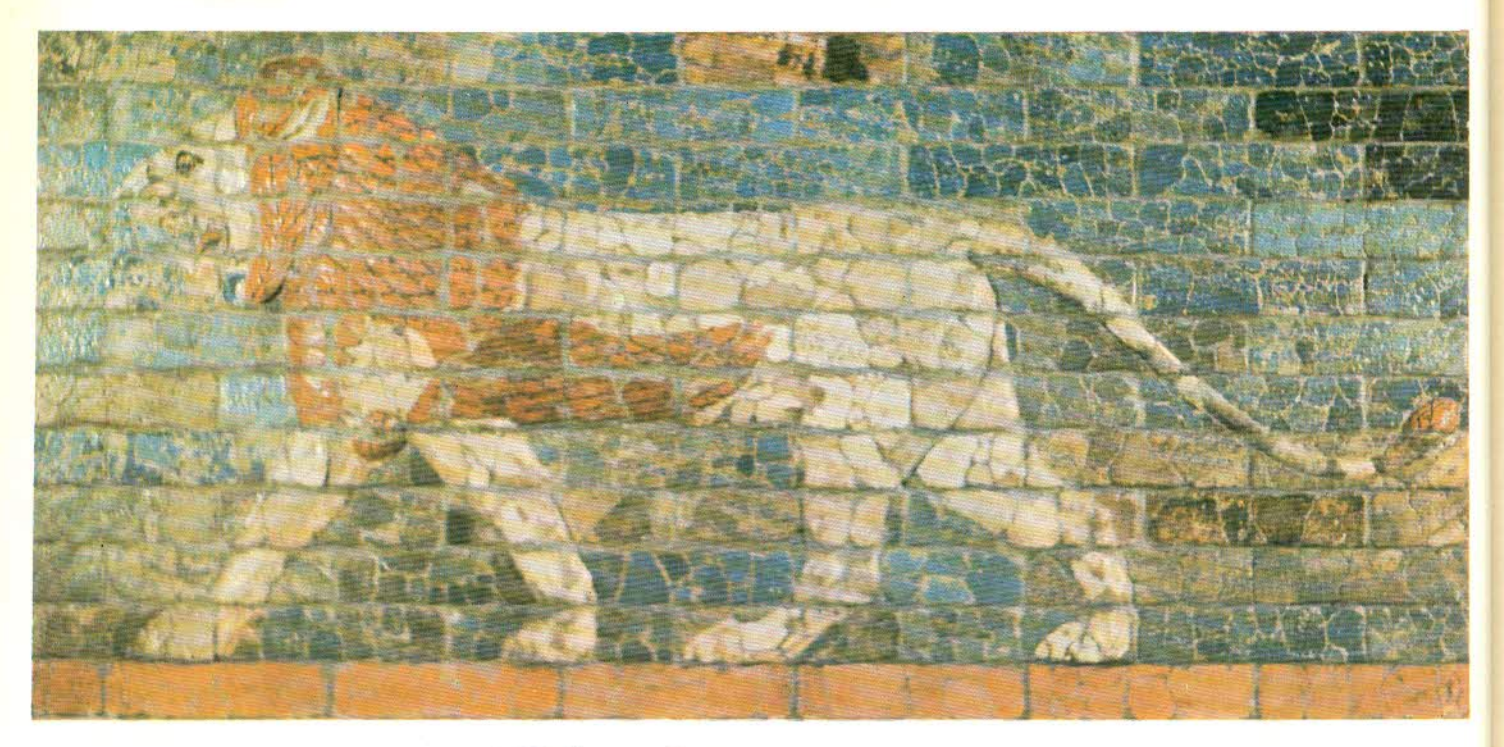
Los sacerdotes de los antiguos templos poseían grandes extensiones de tierra y deseaban tanto como las influyentes familias de mercaderes, que sus prósperas actividades no se vieran interrumpidas por la guerra; y aunque el reino de Babilonia cambió de gobernantes con frecuencia, la población en general no sufrió alteraciones de importancia en el ritmo de su vida sociocultural cotidiana. Por último, es necesario tener presente que la ciudad no



Arriba, estatuilla del dios Nabu, del siglo IX antes de Cristo. (British Museum, Londres.)

Izquierda, el demonio de la enfermedad, Pazazu, en una estatua perteneciente al siglo IX u VIII a. de C. (Louvre, París.)

Página anterior, placa de marfil que representa a una leona atacando a un etíope. (British Museum, Londres.)



sólo estuvo dominada por los reyes asirios, sino que fue frecuentemente sometida por usurpadores locales, de los cuales los más activos y temidos fueron los caldeos.

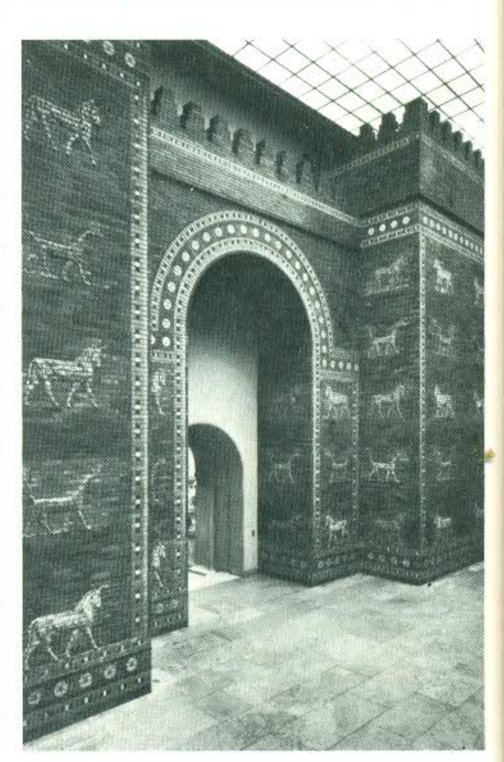
Cuando los arameos, que estaban emparentados con los caldeos, irrumpieron por el norte de Mesopotamia, los caldeos llegaron a ocupar las marismas del sur de Babilonia. Sumisos o rebeldes, según el momento, los caldeos no permitían una fácil cooperación. No disponían de verdadero interés por la paz, como los babilonios establecidos más al norte, y estaban dispuestos a obtener ventajas de cualquier situación para impulsar sus propios intereses. La muerte de Asurbanipal ofreció una gran oportunidad, y tras una violenta disputa con sus sucesores, que duró varios años, un jefe caldeo llamado Nabopolasar creyó ser lo suficientemente fuerte como para reclamar el reino de Babilonia, consiguiéndolo finalmente. Sin embargo, no satisfecho aún, ayudó a los medos en la captura de Nínive en el año 612 antes de Cristo, y en el año 605, es decir, siete años después, su hijo Nabucodonosor destruyó prácticamente al ejército egipcio en Karkemish, disolviendo de ese modo las últimas esperanzas de Asiria, con quien Egipto mantenía una alianza. Nabucodonosor persiguió a los egipcios hasta su frontera, e incluso pudo haberles perseguido más allá, de no haber sido por la noticia de la muerte de su padre. Una vez que hubo regresado apresuradamente a Babilonia, se aseguró el trono que nadie le discutió, pues se había mostrado como un digno y valeroso heredero: las nuevas conquistas de Siria y Palestina así lo atestiguaban.

Nabucodonosor

Nabucodonosor se encontró con una magnífica situación. En efecto, Asiria había sido marginada del escenario militar, los egipcios estaban reducidos en el interior de sus fronteras, y él mismo estaba aliado con el creciente poder de los medos en el este. Estos últimos controlaban las tierras del norte, y con el paso del tiempo avanzarían a través de las montañosas regiones del Asia Menor para enfrentarse a los lidios, el pueblo más poderoso en el oeste, en las tierras del río Halis. Allí, después de numerosas luchas, que no fueron decisivas, la frontera fue delimitada finalmente con la ayuda del arbitrio babilonio, y cada parte se conformó con su posición, orientando sus esfuerzos hacia otras perspectivas.

Con sus fronteras del norte y del este aseguradas por la alianza con los medos, Nabucodonosor tuvo libertad para tratar con el sudoeste, donde, una vez más, Judá, con el apoyo de Egipto, desafiaba al lejano reino de Mesopotamia. Sin embargo, al contrario que Senaquerib, Nabucodonosor estaba ahora en condiciones de castigar a los rebeldes. En el año 597 antes de Cristo fue tomada Jerusalén. Su rey, Jehoiachin, y algunos de sus habitantes fueron deportados a Babilonia, siendo instalado un nuevo rey, Zedekías, que mantuvo una política en favor de los babilonios. No obstante, el sentimiento nacional prevaleció y la hostilidad contra los ocupantes desembocó en una devastación similar a la que significó el final de Nínive. En el año 586 antes de Cristo la ciudad y el templo fueron saqueados y la población deportada en cautiverio a Babilonia.

El sistema de Nabucodonosor de oprimir brutalmente a los pueblos sometidos tenía una tradición entre los asirios, que habían descubierto que si la población sometida era desarraigada de sus tierras y desplazada a otro lugar, perdía entonces fuerza la voluntad de afirmación de su in-



dependencia. Por otro lado, las gentes procedentes de otros lugares para reemplazarles sabían de ese modo que su única posibilidad de supervivencia era obedecer al gran rey. De hecho, el procedimiento no era necesariamente inhumano. La documentación de los reyes de Asiria prueba



que éstos deseaban que los deportados estuvieran bien alimentados y vestidos. Las colonias judías en Babilonia florecieron, y se sabe que el rey Jehoiachin era objeto de un trato digno.

Como todos los reyes asirios, Nabucodonosor no era solamente un conquistador, sino que fue además un incansable constructor. Aunque estos monarcas nunca olvidaron las necesidades de Babilonia, la destrucción de la ciudad bajo el mandato de Samashsumukin y las continuas luchas intestinas por el poder que precedieron a la victoria final de Nabopolasar, la dejaron en un lamentable estado, indigno de ser la capital de un Imperio de la envergadura del asirio. Fue Nabopolasar quien empezó a aplicar ambiciosos proyectos de reconstrucción, pero los trabajos y las innovaciones más espectaculares las llevó a cabo su hijo Nabucodonosor. Éste procuró que Babilonia fuera recordada por la posteridad como la ciudad más hermosa del mundo antiguo.

Aproximadamente cien años después del fin de su reinado, un viajero y observador griego, Herodoto, tuvo ocasión de visitar la ciudad, entonces bajo el gobierno de los monarcas persas, y su comentario, que ha quedado registrado en los anales históricos, fue el siguiente: «Es la más espléndida de las ciudades conocidas por nosotros los griegos». Esta afirmación constituye un homenaje a la imaginación y empuje gubernamental de Nabucodonosor.

Los complejos y casi increíbles jardines colgantes constituyen una de las maravillas más asombrosas del mundo antiguo, además de los numerosos templos, palacios, murallas, carreteras, grandes portalones, e incluso un puente que cruzando el Éufrates permitía asimismo atravesar con rapidez la ciudad. De todos esos monumentos, el más espectacular que se ha conservado hasta nosotros es la llamada Puerta de Ishtar, que albergaba un camino procesional a través de las enormes mura-

Arriba, restos de los pozos que se utilizaban en los «jardines colgantes» de Babilonia, considerados como una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Página anterior, arriba, león en cerámica esmaltada del siglo VII antes de Cristo; junto a otras figuras de toros, serpientes y leones, animales sagrados del dios Marduk, adornaba las fabulosas murallas de Babilonia.

Página anterior, abajo, la Puerta de Ishtar, de Babilonia, construida durante el reinado de Nabucodonosor II. Está hecha, como las demás que rodeaban la ciudad, con ladrillos vitrificados de gran colorido y decorada con animales heráldicos. (Staatliche Museen, Berlín.)

llas. Construida con ladrillos vidriados, el conjunto simbólico de leones y dragones grabados, amarillentos y blanquecinos, constrasta con el fondo azulado. Esta perspectiva acompaña al viajero y observador a lo largo del recorrido, y le conduce a unas imponentes torres almenadas, las torres de la guardia real, levantadas sobre unos cimientos tan profundos como la altura de las mismas torres.

Herodoto describe con gran detalle la aparentemente inexpugnable muralla, así como otras maravillas: el famoso puente, los grandes templos de Marduk y de Bel, con su estilo escalonado. Esta estructura escalonada, similar a una pirámide —que debió haber sido el origen de la torre de Babel—, era una copia de la arquitectura sumeria de la III dinastía de Ur. En este sentido es necesario recordar que tanto Nabucodonosor como los reyes de su dinastía, que incluso emplearon la arcaica escritura sumeria, eran profundamente conscientes de su papel de herederos y restauradores de las glorias de la antigua Sumeria, así como de la de Babilonia.

Los sucesores de Nabucodonosor distaron mucho de alcanzar la potencia creadora de aquél. Es más, fueron en rápido declive hacia el final del Imperio. Avel-Marduk, hijo de Nabucodonosor (562-560 antes de Cristo) fue un hombre de carácter débil y murió víctima de un asesinato instigado por una conspiración palaciega, reemplazándole en el trono su cuñado Nergalsar-Usur (560-556 antes de Cristo). Éste fue algo más capaz que su antecesor, llegando a dirigir una expedición de castigo contra el rey de un pueblo tan lejano como el de Seleucia, tierra situada al oeste de Cilicia, en la Turquía actual. Pero lo cierto es que reinó poco tiempo; su propio hijo, Labashi-Marduk fue asesinado tan sólo un año después de acceder al trono, y éste pasó al que sería el último de los monarcas independientes de Babilonia, conocido con el nombre de Nabonid.

Nabonid

Nabonid es una de las más enigmáticas figuras de la historia. Se sabe con verosimilitud que era ya un hombre de avanzada edad cuando ascendió al trono, y que también era profundamente religioso. Por otra parte, algunos historiadores creen que le corresponden a él algunos de los actos de locura que la historia acostumbra a atribuir con excesiva superficialidad a Nabucodonosor. Según cuenta la leyenda, Nabonid habría tenido un extraño sueño durante el primer año de su mandato, según el cual las deidades babilonias le indujeron a que reconstruyera el templo del «dios de la Luna», Sin, en la ciudad de Harran, abandonado cuando los medas ocuparon la ciudad al final del Imperio asirio. Durante el sueño el rey objetó a los dioses que él no era precisamente un gran guerrero, y que los medos, militarmente más fuertes, poseían aún la ciudad. Sin embargo, éstos le respondieron que la victoria estaba asegurada de antemano, y que debía ponerse rápidamente en marcha. La visión onírica se cumplió, y el propio Nabonid ha dejado registrado el siguiente relato: «Al entrar en el año tercero, Marduk promovió que su joven devoto y servidor, Ciro, rey de Anzan, se levantara contra los medos. Fue él quien derrotó y dispersó a los medos con un pequeño pero valeroso ejército, y capturó a Astiages, su rey, a quien llevó encadenado a sus posesiones».

Nabonid llevo a término la tarea impuesta por sus dioses, pero las atenciones que prestó al dios Sin le granjearon la enemistad de los sacerdotes adictos a Marduk, en Babilonia, quienes conspiraron contra él, atribuyendo a su presencia en la ciudad la reponsabilidad de las plagas que asolaron la región en aquella época. Enfrentado con sus sacerdotes, el monarca decidió retirarse a la ciudad de Teyma, en la Arabia central, que fue siempre un reducto del culto al «dios de la Luna», y dejó como regente en el trono a su hijo Belsharussur, también conocido como Baltasar. Nabonid todavía vivió diez años más en la tranquilidad de su destierro voluntario.

Ciro

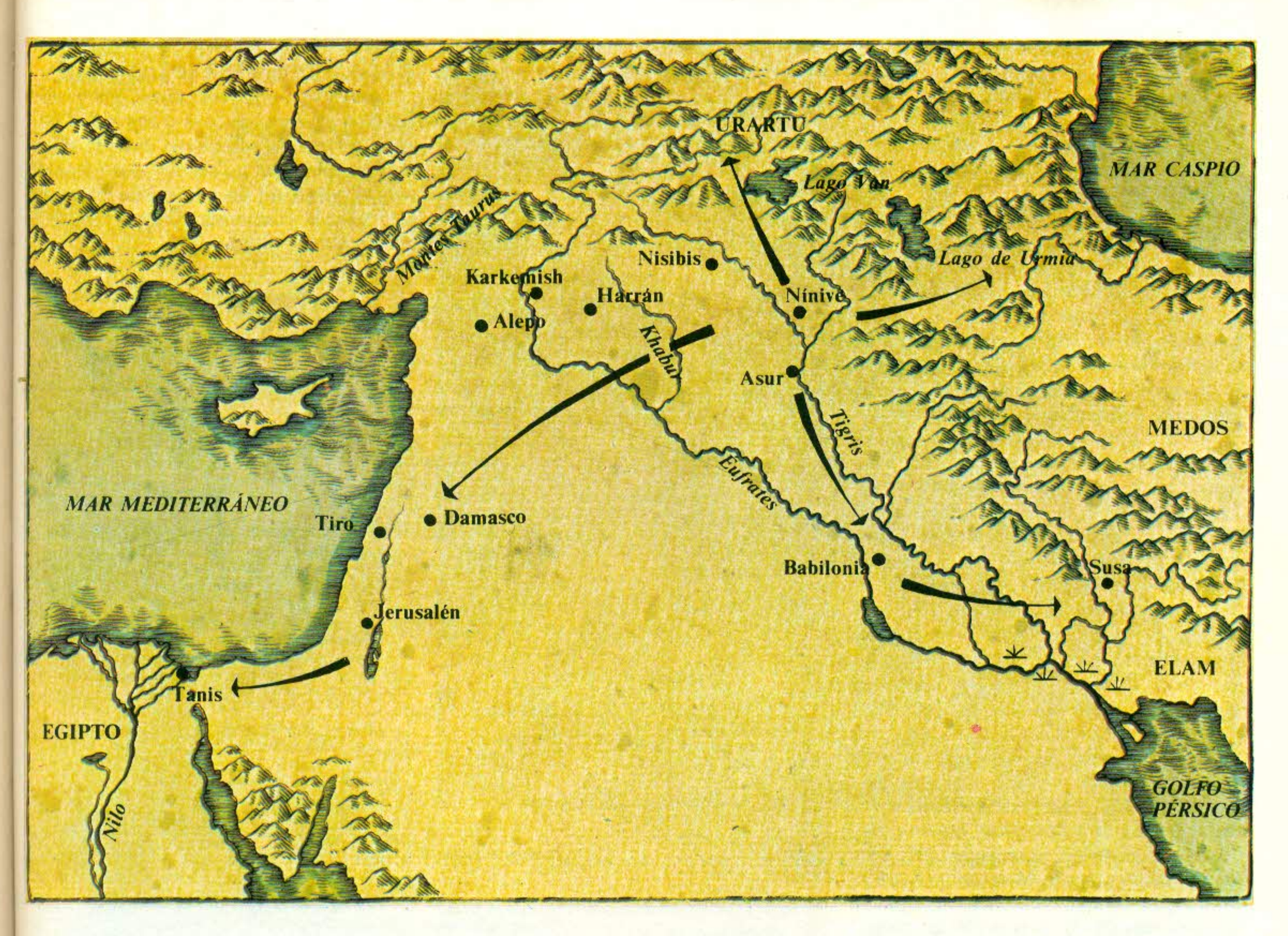
Durante el retiro de Nabonid, se produjeron en el Próximo Oriente importantes cambios políticos. Ciro, fundador del Imperio persa, había heredado las posesiones de los medos, y no tardaría en procurar ampliarlas el máximo posible. Un hecho decisivo que señalaba el poderío de los persas fue que el legendario reino de Lidia, que con tanto éxito resistiera siempre las acometidas medas, cedió a la presión militar persa y se derrumbó. En el año 547 antes de Cristo, después de un sangriento asedio, Ciro conquistó Sardes, su capital, y capturó al rey Creso. Con la mayor parte de Asia Menor a sus pies, y teniendo el mar como frontera por el oeste, el emperador persa dirigió su atención hacia el reino de Babilonia. La vieja amistad entre Persia y Babilonia comenzó, pues, a resquebrajarse.

La ambición de Ciro no tenía límites, y utilizando las mismas tácticas militares que empleara contra medos y lidios, decidió golpear directamente en el corazón de Babilonia. En el año 539 antes de Cristo, cuando Nabonid regresaba a Babilonia apresuradamente ante las amenazas que se cernían, el ejército persa derrotó fácilmente a una fuerza militar enviada para frenar su avance. Ciro y sus ejércitos no encontraron ninguna nueva dificultad en su progresión militar. La conquista de la ciudad de Babilonia sin derramamiento de sangre se produjo de modo tan fácil que los historiadores han llegado a dudar de que hubiera sido realmente así. Quizá haya algo de verdad en la explicación proporcionada por Herodoto acerca de que el emperador persa habría ordenado desviar el curso del río Éufrates para permitir a sus tropas entrar sorpresivamente en la ciudad a través del cauce seco, pero de todos modos el interrogante sigue en pie.

Es difícil desechar la idea de que la traición debió de desempeñar un importante papel en aquellos hechos. Lo cierto es que después de la conquista de la ciudad por Ciro, los nuevos dirigentes hicieron todo lo posible por confundir al pueblo, creando en torno a Nabonid una leyenda destinada a desacreditarlo; con ello, Ciro aparecía como liberador. En realidad, es posible que los sacerdotes de Babilonia, recordando las viejas querellas con su rey decidieran traicionarle, facilitando la entrada de las tropas persas. De todos modos, está fuera de duda que el vigor del Imperio neobabilónico en aquella época había disminuido considerablemente desde la muerte de Nabucodonosor.

El Imperio persa fue mucho mayor que cualquier otro anterior, uniendo a países y regiones que siempre fueron extrañas entre sí. En el oeste, los persas siguieron la estrategia de los asirios respecto a Egipto, extendiendo profundamente su Imperio por el oeste, tanto como por el este. A pesar de su nueva situación, Babilonia siguió floreciente. En la época que narra Herodoto, suministraba aún un tercio del grano de todo el Imperio, y por esta capacidad económica de sus habitantes los nuevos gobernantes persas respetaron las remotas tradiciones babilónicas. Sin embargo, es un hecho incuestionable que la importancia política de Mesopotamia había declinado definitivamente. La historia de la humanidad había rebasado ya los estrechos límites de los ríos Tigris y Éufrates, permaneciendo tan sólo el recuerdo de un pasado excepcional.

Entre los años 490 y 478 antes de Cristo, Grecia resistió repetidamente la avalancha de las invasiones persas. Esta resistencia, que constituye un factor de primerísima importancia para el desarrollo de la historia del mundo occidental, fue sin embargo para los persas un hecho de importancia muy relativa. Ellos única-



mente habían pretendido castigar a aquellos pequeños e insolentes estados que se habían atrevido a incitar a la rebelión a las ciudades y poblaciones situadas en el oeste de Anatolia.

Más gravedad tuvo para ellos, en cambio, la rebelión de Egipto, una fuente de riqueza indispensable para el poderío persa. Sin embargo, no podían ignorar el futuro papel que desempeñaría Grecia en la historia universal.

Alejandro y sus sucesores

En el año 334 antes de Cristo, Alejandro el Grande de Macedonia derrotó a los ejércitos persas en el oeste del Imperio, en tierras en las que los griegos habían vivido mucho antes de que se asentara Ciro. Éste probablemente no imaginó las incalculables consecuencias de la victoria helénica. Dos batallas, una en Siria y otra en el antiguo país asirio, bastaron para destruir por completo la resistencia del Imperio persa.

Las conquistas de Alejandro no se desvanecieron con su misteriosa muerte en Babilonia. Los griegos mantuvieron el dominio en esta ciudad durante la dinastía seléucida, fundada por uno de sus generales. Más importante aún que la victoria militar, fue la victoria cultural; los griegos llevaron consigo su filosofía, su ciencia y su literatura, de manera que Babilonia llegó incluso a perder su legendaria celebridad de ser el centro neurálgico de la cultura del mundo antiguo.

La dinastía seléucida no duró más que la persa, y su Imperio sería finalmente dividido entre romanos y partos. Roma se apresuró a apropiarse de las riquezas de Asia Menor y de Siria, pero su avance, rápido al principio, fue detenido en tierras de Armenia y Persia por la vigorosa oposición de los reyes partos. Allí donde romanos y partos se enfrentaron, sólo quedaron ruinas, hambre y miseria, devastando las regiones situadas en las orillas del Éufrates.

Fue en la legendaria Harran donde los partos infligieron una gran derrota al ejército romano, y aunque más tarde los romanos lograron imponer sus fronteras en el este, dentro de la antigua Asiria, lo cierto es que Partia, que había recogido la herencia belicista de los persas, fue siem-

Mapa del Próximo Oriente en la época de los reyes asirios.

pre un enemigo respetado por Roma; de hecho, el único que pudo sustraerse a la voracidad conquistadora del que sería gran Imperio.

Con el tiempo, los partos dieron paso a los sasánidas, fuertes oponentes de los emperadores bizantinos muchos siglos después. Cuando los sasánidas finalmente sucumbieron frente al poderío árabe, éstos situaron su capital en Bagdad, muy cerca de la legendaria Babilonia. Es a partir de entonces que el recuerdo de Mesopotamia y su importancia en la historia de la humanidad se disolvió de la memoria y el recuerdo. Habrían de pasar muchos siglos más y llegar al XIX para que los primeros trabajos arqueológicos y científicos permitieran rememorar las aportaciones culturales y humanas de aquellas civilizaciones.

Durante muchos años asirios y babilonios fueron considerados históricamente como los enemigos de Israel, según la Biblia. Sin embargo, las modernas investigaciones han permitido descubrir y reconstruir las principales características de una civilización de la que en los textos bíblicos no se halla alusión alguna salvo para anatematizarla como plaga de los judíos. En realidad, el mundo que revela el Antiguo Testamento no es más que una parte, pequeña, de aquella excepcional civilización. Durante más de 2.000 años surgen y desaparecen imperios, y es indiscutible que durante aquella época Mesopotamia era el centro del mundo científico, fuente de grandes riquezas y rectora de la civilización.

En realidad, la civilización occidental tiene dos eslabones principales con el Próximo Oriente: Grecia y la Biblia. Pero es fácil observar cómo Mesopotamia incide en el mundo bíblico, y el descubrimiento de un fragmento de la epopeya de Gilgamesh en la ciudad palestina de Meggido, permite reconstruir las vías a través de las cuales numerosas historias de la antigua Sumeria relativas al Diluvio han podido ser retomadas por el que fuera autor del libro del Génesis. La influencia sobre Grecia es menos clara. Pero cabe tener presente que durante el segundo milenio antes de Cristo la lengua acadia era utilizada en los medios diplomáticos como base de entendimiento entre los pueblos del Próximo Oriente, y que los griegos micénicos mantenían con estos pueblos estrechas relaciones comerciales.

Era inevitable que la cultura, las tradiciones y el lenguaje mesopotámico se difundieran más allá de sus fronteras. Es más que evidente la influencia egipcia sobre la cultura griega, pero rasgos del mundo intelectual del medio Oriente se encuentran también en el legado de Grecia, y debieron desempeñar un papel importante en la formación de la cultura helénica. Puede sentenciarse sin lugar a error que el denso mundo científico-intelectual de Grecia no hubiera sido posible sin la herencia dejada por Egipto y Babilonia. Sin los trabajos que sobre astronomía, química y matemática realizaron egipcios y babilonios, la epistemología griega hubiera encontrado grandes dificultades para configurarse. Y lo mismo cabría decir del arte.

Quizás el mejor homenaje que pueda hacerse a las numerosas y remotas civilizaciones que se sucedieron durante siglos en Mesopotamia, es señalar que constituyen el punto de partida de un progreso cultural que culminaría con la prodigiosa aportación de Grecia.

ASIRIA Y SU ENTORNO

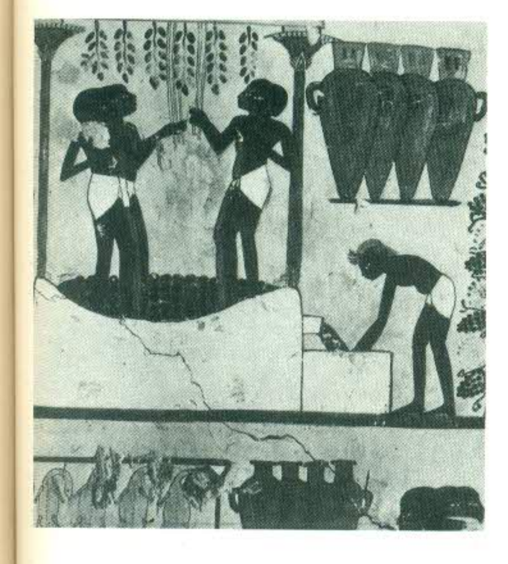
Año a.C.	Gobernantes asirios	Política interior y exterior	Cultura	Países vecinos
1200 1100	Asurdan I	Invasión de los «pueblos del mar» Incursiones asirias en Babilonia	Assur, capital	Invasión doria en Grecia Ramsés III
1000	Tiglatpileser	Asiria es atacada por arameos y gutis	Destrucción de los primeros templos y palacios	Emigración de medos y persas a Irán Fin del Imperio Medio en Egipto Daniel
900	Adadnirari II		Palacios y bajorrelieves en Tell-Halaf	Salomón Medos y persas avanzan hacia Zagros
800	Tukulti-Ninurta II Asurnasirpal II Salmanasar III Shamshi-Adad V	Asiria, centro del Imperio	Nínive y Kalaj, capitales Los cultos de Babilonia se propagan en Asiria	
700	Adadnirari III Semíramis (regente) Tiglatpileser III Sargón II	Nuevas conquistas de Asiria	Korsabad Estela de Sargón	Reino de Frigia Reino de Lidia
600	Senaquerib Asarhadon Asurbanipal	Invasión de Egipto Saqueo de Babilonia Asiria es devastada por los escitas Destrucción de Nínive	Nínive es nuevamente proclamada capital Florecimiento de la escultura Biblioteca de Asurbanipal	Fraortes, rey de los medos Ciaxares, rey de medos y persas

Año a.C.	Asiria y Babilonia	Anatolia y Palestina	Irán	Egipto
700 650	Senaquerib Asarhadon Asurbanipal Sublevación de Babilonia	Giges, rey de Lidia Invasiones cimerias	Ciro I	Dinastía Napata Captura de Menfis Saqueo de Tebas
600	Conquista de Babilonia Muerte de Asurbanipal Nabopolasar, rey de Babilonia Destrucción de Nínive Nebuzardan	Los lidios inventan la moneda Jeremías	Ciaxares, rey de los medos Alianza entre medos y babilonios	Resurgimiento de los saítas Psamético I expulsa a los asirios Necao II
550	Imperio neobabilónico	Cerco de Jerusalén Ezequiel Destrucción de Jerusalén Creso, rey de Lidia Ciro anexiona Lidia	Astiages Ciro II destituye a Astiages	Apries Amasis Culminación del poder saíta
500	Ciro conquista Babilonia Babilonia anexionada por el Imperio persa	Fin del cautiverio babilonio	Imperio persa Cambises Muerte de Cambises Darío I	Psamético III Cambises conquista Egipto

La civilización egipcia



La civilización del Antiguo Egipto se desarrolló en una de las áreas desérticas más áridas y extensas del planeta. Un área territorial que supera la totalidad de Europa. Este hecho pudo producirse única y exclusivamente por la presencia revitalizadora del río Nilo, que cruza esa zona prácticamente sin lluvias, desde el sur al norte del este africano, transportando las abundantes aguas procedentes del lago Victoria hasta la desembocadura en el mar Mediterráneo, tras realizar un recorrido de casi cinco mil kilómetros. En los remotos tiempos de la primera civilización, Egipto comprendía los últimos 1.400 kilómetros, es decir, la parte del



gran río que deriva corriente abajo desde la primera catarata de Asuán. A lo largo de la mayor parte de tan considerable trayecto, el Nilo había excavado una profunda y amplia garganta en el desierto, en cuyo fondo se había formado una espesa capa de arcilla, constituyendo un terreno de aluvión. Este fenómeno fue precisamente el que proporcionó al valle del Nilo su sorprendente fertilidad y transformó lo que hubiera podido ser sólo un interesante y peculiar fenómeno geológico, en una región agrícola densamente poblada.

El valle del Nilo finaliza en las proximidades de la ciudad de El Cairo. Su totalidad está incluida, como señalábamos más arriba, al norte de Asuán, y en los últimos cincuenta kilómetros forma lo que se ha convenido en denominar el Alto Egipto, que corresponde al antiguo reino de Shemau. Sin embargo, en la actualidad contiene sólo, aproximadamente, un tercio de la totalidad de la tierra cultivable de Egipto, porque más al norte el río se sale del valle y se abre hacia una gran bahía del litoral, hoy cerrada por completo a causa de la masa arcillosa de aluvión que forma un amplísimo delta, llano, en el cual el gran río se transforma en un conjunto de meandros, descomponiéndose en diversos brazos. Los dos brazos principales son el Damietta en el este, y el Rosetta en el oeste. Este delta, junto a un sector reducido del valle, constituye el antiguo reino de Ta-Mehu o el Bajo Egipto.

Las tierras cultivadas del valle del Nilo y del delta forman en la actualidad un paisaje llano e invariable de campos roturados, intensamente trabajados, cruzados por múltiples canales de riego y de drenaje, y salpicado por numerosas ciudades y pueblos sumergidos en los bosques de altas palmeras. La transición de los campos hacia el desierto es abrupta y, en cierto modo, sorprendente. De hecho, la civilización finaliza precisamente aquí, y ello es palmariamente visible. Más al este, la meseta desértica se eleva por encima del valle, con cierta suavidad y de modo gradual, hasta llegar a una recortada línea de montañas que bordean ya las aguas del mar Rojo. Por el oeste se extiende una

Arriba, bajorrelieve en arenisca que representa al dios Arsafes, de Heracleópolis (nombre griego de la antigua población egipcia Ha-Ninsu, al sur de Menfis), con apariencia humana y rostro y cuernos de carnero. El culto de los animales sagrados es antiquísimo en Egipto. (British Museum, Londres.)

Izquierda, labores oleícolas y vitivinícolas representadas en un fresco del Valle de los Reyes, en Tebas. Las tumbas de los faraones corresponden a las dinastías XVIII, XIX y XX.



tierra vacía, silenciosa, azotada por la ventisca, en la que el paisaje se limita a una sucesión de montículos de arena que progresan hasta la lejana costa del océano Atlántico, componiendo un desierto de casi cuatro mil kilómetros de longitud.

Una sociedad agrícola

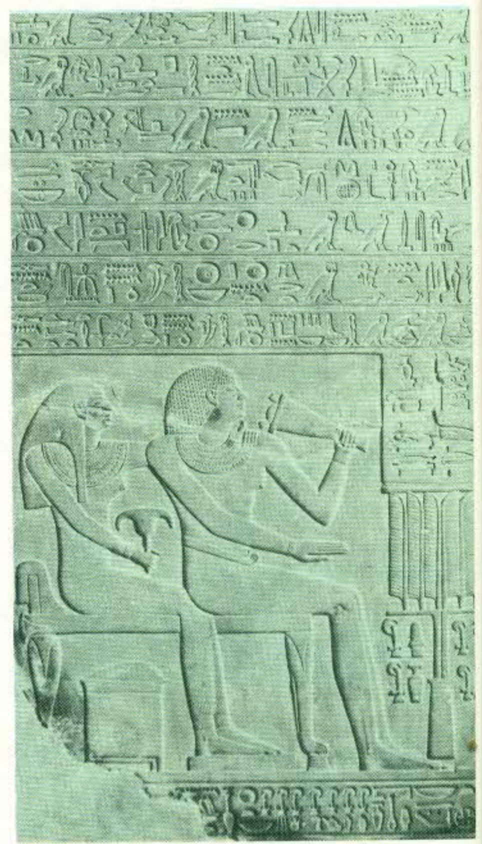
El Nilo recibe las aguas de dos ríos tributarios principales, el Nilo Azul y el Atbara; ambos descienden de las altas mesetas montañosas de Etiopía. Las pertinaces lluvias estivales etiópicas aumentan considerablemente el volumen de aguas de esos afluentes nilóticos, produciendo un incremento enorme de la cantidad de sedimentos, compuestos de un material sumamente rico en minerales. Sin la compleja red de controles hidráulicos construida desde mediados del siglo XIX, esta irrupción de aguas tributarias sería ya de por sí suficiente para inundar el valle del Nilo y el delta, formando un amplio pero poco profundo lago, por encima del cual pueblos y ciudades emergerían como islas enlazadas por caminos más o menos dificultosos.

El hecho es que con el retroceso anual de las aguas, en los meses de octubre y noviembre, la espesa capa de aluvión arcilloso permanece como producto residual. Si en ese momento se siembra sobre el terreno humedecido, con la ayuda de las condiciones creadas por el clima seco y cálido, en pocos meses, hacia marzo-abril, sin necesidad de riego, la cosecha brota fácilmente por sí misma. Después de la recolección, con la entrada del verano, la tierra se seca rápidamente y se agrieta, facilitando un curioso proceso de aireación y renovación que se encarga de disolver una excesiva acumulación de sales. En el antiguo calendario egipcio, las tres fases del proceso significaban las tres divisiones básicas en torno a las cuales se articulaba la vida humana: Akhet (inundación), Peret (crecimiento) y Shemu (sequía).

Este ciclo del Nilo es un fenómeno de la naturaleza, pero operando sobre él, la inteligencia humana puede extraer un rendimiento extraordinario. De hecho, se pueden construir presas que aíslen grandes lagos, y el campesino puede hacer que el agua empape profundamente la tierra antes de dejarla fluir. Esa misma agua puede ser elevada mecánicamente para irrigar áreas situadas por encima del cauce normal o almacenarla hasta el verano, para utilizarla cuando sobreviene la sequía y obtener así una segunda cosecha. Todo esto es posible, pero nos resulta difícil precisar hasta qué punto los antiguos pobladores de Egipto mejoraron el ciclo natural, y aún más las fechas de tales innovaciones técnicas.

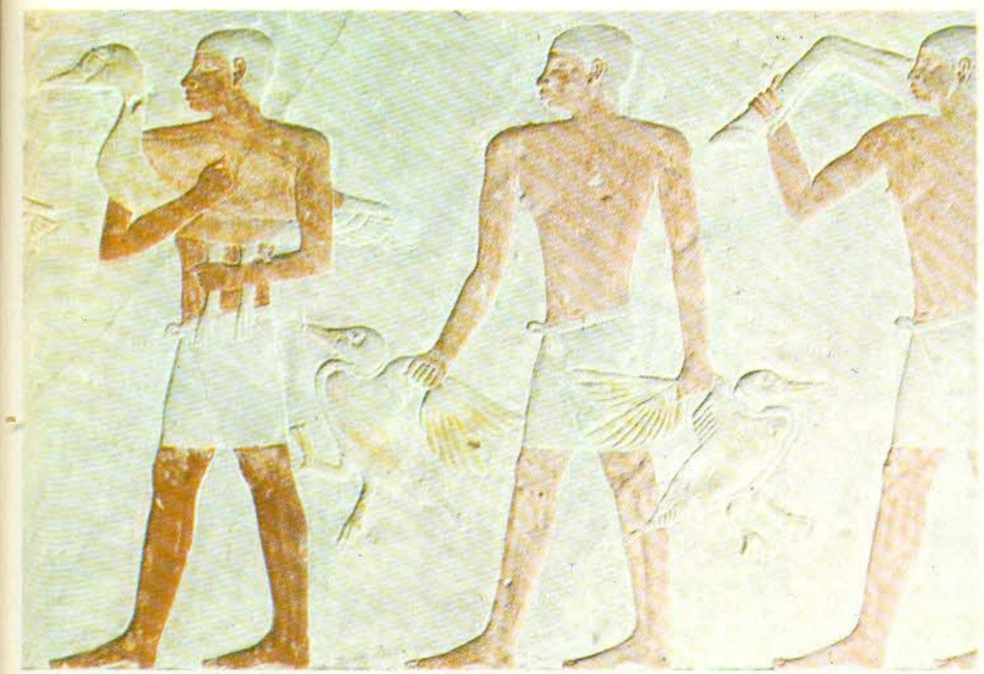
Cuando un río supera sus propias riberas, los sedimentos más pesados y densos se depositan primero, formándose a lo largo de las orillas del cauce una especie de diques naturales, que al observador le sugieren la idea de un canal. Se trata de un proceso irregular, puesto que el curso de un río es siempre variable e imprevisible, y por ello algunos de esos diques naturales quedan únicamente como accidentes del terreno, como terraplenes de la llanura inundada por las aguas. En el valle del Nilo y en el delta habrían existido lugares idóneos para los primeros agricultores, pero la expansión de la agricultura hacia la llanura exigió la aplicación de ciertas técnicas de drenaje basadas en la excavación de canales, pues los diques naturales a que hemos aludido más arriba tenían forzosamente que retener las aguas de la inundación.

Sin embargo, parece imposible que aquellos primitivos agricultores tuvieran



que afrontar el desafío de una jungla pantanosa, espesa, hostil y permanente. Las únicas ciénagas permanentes debían de haber estado delimitadas hasta el mismo borde de las llanuras inundadas, a lo largo del desierto, zona donde quedaba depositada una menor cantidad de sedimentos, siendo por tanto más bajo el nivel del terreno. Las ciénagas tan prolíficamente representadas en las pinturas de las tumbas antiguas como refugio y sede de la caza salvaje, debieron formarse en esta zona.

La irrigación mecánica debió de ser una alternativa necesaria sólo cuando una





Arriba, interior de una pequeña vasija de arcilla perteneciente al período Naqada, a principios del IV milenio a. de C. El dibujo representa cinco hipopótamos en círculo y cinco ramos de palma que se unen en el fondo de la copa. (Museo Egizio, Turín.)

Izquierda, relieve en la tumba de Akhihetep (hacia 2500 a. de C.), cerca de Sakkara. A juzgar por las ofrendas que aparecen en los grabados, la importancia social y la riqueza de este faraón debieron de ser notables. (Louvre, París.)

Página anterior, izquierda, detalle de un sarcófago correspondiente al Imperio Medio. La extraordinaria fertilidad del valle del Nilo permitió el desarrollo de todo tipo de actividades sedentarias, incluida la cría de vacunos, impropia de un clima tan cálido.

Página anterior, derecha, estela funeraria de la XI dinastía. El relato descriptivo es uno de los sellos característicos del arte egipcio durante el Imperio Medio. (Museo Pushkin, Moscú.)

sola cosecha anual resultaba insuficiente para satisfacer la demanda de alimento por parte de la población. Y, de hecho, el único recurso técnico conocido por los antiguos egipcios era el *shaduf*, un primitivo y poco eficaz invento todavía usado hoy en algunos lugares. Éste no podía ser más simple: un poste horizontal giratorio con un contrapeso en uno de sus extremos y una especie de recipiente a modo de cubo en el otro extremo. Este ingenio puede considerarse como de una antigüedad inmemorial, aunque no aparece en Egipto hasta después del siglo XVI antes de Cristo, sin que pueda citarse documento alguno, pictórico o literario, que testimonie su existencia y uso.

Solamente se han encontrado representaciones de irrigación de jardines, no de tierras roturadas, lo cual sugiere que la cosecha anual producto de la acción de la inundación natural era suficiente para la economía de las gentes del Antiguo Egipto, aunque es necesario señalar que en algunos textos hay indicios de la existencia de una segunda cosecha, probablemente limitada a las riberas del río y otras zonas que debieron ser irrigadas manualmente.

Las cosechas cultivadas eran muchas y muy variadas. Los productos más importantes eran la cebada y una variedad del trigo denominada *emmer*. También revestía importancia la planta del lino, utilizada para las manufacturas textiles, así como numerosas variedades de frutas. Por otra parte, las tierras de pasto eran suficientes para mantener numerosos rebaños de vacas, corderos, carneros, cerdos y patos. Del río y de las ciénagas periféricas se obtenían, mediante caza, valiosas aves salvajes y pescado. De hecho, la civilización egipcia debió parecer a los pueblos próximos excepcionalmente fértil y próspera.

Los datos arqueológicos

La geografía de Egipto ha ejercido una influencia muy marcada en su legado arqueológico, y las condiciones climáticas han permitido su perfecta conservación. Sin duda, los antiguos egipcios eran conscientes de los sorprendentes efectos conservadores de la arena seca, y al igual que sus sucesores, prefirieron siempre enterrar a sus muertos en las márgenes arenosas del desierto, mejor que en suelos húmedos. En las zonas en las que se formaban centros de población, en tierras húmedas, el entierro más sencillo era hecho en el propio lugar, es decir, en terreno húmedo.

Junto con el cuerpo del finado, era costumbre enterrar los artículos de uso común o especialmente apreciados por aquél, con el objeto de que pudieran serle útiles en el más allá. A menudo, los parientes de un muerto colocaban en su tumba, de modo más o menos regular, provisiones y ofrendas especiales, y las capillas mortuorias contienen textos conmemorativos y religiosos, así como representaciones pictóricas de una vida feliz, reflejando las aspiraciones del fallecido. Así pues, se dispone de una considerable cantidad de información acerca de las ideas y prácticas funerarias de los egipcios, deducidas de una vasta acumulación de documentación ilustrativa muy bien conservada y depositada en museos de todo el mundo.



Sin embargo, aunque ese material contiene muchos datos que son esenciales para el estudio de la vida en el Antiguo Egipto, de hecho resulta insuficiente. La pintura hallada en una tumba puede mostrar a los artesanos trabajando, e incluso detalles de herramientas usadas por ellos, pero no permite, por ejemplo, conocer el lugar en el que se realizaban estos trabajos, las características del taller en cuestión, la cantidad de personas que trabajaban en ellos, o los procesos tecnológicos que desarrollaban. Solamente el hallazgo y la minuciosa investigación de verdaderos talleres, en los que existan datos acerca de las profesiones que se practicaban y sobre la administración de los mismos, puede proporcionarnos respuestas ciertamente verosímiles.

Probablemente, la demanda de tierra cultivable en el Egipto actual sea mucho más alta que lo fuera antaño, localizándose la mayor parte de las ciudades y pueblos en la fértil llanura que inunda periódicamente el Nilo. Ahora bien, no existen razones para considerar que en los tiempos antiguos la situación fuera distinta. Seguramente fue aún más acusada esa tendencia a la concentración humana en aquellas zonas, pues por otra parte, con el escaso desarrollo de las comunicaciones, el Nilo era entonces el principal medio de transporte, y debió tener una gran influencia en el emplazamiento de las ciudades. Las terrazas naturales debieron aportar los lugares ideales para la organización de los primeros núcleos estables, pero el proceso de sedimentación periódica de los materiales de aluvión debió producir efectos de uniformización y elevación gradual del terreno; de ese modo, en algunos lugares el suelo ha recubierto profundamente los restos arqueológicos, dificultando así su localización. Así pues, la mayor parte de las antiguas ciudades y aldeas deben encontrarse debajo de los actuales suelos cultivables, y debajo también de las ciudades que hoy se yerguen por doquier. En cualquier caso, la dificultad de su localización e investigación resulta obvia, a pesar de lo cual ha sido posible el hallazgo de algunas poblaciones.

A esas dificultades habría que añadir otras que, en última instancia, tampoco han sido obstáculo para ulteriores trabajos arqueológicos. El residuo orgánico denominado *sebakh*, acumulado en las cercanías de las antiguas ciudades, es una fuente excepcional de fertilidad agrícola. Generaciones de campesinos cavaron infatigablemente los suelos en busca de aquel producto, destruyendo inconscientemente todo lo que hallaban a su paso. Por otra parte, el hecho de que los cementerios y tumbas contengan apreciables testimonios del pasado remoto, a menudo perfectamente conservados y en lugares de relativamente fácil localización, ha determinado que gran parte de la actividad arqueológica se haya centrado en el área de los restos funerarios. Las excavaciones en entornos urbanos han tropezado con las dificultades de encontrar los restos a menudo parcialmente inundados, o bien destruidos por los buscadores de *sebakh*, que dejaron los restos de alfarería o cerámica reducidos a toscos fragmentos de escaso valor estético. Más aún, estos enclaves, que constituyen la única esperanza de poder llenar los grandes huecos de nues-





tro conocimiento acerca del tema, están amenazados por la creciente expansión de una población en rápido crecimiento.

En esas condiciones, resulta fácil trazar una detallada historia de las pirámides y de otros tipos de monumentos funerarios, pero la documentación que se posee sobre centros urbanos se limita a unos pocos hallazgos realizados en los confines lindantes con el desierto, que, por otra parte, debieron de ser pequeños núcleos de población poco representativos, y además difíciles de precisar cronológicamente, pues abarcan un período de 3.000 años.

Sin embargo, sería muy arriesgado concluir que la gran civilización egipcia no dispuso de grandes ciudades y de pueblos comparables a las de otras civilizaciones. Así pues, la extensión de la urbanización en el período prehistórico, por ejemplo, no se puede juzgar por los escasos o casi nulos restos descubiertos en los márgenes del desierto.

En los conocimientos actuales sobre la antigua civilización egipcia, persisten aún enormes lagunas. Algunas podrán solventarse con nuevos hallazgos; otras, en cambio, puede que por desgracia sean permanentes.

La escritura egipcia

La civilización egipcia se basó en la escritura, es decir, en el desarrollo de una gran habilidad para expresar gráficamente los sonidos del lenguaje. Sin embargo, existe una gran incertidumbre respecto a las relaciones del lenguaje hablado en el Antiguo Egipto con las lenguas de otros pueblos, aunque hay indicios de que existieron mutuas influencias con lenguas semíticas del oeste asiático, por más que el sistema de representación gráfica utilizado es exclusivamente autóctono, ya que era básicamente fonético. Muchos de los signos utilizados, dibujos de objetos reales, tales como aves, otros animales o utensilios, tenían estrictamente la función de facilitar la identidad de determinados sonidos.

Como técnica de simplificación máxima, cabe señalar que las vocales eran omitidas, y que sólo se escribían las consonantes. Por ejemplo, la palabra que significaba «un cesto» –que contenía dos consonantes–, podía ser utilizada también para escribir cualquier otra palabra que contuviera iguales consonantes y en el mismo orden que en la palabra anterior; estas consonantes estaban igualmente presentes en palabras como «señor», «propietario», y en los adjetivos «todo» y «cada uno». Era pues, el contexto de la frase representada el que indicaba al lector el verdadero significado de la palabra entre las varias posibilidades existentes; para ayudar a una mejor comprensión a veces se añadía un símbolo que indicaba la categoría general a la que pertenecía la palabra, de ese modo, dos piernas andando identificaban un verbo en movimiento, o

Arriba, estatua de Mentuhotep en el templo de Dayr-el-Bahari, en el Bajo Egipto. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Izquierda, pintura mural en la tumba de Apuy, de la XIX dinastía, en Tebas. (Metropolitan Museum of Art, Nueva York.)

Página anterior, izquierda, escribas trabajando; fragmento de un relieve de la XVIII dinastía. (Museo Archeologico, Florencia.)

Página anterior, derecha, mapa del Antiguo Egipto y los territorios adyacentes.

un rollo recogido de papiro indicaban una idea más abstracta.

En los asuntos religiosos los egipcios eran especialmente escrupulosos en cuanto a la corrección de los modelos de deidades procedentes del remoto pasado para adecuarlos al presente, en un proceso de «modernización» dentro de unas normas que exigían una perfección absoluta, ya sea en el diseño de un templo, la presentación de un texto, o una obra de arte.

Igualmente ocurría con los signos escritos, los llamados «jeroglíficos», empleados principalmente para ilustrar textos monumentales de naturaleza religiosa. Este cuidado en la conservación del significado exacto de los signos, perduró hasta el final de la civilización egipcia. Por una parte, probablemente hubo una resistencia en la estilización de los signos ya que hubiera comportado dificultades de identificación, aunque en algunos aspectos aparece un interés particular por mantener en la escritura un estilo «clásico» en contraposición a otro más vulgar. El éxito de este proceso de deliberada «fosilización» contribuye en gran medida a forjar la impresión general de una continuidad atemporal a lo largo de la civilización egipcia.

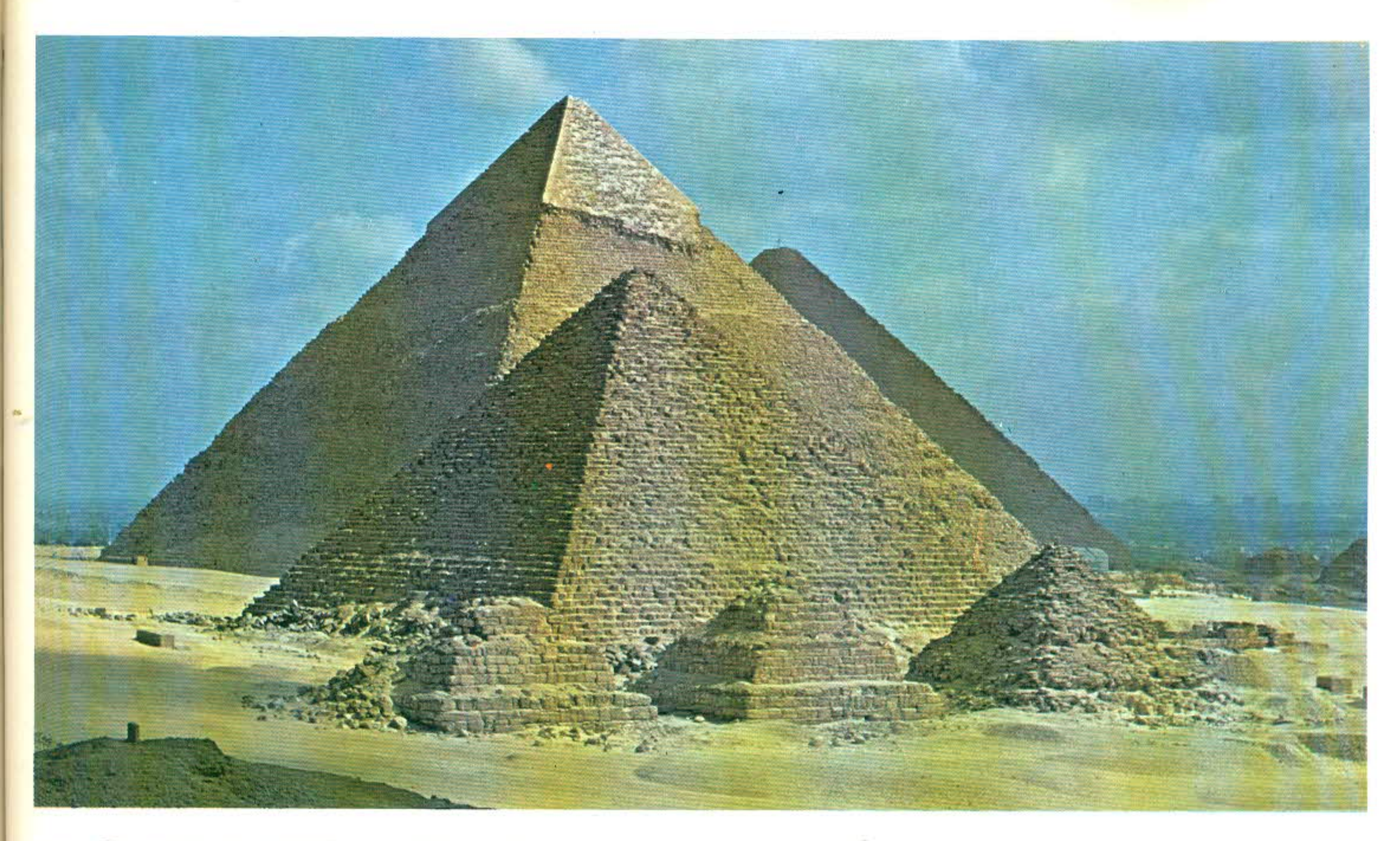
Así pues, la artificiosidad tuvo una aplicación limitada, consecuencia de que los antiguos egipcios diseñaban sus obras para que éstas perduraran eternamente. Por el contrario, en los asuntos comerciales y en los registros administrativos, que al parecer los egipcios prodigaron enormemente, el sistema de los jeroglíficos fue sustancial y rápidamente modificado hacia una forma versátil y fluida, que podríamos llamar «hierática», factible de ser diseñada con pluma y tinta. El material normal para la escritura era el papiro, una sustancia parecida al papel y obtenida de las finísimas cubiertas naturales de las cañas del mismo vegetal, y que sólo se conserva en buen estado en ambientes totalmente secos. Por este motivo, muchos de los archivos que se debieron guardar en las ciudades del llano periódicamente inundado por las aguas nilóticas, no han sobrevivido a la acción corrosiva de la humedad, salvándose solamente una reducida selección, suficiente, sin embargo, para obtener algunas ideas básicas sobre aquella civilización.

Ese estilo «hierático» a que nos hemos referido se transformó con el paso de los siglos, y gradualmente fue perdiendo sus afinidades con el tronco común que era la escritura típicamente basada en el jeroglífico.

La última forma, llamada «demótica», comenzó a utilizarse en el siglo VII antes de Cristo. La forma de expresión de los textos de uso cotidiano varió, pues, considerablemente, y de hecho entró en declive hasta que desapareció, aunque el remoto lenguaje pervivió a través de la escritura griega y de la lengua del Egipto cristiano o copto.

Antes de finalizar este análisis de la compleja escritura egipcia, es necesario hacer una aclaración. Algunos de los jeroglíficos representaban sólo una conso-





nante. En este hecho radicaba el origen de una escritura alfabética basada en unos veinticuatro signos, que reducían los setecientos que debieron existir en un pasado más remoto. Sin embargo, una simplificación de esta naturaleza debió ser difícilmente aceptada por los antiguos egipcios. Algunos eruditos de la época llegaron a experimentar combinaciones entre los signos, pero obtuvieron siempre expresiones más complejas que los signos aceptados tradicionalmente.

Afortunadamente, estos ejercicios se limitaron a textos de índole religiosa, y fueron realizados posteriormente, en los períodos de dominación romana. En realidad, una mayor simplicidad hubiera desvalorizado el carácter sagrado del sistema jeroglífico. En cierto modo, es significativo que no apareciera un alfabeto escrito hasta el surgimiento de la cristiandad.

El descubrimiento del Antiguo Egipto

Desvanecida por el paso del tiempo la civilización del Antiguo Egipto, y superada sucesivamente por las culturas cristiana e islámica, sus vestigios perduraron únicamente como una curiosidad. Su redescubrimiento fue uno de los efectos del romanticismo occidental de los siglos XVIII y XIX. El principal estímulo fue proporcionado por el gran equipo de eruditos y técnicos que formaron parte de la expedición con la que Napoleón esperaba conquistar Egipto en 1798. La detallada descripción que hicieron aquellos hombres del exótico país, incluía un extenso relato ilustrado acerca de antiquísimos monumentos.

En el siglo XIX se formaron las grandes colecciones occidentales de antigüedades —un ejemplo de ellas son las del Museo Británico y del Louvre—, y su acumulación se convirtió prácticamente en una rivalidad entre naciones. Las dimensiones de los objetos y su belleza plástica fueron inicialmente los reclamos que fundamentaban la selección. No hay duda de que la búsqueda de tesoros ha sido probablemente un hecho endémico en Egipto ya desde los tiempos antiguos, pero ahora, a la codicia despertada por el oro o las piedras preciosas, se añadía la posibilidad del lucro proporcionado por un tráfico muy activo en antigüedades, establecido con coleccionistas y estados occidentales. Por otra parte, simultáneamente, se iniciaron serios intentos para elaborar una precisa clasificación de los restos monumentales visibles y estudiar sus inscripciones.

En el siglo XX se produjo un cambio radical. La necesidad de coleccionar ha disminuido, debido en parte a la convicción de que una civilización no puede ser estudiada simplemente a través de sus mayores monumentos.

Una visión objetiva de una sociedad requiere investigar detalles minuciosos

Las famosas pirámides de Gizeh, última morada de los faraones Khufu, Khafra y Menkaura, también conocidos como Keops, Kefrén y Micerino. Las tres pirámides más pequeñas fueron construidas para tres de las esposas de este último faraón, probablemente el más reciente de ellos.

Página anterior, arriba, la piedra de Rosetta, fechada hacia el año 196 a. de C., pieza fundamental en la investigación del Antiguo Egipto. El texto, en tres escrituras distintas, es un decreto en honor del faraón Ptolomeo V en el primer aniversario de su coronación, y constituyó el documento más importante, aunque no el único, en los estudios del francés Champollion para descifrar la escritura jeroglífica. (British Museum, Londres.)

Página anterior, abajo, el cuchillo de Gebel-el-Arak (hacia 3000 a. de C.), instrumento de sílex y mármol labrado que asombra por la regularidad de su hoja y la perfección de los grabados en el mango, que representan la lucha de dos tribus rivales junto a la orilla de un río. (Louvre, París.)



acerca de la vida cotidiana de los distintos grupos sociales, y esto sólo puede conseguirse mediante una cuidadosa y metódica excavación y una clasificación precisa de los hallazgos. El contexto en el cual se descubre un objeto, es tan importante como el objeto mismo. Una estatua de oro, en sí misma, sólo es una estatua de oro, sin proporcionarnos más información.

Todo el material obtenido en las excavaciones debe situarse en el marco que proporciona su estudio, el análisis de los documentos escritos y su lenguaje. Las pistas iniciales para proceder a descifrar los remotos escritos egipcios fueron proporcionadas por un texto bilingüe, es decir, escrito en dos lenguas: griego y egipcio antiguo. Este fundamental descubrimiento es la célebre piedra de Rosetta, depositada hoy en el Museo Británico. La resolución de los problemas que planteó este documento fue obra del erudito francés Jean Champollion, sin que por otra parte, el británico Thomas Young y el sueco Akerblad sean ajenos al éxito final en la catalogación de la escritura egipcia. Después de 150 años de estudios se estableció con alguna verosimilitud la naturaleza esencial de la gramática egipcia, realizándose las primeras traducciones dignas de credibilidad. A pesar de los progresos ulteriores, el campo para el estudio de la cultura egipcia sigue siendo inmenso.

A medida que se mejoran las técnicas arqueológicas, crece la cantidad de información que pueden proporcionar las excavaciones, y al mismo tiempo éstas se hacen fructíferas por la diversidad de descubrimientos. En la actualidad se está trabajando en profundidad, utilizando sofisticados medios, para penetrar en el dificultoso mundo subterráneo de las ciudades de la llanura que periódicamente cubren las aguas nilóticas. La información obtenida constituirá una grandiosa aportación a nuestros conocimientos sobre la sociedad del Antiguo Egipto, hasta que finalmente pueda ser reconstruido un modelo general, que pueda ser utilizado como arquetipo de una civilización preclásica.

Los testimonios documentales egipcios más antiguos de que se tiene noticia datan aproximadamente del año 3200 antes de Cristo, coincidiendo, por azar, con el hecho de que por aquellas mismas fechas los egipcios iniciaron una clasificación ordenada de la sucesión de dinastías y reyes. Por tanto, puede afirmarse con sólida certeza que la historia conocida del Antiguo Egipto comienza en aquella fecha. Ésta, al igual que otras fechas en la historiografía de aquella cultura, se ha calculado a partir de datos establecidos sobre cálculos astronómicos, conjuntamente con las fechas deducidas de las inscripciones de los restos arqueológicos, y en consecuencia su verosimilitud es sólo aproximada. De hecho, la verdadera datación únicamente podrá obtenerse mediante el empleo de métodos científicos aplicados a los descubrimientos y al material que éstos desvelen. De todos los métodos empleados hasta ahora, el más ajustado y fiable es el realizado mediante el análisis del carbono radiactivo que se encuentra depositado en el material orgánico remoto (en materiales como el carbón de leña, granos de trigo, etcétera).

La historia de Egipto ofrece la impresión de que es la historia de sus familias gobernantes, y concretamente, de sus hazañas militares y construcciones arquitectónicas, temas ambos que ocupan la mayor parte de las investigaciones y relatos que sobre aquella antigua civilización se han publicado. Este hecho es el resultado de la supervivencia de restos monumentales de templos construidos para conmemorar hitos del reinado de los soberanos. El faraón, que encarnaba a la divinidad, era el factor fundamental de la civilización egipcia: sus actividades se orientaban hacia la conservación del orden universal, y el registro de tales actividades era una prueba permanente de la eficacia de su mandato.

Los monumentos encontrados nos presentan regularmente un mundo casi atemporal, en el que el rey confraterniza sin reservas con el resto del orbe divino, recibiendo de los dioses bendiciones y seguridades de bienestar para él y para su pueblo. El triunfo sobre el enemigo va siem-





pre emparejado con el homenaje de los súbditos. Y es de suponer que el poder real debió remontarse hacia atrás en el tiempo a través de una sucesión sin rupturas, hasta conectar con los tiempos más remotos en que los dioses gobernaban directamente.

Sin embargo, este mundo idílico es una apariencia que no debe sustraernos de hechos más auténticos. La realidad de un poder real absolutista, de una sucesión de conspiraciones en la lucha por el trono, la existencia de corrupción y grupos estamentales con amplia influencia, son factores que estuvieron presentes en la historia del Antigüo Egipto, aunque las crónicas oficiales de la época tiendan a marginarlos, pues no caben en una interpretación de la sociedad ordenada por inspiración divina.

Las limitaciones inherentes que presentan las fuentes históricas tradicionales se complican aún más por el paso del tiempo. Tan sólo una reducida proporción de testimonios ha llegado a manos de los expertos actuales, y aún así siempre de manera irregular y arbitraria. Los centros documentales más importantes fueron, sin duda, los templos, particularmente aquellos que estaban en las ciudades y tenían la función de archivo de los hechos más destacados de los sucesivos reinados.

En el valle del Nilo tres ciudades en diferentes épocas, funcionaron como capital del país. El lugar de la primera de estas ciudades, Menfis, es bien conocido —unos 20 kilómetros al sur de El Cairo, en la orilla oeste del gran río—, pero apenas ha sido excavada. La segunda era Amenemhat, de la que sólo se tiene referencia nominal, pues hasta el presente no ha sido localizada. Solamente Tebas es conocida y los templos que en ella se han conservado revisten una importancia fundametal, siendo de destacar que en el período en que la fuente del poder se halló en esta ciudad, la información aumenta considerablemente.

Durante el período del Imperio Medio, aproximadamente en los siglos XIX y XX antes de Cristo, cuando la capital estaba situada en Amenemhat, la documentación oficial es escasa, por no decir inexistente. Los datos de la región del delta son aún más incompletos, pues allí la destrucción de materiales fue intensa. No existe aún una historia definida de aquella civilización, aunque se sabe que cuando el Antiguo Egipto se dividió en dos partes, estalló una guerra civil. Sin embargo, de las discordias que la motivaron se tiene sólo una visión fragmentada y unilateral, procedente del Alto Egipto, lo cual es lamentable, pues en aquella zona del delta es donde convergían las influencias de otras civilizaciones del área geográfica del Próximo Oriente.

A pesar de todo, en conjunto, la información que se posee de esos 3.000 años de historia egipcia constituyen una documentación considerable, cuya ordenación exigió a los estudiosos la elaboración de

Arriba, la esfinge de Menfis (siglos XVI al XV a. de C.), imponente escultura de cuatro metros de altura por ocho de longitud, tallada a partir de un solo bloque de alabastro.

Izquierda, paleta de Narmer, faraón de la I dinastía que reinó hacia el año 3100 a. de C. Las paletas son los documentos más antiguos que se conocen de registro de sucesos. En primer plano puede verse el faraón golpeando a un prisionero, y al lado, bajo la forma de halcón, sujetando a otro con una cuerda. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Página anterior, relieve en basalto verdoso del faraón Micerino, de la IV dinastía, de la mano de la diosa protectora de la infancia, Hathor, y junto a otra diosa local. (Museo Egipcio, El Cairo.)






métodos específicos, aunque contaron con el auxilio de un erudito de aquellos remotos tiempos, un sacerdote llamado Manethon, que vivió durante el siglo III antes de Cristo. Utilizando material documental que no ha subsistido, aquel sacerdote compuso una historia de su país, dividiendo la sucesión real en treinta dinastías. Desgraciadamente, su trabajo sólo se ha conservado en versiones inexactas y abreviadas, y por otra parte a través de ellas no es posible determinar las fuentes que utilizó el historiador. En parte debió recoger hechos contemporáneos, y en parte debió asimilar viejas tradiciones, que combinaba con el recuerdo de costumbres más o menos folklóricas. A pesar de estos inconvenientes, el esquema dinástico proporcionado por él ha sido aceptado como el mejor hilo conductor de que actualmente se dispone.

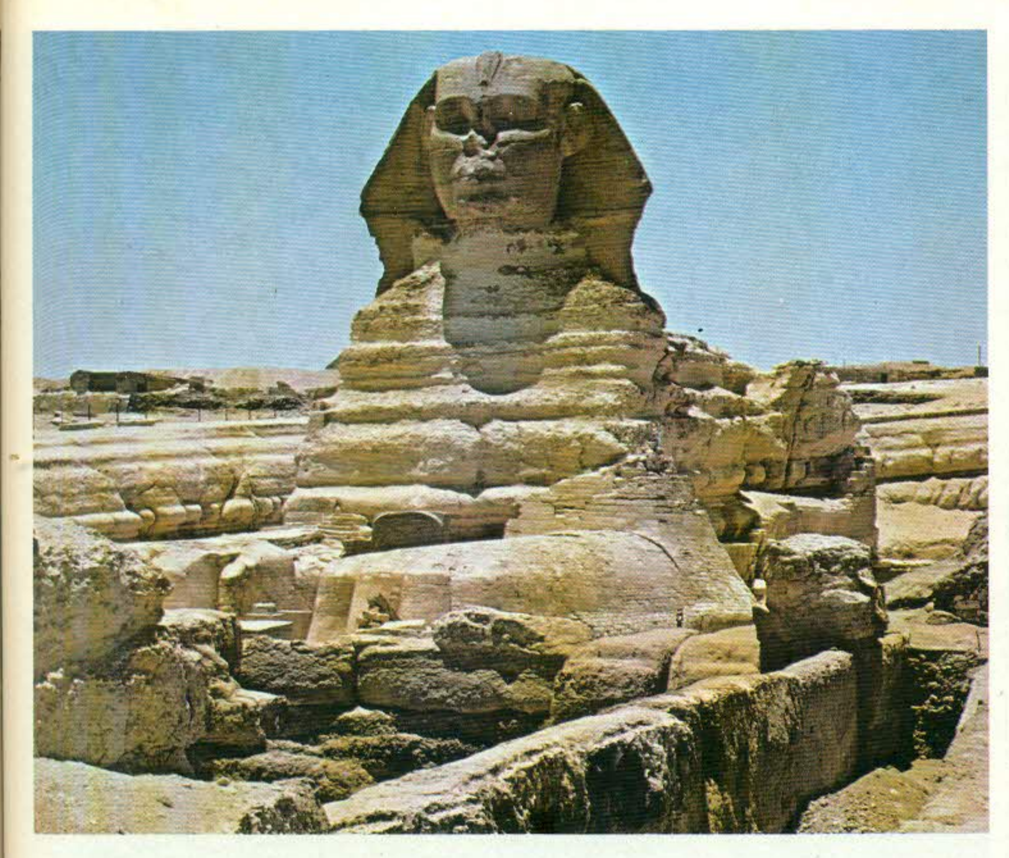
La monarquía divina

El monarca de Egipto era considerado un dios. Así lo atestiguan también los monumentos a lo largo de 3.000 años. De ellos se extrae la conclusión de que la identificación divina del rey era uno de los factores del orden y la seguridad. Incluso cuando el monarca era extranjero, el pueblo le respetaba de forma absoluta. Él mantenía simbólicamente la unidad del país, ejerciendo su poder sobre el Alto y el Bajo Egipto. Esta dualidad unitaria tenía como regia representación una corona que combinaba un doble diseño. Por otra parte, el nombre bíblico de «faraón» con el que comúnmente se designa a aquellos monarcas, deriva del término «gran casa» con que se denominaba a su palacio, y su empleo incluyó posteriormente al monarca mismo. En cada templo es visible la creencia de que sólo el rey podía relacionarse con los invisibles dioses que moraban en ellos.

Las escenas representadas en muchos frescos, relieves y papiros egipcios, muestran siempre al faraón triunfante en solitario contra sus adversarios, lo cual es normalmente interpretado como un signo de megalomanía, egocentrismo y despotismo, cuando de hecho simbolizaba su cualidad de aglutinar los poderes divinos y, por tanto, servir de defensa contra cualquier intento de agresión o invasión por parte extranjera.

Un himno al rey Sesostris III, hallado en Kahun y que data aproximadamente del año 1850 antes de Cristo, describe esta simbología:

«Él puede destruir al arquero extranjero sin golpearle... Él es capaz de disparar la flecha sin dirigir el arco... Su lengua representa a Nubia y con sólo la pronunciación de este nombre huye el enemigo.
Hele aquí como un protector cuya mano permanece firme.
Hele aquí como refugio para quienes temen al enemigo.
Hele aqui como sombra refrescante contra el calor estival.





Arriba, escultura en alabastro del faraón Pepi I, de la VI dinastía, con la corona de soberano del Alto Egipto y los símbolos del poder absoluto en sus manos. El halcón que hay tras él representa al dios real Horus. (The Brooklyn Museum, Nueva York.)

Izquierda, la gran esfinge de Kefrén, faraón de la IV dinastía, ubicada cerca de la gran pirámide de Keops, en Gizeh.

Página anterior, arriba, izquierda y centro, paleta de arcilla para cosméticos, muy conocidos y utilizados por las mujeres en Egipto. (Louvre, París.)

Página anterior, derecha, estatua del faraón Sesostris III, de la XII dinastía. (Museo Egipcio, El Cairo).

Página anterior, abajo, detalle del sarcófago de Sesostris III, de la XII dinastía. El faraón lleva la barba de Osiris, dios de los muertos y del más allá, y va tocado con una corona de largas plumas. (Museo Egipcio, El Cairo.)

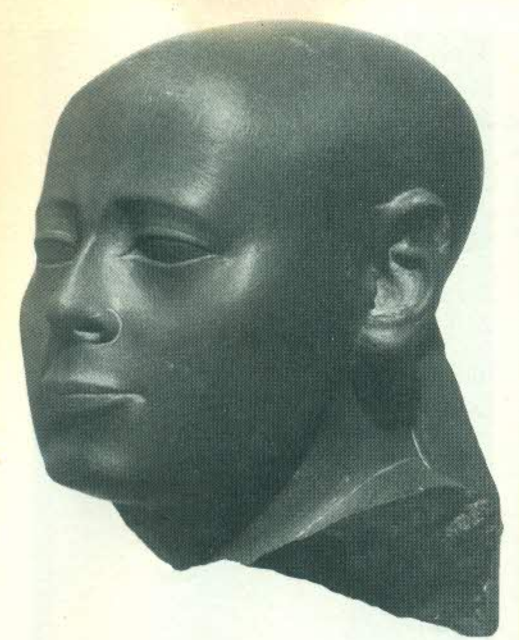
Hele aquí como rincón seco y cálido en el tiempo invernal.
Hele aquí como montaña que detiene la tempestad cuando los cielos rugen.»

La teología colocaba al rey en el panteón divino. Así, encarnaba al antiquísimo dios-halcón Horus, y su parentesco con los dioses más importantes era magnificado, especialmente con el dios sol, Ra, y posteriormente con el dios tebano Amon. A su muerte tenía derecho a poseer un templo propio, donde sus exequias eran adoradas como las de cualquier otro dios. Sin embargo, en una cosa se diferenciaba del resto de los componentes del cuadro mitológico: su capacidad para encarnarse en forma humana y descender a la tierra para gobernar las vidas de las gentes de Egipto.

Algunos textos literarios plasman esta faceta humana del faraón, quien es descrito impartiendo el perdón a un prófugo o simplemente en una escena de recreo, conducido en una nave de remos por un lago, escoltado por elegantes y hermosas vírgenes vestidas tan sólo con las redes de pesca.

Particularmente reveladores son los códigos de instrucciones con que un monarca egipcio instruía a sus hijos, poniéndoles al corriente de las responsabilidades y sacrificios. Dice así uno de los fragmentos de las *Instrucciones del rey Merikara*, que data aproximadamente del año 2020 antes de Cristo: «Sé hábil en el discurso, de manera que sin parecerlo seas recto y riguroso... La palabra es más valiosa que cualquier acción de combate. La mente hábil es invencible. Mientras estés en la tierra sé justo. Tranquiliza al suplicante, no oprimas a las viudas ni despojes a un hombre de la propiedad que le dejara su padre. No interfieras la tensa permanencia del oficial en su puesto. Cúidate de errar en la administración de la justicia, ni confíes en la sabiduría proporcionada por los años. Una vida es como una hora. Lo importante es que el hombre sobrevive después de la muerte, y sus hechos le acompañarán hasta el final. La existencia allí, abajo, es para toda la eternidad, y quien duda de ello es un necio. El monarca que alcance aquel reino futuro sin haber cometido errores, vivirá para siempre como un dios, pues él mismo será como los señores de la eternidad».

Otro código de instrucciones parece ser que lo redactó el faraón Amenemhat I, aproximadamente hacia el año 1790 antes de Cristo, tras un intento de asesinarle que no tuvo éxito. La normativa está dirigida a su hijo y heredero, el futuro faraón Sesostris I, y entre otras cosas dice así: «Sé correcto con aquellos que son tus subordinados, a fin de que nada que no haya sido previsto pueda ocurrir. Acércate a ellos, pero cuida tu soledad. No confíes en nadie, aunque sea tu hermano. Mejor no conocer a un amigo. Guárdate de las intimidades. Nada ganarás con la amistad... Fue él quien comió en mi mesa y luego hizo mi desgracia. Aquel a quien yo di mis manos, intentó luego destruirme».



El Alto y el Bajo Egipto

Durante gran parte del último período prehistórico parece ser que las dos partes de Egipto, el sector septentrional y el meridional, poseyeron distintas culturas, siendo el del Bajo Egipto notablemente más atrasado y empobrecido que el de sus vecinos. Es muy posible que la división en dos zonas culturales diferenciadas reflejase la existencia de dos estados independientes.

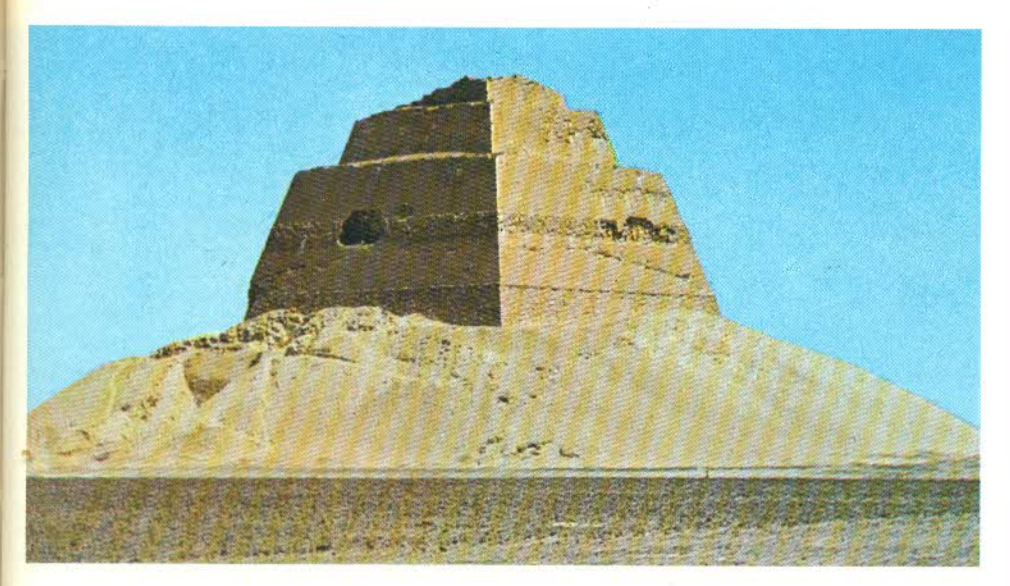
Sin embargo, hacia finales del período prehistórico, la cultura del Alto Egipto se extendió hacia el otro territorio, proceso atestiguado por algunos datos documentales. La cultura del Bajo Egipto se desvanece históricamente sin dejar rastro alguno, y por consiguiente la civilización «egipcia» deriva directamente de la cultura del Alto Egipto. Existe un monumento que constituye una fuente documental esencial para penetrar en aquel complejo mundo. Se trata de la «piedra de Palermo», la cual presenta un resumen de los sucesos anuales, transcribiendo los acontecimientos de los reinados de los monarcas de las cinco primeras dinastías. En la parte superior incluye una lista de reyes que debieron gobernar antes de la primera dinastía. Los pequeños dibujos que acompañan a estos nombres, y que representan a los reyes, ostentan una corona que sólo representa a la dignidad del Bajo Egipto, aunque siete de los monarcas llevan la doble corona representativa de la dualidad monárquica.

La unificación de ambas zonas bajo una misma autoridad real se produjo aproximadamente, en el año 3200 antes de Cristo, y fue con la pimera dinastía, según los escritos de Manethon, cuando se inició la expansión de la cultura del Alto Egipto hacia el norte.

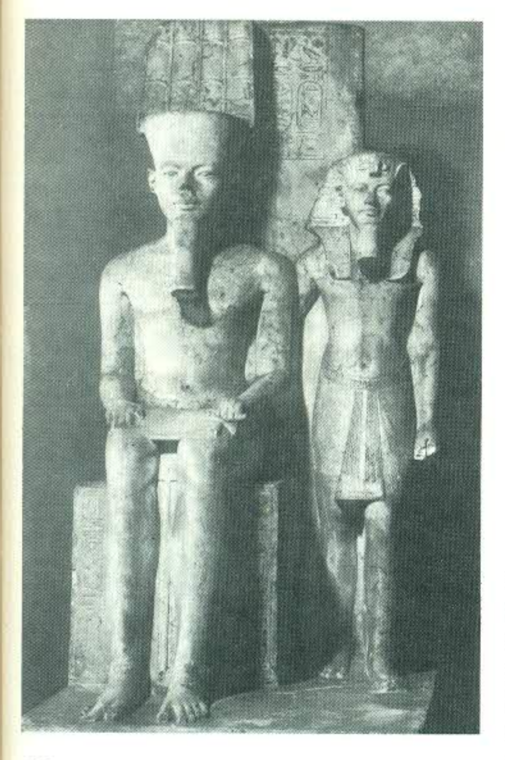
Al parecer, el historiador Manethon fundamenta las tradiciones de una realeza que encontrará su plena expresión en el siglo XIII antes de Cristo. Los propios eruditos egipcios inician la enumeración de los reyes con Mensi (en griego Menes), excepto uno que empieza a partir de seis reyes posteriores.

¿Por qué ignoraron aquellos eruditos los datos registrados y conservados en la «piedra de Palermo»? De hecho, en las modernas reconstrucciones de la lista de los reyes del antiguo Egipto, se sitúa a Menes en primer lugar, cuando, en realidad debería figurar en un lugar posterior. Es posible que a aquel rey se le hubiera asociado algún tipo de leyenda, de modo que se desease incluir a otros reyes como sus sucesores; tal hecho pudo haber sido probablemente un acontecimiento político de importancia ocurrido durante su reinado, como por ejemplo, la fundación de la ciudad de Menfis, atribuida al soberano Menes por el historiador griego Herodoto.

Los documentos escritos que podrían aclarar el conjunto de dudas que rodean los orígenes de la civilización egipcia es muy posible que estén destruidos, o sencillamente que nunca hayan existido, pues no es seguro que en aquellos remotos tiempos se hubiera instaurado la tradición de recoger y registrar los hechos. La «piedra de Palermo» recoge probablemente testimonios de una tradición oral, y no permite concretar el proceso legitimador que debió seguir la monarquía. Únicamente aparece como seguro que hasta después de la primera dinastía no se produjo la unificación del Alto y el Bajo Egipto.











El primer período imperial

Los historiadores suelen agrupar a las dos primeras dinastías con el nombre de «período arcaico», integrando las cuatro siguientes en el «Imperio Antiguo». En conjunto, las seis dinastías, aunque duraron largo tiempo, aproximadamente un millar de años, han dejado escasos testimonios artísticos e históricos realmente remarcables.

Existen, sin embargo, datos acerca de la permanente amenaza que pesaba sobre la unidad de los dos Egiptos. Uno de los documentos históricos que conmemoran una victoria del rey Narmer sobre un príncipe rebelde del área del delta —así como otros testimonios de similar fiabilidad—, señalan el fin de la II dinastía aproximadamente cinco siglos más tarde.

La ausencia de registros históricos permite considerar que la atención general de las gentes estaba centrada casi exclusivamente en la construcción de monumentos, y muy especialmente de las tumbas piramidales de los faraones. Este tipo de monumentos tan peculiares de la civilización egipcia aparecen en los inicios de la III dinastía, y alcanzan sus cotas más importantes, en calidad, forma arquitectónica y dimensiones, con la IV dinastía, la de Gizeh.

La capital del reino debió emplazarse en Menfis, y a partir de la II dinastía fueron seleccionadas diversas localidades a lo largo de más de cincuenta kilómetros al sur, en zona desértica, para ser sedes de tumbas reales, alrededor de las cuales crecerían sistemáticamente cementerios para cortesanos y oficiales del ejército. Uno de los emplazamientos predilectos de los faraones egipcios fue Sakkara, situada algo al oeste de Menfis, y a unos trece kilómetros al sur de Gizeh. En estas construcciones puede valorarse el grado del poder real, y concretamente en Gizeh el conjunto arquitectónico funerario resulta impresionante, lo que indica que debió de tratarse de uno de los momentos de má-

Arriba, izquierda, pirámide de Snefru, de la IV dinastía, en Meidum. Imperio Antiguo, hacia 2700 antes de Cristo.

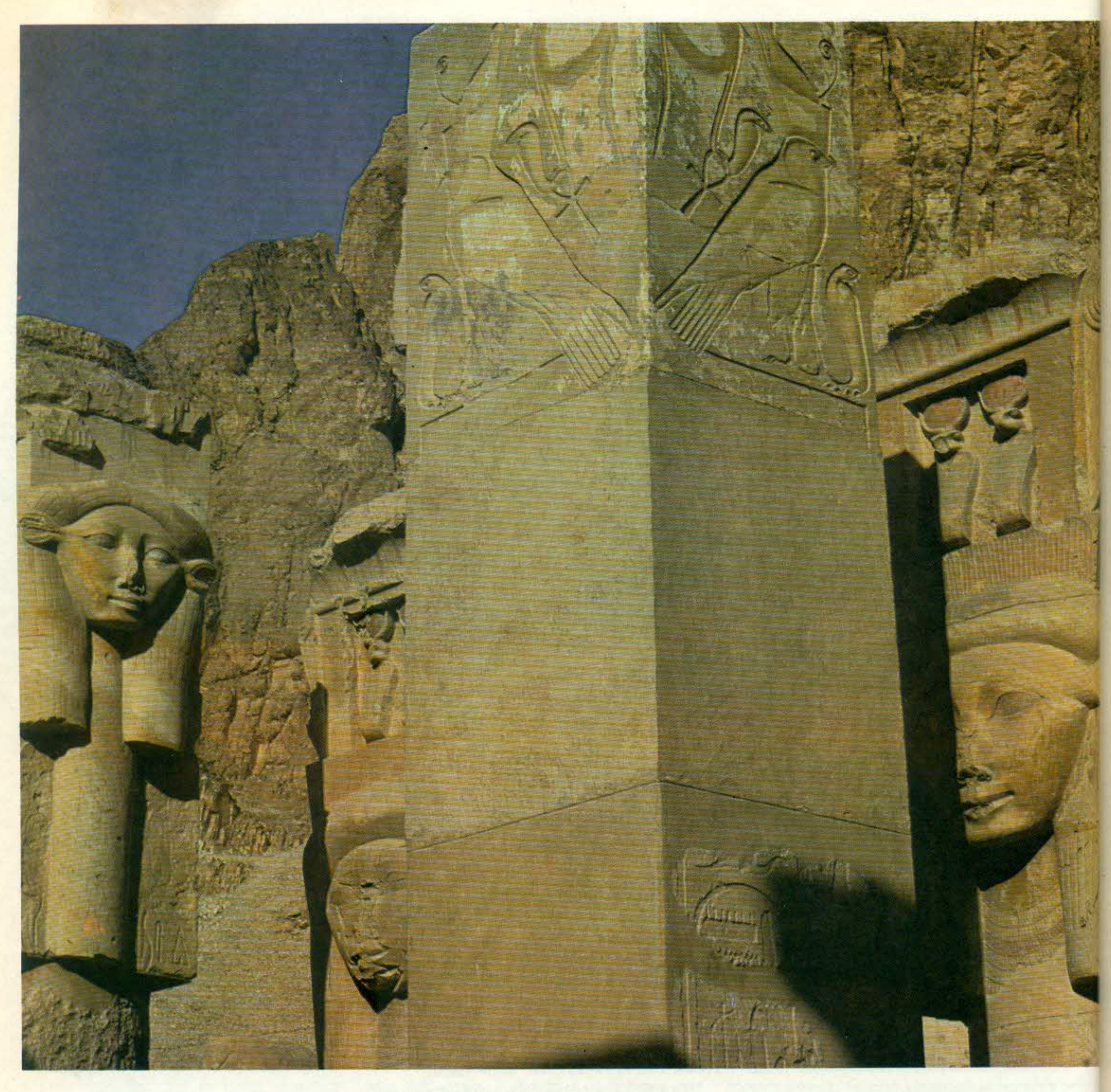
Arriba, derecha, cabeza en piedra caliza de Nefertiti, esposa de Amenofis IV, del siglo XIV a. de C. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Abajo, izquierda, estatua de Haremheb (1343-1314 a. de C.), último rey de la XVIII dinastía. (Museo d'Antichità, Turín.)

Abajo, derecha, cabeza en piedra caliza procedente de Gizeh. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Página anterior, izquierda, cabeza esculpida de finales de la XIII dinastía. (Charles Edwin Hilbour Fund. The Brooklyn Museum.)

Página anterior, derecha, busto de Tutmosis III con la corona blanca del Alto Egipto, XVIII dinastía. (Museo Egipcio, El Cairo.)



ximo apogeo de la cultura de aquel período.

A medida que progresa cronológicamente el período, las inscripciones de las tumbas privadas permiten atisbar datos acerca de la administración real, que proporcionó al rey el acceso a los diversos recursos para realizar las construcciones. Estas inscripciones revelan un servilismo absoluto, que no obstante, debió comportar recompensas materiales. La serie de pirámides reales finaliza con la VI dinastía, aproximadamente en el año 2200 antes de Cristo, debido a que posiblemente se construyeran más toscas y de menor tamaño para sustraerse a los robos y profanaciones. En los descubrimientos de la excavación en curso en la localidad de Sakkara, la tosquedad de las tumbas es la principal característica.

Si las pirámides constituyeron un índice del poder real, ¿por qué, pues, se dejaron de construir en un momento determinado? Es muy posible que la construcción casi permanente de grandes tumbas funerarias fuera un peso excesivamente oneroso para el sistema económico. De hecho, cada pirámide formaba en sí misma una unidad económica propia, pues disponía de una administración para mantener el culto del rey muerto y éste, a tal efecto, debía disponer de grandes riquezas que no producían beneficio alguno. En el transcurso de los siglos, la riqueza acumulada en las pirámides debió ser de tal magnitud que habría de constituir una parte muy significativa de la riqueza total del país, aunque el rey gobernante no tenía capacidad jurídica ni espiritual para apropiarse de ella. Por una parte, es necesario señalar que en el Alto Egipto existen datos a partir del siglo XXV antes de Cristo que permiten distinguir un proceso de transferencias de poder desde la cúspide monárquica a los gobernadores locales. Sin embargo, en la región del delta no se han podido obtener hasta el momento datos concretos en este sentido.

La primera revuelta tebana

Los cinco siglos del llamado Imperio Antiguo están marcados por violentas luchas por el poder, aunque sus ecos apenas alcanzaron el recogido y sereno mundo de los monumentos oficiales. La formalización de la identidad de la naturaleza divina de la monarquía, encarnada por el faraón, debió significar un considerable esfuerzo intelectual por parte de los miembros más inteligentes y cultos de la época, pues comportó el desarrollo de un nuevo sistema de valores, y que fuera asumido por la población. Sin embargo, hay datos que avalan el hecho de que debieron de ser dos líneas dinásticas las que, en un momento determinado, pretendieron atribuirse simultáneamente el origen divino de su personalidad monárquica.

Después de la VIII dinastía, Manethon sitúa, en su famosa lista, las dinastías IX y X, cuyo centro sería la ciudad de Heracleópolis, situada aproximadamente setenta kilómetros al sur de Menfis, aunque no se sabe con certeza si sería también sede del gobierno o bien continuaría siéndolo Menfis. El hecho es que dicho gobierno fue desafiado por los príncipes de Tebas –situada unos seiscientos kilómetros al norte de Menfis–, ciudad que aún no tenía la importancia que alcanzaría posteriormente. Los príncipes tebanos decidieron gobernar por sí mismos, estableciendo su propia corte centralizada y su propia administración, y presentándose como los divinos regidores de la vida de todo Egipto, aunque su poder no rebasó un radio de ciento cincuenta kilómetros en torno a la ciudad.

En poco menos de cincuenta años parece que se produjo en Tebas otro intento revolucionario con el propósito de establecer una nueva capitalidad, citada con el nombre del rey fundador, Amenemhat, a quien se le conocía con el apodo de «rey de los dos reinos». Posiblemente, esta nueva corte debió situarse geográficamente a escasa distancia del sur de Menfis, pero sus restos aún no han sido hallados, lo cual ha impedido a los investigadores profundizar adecuadamente en este complejo tema. Sin embargo, lo que sí es rigurosamente cierto es que los dos siglos de gobierno de la XII dinastía, en el período del Imperio Medio, representan una de las etapas más florecientes de toda la civilización egipcia.

Un aspecto fascinante del Imperio Medio lo constituye la literatura secular, que abarca desde cuentos y narraciones de viajeros y obras de carácter mitológico y fantástico, hasta textos político-religiosos que exhortan a la lealtad hacia el faraón. Sin embargo, hay algunos textos que expresan la existencia de una corriente de escepticismo y preocupación que denota un notable grado de inquietud, y que no concuerda con el optimismo manifestado por los documentos oficiales que muestran una gran confianza en la realidad política y social. Con todo, una costumbre literaria que constituía prácticamente un género, era la de producir textos que fueran un contrapunto de las narraciones oficiales, como si con ellos se pretendiera amedrentar al cuerpo social con unas descripciones que se harían realidad en caso de subversión política. Quizá aquella literatura escéptica tuviese, pues, también, un impulso oficialista. Un ejemplo típico de esta dicotomía lo constituyen las llamadas *Enseñanzas de Ipuwer*, que probablemente pertenecen al final del Imperio Medio, y que, entre otras cosas, afirman:

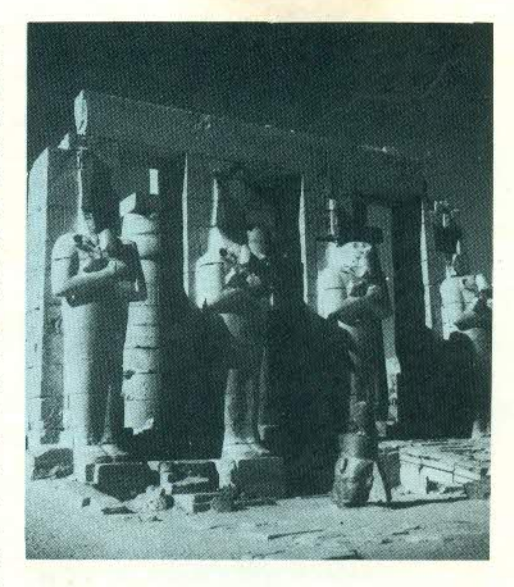
«Los hombres que antes eran pobres son ahora propietarios de la riqueza. Y aquel que antes no podía proveerse de calzado, posee ahora todo lo que desea.

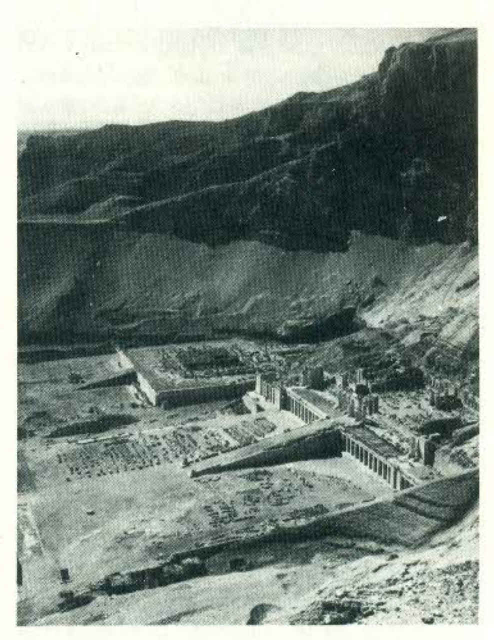
Las leyes están siendo erradicadas de las cámaras y los consejos legislativos. Las gentes se mofan de la ley en plena plaza pública, y los harapientos la violan por doquier.

Sólo si pereciera por entero la humanidad, sin más concepciones ni nacimientos, cesaría de imperar en la tierra el ruido y el tumulto.»

Este tipo de pesimismo se detecta también en determinadas crónicas sobre la realeza, y especialmente sobre reyes que ya habían muerto. Un ejemplo perfecto lo constituye el «papiro de Westcar», en el que a través de unos sencillos e incluso a veces jocosos episodios de carácter mágico, se narra la decadencia de la dinastía de Keops, constructor de la gran pirámide de Gizeh, cuya dinastía estaba destinada a ser reemplazada por los piadosos reyes de la V dinastía. La leyenda de la impiedad de la dinastía de Keops sentó cátedra en la historiografía posterior y fue asimilada por Manethon y Herodoto.

Otra historia, popular en el siglo VII antes de Cristo, deja entrever la injusticia social que debió existir en la época del rey Neferkare, probablemente el último monarca de la VI dinastía, quien cada noche se fugaba del palacio para sostener una relación de carácter homosexual con uno de sus generales. La hipotética revolución de Tebas debió poner en cuestión la debilidad de las bases sobre las que descansaba la estructura política real. De hecho, fue a partir de los hipotéticos sucesos tebanos que las citadas *Enseñanzas de Amenemhat* cobraron forma. Por otra parte, se reflejan también síntomas de crisis en la calidad artística de las estatuas de los últimos monarcas.





Arriba, la amplia entrada que conduce a los corredores de la tumba de Ramsés IV, de la XX dinastía, en el Valle de los Reyes.

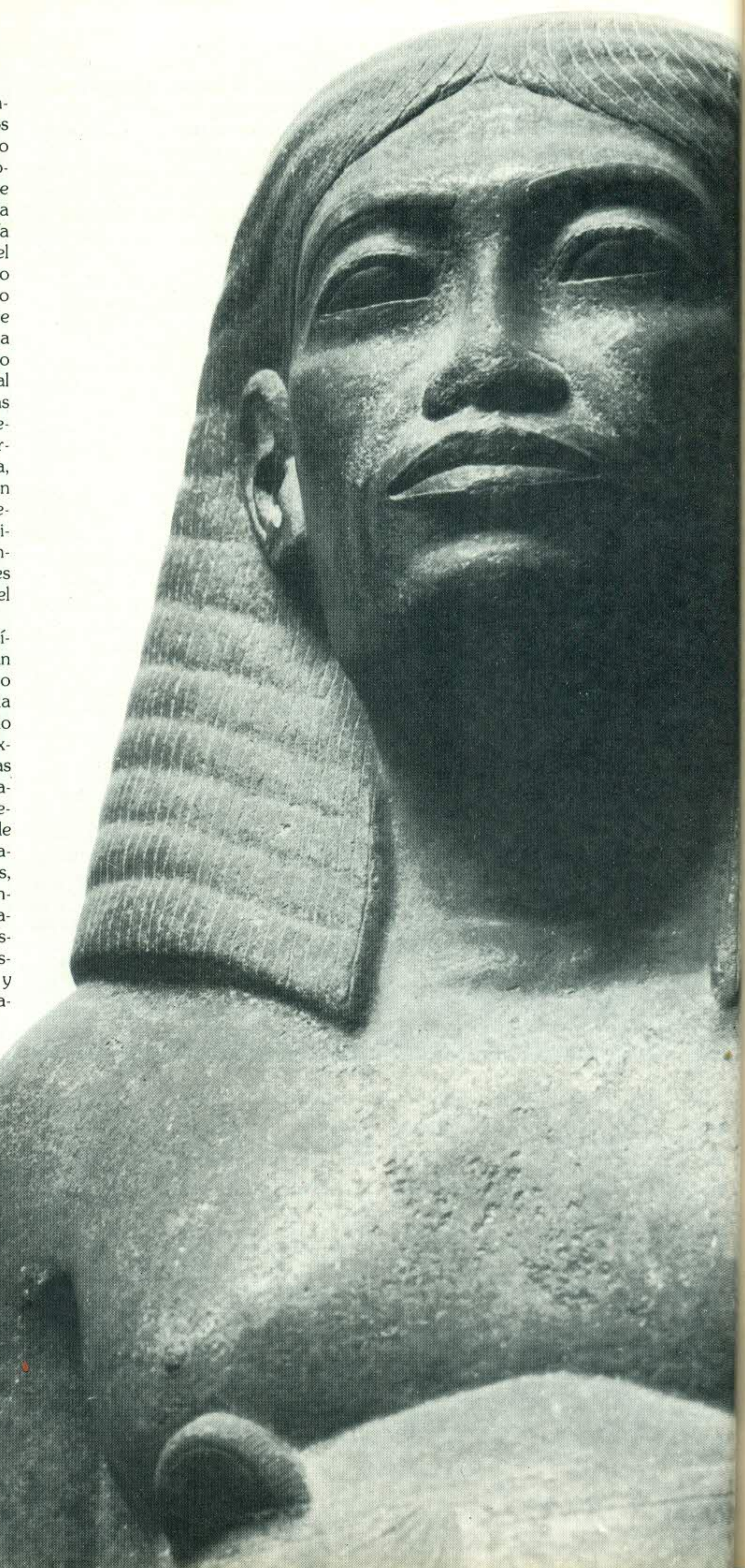
Abajo, templo funerario de la reina Hatshepsut, de la XVIII dinastía. Este colosal mausoleo, diseñado por Senmut, favorito de la reina, fue construido a orillas del Nilo, en Tebas. Las tumbas reales están excavadas en la roca detrás del templo.

Página anterior, detalle del monumento funerario de la reina Hatshepsut.

La invasión de los hicsos

Los registros históricos no señalan ningún acontecimiento de relieve entre los reinados de las dinastías XII y XIII, pero el paso de una a otra debió ser el producto de una revolución palaciega, aunque el ritmo y el contenido simbólico de la construcción de las tumbas reales, todavía en forma piramidal, siguió exactamente el mismo criterio de la fase final del Imperio Antiguo. El Alto Egipto aparece aún como gobernado desde la antigua capital de Amenemhat, pero no se sabe con certeza si el Bajo Egipto fue también gobernado junto con el Alto Egipto. La nómina real que se ha conservado hasta nuestros días registra la existencia de no menos de sesenta faraones durante el siglo de gobernación que corresponde a la XIII dinastía, lo cual indica que sus reinados cubrieron períodos muy breves. Estas rápidas sucesiones en el trono revelan que las conspiraciones cortesanas debieron ser frecuentes y, significativamente, uno de los reyes llegó a utilizar como nombre corriente el apodo de «el general».

Con esta situación como trasfondo político se produjo un acontecimiento de gran importancia histórica en la vida del pueblo egipcio. Probablemente atraídos por la gran riqueza de Egipto durante el Imperio Medio, fundamentada en la fertilidad extraordinaria de sus tierras regadas por las aguas del Nilo, gentes procedentes de Palestina comenzaron a invadir áreas del territorio egipcio. Algunos miembros de aquella corriente migratoria hallaron trabajo como servidores domésticos. Otros, los menos, consiguieron cargos de influencia diversa en la administración gubernamental, lo que induce a pensar que la historia bíblica de José, vendido como esclavo a los egipcios por sus hermanos, y que llegó a ser dignatario de la corte fa-



raónica, se produjo en aquella etapa. Uno de estos palestinos que alcanzaron notoriedad en la administración egipcia debió sentirse tan poderoso que fue capaz de exigir para sí el trono que unía al Alto y Bajo Egipto, fundando una dinastía de seis reyes, conocida como la de los «hicsos» (literalmente, «príncipes de la tierra»), cuyos monarcas gobernarían durante un siglo. Emplazaron su capital en Avaris, al este del delta del Nilo.

Comentarios basados en las transcripciones de Manethon afirman que los hicsos asolaron Egipto, asimilándolos así a una invasión «bárbara». Sin embargo, esta interpretación es dudosa, y más bien parece responder al clima de xenofobia creado en Egipto durante la segunda revolución de Tebas, cuando sus príncipes se declararon de nuevo a sí mismos reyes de «todo Egipto», estallando una guerra civil contra los hicsos que finalmente tuvo éxito. Los documentos describen a los reyes hicsos siguiendo la costumbre tradicional de los faraones de Egipto, y al menos en el Alto Egipto no hay signos visibles de la existencia de una cultura extranjera. Hasta allí donde permite conocer la arqueología que ha investigado el delta, la naturaleza precisa de los hicsos permanece incierta, aunque durante la citada lucha los tebanos aparecen combatiendo contra los egipcios colaboracionistas, que entonces servían al poder hicso, en la guerra por expulsar la presencia extranjera de territorio egipcio. De todos modos es difícil trazar una línea concreta entre la idea de una revolución social o la de una insurrección de carácter nacionalista.

El período de expansión

Los tebanos se enfrentaron a dos enemigos: en el norte con los hicsos, cuyo territorio original era Palestina, y en el sur con un pueblo africano del norte de Sudán. La victoria tebana contra estos adversarios condujo a los ejércitos egipcios más allá de sus antiguas fronteras, y al parecer despertó en ellos apetitos expansionistas. Seguramente, por primera vez, los egipcios organizaron campañas militares regulares con la intención no sólo de conquistar y saquear, sino de establecer algún control permanente sobre los territorios conquistados. Probablemente entendieron que la mejor forma de evitar agresiones exteriores era extender sus fronteras y exigir tributos a otros pueblos, demostrando así su fortaleza. Tanto el aumento de riquezas procedentes del exterior como el efecto psicológico originado por las victorias militares provocaron un gran impacto en la cultura egipcia.

La nueva dinastía XVIII, señala el inicio del Imperio Nuevo, tercer período jalonado de notables avances sociales y culturales. Tebas continuó siendo la capital, y la conservación de muchas de sus construcciones ha comportado simultáneamente la supervivencia de una masa documental excepcional, de la que carecemos en el estudio de los demás períodos. De hecho, los suburbios de Tebas, los palacios, las oficinas gubernamentales, las mansiones señoriales, han desaparecido totalmente, enterradas en los fértiles campos o se encuentran quizá bajo la ciudad de Luxor. Pero, sin embargo, han perdurado los templos quizá más importantes de la ciudad, y además han susbsistido notablemente intactos.

El dios local, Amon, comienza en esa época a recoger las recompensas derivadas de los deslumbrantes éxitos que, según la creencia religiosa dominante, proporcionó a los faraones tebanos. Una parte considerable de las riquezas obtenidas a modo de botín en las conquistas fue otorgada por los reyes al dios, los cuales, además, agradecidos por su protección, decidieron la construcción de grandes y lujosos templos para venerarle como se merecía. Templos que serían permanentemente embellecidos y ampliados durante los nueve siglos siguientes. Al otro lado del río se edificaron, en la campiña, otros monumentales grupos religiosos parecidos a los de la orilla este. Cada templo de esa zona servía de culto a un monarca fallecido y era el centro de una unidad socioeconómica, integrada por granjas agropecuarias, artesanía, comercio, con una administración local propia, componiendo de hecho todo un pueblo.

La tumba real dejó de ser ostentosamente cubierta por una pirámide. Ahora se la ocultaba en un lugar lejano, venerado y seguro, conocido con el nombre de Valle de los Reyes, sin duda con la esperanza de proveerlas de una mayor seguridad ante la amenaza de los saqueadores de tumbas. En las colinas y en el mismo desierto, tras los templos mortuorios reales, proliferaron los conjuntos de tumbas privadas, en las que eran enterrados numerosos cortesanos, funcionarios y militares del reino.

A pesar del dominio de Tebas, Menfis tuvo la potencia suficiente como para conservar gran parte de su primitivo prestigio. Los reyes continuaron residiendo allí durante largos períodos, y sus murallas fueron testigo silencioso de las partidas y retornos de expediciones a Palestina y Siria.

Algunos documentos de la época proporcionan datos acerca del poder político y su configuración en aquella época de esplendor. La división primera y más evi-



Arriba, cabeza de una esfinge de la XII dinastía. (Charles Edwin Fund. The Brooklyn Museum.)

Página anterior, estatua de Amenofis III de la XVIII dinastía, que reinó de 1413 a 1377 antes de Cristo. Se halla en Karnak (Alto Egipto).



dente era la existente entre Amon y el faraón, pues el dios era, en teoría, quien engendraba a los reyes y les proporcionaba sus victorias, tomando asimismo importantes decisiones a través de los oráculos. La casta sacerdotal destinada al servicio del dios Amon disponía de inmensas riquezas, y llegó a tener autoridad sobre el clero de las otras zonas del Imperio egipcio. No existen datos acerca de las tensiones que debió generar la hegemonía del clero de Amon, pero parece ser que no existió una honesta y límpida división del poder, pues el rey manipulaba los nombramientos, y entre los dirigentes sacerdotales se hallan nombres de amigos suyos, compañeros de armas, etcétera.

Los acontecimientos que jalonan el fin de la XVIII dinastía proporcionan algunas explicaciones acerca de los conflictos que precedieron a ese final. Los hechos relatados se centran en la personalidad del rey Ikhnatón, que ascendió al trono cuando el Imperio egipcio se hallaba en el punto más alto de su poder. Los hechos son difíciles de precisar, pero parece ser que se produjo un intento de alterar el equilibrio de las relaciones entre el faraón y el cuadro de divinidades, y más concretamente con el dios Amon, quien se vio súbitamente excluido de una renovación del culto solar, la cual elevaba al monarca al rango de igualdad con el «dios del Sol», materializado en la figura de un disco solar y denominado Atón. Estos cambios probablemente expresaban contradicciones entre la monarquía y algunos sectores de la casta sacerdotal.

La religión impuesta por Ikhnatón será analizada más adelante. Por el momento basta con enfatizar el hecho de que entre tales síntomas de desestabilización no hay evidencia de injerencias extranjeras, ni tampoco de que existiera un proceso de rebelión popular.

La primera aplicación práctica importante de la reforma religiosa auspiciada por el faraón Ikhnatón parece ser que fue la construcción de un gran templo solar en Karnak. Este nuevo templo contenía colosales estatuas del faraón, y sus paredes estaban recubiertas de grabados que representaban escenas de devotos del «dios del Sol», todo ello concebido con un nuevo estilo artístico que sin duda debió de sorprender y desagradar a aquellos que consideraban como sagradas e inalterables las antiguas tradiciones arquitectónicas y artísticas. Tebas, sin embargo, permaneció como el dominio del dios Amon.

Si Tebas se mostraba incómoda con los cambios decretados por el faraón, lo lógico es que éste decidiera abandonarla, acción que realizó durante el quinto año de su reinado trasladándose a una nueva capital construida en suelo virgen, cuya construcción, según parece, se había iniciado poco antes del acceso al trono de Ikhnatón. A la nueva ciudad se la denominó «Horizonte del Rey Solar», y es hoy la moderna Amarna. Estaba situada unos trescientos kilómetros al sur de Tebas, en el borde del desierto. En el centro de la ciudad se situaba el gigantesto palacio simétrico que enlazaba mediante un puente —que cubría la calle principal y un conjunto de pequeñas residencias— con el templo principal de Atón, de dimensiones similares a las del palacio real, y provisto de los servicios fundamentales de la administración gubernamental. Al norte y sur de la ciudad se extendían amplias calles y mansiones parecidas a modernas residencias, rodeadas de chabolas. Los barrios estaban asimismo separados por otros templos y palacetes. Instalado en su nueva capital, el faraón decidió iniciar una campaña para destruir la memoria del dios Amon, que comenzó con la eliminación sistemática del nombre del dios y de toda referencia suya. Conociendo la importancia que los egipcios concedían al mantenimiento sagrado de las inscripciones de los templos y monumentos, cuya modificación era considerada un sacrilegio, se entiende el porqué de la animadversión que provocaron las medidas faraónicas.

Ikhnatón gobernó durante dieciséis años, pero existen referencias acerca de que antes de su muerte, su política había



fracasado. Su sucesor, Semenkera, fue elevado al cargo de corregente del faraón en vida del mismo, casándose con la hija mayor de Ikhnatón. A la muerte de éste, el joven matrimonio desapareció, y el sucesor real fue otro hombre joven, Tutankamon, quien después de permanecer de dos a tres años en Amarna, abandonó definitivamente la nueva capital y el culto al dios Atón.

De hecho, el verdadero nombre del nuevo faraón era Tutanknatón, pero al asumir el trono, y como muestra de su decisión de abandonar el culto a Atón, adoptó el nombre de Tutankamon. Finalmente, mediante un decreto restauró el culto a Amon en la ciudad de Karnak. Tanto él como su sucesor reinaron por poco tiempo, asumiendo el poder una serie de líderes militares que inauguran la



XIX dinastía. El nombre de Ikhnatón desapareció de la nómina oficial de faraones egipcios, y su ciudad fue abandonada. Al parecer, permaneció vacía al menos durante cincuenta años, en que sería demolida junto con sus templos y palacios, utilizándose sus piedras para realizar nuevas construcciones.

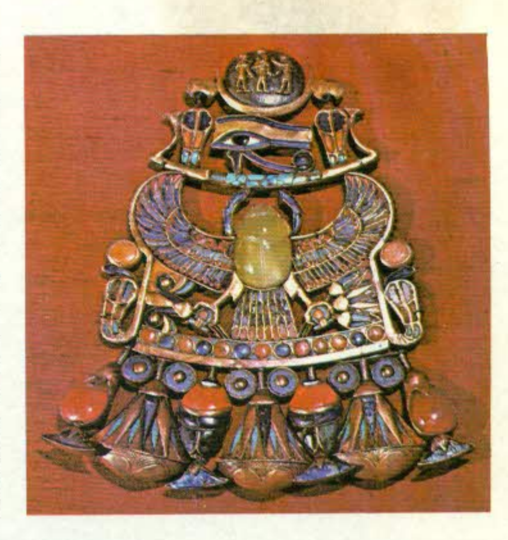
Documentos hititas prueban que a la muerte de un faraón egipcio –probablemente Tutankamon, que falleció a los 18 años de edad–, su viuda, probablemente la joven Akhsenanen, escribió al rey hitita solicitándole el matrimonio con uno de sus hijos, el cual asumiría por consiguiente el título de faraón. El rey hitita, Supiluliuma, que por aquel tiempo era el principal enemigo de Egipto, retrasó la decisión alertado por la extraña petición, realizando diversas investigaciones. Finalmente, decidió enviar a Egipto a uno de sus hijos, que murió víctima de un atentado antes de llegar a la capital del Imperio. En venganza, los hititas atacaron y derrotaron a las fuerzas egipcias. Después del suceso, el nombre de la reina aparece asociado con el que sería el siguiente faraón egipcio, un hombre de pasado militar y avanzada edad. Ello induce a creer que le fue impuesto como marido un egipcio de la alta jerarquía social.

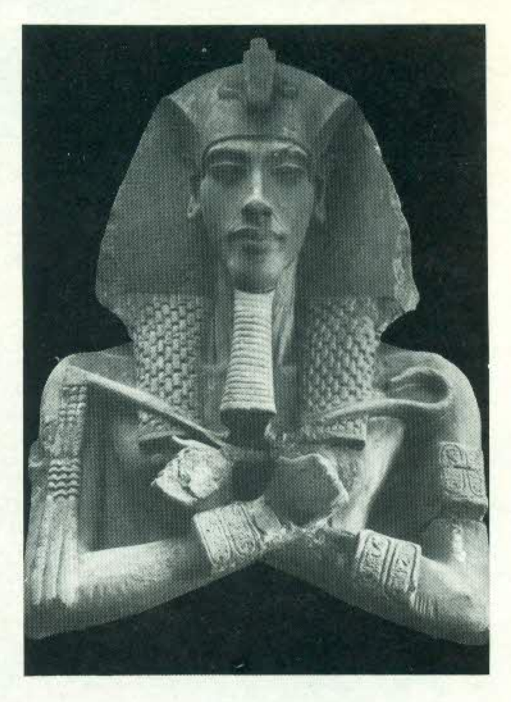
La recuperación del pasado imperial

Aparentemente al menos, el período de Amarna como capital de Egipto ha dejado escasas huellas. Tebas permaneció como la gran capital religiosa, en la que los monarcas eran enterrados y donde las ampliaciones del templo de Amon, especialmente el gran hipóstilo, salón de los reyes Seti I y Ramsés II, se realizaron a un ritmo aún mayor que en el pasado. Sin embargo, los líderes militares que fundaron la nueva dinastía XIX, no eran todos de origen tebano, sino que quizá procedieran del este del delta, zona en la que decidieron construir una nueva capital. En ella, al menos desde el período de Ramsés II, tercer rey de la dinastía, residieron los monarcas la mayor parte del tiempo, y estaban situadas la mayoría de las oficinas estatales. La ciudad se llamó la «Casa de Ramsés» y debió estar probablemente situada en el área donde hoy se hallan las modernas ciudades de Kantir y Khatana, pues allí se han encontrado restos de palacios y templos bajo las tierras de cultivo. Es prácticamente seguro que el faraón Ramsés es el mismo que con igual nombre figura en los textos bíblicos, pues en la construcción de la nueva ciudad participaron obreros israelitas. Es casi seguro también que el faraón solamente acudía a Tebas cuando las grandes solemnidades religiosas exigían su presencia.

Un cambio dinástico producido aproximadamente en el año 1200 antes de Cristo supuso la formación de la XX dinastía. Su segundo rey, Ramsés III, fue el último de los grandes faraones que engrandecieron Tebas con monumentos perdurables. Fue durante su reinado cuando desapareció el Imperio palestino, y el ejército egipcio mismo tuvo que mantenerse constantemente alerta dentro de sus propias fronteras para mantener la integridad territorial frente a las incursiones hostiles que les amenazaban por tierra y por mar. Durante los siguientes cincuenta años, los ocho reyes sucesores se llamaron todos Ramsés y debieron restringir sus proyectos arquitectónicos –que constituían un índice para calibrar la potencia de un reinado– en el delta, pues los problemas políticos y militares absorbieron sus actividades. Con el último rey de esta dinastía se cierra la nómina de los monarcas enterrados en el Valle de los Reyes, cerrándose también el ciclo del llamado Imperio Nuevo, fundado cinco siglos antes, coincidiendo con la segunda revuelta tebana.

Poco antes del fallecimiento del último de los Ramsés, el desplazamiento del centro del poder político y militar a la zona del delta promovió de nuevo una escisión en el país, que tuvo inicialmente un carácter pacífico y meramente administrativo. En efecto, la XXI dinastía, encerrada en sus fronteras, gobernó sólo sobre el Bajo Egipto, y desde la nueva capital, Tanis,





Izquierda, máscara funeraria de Tutankamon, de la XVIII dinastía, construida con oro e incrustaciones de pasta de vidrio coloreado y piedras semipreciosas. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Derecha, arriba, pectoral con emblemas del Sol y la Luna, perteneciente a Tutankamon. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Derecha, abajo, estatua de Ikhnatón del templo de Atón, XVIII dinastía, período Amarna.

Página anterior, izquierda, segundo sarcófago de la tumba de Tutankamon. Este ataúd contenía en su interior otro de oro, en el que reposaban los restos momificados. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Página anterior, derecha, estatua en cuarcita rosa, de Tell-el-Amarna, que representa a una princesa de la corte de Ikhnatón (siglo XIV antes de Cristo).







también sobre el territorio del nordeste del delta. En el Alto Egipto accedió al poder el gran sacerdote de Amon. Poco antes del fin de la XX dinastía estalló una férrea lucha por hacerse con el control del cargo de sumo sacerdote.

Se alzó con el triunfo Herihor, cuyo padre había sido sumo sacerdote de Amon. Éste fundó una dinastía de grandes sacerdotes que controlaron el Alto Egipto mientras que la XXI dinastía gobernaba en el norte. Con la asunción del trono por los sumos sacerdotes, se abre en el Alto Egipto la etapa que se conoce con el nombre del «Renacimiento».

Durante esta nueva etapa, en la parte oeste del delta se asentaron colonos libios, en tal número que bajo el gobierno de las dinastías XIX y XX fueron enviadas varias expediciones militares para expulsarlos y evitar su definitivo establecimiento en Egipto, pues su presencia amenazaba incluso la propia Tebas. Algunos de estos libios adoptaron la cultura egipcia y alcanzaron rango de sacerdotes en los templos egipcios. Concretamente en Heracleópolis, hacia el año 945 antes de Cristo, uno de los líderes libios, Sheshonk I se proclamó rey, independizándose del Alto Egipto. Probablemente fuese este monarca de origen libio quien inició una de las últimas y mayores ampliaciones del templo de Karnak.

Al final de la XXII dinastía, Egipto fue dividido en varias provincias controladas por jefes libios, quienes finalmente fueron expulsados del poder, después de verse debilitada su hegemonía en Tebas a raíz de una conspiración de los sumos sacerdotes de Amon.

En Tebas se originó la XXIII dinastía, de corta existencia, pero el país estaba ya dividido y sumido en crisis. Era, en definitiva, una presa tentadora y vulnerable para los invasores que merodeaban allende sus fronteras.

La influencia cultural egipcia en África

Aunque Egipto se halla situado en las rutas terrestres que enlazan África con el oeste asiático, no hay noticia de que exis-

Arriba, izquierda, arca del tesoro de Tutankamon. En la lámina de oro que recubre la madera están representadas escenas de la vida familiar del faraón. (Museo Egipcio, El Cairo.)

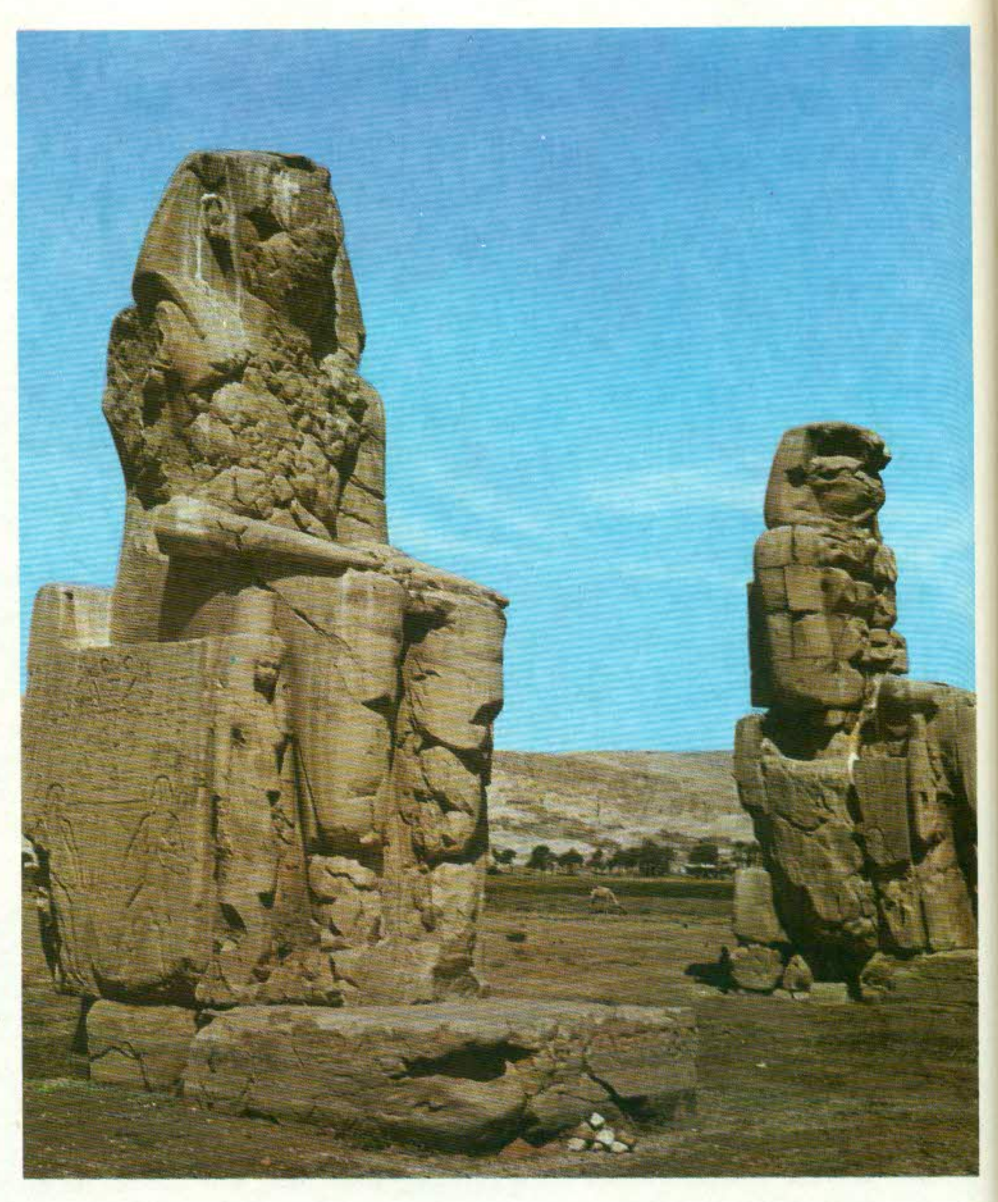
Arriba, derecha, el joven Tutankamon. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Página anterior, detalle ornamental del trono de Tutankamon. (Museo Egipcio, El Cairo.)

tiera una sólida comunicación entre ambas áreas durante los antiguos tiempos de esplendor egipcio. Por otra parte, tanto desde la zona asiática como desde la africana, las rutas respectivas culminaban en Egipto y no progresaban más allá. No obstante, parecen existir indicios de que ciertas influencias asiáticas que penetraron en Egipto se introducirían finalmente en el continente africano. Así lo demuestran las técnicas de domesticación de ciertas especies de animales, y el tratamiento de determinados cereales, que permitieron a comunidades esencialmente cazadoras y nómadas transformarse en más sedentarias y diversificarse económicamente. Quizá estos conocimientos se originasen en las colinas de Kurdish, extendiéndose a Palestina aproximadamente hacia el año 6500 antes de Cristo, pasando de allí a Egipto.

De hecho, las primeras etapas de la civilización egipcia son muy mal conocidas por falta de una documentación adecuada. La causa está en que las antiguas comunidades se establecieron en las áreas periódicamente inundadas por las crecidas del Nilo. Las primeras comunidades que dejaron abundantes restos, disfrutaban de un avanzado nivel de civilización, de la cual surgió el Egipto faraónico cuya influencia discurrió a lo largo de la costa del mar Mediterráneo, y por el sur, siguiendo el valle del Nilo, llegó hasta Sudán.

Cerca de Jartum existen claras evidencias de la domesticación de carneros alrededor del año 4000 antes de Cristo. Y unos 1000 años más tarde, en Kenya se domesticaban ovejas y bueyes. Más hacia el sur, estos adelantos no aparecen hasta la Edad del Hierro, es decir, en el primer milenio antes de Cristo. Al margen de estos hechos, puede afirmarse en conjunto que la influencia directa de la cultura egipcia sobre el continente africano fue casi inapreciable, reduciéndose únicamente a determinadas zonas del norte y centro de Sudán. En resumen, aunque Egipto pertenece geográficamente a África, desde un punto de vista cultural su civilización encaja perfectamente con el progreso que se desarrolló en el oeste asiático.

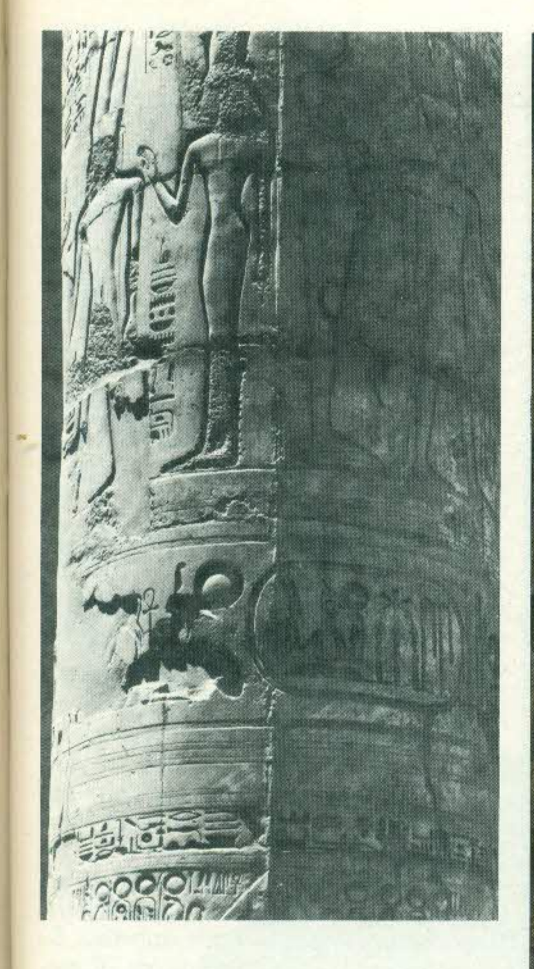


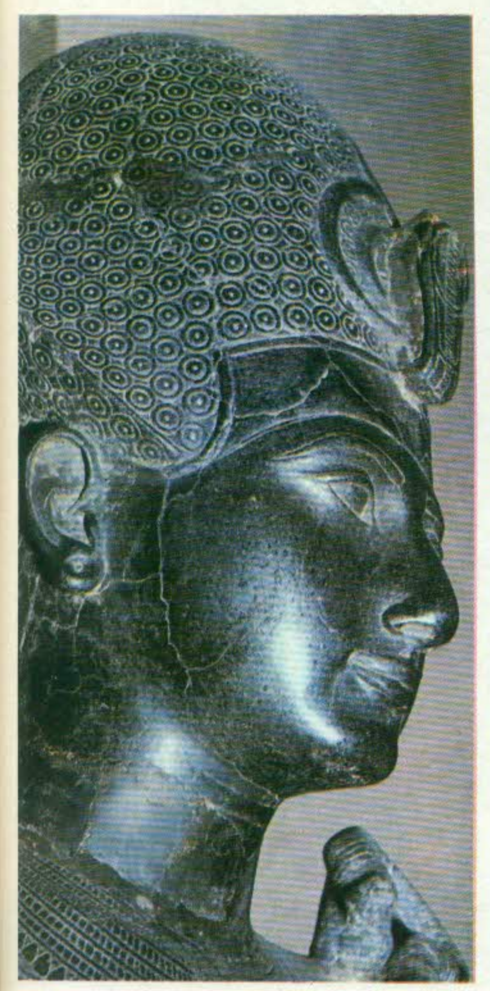
Egipto y el oeste asiático

La probabilidad de que la influencia cultural del oeste asiático se extendiera hacia Egipto durante el último período prehistórico es un hecho que debe tenerse en cuenta. Muchas de las normas arquitectónicas y, en definitiva, artísticas, imperantes en el país de los faraones, procedían de más allá de sus fronteras, y más concretamente de las fronteras del este. Se han encontrado en Egipto sellos mesopotámicos correspondientes a aquel período, junto con otros múltiples objetos grabados con dibujos de un estilo artístico muy similar al estilo propio del área mesopotámica. Es muy probable, asimismo, que el peculiar estilo arquitectónico basado en el empleo de ladrillos, que en Egipto se generaliza ya a partir de la primera dinastía, procediera también de Mesopotamia.

Las relaciones de Egipto con sus vecinos del oeste asiático debieron incluir una amplia gama de intercambios que rebasaron los estrictos límites comerciales. De hecho, el comercio egipcio hacia aquella zona se estableció especialmente con Palestina. A pesar de todo, las influencias culturales que cabe detectar en Egipto como resultado de penetraciones mesopotámicas nada tienen que ver con la idea de una posible invasión, ni con la hipótesis de que artesanos y artistas mesopotámicos vivieran en las tierras de los faraones, pues no hay datos fiables acerca de la existencia de pactos políticos que permitieran tales hechos. Por otra parte, parece indiscutible que la idea de escribir en base a la fonética practicada ya en la Mesopotamia de aquellos remotos tiempos, fuera asimilada en Egipto.

La otra gran civilización que coexistió en el Próximo Oriente fue, como ya se ha dicho, la de Palestina, un territorio que incluyó un mosaico de ciudades-estado con diversos grados de independencia y escasa cohesión política entre sí. Esta peculiar confederación política no constituyó para los egipcios, salvo en raras ocasiones, un verdadero peligro militar. Asimismo, los datos que inducen a creer que Egipto dominó Palestina hasta la VIII dinastía son poco fundamentados. Parece más verosímil que, durante siglos, existieran comunicaciones regulares de tipo comercial entre la zona este del delta del Nilo y las ciudades-estado del sur de Palestina, a través de la ruta que discurre por el norte de la península del Sinaí. Por otra parte, algunos puertos comerciales palestinos tuvieron fases de gran auge





precisamente cuando comerciaban con Egipto.

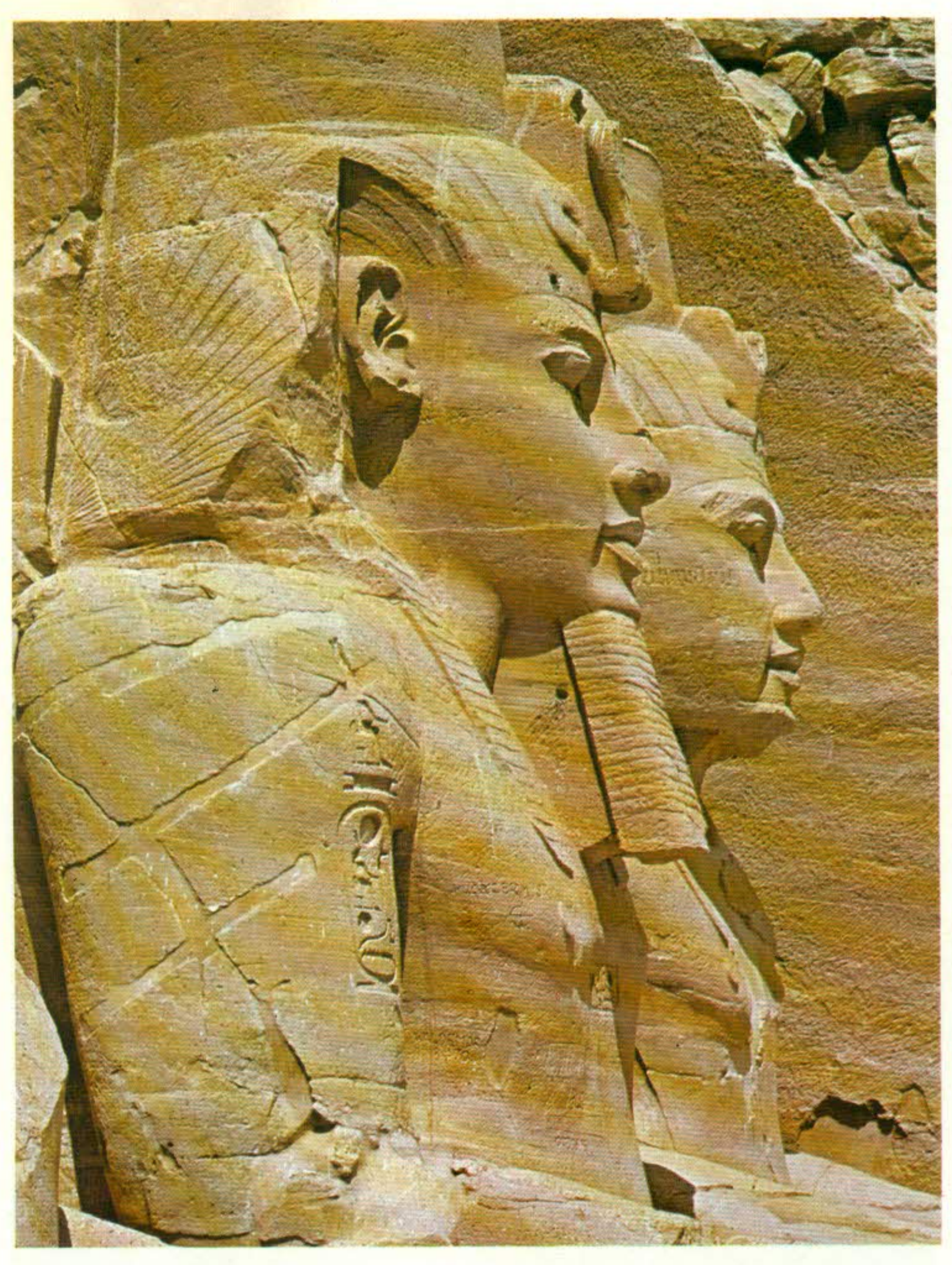
El producto de intercambio más valorado por los egipcios era la madera de los cedros que abundaban en las colinas libanesas, pues Egipto era pobre en árboles de maderas de calidad, y necesitaban de ellas para emprender sus espectaculares construcciones arquitectónicas. La ciudad de Biblos debió de ser el principal centro comercial, y en la corte del príncipe de esa ciudad-estado, la cultura egipcia era muy apreciada. Hacia el final de la XII dinastía, las tumbas de los reyes egipcios no sólo contienen objetos de su pertenencia, sino también otros presentes que, con

Arriba, la gran sala de las columnas de los faraones Seti I y Ramsés II en Karnak.

Izquierda, arriba, detalle de una de las columnas de la sala hipóstila en Karnak; en la figura ovalada están los nombres de los reyes.

Izquierda, abajo, Ramsés II (s. XIII a. de C.)

Página anterior, los Colosos de Memnón, en Tebas, que representaban a Amenofis III y que, según la leyenda, emitían oráculos (siglo XIV a. de C.).



toda seguridad, procedían del sur de Palestina. Destacan los sellos con forma de escarabajo en los que están grabados nombres diversos, abundando entre ellos la inscripción «príncipe de Biblos», escrita mediante los típicos jeroglíficos egipcios. Por otra parte, en esta ciudad se estableció una colonia egipcia que disponía de su propio templo.

Una fuente más lejana de riquezas se hallaba en la inhóspita zona sur del Sinaí. Expediciones egipcias con objetivos científicos y económicos localizaron en aquella zona canteras de piedras preciosas —concretamente turquesas—, así como mineral de cobre. Sin embargo, la posesión de tales riquezas debió provocar una tenaz obstinación de las tribus locales. La presencia de los egipcios en aquellas tierras viene documentada por la existencia de un rústico templo en honor a la diosa Hathor, levantado en lo que debió de ser uno de los campamentos egipcios; probablemente en este templo los jefes militares de las expediciones egipcias dejaban sus ofrendas a la diosa como testimonio de su agradecimiento por los éxitos obtenidos.

Desde tiempo inmemorial la zona este del delta estuvo constantemente sometida a la presión de incursiones de tribus extranjeras. Para evitar estas penetraciones, durante la XII dinastía se construyó la célebre «muralla del gobernador», que no impidió, sin embargo, la penetración de los hicsos contra Tebas. Por esta razón los egipcios se mostraron posteriormente más agresivos en sus conflictos militares con Palestina.

Las conquistas egipcias en territorio palestino crearon un profundo malestar en otros estados más poderosos, como el reino hurrita de Mitanni, situado al otro lado del río Éufrates, y también entre los hititas de Asia Menor. Ambos reinos no sólo animaron a los palestinos a resistir, sino que les ayudaron con efectivos militares. Como respuesta contra los hurritas de Mitanni, tropas egipcias realizaron incursiones de castigo, en las que llegaron a cruzar el histórico río Éufrates. Sin embargo, el área de influencia exterior egipcia se centró esencialmente en Palestina.

Los egipcios organizaron un sistema de control político que permitía a los príncipes locales mantener su trono, a cambio de que jurasen lealtad a Egipto y aceptasen enviar a sus hijos a este país, con el fin de que fueran educados en la cultura egipcia, en previsión de que estos futuros príncipes no provocasen posteriormente, al asumir el poder en sus ciudades-estado, problemas a los ocupantes egipcios. Los escasos testimonios que se poseen permiten avanzar, sin embargo, la hipótesis de que Palestina habría sido dividida en tres provincias, siendo cada una dirigida por un representante oficial del faraón egipcio, aunque probablemente la carga esencial del gobierno fuera asumida por el príncipe local. El objetivo de la existencia de aquel imperio debió estribar en asegurar la tranquilidad en las fronteras de Egipto, aunque las posesiones fueron seguramente una fuente importante de tributos. De todos modos, el sostenimiento de las conquistas imperiales reportó a los egipcios escasa tranquilidad. El dominio en Palestina obligaba a continuas movilizaciones de tropas para repeler los hostigamientos fronterizos, con el consiguiente gasto de vidas humanas y recursos económicos.

Durante el reinado de Ikhnatón, al producirse la profunda crisis religiosa que conmovió los cimientos de la civilización egipcia, el país perdió la mayor parte de sus posesiones en Líbano y Siria, pues los egipcios no pudieron contrarrestar la fuerza que supuso la coalición del príncipe sirio con los hititas.

La expansión imperial produjo en Egipto un notable impacto, reflejado por la cultura. Las mercancías de origen foráneo están presentes en los mercados egipcios en una abundancia muy superior a otras épocas no imperialistas. Es, por ejemplo, un hecho la importación en gran escala, desde Chipre, de opio transportado en envases especiales. La dominación militar obligó a modificar viejas tácticas inoperantes y motivó cambios en la organización del ejército egipcio. Desde un punto de vista religioso, algunas deidades, masculinas y femeninas, del cuadro mitológico palestino alcanzaron cierta popularidad en las metrópolis egipcias, y probablemente fueron introducidas por los hicsos y por los prisioneros de guerra mantenidos en territorio egipcio como

rehenes o esclavos. Asimismo, se detecta también la utilización de palabras extrañas al habla común egipcia.

A su vez, el impacto egipcio en la cultura palestina debió de ser también muy importante, pero la escasez de fuentes documentales no permite valorarlo en toda su dimensión. En el campo del arte es donde se capta mejor esta influencia, pues la inspiración egipcia es obvia en los marfiles tallados encontrados en Meggido, correspondientes a los siglos XII y XIII antes de Cristo, que presentan las típicas esfinges con cabeza humana y alas laterales.

Arte militar y diplomacia

Antes de la XVIII dinastía el equipamiento de los ejércitos egipcios era realmente rudimentario, comparado con el de otros ejércitos. Se basaba estrictamente en cuerpos de infantería nutridos con mercenarios procedentes de los pueblos nubios que habitaban en el sur. Las tropas egipcias luchaban normalmente con lanzas, arcos y flechas de punta de piedra u ósea convenientemente afilada y utilizaban también mazos de madera. En alguna ocasión llegaron a emplear hachas de cobre o bronce de diseño muy simple.

Sin duda, estas armas fueron suficientes para enfrentarse con éxito a los recalcitrantes nubios meridionales, pero las aventuras militares de la XVIII dinastía exigían un mayor grado de sofisticación para afrontar con posibilidades de éxito la presión de los ejércitos de origen asiático. Lo cierto es que se produjeron notables cambios en el equipamiento y organización militar de Egipto, estructurándose un

Izquierda, grupo en granito, procedente de Karnak, que representa a Tutmosis IV con su madre Teo, del siglo XV antes de Cristo. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Página anterior, estatuas esculpidas en la roca, del templo de Ramsés II en Abu Simbel, de la XIX dinastía. Estas estatuas monumentales fueron trasladadas con motivo de las obras de la presa de Asuán, para que no fueran cubiertas por las aguas del Nilo.







ejército profesional dirigido personalmente por el faraón o por oficiales profesionales a quienes, en cualquier caso, siempre supervisaba el monarca. Las armas fueron mejoradas y su función diversificada. Por otra parte, los egipcios extrajeron ideas de sus propios oponentes. Así, fueron introducidos los carros de guerra tirados por caballería, usados ya en la lucha contra los hicsos en Tebas. Se trataba de ligeras plataformas móviles que probablemente abrían el camino a la infantería, de modo similar a los modernos tanques del siglo XX.

Sin embargo, Egipto no era un país belicoso, y aunque su preparación militar era sólida, la política y la diplomacia desempeñaron también un importante papel en las relaciones exteriores del país. Su diplomacia fue tan tortuosa como pudo haberlo sido cualquier otra diplomacia contemporánea suya o posterior. Así lo pone de manifiesto la correspondencia conservada en Amarna. Se trata de unas tablillas de estilo cuneiforme, escritura oficial de la diplomacia en el Próximo Oriente, y que fueron redactadas supuestamente en las ciudades-estado palestinas. Su contenido expresa rimbombantes demostraciones de lealtad al faraón, y con un servilismo muy significativo los palestinos acusan a sus vecinos de inusitadas traiciones al faraón egipcio.

Junto con la diplomacia, los egipcios mezclaban ideas y artimañas de carácter mágico-religioso. Así lo demuestran unos peculiares objetos que corresponden quizá a las XII y XIII dinastías: recipientes de barro y estatuillas que representan hombres cautivos, encadenados, junto a los cuales se puede ver una lista de pueblos extranjeros con los nombres de sus príncipes. La identificación permite distinguir tres grupos de cautivos: nubios, asiánicos y libios. Pues bien, durante una ceremonia apropiada se les maldecía mediante una fórmula ritual, y luego se procedía a romper los objetos, ya fueran estatuillas o vasijas, que eran finalmente enterrados de manera conveniente y significativa. Se creía que realizando estas manipulaciones disolverían cualquier pensamiento o acción hostil de sus enemigos.

Egipto y su relación política con África

Al sur de Asuán, los primeros trescientos kilómetros del valle del Nilo, en el territorio llamado la Baja Nubia, la tierra agrícola es pobre y es difícil pensar que allí hubiera podido existir alguna vez un gobernante con el poder suficiente como para suponer una amenaza para los egipcios. Su valor, para estos últimos, se fundamentaba en la presencia de grandes recursos minerales, especialmente oro, cuyos yacimientos se hallaban en las colinas próximas al mar Rojo —y también en las cuencas fluviales—, y asimismo cobre.

La poderosa civilización egipcia suministró también los elementos necesarios para la apertura de un activo mercado para mercancías exóticas y lujosas procedentes de lejanas tierras del sur: ébano, marfil, incienso, pieles de animales casi desconocidos para ellos y, en ocasiones, los mismos animales vivos, como la jirafa. Durante el período antiguo se sabe que los egipcios enviaron expediciones militares a zonas tan alejadas como la de la segunda catarata del Nilo, con el objetivo de asegurar el orden en las minas y el transporte del mineral extraído. Como mínimo, se instaló en aquellas zonas un fuerte militar para reforzar la vigilancia, que al mismo

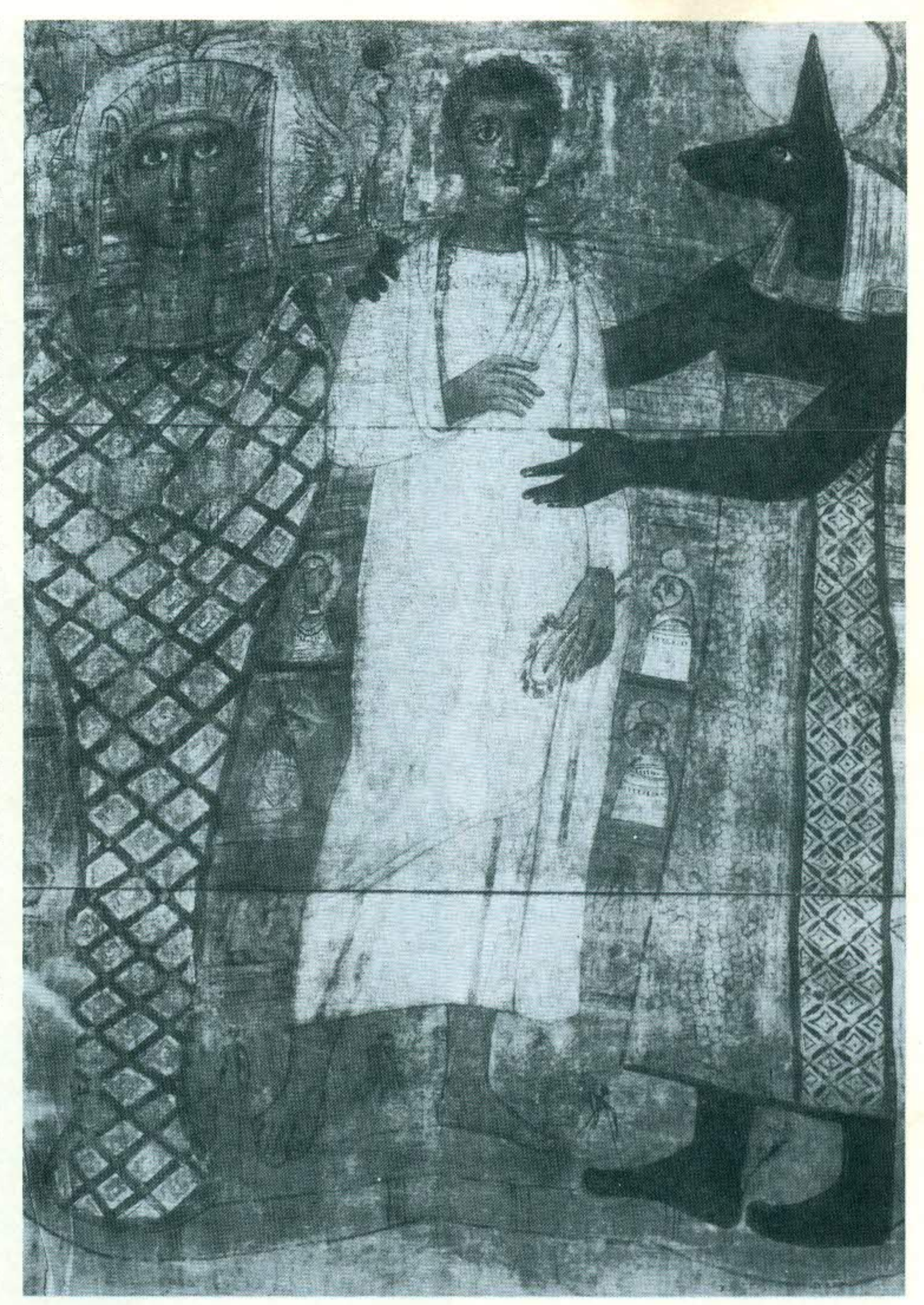


tiempo constituía un centro comercial para intercambiar mercancías con las caravanas que procedían de las lejanas tierras meridionales. Hacia el final de aquel período, este centro fue sustituido por caravanas tiradas por asnos, que transportaban las mercancías mucho más al sur, en busca de las otras caravanas, para proceder al intercambio.

Durante la XII dinastía la presencia egipcia en Nubia fue mucho más rigurosa, en base a criterios claramente militaristas. Se decidió la construcción de una cadena de fortalezas fuertemente pertrechadas entre la primera y segunda cataratas del Nilo, y en Semna, en el extremo de la segunda catarata, se estableció un control especial fortificado en el que el comercio era sometido a una vigilancia muy rígida. La adopción de todas estas medidas de precaución parece que se debió al potencial crecimiento de una enconada hostilidad por parte de los habitantes de Nubia. Un momento especialmente grave se produjo en aquellas zonas meridionales cuando los hicsos tomaron el poder en Egipto. Fue entonces cuando el poderoso reino de Kush se hizo con el control de la Baja Nubia, cuyo rey, según parece, trabó relaciones muy amistosas con los hicsos, constituyendo una amenaza más para Egipto, encerrado entre ambos reinos.

La capital de este curioso reino se emplazó en Kerma, al sur de la tercera catarata, lugar donde sus reyes fueron enterrados en grandes montículos funerarios circulares, junto a los sirvientes y amigos que eran ejecutados al morir los monarcas. A veces, su número suma varios centenares. Como en la Biblos palestina, el contacto con Egipto estimuló en el reino nubio un gran interés hacia los estilos de vida egipcios, desarrollándose una cultura híbrida. Incluso algunos egipcios entraron al servicio de aquellos reyes. Y curiosamente, fue con la ayuda decisiva de soldados mercenarios procedentes de aquella zona de Nubia, que los tebanos consiguieron expulsar finalmente de Egipto a los hicsos.

El éxito tebano contra los hicsos y la subsiguiente invasión de Palestina fue simultánea a un ataque similar contra el reino de Kush. La campaña significó el desplazamiento del ejército egipcio a distancias notablemente alejadas del valle del Nilo, cerca de la cuarta catarata, más abajo de Kurgus. Una vez conquistado el reino hostil, los egipcios organizaron un sistema de dominio basado en poderes delegados a un virrey, que gobernó dictatorialmente. Algunos príncipes de la Baja Nubia permanecieron en el poder, pero el reino de Kush, tras, al menos, un intento de rebelión, desapareció como tal en los anales historiográficos.



Como resultado de la acción militar egipcia gran parte de las culturas locales desaparecieron. Así, durante un amplio período, la cultura egipcia fue hegemónica en una amplia plataforma territorial, y los fundadores de las nuevas colonias, provistos de grandes recursos y notables ideas, llegaron a rivalizar con las actividades constructivas de las capitales imperiales. De esa época datan los espectaculares templos de Abu Simbel, tan monumentales como los de Tebas. Sin embargo, estas culturas periféricas desaparecieron, y aunque no existen datos concretos acerca de los motivos, cabe apuntar que probablemente se produjo un empobrecimiento que colapsó la potencia cultural.

Arriba, mortaja de lino del siglo II antes Cristo. El difunto se encuentra entre su propia imagen y el dios Anubis, con cabeza de perro, que era el dios que presidía los funerales y conducía al muerto al otro mundo. (Louvre, París.)

Página anterior, arriba, izquierda, friso que representa varias deidades cusitas.

Página anterior, arriba, derecha, Amenofis II con vestido de oferente. (Museo Egipcio, El Cairo.)

Página anterior, abajo, Mentuemhat, prefecto de Tebas, XXV dinastía. (Museo Egipcio, El Cairo.)

El declive de la capacidad de Egipto para controlar el gran imperio después de la XX dinastía explica la retirada de Nubia, que poco después sería definitiva. Sin embargo, los registros históricos mantienen un significativo silencio sobre esta fase de decadencia del poder imperial.

A pesar de todo, lo cierto es que el período de máxima influencia cultural egipcia en el continente africano aún tenía que producirse, y fue el resultado de un extraño episodio histórico. Una de las principales ciudades egipcias en Nubia fue Napata, ciudad probablemente situada en la base de una colina prominente denominada Yebel Barkal. En ella existe una colección alineada de tumbas fechadas en un período posterior a la retirada egipcia de Nubia. Tumbas que, según parece, pertenecieron a una dinastía de reyes autóctonos que en algún momento tomaron el poder y cuya cultura muestra escasas trazas de influencia procedente del período de dominación egipcia, aunque los templos dedicados al dios Amon situados al pie de la colina son testimonio de la presencia egipcia.

Aproximadamente en el año 730 antes de Cristo, uno de aquellos reyes, llamado Piankhi, concediéndose a sí mismo títulos y tradiciones ornamentales propias de los faraones egipcios, organizó una invasión contra Egipto, por aquel entonces escindido bajo el gobierno de la XXII dinastía de los ocupantes libios. El éxito de la invasión permitió al gobierno provincial nubio y a sus sucesores proclamarse reyes de todo Egipto, manteniéndose en el poder durante unos setenta años y constituyendo la que Manethon considera XXV dinastía.

El rey Piankhi aparece como un celoso observador y mantenedor de las prácticas religiosas egipcias, al igual que sus sucesores, y bajo su mandato se construyeron en Egipto numerosos templos. Sus tumbas se siguieron construyendo en la ciudad de Napata, pero ahora más lujosamente, adoptando la forma piramidal de los antiguos rituales egipcios, a pesar de que en Egipto no se había construido ninguna nueva pirámide durante los últimos ocho siglos. Sin embargo, la faceta más notable de este período de gobierno napatiano fue un amago de renacimiento artístico, que siguió a través de las sucesivas dinastías, constituyendo uno de los mejores períodos escultóricos.

El fin del gobierno de la XXV dinastía fue el resultado de acontecimientos producidos fuera de las fronteras egipcias. Es el período de la expansión militar asiria, y Egipto constituía una codiciada presa. En el año 671 antes de Cristo los ejércitos de Asarhadon derrotaron a los egipcios, penetraron en el norte del país y se anexionaron gran parte del mismo. Fueron los



reyes nubios quienes realizaron repetidos e infructuosos intentos para recuperar el control total del país, pero sin conseguirlo. Es más, en el año 663 antes de Cristo los ejércitos de Asurbanipal, molestos por los continuos hostigamientos, ascendieron por el valle del Nilo y ocuparon y saquearon Tebas. Tras esto, el último rey nubio de Egipto regreso a Napata, aunque ello no significó el fin del poder de esta ciudad. Sus sucesores intentaron mantener un simulacro de corte real similar a la del lejano Egipto faraónico, pero gradualmente retornaron a su propia cultura.

Temporalmente la localización de la capital y el cementerio real –siempre construido en base a pirámides–, fueron desplazados más hacía el sur, hasta la localidad de Meroe, situada a unos doscientos kilómetros de Jartum. La civilización meroítica perduró hasta el siglo IV después de Cristo como una vigorosa cultura autóctona, en la que se mezclaron pretensiones miméticas de las aportaciones egipcias con rasgos de inspiración muy localista, configurando globalmente un estilo barroco y pesado. Sus monumentos más impresionantes son los templos, dedicados a los dioses propios con inscripciones escritas aún mediante jeroglíficos.

Hay dos características de esta cultura que llaman poderosamente la atención. En primer lugar, solamente este pueblo de entre todos sus vecinos africanos –de la época del Imperio egipcio– sabía escribir, desarrollando un sistema de escritura que, a diferencia de la egipcia, era alfabética. Este lenguaje ha sido ya descifrado, aunque todavía no ha sido posible su interpretación. En segundo lugar, probablemente hacia el siglo I antes de Cristo funcionaba en Meroe una industria del hierro, situada cerca de unos ricos yacimientos de este mineral.

Lo más probable es que Meroe fuera el centro cultural desde el que se expandieron las técnicas del trabajo del hierro hacia los estados vecinos del África central y del sur.

La decadencia de Egipto

Mostrar un cuadro global y completo de la situación del Antiguo Egipto durante los tres últimos siglos de su historia es una tarea muy compleja.

El centro del poder político, y presumiblemente toda actividad importante del Estado y la cultura, se desarrollaba en el área del delta. La documentación existente acerca de temas sociales y de la vida cotidiana es bastante numerosa, pero, en cambio, los registros de carácter histórico son muy escasos. Lo cierto es que la importancia de Egipto en el Próximo Oriente había declinado totalmente. Todos los intentos esporádicos de invadir Palestina se saldaron invariablemente con derrotas. A la invasión asiria, en el 525 antes de Cristo, sucedió otra expedición organizada por los persas, que dominaron Egipto durante ciento veinticinco años. Las diversas rebeliones que estallaron contra el poder persa, fueron todas sofocadas.

Los últimos cincuenta años de independencia, bajo las dinastías XXIX y XXX, según Manethon, situadas cronológicamente entre los años 404 y 343 antes de Cristo, fueron posibles únicamente a causa de la debilidad del Imperio persa. En el año 343 antes de Cristo los persas restablecieron su poder, pero fueron derrotados por Alejandro Magno, que entró triunfalmente en Egipto en el año 332 antes de Cristo. Decidir una fecha concreta para señalar el final de la historia del Antiguo Egipto y de su poderosa civilización es inevitablemente una labor arbitraria. La historia es un proceso continuo, y son los historiadores quienes crean los períodos y establecen las divisiones. Determinadas formas de poder oficial y religioso continuaron mientras Egipto fue una provincia romana. Por otra parte, su cultura, comúnmente asociada con la del Antiguo Egipto de los faraones, había sufrido profundos cambios muchos siglos antes. Convencionalmente, la fecha que se utiliza para determinar el final del Imperio egipcio es la que señala la derrota del último gobernante nativo –Nektoreb– por los persas el año 343 antes de Cristo.

En el Alto Egipto, Tebas continuó siendo la ciudad principal. Su vasto complejo arquitectónico incluía templos con más de 1.000 años de antigüedad, restos de un esplendor imperial desaparecido desde hacía ya varios siglos. Incluso los monarcas de la XXVI dinastía, que al parecer consiguieron cierto relieve como gobernantes tras la retirada asiria, se limitaron a realizar únicamente algunas restauraciones arquitectónicas sin importancia. El hecho es que Egipto evolucionó hacia prácticas provincianistas, aunque el arte siguió manteniendo un vigoroso nivel, renovándose con esculturas y pinturas realmente magistrales.

Este renacimiento artístico se produjo en la coyuntura marcada por los contactos entre Egipto y Grecia. Los griegos atraídos por el exotismo egipcio fueron principalmente mercaderes y soldados mercenarios, pero entre los visitantes había también intelectuales que se sintieron profundamente impresionados por la gran antigüedad de la civilización egipcia, y particularmente por la monumentalidad de las construcciones arquitectónicas y de las esculturas. Contemplando tan maravillosas



Arriba, cabeza de anciano de Menfis, de la XXV dinastía. (Museo Nuevo, Berlín.)

Página anterior, pintura de la tumba de Pashedu, de la XX dinastía, en Dayr-el-Medina, que muestra al difunto bebiendo de un arroyo, bajo una palmera.



obras, los artistas griegos sintieron la inspiración necesaria para promover una cultura tan potente y rica como sería la suya.

La religión egipcia

La religión en el Antiguo Egipto no fue simplemente un asunto de comunicación entre los hombres y los dioses del remoto pasado. El mundo entero era concebido como el aspecto más externo de un complejo orden universal divino. No resulta fácil acometer una investigación analítica y profunda de la mitología egipcia. Ocurre que la documentación existente para abordarla es tan desigual como la historia del país. No sería correcto concluir que la religión egipcia fue estática, con pocos cambios de un período a otro, aunque esta idea emane de la contemplación de las esculturas, de las tumbas y los templos.

La religión egipcia fue una creencia viva y, hasta el mismo final de la sociedad faraónica, los sacerdotes, que fueron los intelectuales de aquella civilización, estuvieron comprometidos en el estudio de sus textos religiosos, intentando proporcionar explicaciones a la compleja red mitológica en que se basó aquella cultura.

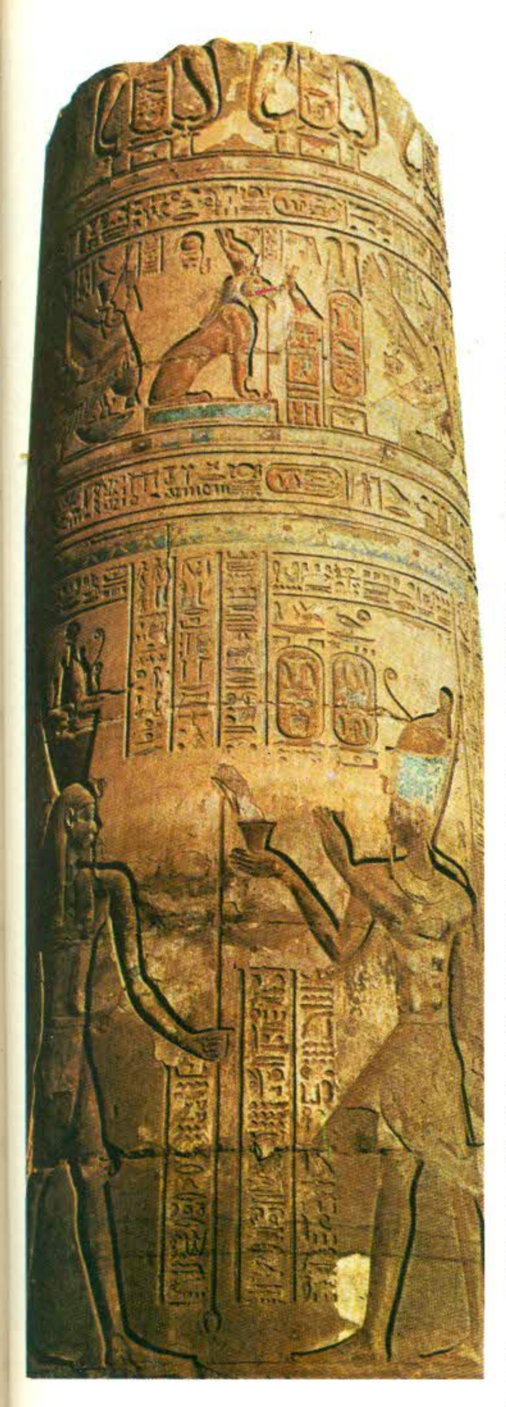
La rigidez de la mentalidad egipcia

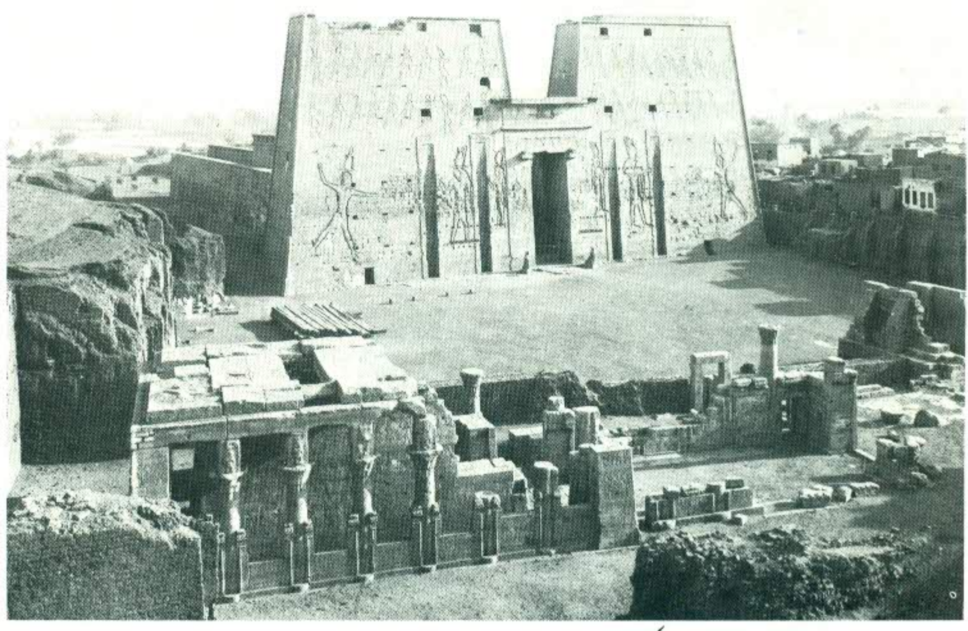
Los antiguos egipcios fueron un pueblo inteligente y culto. Por esto resulta sorprendente que, después de miles de años de permanente especulación acerca de la naturaleza y orígenes del universo, produjeran sólo unas pocas hipótesis realmente sugerentes.

La respuesta se halla quizás en la actitud de aceptar, sin ningún tipo de titubeo o especulación, los planteamientos que eran el fundamento de la plataforma filosófica original. Para ellos era indiscutible que el universo estaba regido por fuerzas estrictamente personales, siguiendo un comportamiento humano, aunque se tratase de deidades. Fuerzas sujetas a los mismos caprichos, veleidades y pasiones que los seres humanos, los cuales no eran más que un reflejo de los dioses. La rigidez de este planteamiento original hizo imposible una orientación hacia la valoración de posibles leyes naturales, impersonales. Todo estaba ya dispuesto de antemano y nada podía hacerse para modificar la situación estática del ordenamiento y la dirección de los asuntos universales.

La representación del universo que se halla grabada en el techo de la tumba de Ramsés VI, y que data aproximadamente del año 1130 antes de Cristo, ilustra lo que acabamos de señalar. La «diosa del Cielo», Nut, es una mujer desnuda con cuerpos celestes pintados en su vientre, inclinándose sobre la Tierra. En un extremo aparece el Sol, sostenido por un escarabajo alado naciendo de sus entrañas. Cuatro chacales en posición de adoración protegen su horizonte, y según la leyenda, promueven la aparición cotidiana del Sol y abren las puertas del horizonte celeste. Desde su aparición, el Sol, convertido en un hombre con cabeza de halcón, navega en una embarcación a través del inmenso río celeste, por debajo del cuerpo de Nut. Finalmente, al anochecer, al final de su recorrido, es absorbido por la diosa, mientras el rey humano observa en posición reverente. Otras veces el «dios del Sol» aparece como centro de una leyenda que le presenta como un hombre viejo, colérico con los humanos, a quienes creó y que ahora planean discordias y rebeliones contra él. Prisioneros de este tipo de esquemas mentales, es decir, de la idea de un universo no mecánico, los egipcios aceptaban sin el más mínimo asomo de







duda la validez de su tradición. A partir de unos orígenes tan oníricos, los eruditos e intelectuales egipcios solamente fueron capaces de ensanchar imaginativamente la idea original, sin proceder a ningún planteamiento que supusiera un cambio cualitativo de perspectivas.

Sin embargo, si los egipcios estan condicionados a observar los hechos naturales bajo estas perspectivas, ¿cómo lograron, pues, establecer el sistema tan complejo de representación de sus divinidades? Indudablemente, su metodología aceptaba la metáfora como elemento válido de argumentación. Para ellos, el sol cruzaba el cielo de modo uniforme, con lentitud, y este viaje era una deducción que tenía su origen en los viajes de los humanos por las aguas del Nilo. Y, para los egipcios, esta simple metáfora era una prueba suficiente de cómo viajaba realmente el dios Sol. Con esta tendencia a la más vívida imaginación, los egipcios fueron dando a la embarcación del dios Sol su forma exacta, con dos remos a los que llamaron «percepción» y «mando», y tripulada por otros dioses incluido un piloto con una vara y un conjunto de divinidades menores, para arrastrar la embarcación a lo largo del trayecto. Las aventuras de tan curiosa navegación incluían escenas fantasiosamente exageradas: terribles demonios, por ejemplo, atacaban el cortejo divino, y eran repelidos mediante la acción mágica. En resumen, los egipcios construyeron todo un sistema mitológico, cuidadosamente encaminado a la aceptación de la metáfora primigenia.

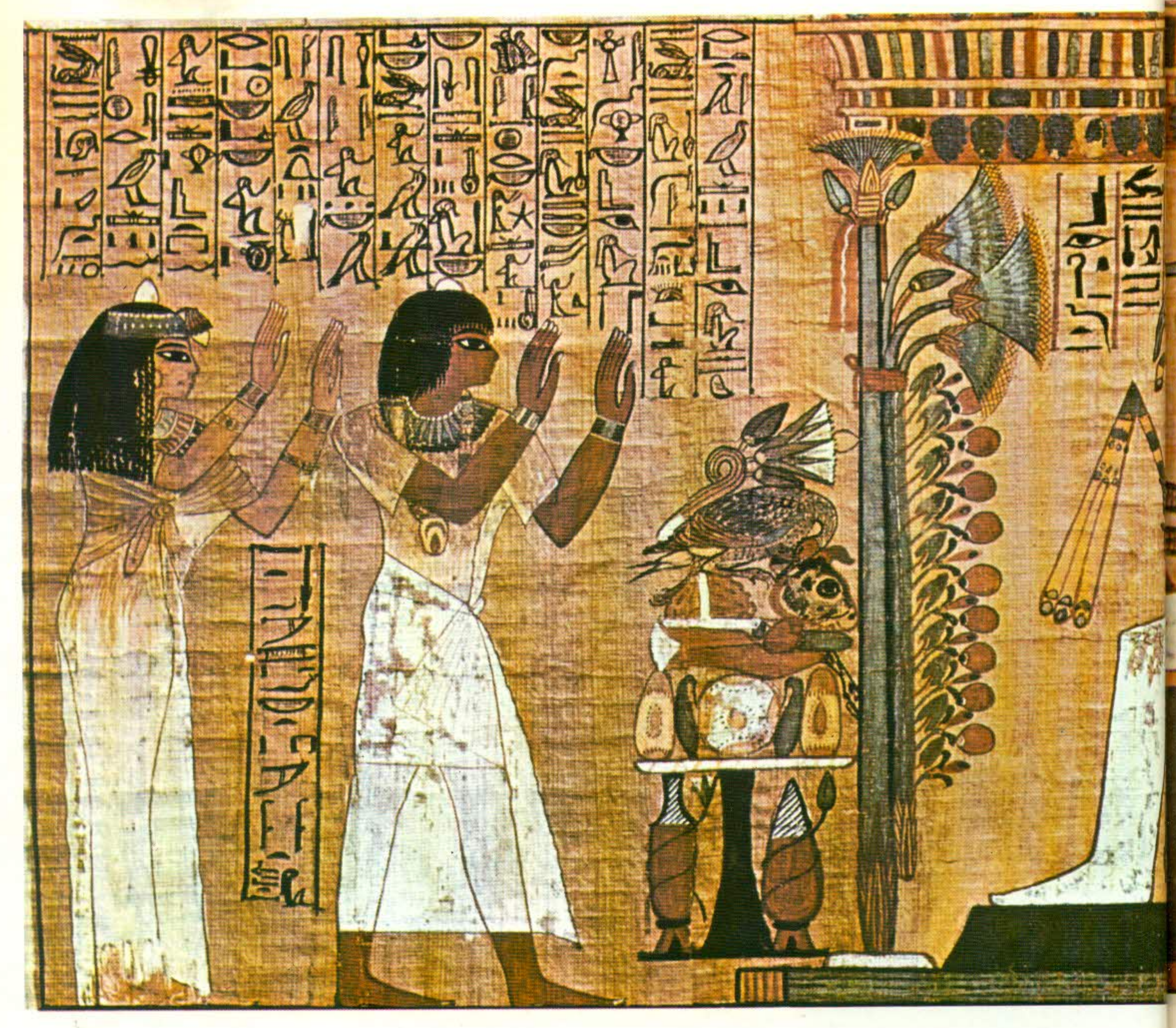
Los sacerdotes analizaban minuciosamente los textos almacenados en los archivos de los templos, que eran el producto de trabajos de tiempos pasados, y cada generación le añadía fabulaciones resultantes de una renovada imaginación, abocada a descubrir las conexiones entre las divinidades y sus leyendas, dentro de lo que consideraban una «mística de la coincidencia». La similitud fonética entre dos palabras, indicaba incluso una conexión oculta, y este proceso de erudición escriturística, les llevaría, en el campo de la mitología, a considerar cada dios no sólo en sí mismo sino como complemento o parte de otros dioses. Resultado de ello fue la invención de «deidades compuestas», como Osiris-Apis-Atum-Horus, conjunto denominado a veces como el «gran dios», según rezan textos documentales procedentes de la XIX dinastía. Esto quizá pudiera indicar que los egipcios se hallaban en un proceso de describir finalmente

Arriba, el templo del dios del Sol, Horus, en Edfu. Es uno de los monumentos mejor conservados del Antiguo Egipto y pertenece a la XXVI dinastía.

Izquierda, detalle de una columna del templo de Kom Ombo que, con otras quince, circundaban el patio del templo. En los relieves se han encontrado rastros de pintura.

Página anterior, izquierda, estatua de Rui, sumo sacerdote de Amon-Ra, el rey de los dioses, en Karnak, XIX dinastía. (British Museum, Londres.)

Página anterior, derecha, estatua de Horus, divinidad egipcia del sol naciente, con aspecto humano y cabeza de halcón. Siglos VII-VI antes de Cristo. (Louvre, París.)



la existencia de un solo dios universal. Sin embargo, esto es dudoso, pues la base de su pensamiento era que lo simple carecía de atractivo, en tanto que lo plural y complejo era un índice de profundidad. En base a este proceso de razonamiento, lo que aparece como contradicciones, capaces de promover la elaboración de hipótesis que indujeran al análisis, era considerado para ellos un campo misterioso, y sus facetas sólo eran explicadas en base a interpretaciones inverosímiles.

Los límites de la simplicidad y de la abstracción tuvieron su punto culminante en la teología menfita, la cual se remonta al Imperio Antiguo. Ésta describe al dios Ptah como el creador espiritual del universo y de la primera vida: «Él está presente en todos los cuerpos, ya sean dioses o humanos, así como en los animales y en todo aquello que tiene vida... Su pensamiento es mandato... En verdad, el orden divino lo proyectó su corazón y se hizo como su lengua dictaminó».

Los templos

Los centros de contacto entre dioses y humanos eran los templos. Muchos dioses o diosas estaban asociados con localidades geográficas específicas, a menudo supervivientes de un período anterior, cuando su protección se limitaba a una comunidad específica. Los sacerdotes asignados a un determinado culto local tendían a elaborar su propia interpretación del esquema divino implícito en el mismo templo y su deidad. Con el tiempo, la representación divina pasó de formas animales a formas humanizadas. Si en una época pasada un dios tuvo como representación un animal determinado, al humanizarse conservaba la cabeza original, pero ahora con un cuerpo humano.

Por otra parte, la comunidad de dioses podía ser organizada de manera que reflejase la sociedad egipcia, siendo muy común la trilogía de esposo, esposa e hijo. Por ello, un templo podía servir fundamentalmente a un dios, pero si éste tenía familia, ésta era también objeto de veneración, e incluso podían haber divinidades huéspedes procedentes de otras zonas geográficas. A pesar de este curioso parroquialismo, no se detecta en la historia egipcia ningún tipo de hostilidad entre los centros teológicos. La diversidad geográfica era simplemente un elemento más del misterio divino.

El templo era esencialmente la «casa de las estatuas» en la cual moraban los dio-



ses. Su arquitectura, en cierto sentido, reflejaba la de las aristocráticas mansiones de la clase dominante, con sus patios sombreados provistos de columnas y sus vestíbulos divididos en dormitorios y cuartos independientes. Pero a diferencia de las casas de los mortales, los templos estaban concebidos para una duración eterna, pues no en vano eran la residencia de «seres inmortales». Su planificación debía de tener siempre en cuenta la realidad de los actos procesionales, que tan importante papel desempeñaban en el ritual egipcio. Normalmente estaban construidos siguiendo un eje principal en dirección al Nilo, vía que se prolongaba hacia el exterior del templo para facilitar la entrada de otras deidades, pues era común intercambiar visitas religiosas con otros templos. En las paredes, de piedra, se disponían las pinturas que representaban escenas de los rituales propios del templo, y en el exterior se grababan a veces escenas del rey triunfando sobre sus enemigos extranjeros. Cada deidad tenía un ceremonial exclusivo, que podía ser acompañado de otros rituales en caso de visitas de otros dioses.

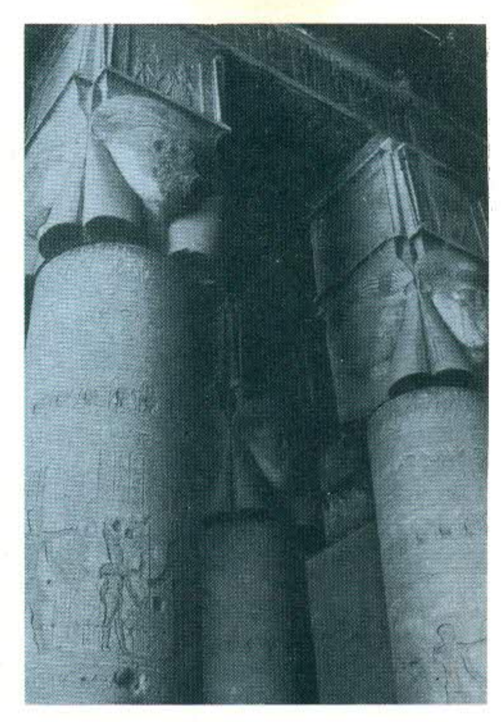
La vía central de acceso al templo discurría entre dos monumentales torres oblongas, cuya función era representar un horizonte montañoso. Éstas dejaban abierto un tragaluz central por el que aparecía el sol naciente, cuya primera luz debía ser para el templo.

Los cuidados de la divinidad eran múltiples y debían ser puntualmente practicados para evitar la cólera del dios. Era insustituible un ritual diario que, en esencia, representaba una dramatización de la existencia humana. Con la aurora, las puertas del santuario se abrían con acompañamiento del canto de un himno religioso. El sacerdote penetraba en el recinto, vestía a la estatua que representaba al dios, la purificaba y le presentaba una selección de ofrendas, normalmente alimentos y bebidas. Por la noche, el ritual era a la inversa. A todo ello se añadía la quema de incienso y el monocorde cántico de las sacerdotisas solemnizado por el eco del templo.

En compensación a estos tratamientos, los egipcios esperaban de los dioses benevolencia y bienestar, y los monarcas vida y poder. Uno de los faraones se dirigió en cierta ocasión a Osiris en estos términos: «Permite ¡oh, dios! que mi reinado doble en longevidad al del gran rey Ramsés. Los sacrificios y riquezas que he ofrendado en los últimos cuatro años en tu honor, superan largamente los que te dispensó Ramsés a lo largo de toda su existencia... Tú mismo lo has reconocido así, y no puedes disgustarte».

En teoría, como ya se ha indicado a lo largo de este capítulo, el faraón era la única persona con capacidad para comunicarse con los dioses. Por este motivo, suele aparecer en solitario en las representaciones pictóricas que le muestran en comunicación con alguna deidad. Sin embargo, en la práctica, dicha función tenía que ser delegada a sacerdotes.

Para asumir la naturaleza sacerdotal, el individuo debía purificarse corporalmente mientras estuviera dentro del templo. Durante una época no parece que las cuestiones propias de la administración de los templos dieran lugar a la existencia de una casta especial de individuos, y el trabajo era en ocasiones realizado también por funcionarios oficiales, que lo compartían con quehaceres de carácter burocrático. En esencia, lo fundamental estribaba en servir al dios, aunque también habían otras tareas de carácter erudito o adminis-





Arriba, columnas con capiteles que representan a Hathor, en el templo dedicado a esta diosa en Denderah. Era una divinidad local, generalmente en figura de vaca, pero con el tiempo se convirtió en diosa de la música, de la danza y del amor, y en protectora de los niños.

Abajo, relieve de la tumba de Idou en Sakkara, representando el sacrificio de un cerdo.

Izquierda, escena de un papiro del Libro de los Muertos. *Representa al arquitecto Kha con su esposa Merie en un acto de homenaje delante del dios Osiris.*







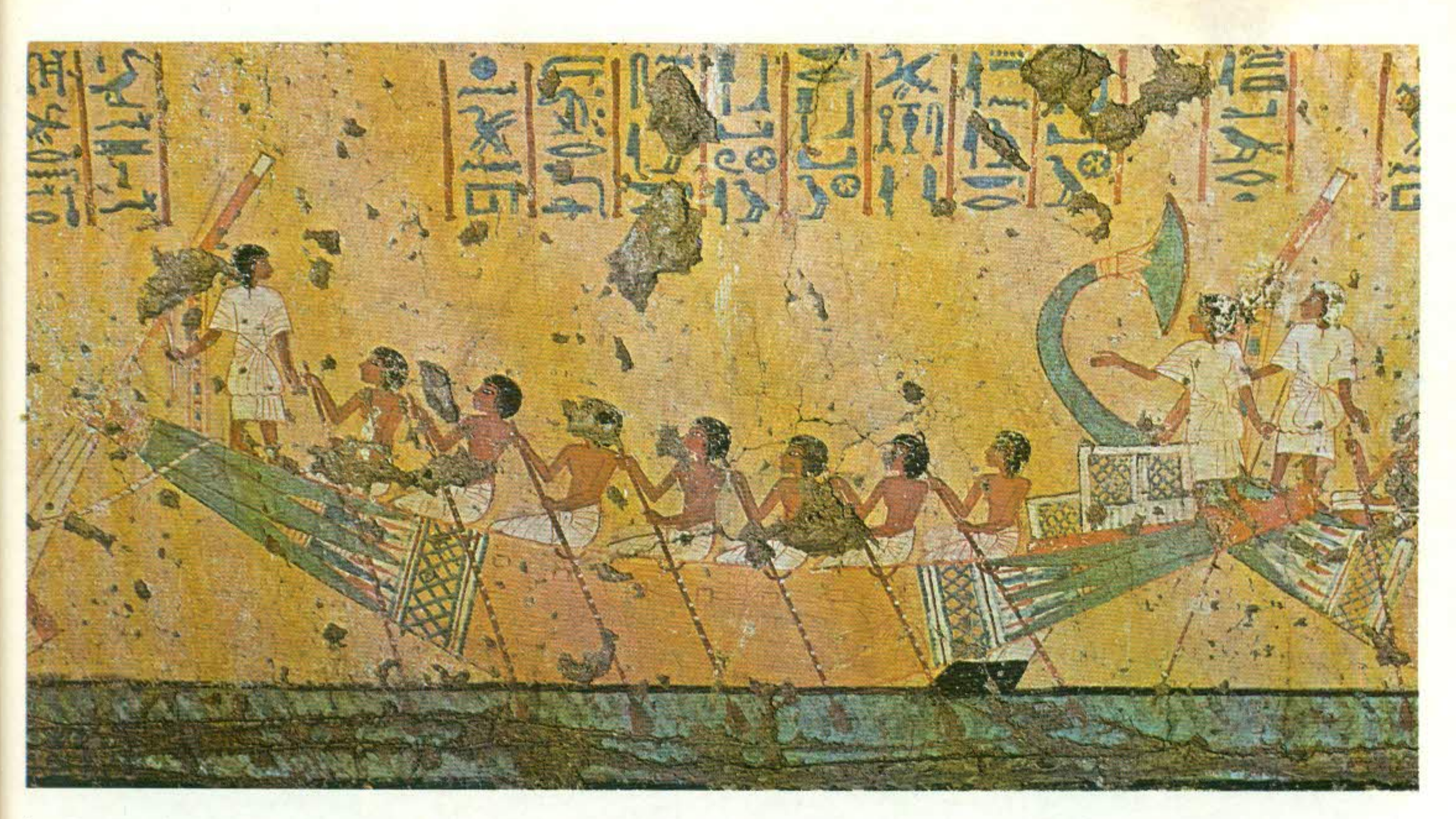


trativo. En resumen, las funciones a efectuar eran diversas, pero se sabe con poca exactitud la naturaleza de la división del trabajo que existió en los templos.

Según explican algunos documentos, debió existir un período de instrucción para novicios, y probablemente escuelas donde se enseñaba el arte de la escritura y disciplinas relacionadas con el dibujo, pues los jeroglíficos requerían expertas manos diseñadoras. Cada templo era el centro de una unidad económica, y cuando un templo era de carácter estatal su poder económico estaba en consonancia con aquel rango.

El poder económico de los templos, tanto en Egipto como en las provincias coloniales, se basaba en el número de cultivos y de granjas de que disponía, y también en el valor de los regalos y costosos objetos que el rey ofrendaba. El templo disponía de los recintos adecuados para el almacenamiento de estos bienes, del grano, así como para las oficinas de la administración y, rodeándolo todo, las viviendas de los empleados. En tiempos más próximos parece ser que los templos desempeñaron un importante papel en el desarrollo del comercio interior, y probablemente incluso el artesanado y los recursos materiales de toda índole debieron estar sometidos al control administrativo del templo, constituido así en pieza clave de la estructura socioeconómica del entorno que controlaba.

Toda la riqueza del templo era propiedad de su dios, y las riquezas que se le donaban debían de estar en consonancia con el poder económico y espiritual que representaba. Estas ofrendas eran depositadas ante la estatua divina, y también ante las estatuas de otros dioses no loca-



les. De estos beneficios obtenidos se deducían las pagas para los sacerdotes, e incluso se realizaban inversiones para empresas muy diversas, pero esencialmente para construir las tumbas de los reyes. En resumen, los templos fueron el centro de la vida económica del país.

La reforma religiosa de Ikhnatón

La religión egipcia tuvo, obviamente, un fuerte contenido político. El éxito de los príncipes de Tebas se reflejó en un plano divino a través de su dios. Amon llegó a ser el «rey de los dioses». La política de los reyes de Tebas vinculados a la XVIII dinastía estuvo estrechamente ligada a aquel dios, y los sacerdotes asumieron entonces una gran influencia. La estatua de Amon era el oráculo fundamental que ratificaba las decisiones del Estado. Cualquier alteración de estos esquemas, en el fondo políticos, constituía una rebelión.

Sin embargo, el faraón Ikhnatón se interesó especialmente por los orígenes de la tradición religiosa de su país. La adoración del Sol había revestido siempre una gran importancia desde los primeros tiempos, y durante la XVIII dinastía alcanzó en Tebas la máxima popularidad. El mismo dios Amon era identificado con el antiguo «dios del Sol», el llamado Ra.

El nombre de «Atón» había sido utilizado en múltiples ocasiones para describir al «disco solar». Según Ikhnatón, emanaban de Atón poderosos haces de rayos solares que en su extremo final adoptaban la forma de manos humanas.

Sorprendentemente, según los documentos de que se dispone, Ikhnatón decidió asaltar la fortaleza espiritual del dios Amon. El ataque fue destructor, pues se trataba de extraerle su poder divino. Ya en la XVIII dinastía, Amon, entonces denominado Amon-Ra, había sido cantado por composiciones poéticas que le enaltecían considerándole como el «único creador de la vida», cuya presencia diaria en el firmamento comportaba felicidad y bienestar. El himno que Ikhnatón hizo dedicar a la nueva deidad Atón, cantaba las mismas loas, pero las composiciones presentaron un refinamiento poético superior. En realidad, el cambio poseía una clara orientación política: variar la relación entre el dios principal del Estado y el rey. Aunque siguió mostrándose al rey adorando a su dios, hubo sin embargo, una clara voluntad de igualar a ambos.

Atón recibió numerosos títulos, como si se tratara de un rey humano, e Ikhnatón se adjudicó cualidades divinas. Para enfatizar tal asociación, el faraón egipcio organizó fiestas que vinculaban al dios con la realeza, situando a ésta a un nivel más puro y cercano a las esencias divinas.

Los cambios se reflejaron en los grabados de las tumbas de los cortesanos, ornamentadas con escenas que seguramente debían de estar también grabadas en el templo dedicado a Atón, y que muestran al faraón orando, cabalgando a través de

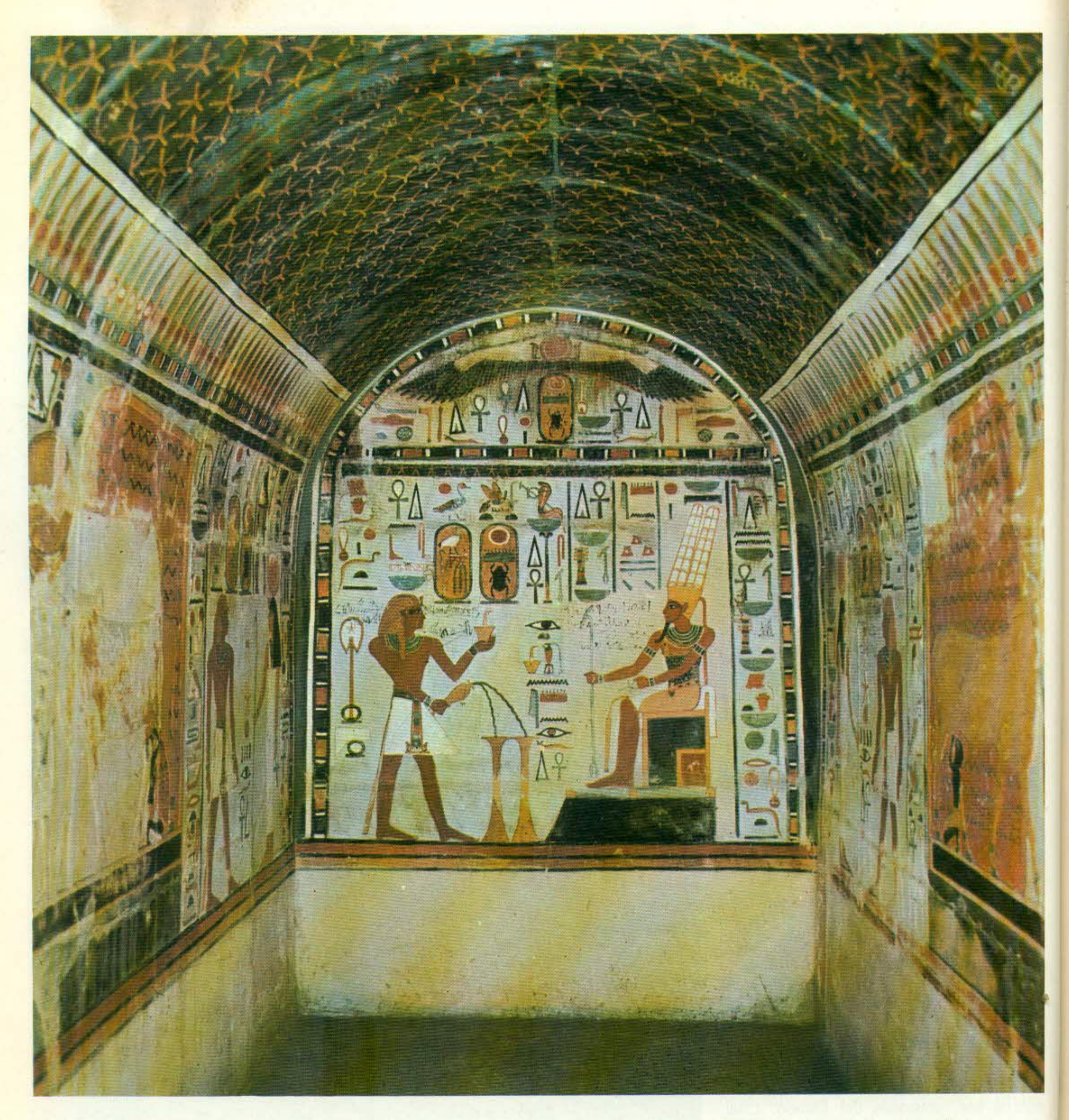
Arriba, pintura mural de la tumba de Meye que representa un viaje ritual. Dayr-el-Medina, finales de la XVIII dinastía. (Museo de Turín.)

Página anterior, izquierda, arriba, Sebek, el dios cocodrilo, en un relieve del templo de Ombos, hacia el año 145 antes de Cristo.

Página anterior, izquierda, abajo, estatua de un escriba leyendo delante del dios Thoth, inventor y patrón de la escritura. (Louvre, París.)

Página anterior, derecha, arriba, retrato informal de Ikhnatón (Amenofis IV), su esposa Nefertiti y tres de sus hijas. Detalle de una estela de la XVIII dinastía, período Amarna. (Staatliche Museen, Berlín.)

Página anterior, derecha, abajo, relieve de la coronación de Seti I. Buto, la diosa del Bajo Egipto (a la izquierda), y Nejbet, protectora del Bajo Egipto, coronan al rey; XIX dinastía.

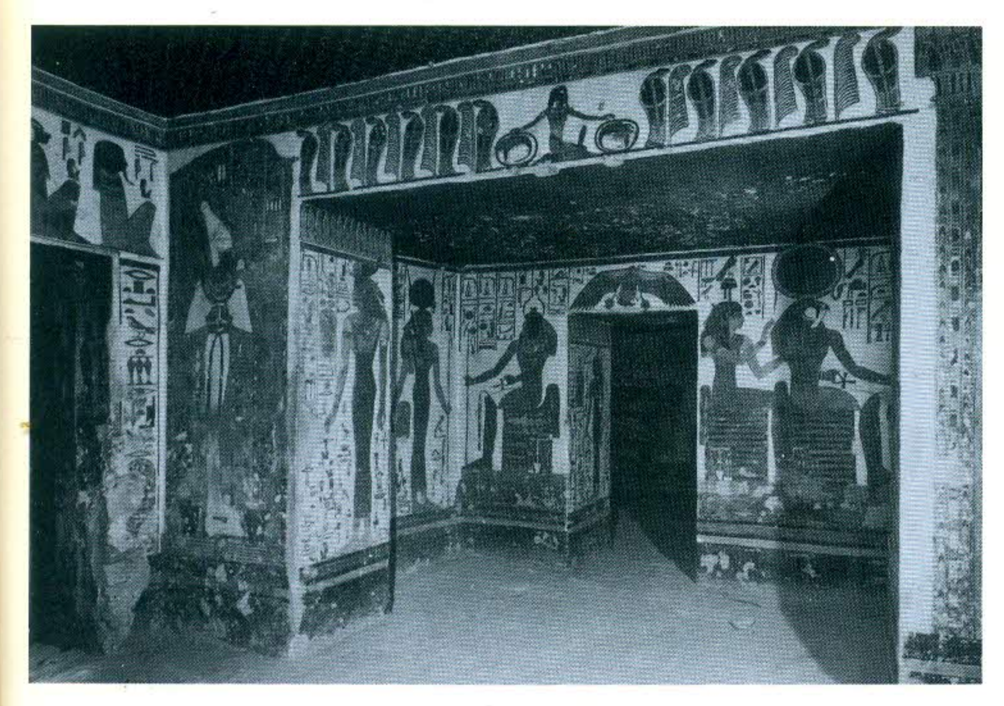


la ciudad, impartiendo recompensas entre los cortesanos, en escenas familiares, etcétera. Sin embargo, la nueva divinidad tuvo escasa atracción, y no llegó probablemente a tener una resonancia popular, pues algunos objetos de uso casero procedentes de las excavaciones de algunos pueblos cercanos a Amarna, siguen reflejando el influjo de los antiguos dioses, y la nueva deidad, Atón, no aparece grabada en ellos.

Tanta preocupación religiosa distrajo probablemente a Ikhnatón de sus tareas administrativas. Por otra parte, el pacifismo no era una faceta del carácter real, pues se han descubierto testimonios acerca de los severos castigos que imponía a los desleales y cautivos. La «revolución» que se produjo en Amarna fue estrictamente dirigida contra su gobierno, cuyo fracaso se produjo a causa de las medidas extremas que tuvo que emplear. De hecho, los líderes militares que le sucedieron no tuvieron ya problemas, lo que significa que entre el pueblo había un clima de animadversión contra el faraón.

La religión entre el pueblo

Los templos no eran recintos para el culto popular. Sus santuarios solamente podían admitir a los sirvientes purificados destinados al servicio del dios. Sin embargo, los dioses estaban muy presentes en la vida de la gente común. Los grandes templos estaban atendidos por sacerdotes y oficiales de alto rango jerárquico y eran inaccesibles al pueblo. Pero, sin duda, de-





Arriba, papiro jeroglífico de la XIX dinastía, con un texto del Libro de los Muertos.

Izquierda, tumba de Nefertari, esposa de Ramsés II, en el Valle de los Reyes (Tebas), XIX dinastía. Las pinturas representan a las divinidades de la otra vida.

Página anterior, visión de conjunto de los frescos de la capilla funeraria de Tutmosis III (XVIII dinastía), del siglo XV antes de Cristo. Las paredes están teñidas de amarillo, en imitación del color de los rollos de papiro.

bieron de existir muchos templos menores, con santuarios a los cuales el pueblo podía acceder para rendir culto a las deidades. Existen datos acerca de un pueblo cercano a la necrópolis de Tebas en el que el clero local estaba integrado exclusivamente por los obreros que cuidaban del cementerio, y rendían culto al deificado rey Amenhotep I.

Sin embargo, incluso los dioses de mayor rango del Estado no permanecían enclaustrados de modo permanente, lejos del acceso de las masas. Anualmente se celebraban festejos públicos, y una imagen portátil de la deidad salía del templo y era transportada a otros santuarios. En tales ocasiones, el pueblo disponía de mayor libertad para el disfrute de placeres que le estaban vedados la mayoría de los días del año, y por otra parte eran ocasiones propicias para presentarle al dios peticiones especiales, utilizando como intermediarios a los portadores de la imagen.

La práctica de consultar al dios como si de un oráculo se tratara fue iniciada a partir de la XVIII dinastía, y su contenido cubría todos los aspectos de la vida. Preguntas acerca de si era o no una buena acción aceptar o rechazar un obsequio, sobre si en la futura vida habría severidad o benevolencia, peticiones para procurarse favores especiales, eran norma corriente. En unas inscripciones se ha encontrado un tipo de jaculatoria muy peculiar: «Tú eres el dios Amón, señor de los hombres silenciosos, aquel que despierta en ayuda del desgraciado. Yo te invoco, Amon, pues me encuentro en desgracia y necesito tu ayuda... Yo soy tu servidor incondicional, y de ti espero misericordia, y aunque tu ira pueda manifestarse alguna vez, sé que tu bondad la supera».

Existía un tipo de culto religioso más apropiado para el hogar, incluso el humilde. Las casas de los obreros de las necrópolis —por ejemplo en Tebas— incluían una habitación que era un santuario muy especial —identificado por pinturas halladas en sus paredes—, y al parecer servía para adorar y cultivar la protección de un pequeño gnomo denominado Ba, una especie de genio supuestamente amigo y protector de la casa. En los hogares se hallaban también bustos pétreos, probablemente representaciones más o menos afortunadas de miembros de la familia, así como diminutas figurillas de mujeres desnudas —algunas con niños—, quizá utilizadas en ritos especiales destinados a fomentar la fertilidad de las esposas.

Es necesario señalar que incluso en estos niveles de religiosidad popular existía una superstición generalizada. Un grupo de papiros que probablemente datan del siglo IX antes de Cristo, cataloga con cierto detalle los peligros a que se encuentra expuesta una persona que no posea determinado amuleto o una reproducción del mismo, en el cual estaría encarnado el dios protector. Aparte de protegerse de enfermedades diversas, de cataclismos naturales, de cualquier accidente cotidiano, de la maldición de un enemigo, o del influjo de un color pernicioso, los egipcios necesitaban protección contra los temibles «demonios de las profundidades, del averno, que venían de bajo la tierra», así como contra la presencia de los libios, etcétera. Incluso las propias deidades podían ser rencorosas o vengativas, lo que requería protección frente a «los dioses y las diosas coléricos», y de las deidades «capaces de errar en el castigo». Es decir, la trama de supersticiones, como hemos

señalado, era sumamente intrincada y sólo la posesión de amuletos podía alimentar en las personas la esperanza de mantener su integridad en aquella jungla de fuerzas hostiles. Existían incluso calendarios que señalaban los días de «suerte» o de «desgracia».

Gran parte de la medicina egipcia se levanta sobre los cimientos de ese mundo de amenazas y seres malignos. Existen datos fidedignos de que las enfermedades eran en general objeto de cuidados y tratamientos de naturaleza científica, pero lo cierto es que para la mayor parte de la gente, incluidos los pacientes, este proceder tenía un escaso interés. Un tratamiento mágico que combatiera la malignidad provocadora de la enfermedad era considerado como el medio más idóneo y era recibido con mucha mayor confianza por el paciente que el correcto tratamiento médico. Los tratados médicos son una mezcla de remedios racionales y artes mágicas, y en ellos es muy común ver recomendadas sustancias como «aceite de ratón» y «grasa de ciempiés», elementos capaces de «persuadir» al espíritu maligno de desistir en su acción y ahuyentarlo del hospedante enfermo. En estos tratados, curiosamente, pueden encontrarse también colecciones de consejos sobre «cómo expulsar a los mosquitos del hogar», elaboración de pomadas y elixires «capaces de rejuvenecer», etcétera.



La vida después de la muerte

El modelo de conservación de los restos en el remoto Egipto ha favorecido a las tumbas y cementerios a expensas de los hogares y las ciudades en general. De un modo u otro, esto pone de manifiesto la importancia que para los egipcios tenía la preparación de la muerte, y que los funerales y las construcciones funerarias constituían una parte muy importante de la vida de aquellas gentes.

Estaban firmemente imbuidos de la idea de que el espíritu de un individuo continuaba vivo después de la muerte, y de que esa existencia posterior era comparable a la de la tierra, con unas necesidades similares. Para prevenir la futura satisfacción de estas necesidades se depositaban en las tumbas los enseres apropiados, y se procuraba reproducir con pinturas escenas de la vida doméstica del finado, para que quedase constancia de sus costumbres más esenciales durante su existencia terrena. Normalmente, al muerto se le hacían ofrendas por parte de sus parientes, en general personificadas en su hijo primogénito, y el ceremonial era una copia humilde de los fastuosos ceremoniales de los grandes templos. Con el paso del tiempo, la sencilla creencia en la vida después de la muerte se mezcló con elementos mitológicos del más alla, y el dios de la resurrección fue Osiris. El temible cúmulo de supersticiones que acosaban a los egipcios durante su vida persistía más allá de la muerte, lo cual exigía una vigilancia permanente, basada en la renovación de conjuros, que se escribían en el ataúd o se adjuntaban en un rollo de papiro.

Sin embargo, a pesar de tanta piedad y temor, los muertos eran especialmente vulnerables a la osadía de los vivos, los cuales acostumbraban a asaltar las tumbas y robar sus contenidos, mutilando las inscripciones con el fin de destruir la felicidad celestial del muerto, e incluso procurar la destrucción del cuerpo, conservado cuidadosamente como morada del espíritu, ya fuera por momificación artificial o por la gran capacidad conservadora de la arena seca. Los vivos podían, por otra parte, acusar a los muertos de provocarles dificultades, y existen datos documentales de escritos dirigidos a los supuestos agresores amenazándoles con recurrir al tribunal de los dioses.

El arte egipcio

Aunque las pinturas egipcias presentan muchas veces escenas de la vida cotidiana, lo cierto es que se encuentran abrumadoramente en recintos funerarios, y en consecuencia fueron vistas por muy pocas personas, puesto que en algunos casos eran secretas y sólo los más allegados al finado y al artista que las reproducía habían tenido conocimiento de ellas. Se trata, pues, de una especialización artística fundamentada en una esencia religiosa.

Este arte rupestre era un arte en dos dimensiones, es decir, consistía en la representación sobre la superficie de una pared de escenas o inscripciones que requerían el esculpido de la roca y su pintura subsiguiente, o bien sólo la pintura cuando el tallado no era factible. Este estilo perduró uniforme e invariablemente durante 3.000 años. Es poco conocido el arte pictórico y del esculpido de los tiempos prehistóricos, aunque probablemente adolecería de menor perfección compositiva y una más tosca ejecución. Pero en la última fase de aquel período comenzó a consolidarse una escuela de artistas y artesanos de considerable talento. Las primeras producciones son unas tablas de pizarra en las que se han esculpido esce-

nas en bajorrelieve. Ya durante el reinado de la primera dinastía se articula un estilo muy cuidadoso, que caracterizaría definitivamente al Egipto faraónico.

Se trata de un estilo tan escrupulosamente académico que sólo pudo haberse desarrollado como resultado de deliberadas experimentaciones y de unos análisis realmente profundos y completos. En algunos aspectos, se encuentran ciertas similitudes con el arte mesopotámico, especialmente de las zonas meridionales, aunque el arte egipcio tiene una personalidad propia, y únicamente debió utilizar las realizaciones mesopotámicas como fuente de inspiración. Aparentemente, el origen de este tipo de arte coincide con las primeras inscripciones jeroglíficas esculpidas, hecho que muy bien pudiera no ser accidental, pues en realidad, tanto el arte del grabado como el del jeroglífico, se sustentan sobre las mismas rígidas normativas. En consecuencia, la distinción entre «pintura» y «texto» resulta bastante artificiosa. Las escenas pintadas en los recintos funerarios servían de ayuda para comprender el significado de los textos jeroglíficos, y en ocasiones ambos se entrelazan y complementan premeditadamente.

Puesto que el arte pictórico egipcio tenía normalmente un contenido religioso —de hecho era un intento permanente de resumir rituales o de expresar actividades funerarias—, era imprescindible que las reproducciones reflejasen exactamente aquello que pretendían, dando una imagen real de lo representado, hasta el punto de que evitaban plasmar las distorsiones ilusorias que comporta la perspectiva.

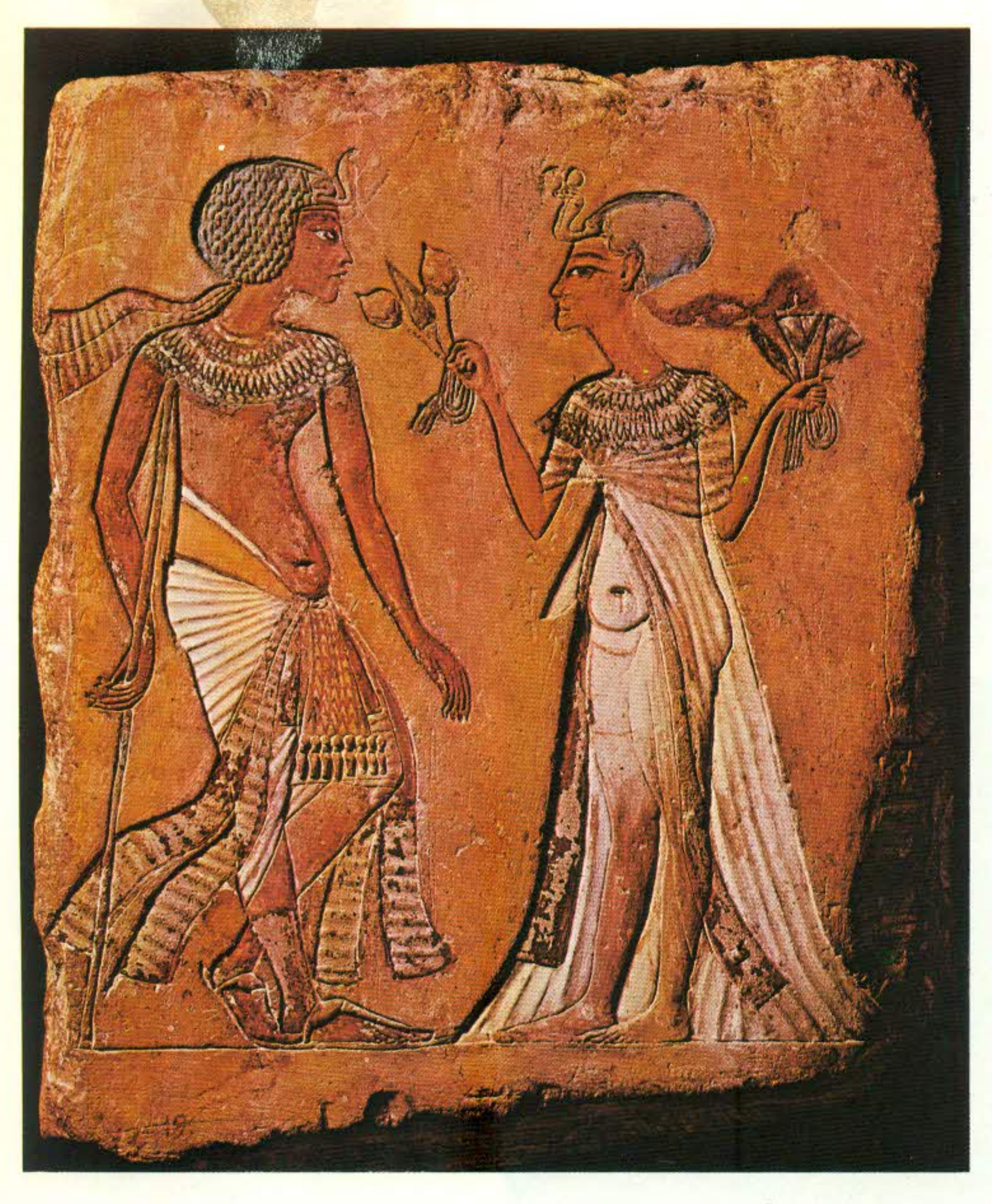
En base a esta finalidad de veracidad objetiva, el arte egipcio cumplía perfectamente la función adecuada. En los frescos,



Arriba, fragmento de una tumba de piedra caliza. Muestra la recolección de la fruta. Finales de la XXV dinastía o principios de la XXVI.

Izquierda, detalle de un relieve de la tumba de Ramsés III, de la XX dinastía.

Página anterior, el dios Horus en el barco sagrado. Tumba de Pashedu, Dayr-el-Medina, de la XX dinastía.



por ejemplo, cada escena es tratada detalladamente y con una independencia propia, puesto que debía simbolizar algo muy concreto. Las figuras, ya sean estáticas o en ademán dinámico, son representadas siempre bajo un mismo prisma frontal. Las medidas espaciales o las dimensiones de los grabados y sus componentes no indicaban distancia respecto a un espectador. Evidentemente, un asno era representado con mayor tamaño que una liebre, pero un asno más alejado posicionalmente que otro, tenía el mismo tamaño que éste.

La misma actitud analítica impera en el tratamiento de las diferentes partes de la escena. La forma característica de una ave es el perfil de su cuerpo. Sin embargo, la principal diferencia entre un gorrión y una golondrina es la forma del plumaje de la cola, vistos desde una posición superior. Por tanto, los artistas egipcios dibujaban los cuerpos de ambas aves de igual modo, añadiendo una visión superior de la cola de ambos pájaros. En el caso de las figuras humanas esta técnica aparece todavía más refinada.

En efecto, las cabezas humanas presentan una típica representación lateral, de perfil, en tanto que el tronco aparece en posición frontal, y las piernas, incluida la cintura, en posición lateral. Estas distorsiones fueron, sin embargo, muy bien medidas, sin llegar nunca a la exageración. Así, podían dibujar o grabar un rostro de perfil con un ojo representado frontalmente, pero en cambio no añadían jamás una boca frontal.

Esta contención en el matiz proporciona al arte egipcio un equilibrio considerable, que lo hace agradable al análisis del observador. Asimismo intentaban disminuir en lo posible el dinamismo de la escena, puesto que para ellos las contorsiones o gestos violentos no eran una virtud humana, sino todo lo contrario, y su pintura buscaba un continuo perfeccionismo. La placidez, e incluso la gélida apariencia que emana de sus pinturas, eran rasgos perfectamente acordes con el contexto religioso, pues les preocupaba fundamentalmente captar el áurea sagrada que debía presidir cualquier actividad. Y es por eso que los artistas egipcios codificaron determinados esquemas utilizando plantillas reticuladas y rejillas de cuadritos. Por ejemplo, el cuerpo humano tenía, en general, dieciocho cuadrados de altura, hasta los hombros. Los estudiantes de arte aprendieron a dibujar copiando masivamente modelos, y aunque la escenificación global de una tumba podía exigir el previo ensayo utilizando estas rejillas, la gran práctica adquirida por los anónimos autores les había hecho excepcionales expertos en la técnica del dibujo a mano alzada. Realmente, algunas obras de ensayo encontradas en rugosos pedazos de piedra caliza, demuestran un control de la línea y una libertad de movimientos que superan cualquier previsión que sobre tal cuestión pueda concebirse.

Sin embargo, es necesario recordar que la naturaleza y los objetivos del arte



egipcio eran, por encima de cualquier consideración, «sagrados», y por tanto ceñidos a un elevado carácter de uniformidad, dejando muy poco margen a la experimentación individual. Cabe poner en duda, por otra parte, el hecho de que el artista intentara alguna vez escapar al estrecho control de un arte con tan escasas permisividades creadoras, con lo cual las eventualidades de un progreso artístico quedaban fuera de lo posible.

Las innovaciones del faraón Ikhnatón en el terreno religioso se plasmaron también en el arte. Una muestra de estas innovaciones se encuentra en Amarna, donde en las afueras, junto a las colinas, hay un cementerio de tumbas cortesanas excavado junto a las rocas, las cuales eran de un material excesivamente pobre para su esculpido. La decoración se proyectó únicamente desde un punto de vista pictórico, y los artistas obtuvieron una libertad superior, introduciendo una mayor vivacidad en la descripción de las figuras secundarias. Esta etapa señala el límite máximo de permisividad creadora en el campo artístico de toda la historia del Antiguo Egipto.

El período faraónico de Ikhnatón fue el marco donde se alcanzó, pues, un grado de mayor liberalidad. Tal como ya hemos señalado anteriormente, los principales monumentos religiosos de esta etapa fueron los templos dedicados al dios Atón, pero éstos fueron demolidos y sus piedras empleadas en la construcción de otros templos. A pesar de las dificultades que representa este hecho para la investigación arqueológica, son numerosos los bloques pétreos de aquel período tan singular que se han recuperado, y su datación, correspondiente al reinado de Ikhnatón, se ha determinado en base a la similitud que presentan sus grabados y pinturas con los del citado cementerio cortesano de las afueras de Amarna.

Los temas de esta etapa se centran, pues, en el dios Atón, que aparece como fuente universal de la vida. Las diversas y numerosas actividades que componían el cuadro social de la vida egipcia se describieron en aquella época con una libertad y vitalidad que se palpa incluso en los más pequeños detalles, aunque conservaron el rasgo esencial del llamado «estilo faraónico». En el centro del mundo siempre aparece representado Atón, extendiendo sus fulgurantes rayos hacia un complejo arquitectónico que representa los templos, y hacia el rey y la familia de éste, que aparece en actitud de ofrendar, rodeados por un grupo de cortesanos en actitud reverente. En las tumbas privadas hay escenas más domésticas, en las que puede verse a la familia real comiendo o paseando por la ciudad.



Las intimidades de estas escenas reales constituyen el centro máximo de interés de la producción pictórica de la época, y su explicación resulta francamente compleja. Puede que aquella «humanización» de la familia faraónica tuviera por objetivo la simple adulación. Sin embargo, las efigies del faraón Ikhnatón son de un burdo convencionalismo. Mandíbula prominente y caída, labios gruesos, caderas excesivamente anchas y afeminadas, y un vientre abultado, son rasgos que más bien parecen buscar una deliberada deformación de la realidad. Cabe en lo posible que Ikhnatón padeciera alguna enfermedad. Pero también es muy probable que se tratara de un intento deliberado de magnificar to-

Arriba, relieve pintado de la tumba de Seti I, en el Valle de los Reyes (siglo XIV a. de C.)

Página anterior, arriba, la dama Ten-Chenat venerando a Re-Harakkte, dios soberano de Egipto; XXI dinastía. (Staatliche Museen, Berlín.)

Página anterior, abajo, cucharilla de maquillaje (hacia 1100 a. de C.). Una joven, tallada en madera, flota sobre el agua y sostiene una oca, cuyo cuerpo vaciado servía para contener el cosmético que usaban las damas elegantes.

davía más la calidad diferencial del faraón respecto al resto de los humanos, es decir, representarlo de modo que fuera superada la imagen de un simple hombre coronado y vestido con oropeles majestuosos, pues de hecho las estatuas de los templos presentan también algunas de las características deformantes. Pero, sea lo que fuere, lo cierto es que esta etapa, en el ámbito de la dilatada historia egipcia, es una coyuntura peculiar, pasajera, que se disolvió en la historia sin dejar ninguna huella.

La estatuaria egipcia presenta unas características formales y revela unos objetivos aún más estrictos y precisos que los relieves y pinturas de las paredes. Una estatua no era más que «un alojamiento para el espíritu», ya fuera éste el de un dios, el de un faraón o el de un individuo privado, pues todos ellos podían ser destinatarios de las ofrendas, en sus tumbas, templos o pequeños santuarios. También la estatuaria real presenta unas limitaciones estrictas dentro de la arquitectura de los templos. Los esquemas escultóricos tienen, como en la pintura, una perspectiva de dos dimensiones. Normalmente presentan una forma humana idealizada, plena de jovialidad y optimismo, contemplando plácidamente la llegada de los oferentes y adoradores. En algunos casos, cabe señalar la existencia de obvios intentos retratistas, normalmente limitados al rostro, pero ello no era una característica decisiva, pues no se buscaba la concordancia de los rasgos, ya que la identidad de la estatua residía en el nombre que llevaba registrado.

La imaginería egipcia no era concebida como un vehículo transmisor de sentimientos o acciones, excepto quizá los pequeños modelos de madera que representaban actividades domésticas y agrarias, y que en una época fueron depositados en las tumbas. La mayor parte de los trabajos artesanales de este tipo, aparte de los procedentes de la etapa del reinado de Ikhnatón, corresponden a los seis últimos siglos antes de Cristo. En estas obras las actitudes son tan formalistas como en el resto del arte egipcio, pero el tratamiento de los rostros demuestra una cierta evolución imaginativa, pues algunas figuras intentan reflejar la dignidad de la vejez. Algunos de aquellos artistas debieron poseer una habilidad excepcional, como lo demuestra la perfección en el esculpido de la anatomía del cuerpo humano.

Lo que nosotros contemplamos como obras de arte, tuvo en su día el simple objetivo de complacer a los dioses y a los muertos. Para complacer a los vivos se hicieron, francamente, muy pocas cosas. El arte decorativo de las paredes tuvo una aplicación muy limitada en la arquitectura



doméstica. Las casas de los cortesanos de la ciudad de Amarna tenían la techumbre pintada con brillantes colores y los frisos superiores de los muros estaban pintados con dibujos de flores y frutos, pero esto fue probablemente un lujo que sólo unos pocos podían permitirse. Las casas de los trabajadores de las necrópolis de Tebas estaban encaladas, y el encalado sólo era interrumpido por algunas escenas pictóricas de carácter religioso en torno al santuario doméstico. Solamente en los lugares donde habitaba la realeza se encuentra un tipo de decoración de alta calidad, equiparable al arte de las tumbas y los templos. En este sentido, los restos mejor conservados son los de la ciudad de Amarna, que representan escenas de la vida animal, con múltiples aves de las marismas, aunque sin ningún propósito divino o noble.

Los egipcios aplicaron también su talento artístico a los objetos de uso diario: muebles, joyas, armas, etcétera. Todos los restos conservados muestran un diseño sumamente cuidadoso, que comparte los criterios de forma y simetría propios de las producciones religiosas. Es muy posi-







ble que esta sujeción a la normativa religiosa impidiera el desarrollo de la cerámica, pues ésta exige un mayor grado de abstracción. Así pues, produjeron una enorme cantidad de objetos de arcilla, pero su función era simplemente utilitaria y desprovista de cualquier rasgo decorativo.

La sociedad egipcia

La unidad básica de la sociedad era la familia, integrada por un hombre y una mujer unidos matrimonialmente, que edificaban en común una vida hogareña. Sin embargo, la ley no prohibía que un hombre poseyera más de una esposa, aunque la monogamia era la norma más generalizada. Esto resulta comprensible si se tiene en cuenta que los derechos de propiedad sólo podían ser compartidos y traspasados a una esposa, según se desprende de los documentos obtenidos en las investigaciones, pues la propiedad era, en definitiva, compartida por los firmantes del contrato matrimonial. Éste, por otra parte, podía ser disuelto mediante divorcio, en cuyo caso la esposa tenía absoluto derecho a que le fuera restituida la parte correspondiente de sus propiedades. Cabe señalar asimismo que el adulterio era severamente castigado judicialmente mediante el repudio.

En cualquier caso, funcionaba un sistema de previsiones para asegurar el porvenir de los hijos del matrimonio, y el marido en falta podía ser conminado a mantener a la esposa divorciada. Asimismo, en el propio seno matrimonial la esposa podía legitimar su parte legal de propiedades, en la perspectiva de una posible crisis familiar. Existe, acerca de normativas hereditarias, un documento firmado por una vieja mujer que deshereda a sus hijos, acusándolos de «desagradecidos» por no haber cuidado de ella.

No se conocen con seguridad los rituales propios de la ceremonia matrimonial,

Arriba, vaso procedente de la tumba del arquitecto Kha. Conserva todavía intacta la tapa, y el cuello está forrado con una tela muy fina. (Museo Egizio, Turín.)

Izquierda, arriba, estuche de belleza de Merie, esposa de Kha. (Museo Egizio, Turín.)

Izquierda, abajo, granadas y frutos de palma conservados hasta hoy, al estar protegidos del aire y la humedad. Tumba de Kha y Merie. (Museo Egizio, Turín.)

Página anterior, trinidad en forma de colgante, en oro y lapislázuli, de 9 cm de alto. El dios Osiris con su esposa Isis y su hijo Horus (siglo IX antes de Cristo).



así como el contenido de los acuerdos legales. Parece ser que la organización de los matrimonios era preparada con antelación por los padres de los contrayentes, por lo menos entre las clases sociales más inferiores.

Han llegado hasta nosotros textos de las dinastías XIX y XX que contienen colecciones de canciones o poemas que tratan de la vida familiar con un contenido romántico. Unos cantan loas extravagantes acerca de la «bien amada», y otros relatan incluso la tragedia de un amor no compartido. Otros, en fin, manifiestan un sutil doble sentido, como por ejemplo el caso de una doncella que invita a su pareja a compartir el placer amoroso mediante una invitación para ir a cazar pájaros conjuntamente. El dolor producido por la separación es expresado de modo muy peculiar; por ejemplo, en un texto que se ha conservado hasta nuestros días —acerca del cual conviene aclarar que el uso de los términos «hermano» y «hermana» eran considerados como una expresión de afecto— dice lo siguiente:

«Siete días pasaron hasta ayer sin que haya visto a mi hermana. Me invade la enfermedad y mis miembros se han vuelto pesados. Y me olvido de mí mismo.
Aunque acudan a mí los médicos, mi enfermedad persistirá, pues no pueden reconocerla, y ni siquiera los magos pueden ayudarme.
Sólo me reviviría sentir que ella está aquí, y oír pronunciar su nombre.
La llegada de mensajeros de mi amada es lo que mantiene mi espíritu.
Sólo mi hermana puede remediar mis males.
Ella sola tiene más poder que todos los remedios de los médicos.
Mi recuperación está ligada a ella. Sin más.
Solamente su visión me recuperará.
Cuando sus ojos me miran, mi cuerpo recobra el vigor perdido.
Cuando oigo su voz me siento fuerte.
Cuando me rodea con sus brazos, aleja al demonio de mí.
Pero hace siete días que está ausente.»

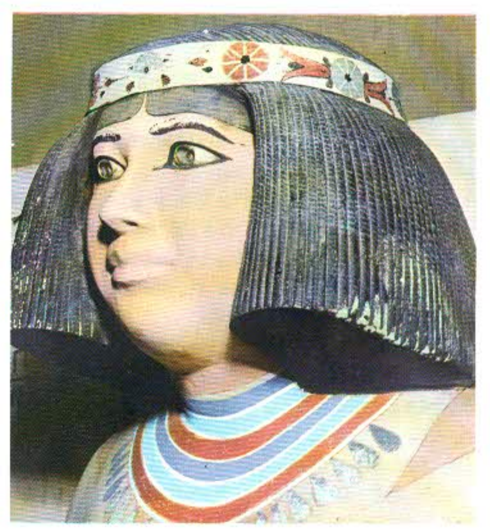
La educación

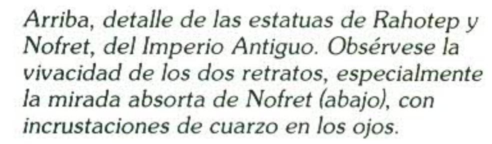
Para los niños egipcios, la clave de una carrera exitosa consistía en saber leer y escribir. No existen datos acerca de cómo un niño obtenía la posibilidad de acceder a las escuelas de escribas, aunque seguramente las relaciones personales de sus padres con los tutores de los centros educativos debían desempeñar un papel importante.

Lo que sí sabemos es que en la escuela los niños aprendían a escribir su propia lengua copiando pasajes de los textos literarios clásicos. A menudo se les obligaba a aprenderlos de memoria y luego escribirlos, a pesar de que muchas veces lo que escribían era ininteligible para ellos.

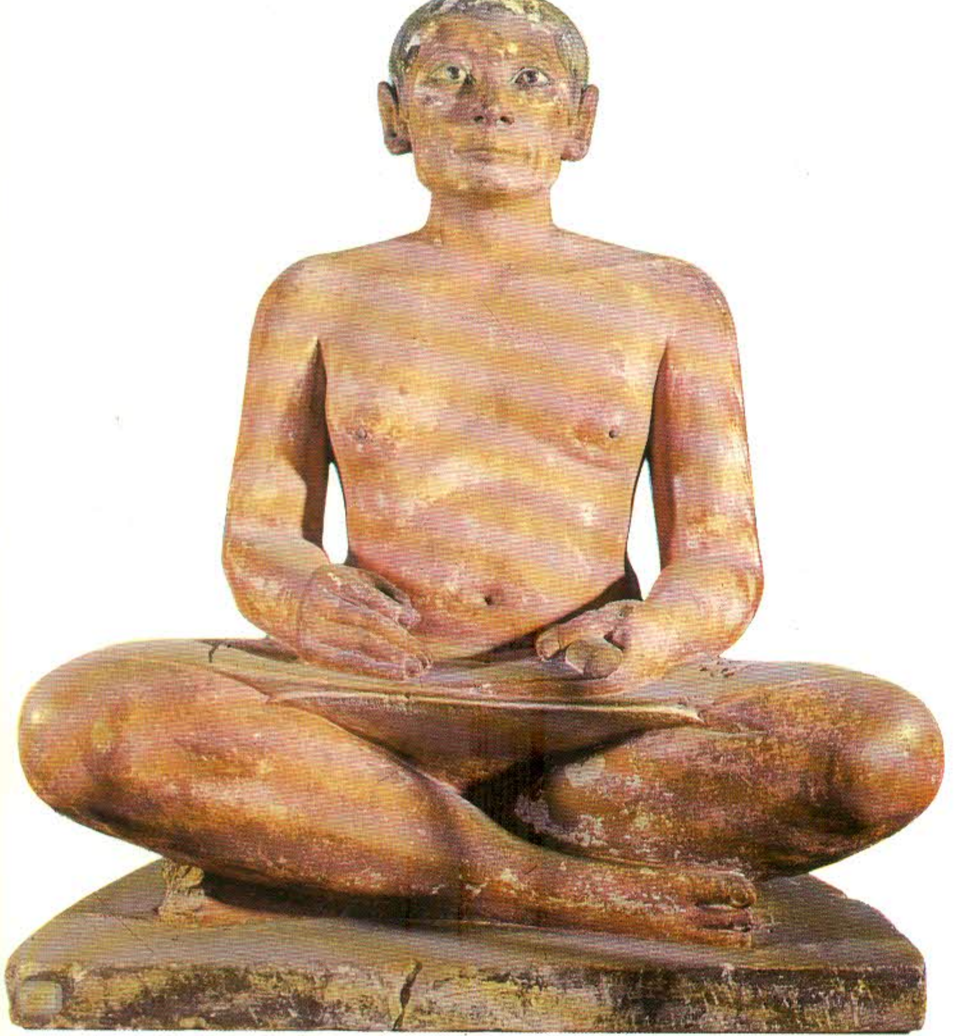
La copia al dictado era también una técnica de aprendizaje. Estos ejercicios, lógicamente muchas veces plagados de errores, constituyen en ocasiones la única fuente de referencia de textos literarios clásicos importantes que se han perdido. Asimismo, se sabe que los alumnos copiaban, por ejemplo, textos oficiales y modelos de correspondencia estatal, pues en el futuro deberían desempeñar cargos en la administración. Por eso abundan las cartas, informes oficiales, listas de títulos de la realeza y loas al poder faraónico, textos homenajeando a sus maestros, así como constantes recordatorios acerca de las buenas costumbres y lo deleznable de la ociosidad: «Dicen que abandonaste la escritura y que sólo te interesan los placeres. Se te ha visto de calle en calle, y el olor a cerveza te acompaña por dondequiera que vayas. La cerveza le impide a uno ser hombre... Tú aprendiste el arte de escribir y de tocar la flauta... Pero la mayor parte del tiempo lo pasas rodeado de rameras». Y más adelante, el texto recriminador prosigue: «Hasta el gorila capturado en Kush comprende el significado de las palabras humanas. Los leones pueden ser amansados, y los caballos empleados para el trabajo. Pero no hay nadie como tú en toda la humanidad. Parece que tus orejas estén a tu espalda, pues sólo ella atiende al castigo. Te daría cien azotes y los ignorarías; eres como un asno apaleado que se recupera en una jornada. Eres como los negros charlatanes traídos con los tributos». Las recompensas eran cuidadosamente especificadas: «Procura







Arriba, detalle de las estatuas de Rahotep y Nofret, del Imperio Antiguo. Obsérvese la vivacidad de los dos retratos, especialmente la mirada absorta de Nofret (abajo), con incrustaciones de cuarzo en los ojos.



Izquierda, El escriba sentado, *estatua en piedra caliza pintada, procedente de Sakkara (hacia 2500 antes de Cristo). Es una de las más importantes obras de arte de toda la escultura egipcia. (Louvre, París.)*

Página anterior, relieve en piedra caliza de Amen Moser y su esposa Depet, de finales de la XVIII dinastía. (Louvre, París.)

llegar a ser un escriba. Verás como hallarás en ello placer y protección. Es el trabajo que mayor recompensa produce. Con él te librarás de la pesada azada y del sudoroso laboreo de la tierra». Y el curioso enaltecimiento de la actividad intelectual prosigue en estos términos: «Procura ser un escriba. Tu cuerpo será siempre jovial y lustroso, tus manos suaves. Vestirás un atuendo blanco y serás honrado por los cortesanos, que al verte irán a tu encuentro y te saludarán con afecto».

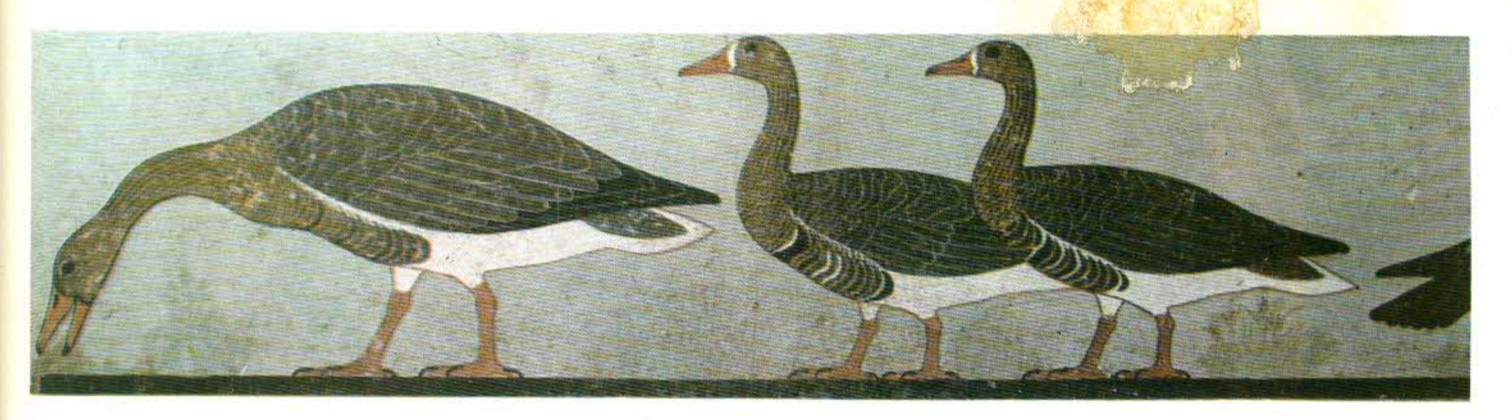
Compárese este texto con el dedicado a otras profesiones menos valoradas: «El alfarero está siempre sucio y huele como si tuviera en casa a sus muertos. Sus manos y pies rebosan arcilla. Parece que habita en los pantanos... El carpintero de los astilleros pasa gran parte de su jornada transportando maderas y apilando los troncos. A veces el cansancio atenaza de dolor sus miembros. Siempre es el escriba quien controla sus trabajos y anota sus capacidades. Y esto es lo más importante».

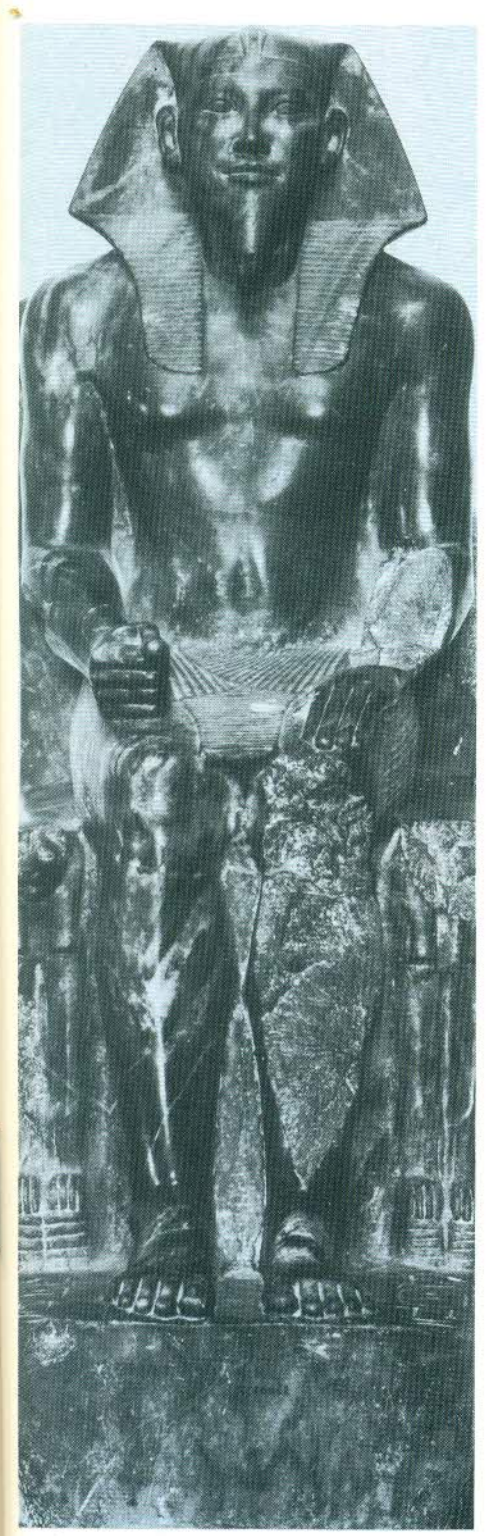
Una vez obtenida la graduación de escriba, ningún cargo oficial, por elevado que fuera, quedaba fuera de su alcance, sin influir en ello sus orígenes, aunque cabe pensar que las buenas relaciones y las influencias ayudaban en su promoción. La administración egipcia era burocráticamente insaciable, y permitía a los escribas ocupar un variado repertorio de empleos. Existía una densa administración financiera, cuya finalidad era elaborar y controlar las contabilidades sobre los productos agrarios, y por otra parte el sistema impositivo requería la atención de mentes expertas. Los templos y el ejército poseían su propio cuerpo de escribas, pues los textos religiosos exigían una minuciosa preparación, y la comunicación con las lejanas fortalezas del Imperio requería una gran diligencia en la elaboración de detallados despachos. El sistema legislativo constituía un enorme campo de trabajo intelectual. El procedimiento normativo para cualquier trámite legal, como registro de escrituras de propiedad, contratos matrimoniales, etcétera, consistía en una declaración realizada ante oficiales mayores, que iba muchas veces acompañada de un juramento copiado por escrito, firmado por testigos y depositado cuidadosamente en un archivo. Cuando era necesario modificar un contrato, el perfecto funcionamiento de los archivos permitía recuperarlo fácilmente y renovarlo o rectificarlo. La cantidad de documentos que debieron poblar los archivos oficiales debió ser ingente.

Muchos de los trabajos intelectuales exigían a veces conocimientos especializados, y en consecuencia, existían textos que, a modo de manuales, exponían las









instrucciones necesarias para ello. Había, por ejemplo, tratados de matemática, que proporcionan una valiosa documentación no sólo acerca del cálculo egipcio, sino también de su profundidad mental. En base al sistema de «pruebas y errores» habían desarrollado un sólido conjunto de soluciones a la casi infinita gama de la problemática aritmética y geométrica, necesarias para abordar sus ambiciosos proyectos arquitectónicos. Los tratados consistían en una recopilación de posibles problemas, adjuntando a continuación el método resolutivo adecuado para cada uno de ellos.

Sin embargo, no se les ocurrió que tras estas resoluciones particulares pudiera hallarse un sistema generalizador capaz de ser aplicado de modo universal, lo cual hubiera simplificado enormemente las cosas.

Sin embargo, este hecho es comprensible, pues el mundo mental de los egipcios no dejaba espacio para concebir un mundo regido por leyes mecánicas e impersonales. A pesar de todo, fueron capaces de desarrollar métodos para computar las áreas de los triángulos, trapezoides, rectángulos y círculos, así como el volumen de cilindros, cubos e incluso pirámides truncadas. Estos conocimientos eran indispensables para calcular, por ejemplo, la cantidad de trigo contenida en los silos de grano, las áreas de los campos –con el fin de evaluar los correspondientes impuestos–, y las cantidades de piedras necesarias para la construcción de pirámides. Es curioso que, por ejemplo, aunque emplearon métodos matemáticos que les aproximaran a la constante *pi*, en cambio no se apercibieron de la cualidad que suponía su empleo desde el punto de vista de la abstracción. Eran capaces de manejar cantidades complejas y fracciones, pero no sintieron la necesidad de desarrollar un sistema especial para catalogar los quebrados con un numerador representado por el número 1. Así, si querían multiplicar 1/11 x 2, la operación que utilizaban no era simplificar la fracción mixta transformándola en 2/11, sino que operaban a partir de sumar fracciones, proba-

Arriba, friso de las ocas, *en la tumba de Itet en Meidum, (hacia 2700* a. *de C.), la muestra más antigua de pintura egipcia que se conoce. (Museo Egipcio, El Cairo.)*

Izquierda, estatua de Kefrén, faraón de la IV dinastía, sentado en un trono con patas y melena de león, y con el símbolo del poder real, la serpiente cobra, erecta sobre su frente. (Museo Egipcio, El Cairo.)

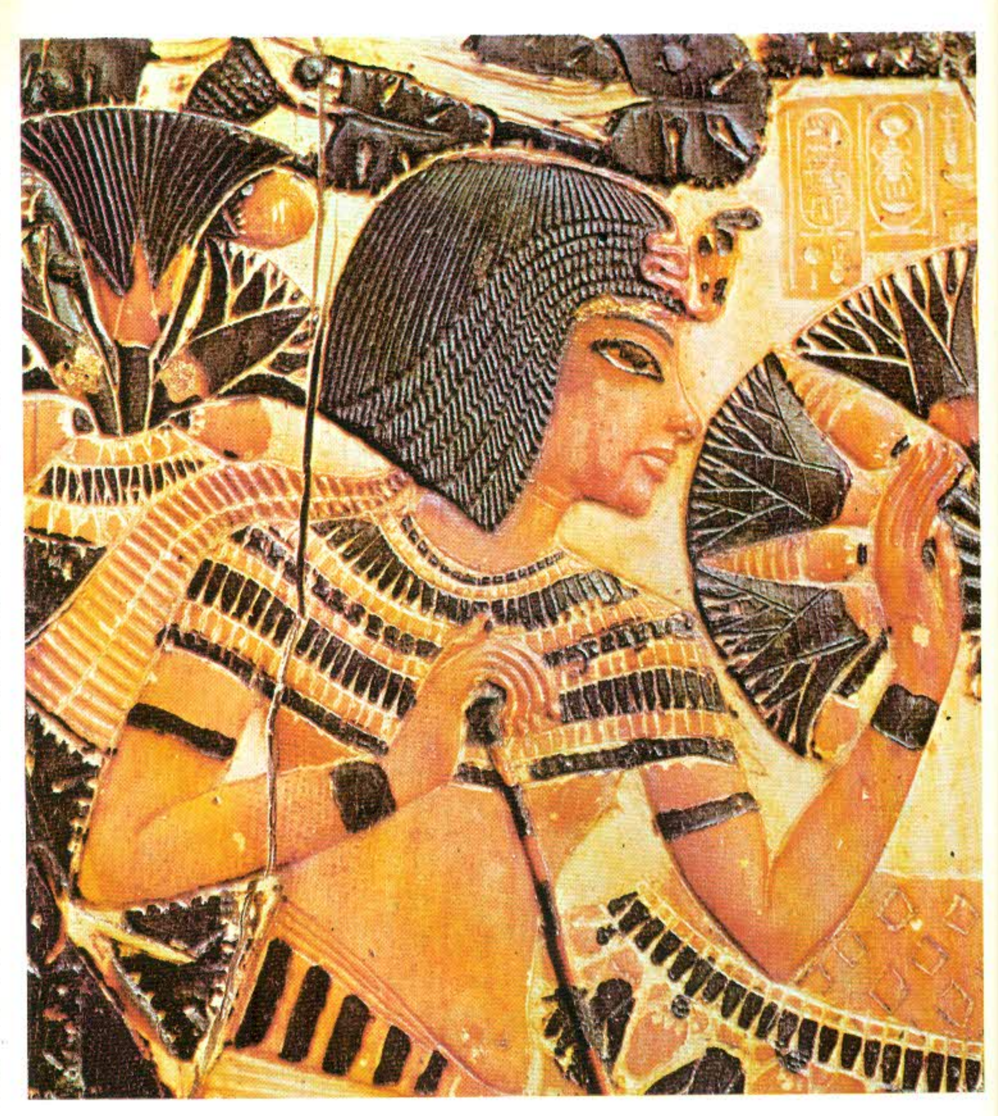
Página anterior, arriba, escultura del oficial Mahu y la sacerdotisa Sebta correspondiente a la XIX dinastía. (British Museum, Londres.)

Página anterior, abajo, asiento con incrustaciones de madreperla, piedras semipreciosas y vidrios coloreados perteneciente al tesoro de Tutankamon, faraón de la XVIII dinastía. El descubrimiento de su tumba, casi intacta, constituyó uno de los mayores éxitos de la arqueología de todos los tiempos. (Museo Egipcio, El Cairo.)

blemente usando tablas desarrolladas específicamente para este fin.

Por otra parte, el especialista en cálculos matemáticos no era considerado como tal, sino como un escriba que se ocupaba de un trabajo especializado. Un documento que formaba parte del programa de algunas escuelas –concretamente una carta satírica dirigida a un escriba del ejército en la que se le reprocha su incapacidad–, revela los máximos conocimientos que debía poseer un escriba, cuya esencia era la habilidad para resolver cualquier problema de carácter práctico. Al conocimiento literario de los textos clásicos, el escriba tenía que añadir la capacidad de calcular la distribución de raciones alimentarias para los soldados, calcular el número de ladrillos necesarios para la construcción de rampas, formar equipos para transportar obeliscos desde las canteras, supervisar la elección de las colosales estatuas conociendo exactamente el número de hombres necesarios para realizar las tareas y planificar sus horarios de trabajo, así como prever las necesidades organizativas de las eventuales expediciones militares o comerciales al extranjero. El documento en cuestión finaliza con una colorista lección de la geografía militar de Palestina.

Es de destacar también el gran interés de los egipcios por la recopilación de conocimientos en forma enciclopédica y en listas de conceptos agrupados por categorías muy diversas (profesiones, tipos de construcciones, nombres geográficos del país) siempre con la finalidad de un practicismo que facilitara la ordenación y el control, y también con objetivos pedagógicos, es decir, con la perspectiva de instruir al lego.



Preceptos y reglas de urbanidad

Bajo el concepto genérico de «instrucciones» los egipcios recopilaban colecciones de refranes de contenido pedagógico y edificante. Estas instrucciones incluían sentencias sobre la vida en general, algunas con un denso contenido moralizante. Otras eran simples normas de cortesía y etiqueta. En general, estaban destinadas a instruir al funcionario que deseaba ser justo en sus decisiones y realizar una brillante carrera profesional, y por supuesto, estos preceptos formaban parte esencial de las escuelas de escribas.

Veamos algunos fragmentos de las *Instrucciones de Ptahhotep*, correspondientes a la V dinastía, aproximadamente del año 2450 antes de Cristo:

«Tú eres aquel que acoge consultas y peticiones. Sé, pues, paciente con tus solicitantes. Un peticionario estima más la atención con que son acogidas sus demandas que el propio cumplimiento de lo que solicita.

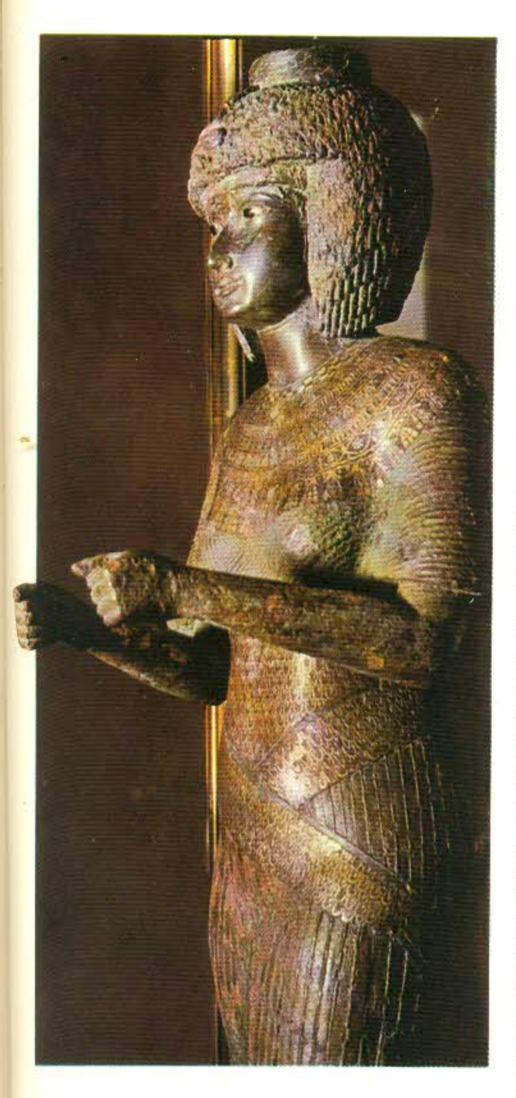
No seas arrogante ni abuses de la superioridad de tus conocimientos. Las buenas palabras pueden estar más ocultas que el jaspe verde, pero pueden encontrarse entre los operarios de una rueda de molino.

La justicia es grande y su valor perdurable. Es inalterable desde los días en que fue creada. El que transgrede la ley es castigado.

Si te sientas en la mesa de alguien de más edad que tú, acepta sus recomendaciones y obsequios. Debes procurar mirar sólo a quien está ante ti. No prodigues las observaciones y miradas inútiles. Tu rostro debe permanecer cabizbajo, hasta que te dirijan la palabra. Sólo entonces debes pronunciarte... Ríe cuando él lo haga. Ello halagará su corazón. Si deseas prolongar la amistad en un hogar donde has sido admitido como un hijo, un hermano, o simplemente como un amigo, procura no codiciar la mujer del prójimo, pues sus miembros son como la frágil loza cuando su mirada es penetrante como el coral; un momento fugaz seguido de un sueño pasajero, pueden convertirse en un grave conflicto capaz de llevarte a la muerte.

Si eres un hombre de pro y con dignidad, establece tu propio hogar. Deberás amar apasionadamente a tu esposa, alimentarla, arropar sus espaldas, proporcionarle aceites para el cuidado de su cuerpo. Complace su corazón; ella es como un campo fértil para su señor. No la sojuzgues, pero sé firme con ella. Sus ojos pueden desencadenar pasiones tormentosas. Tú tranquiliza su espíritu. Es por tu propio interés. Y ella te lo agradecerá siéndote fiel.»

El indiscutible materialismo de esta colección de recomendaciones indica que tenía como destinatarios a gentes modestas; ese espíritu populista no se encuentra por ejemplo, en otros tratados posteriores, como las *Instrucciones de Amenemhet*, que probablemente datan de las dinastías XXI o XXII. Su tono es mucho más filosófico y humilde. Hay un gran contraste entre la campechanía de las primeras y la contención de éstas, y ambas reflejan



también la distancia temporal que las separa. Dicen así algunas de las recomendaciones:

«Es más provechosa la pobreza de la mano de Dios que las riquezas que puedan haber en el almacén mejor dotado.

Da más provecho el sencillo pan cuando el corazón está alegre, que cuando el pesar domina el espíritu, aunque se esté rodeado de riquezas.

Si tienes una cuenta pendiente con un pobre hombre, divídela en tres partes, perdónale dos y guarda la tercera: verás que es como los caminos de la vida.

No dejes transcurrir la noche dominado por el temor ante el mañana.

¿Acaso crees que la aurora disipará tu temor? El hombre no puede predecir el mañana.

Expulsa la falsedad de tus conversaciones con el prójimo. Es lo que más abomina Dios.

Dios desea respeto para los humildes más que honores para los exaltados.

No te burles del hombre ciego ni te mofes del enano, ni injuries al tullido.

No te rías de aquel que está poseído por los dioses, ni te burles de sus posibles flaquezas.

El hombre no es sino arcilla y paja. Dios es su constructor. Sólo Él derriba y edifica a diario.

Cuando Dios quiera puede arruinar a mil hombres si lo desea, y hacer un millar de justos en una hora de su vida.»

De hecho, los preceptos de Ptahhotep reflejan un código de responsabilidades sociales cuya última autoridad es la justicia divina eterna, considerada como parte tangible del universo. Asimismo, la responsabilidad del gobierno es valorada con una óptica similar, e interesa sobre todo el hombre, el cual es reponsable incluso después de su muerte. La justificación después de la muerte constituye, en realidad, un tema que se repite en los papiros mitologistas hallados en las tumbas, pero durante y después de la XVIII dinastía, la valoración fue desprovista de connotaciones moralizantes. El objetivo de estos papiros, conocidos con el nombre de *Libro de los muertos,* estriba en armar a una persona con los conjuros mágicos suficientes para dominar los obstáculos inherentes al complejo mundo de la muerte. Se decía, por ejemplo, que en el más allá el corazón del fallecido es depositado en el platillo de una balanza, contrapuesto a otro platillo, en el cual es colocada una pluma. Esta parábola sobre un hipotético juicio finalizaba con la imagen de una bestia terriblemente predispuesta a devorar la víscera humana, en el caso de que el peso de ésta inclinase el fiel de la balanza. Como previsión a tal suceso había un conjuro destinado a ayudar al corazón a salir airoso del trance.

Existe también un texto en el cual están relacionados cuarenta y dos pecados específicos. Por otra parte, el comportamiento de los dioses respecto a los mortales podía ser imprevisible, y ese temor debió de perturbar la existencia de la mayor parte de los egipcios, dominados por el peso de las deidades en la vida cotidiana.

Sin embargo, ello no fue óbice para que existieran casos de corrupción y delitos de todo tipo. Así, por ejemplo, el soborno era una práctica bastante generalizada entre los funcionarios del Estado.

La literatura

Los egipcios hallaron tiempo para dedicarse a la literatura con el fin de buscar algún modo de esparcimiento, y los fragmentos literarios que han llegado hasta nosotros revelan una tradición literaria muy variada. Muchos de los cuentos y narraciones contienen, en algún grado, un tono moralizador, con la finalidad de dirigir la conducta moral de los destinatarios. Hay una historia que narra las vicisitudes



Arriba, cabeza de faraón con la corona del Alto Egipto. Representa probablemente a uno de los monarcas que intentaron resistir la invasión persa en el siglo V a. de C. (Museo Egipcio, El Cairo.)

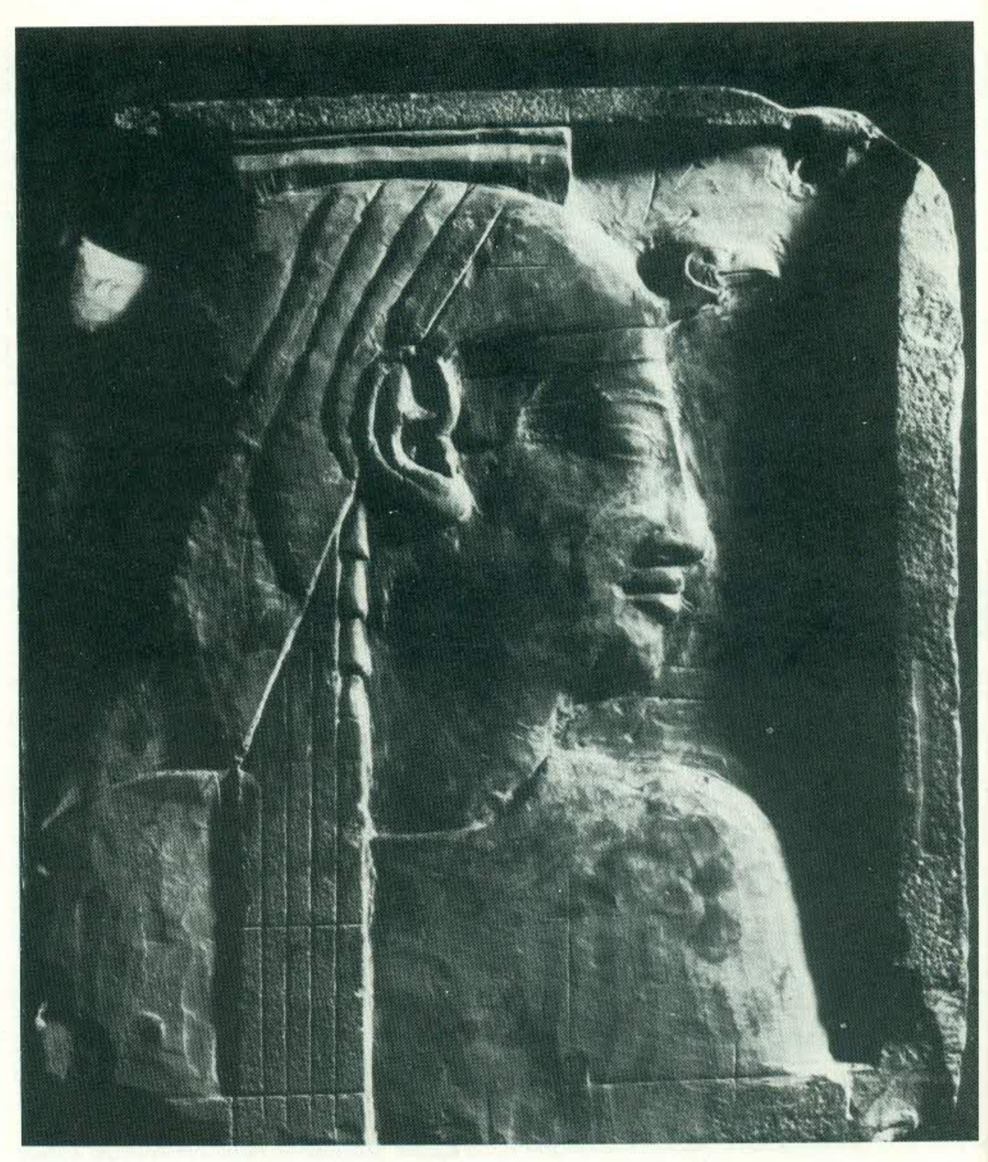
Izquierda, estatua de bronce con incrustaciones en oro de la reina Karamama, del siglo IX a. de C. (Louvre, París.)

Página anterior, detalle de la tapa de un cofre hallado en la tumba de Tutankamon. (Museo Egipcio, El Cairo.)

de un marino naufragado en una isla mágica, en donde traba amistad con una enorme pero melancólica serpiente. Otra cuenta las aventuras de un joven príncipe predestinado por los dioses a morir víctima de las fauces de un cocodrilo, una serpiente o un perro. Aterrorizado, el protagonista marcha al extranjero huyendo de su terrible destino, y llegado más allá del Éufrates, se ganará la mano de una hermosa princesa, la cual será precisamente quien le salve de ser víctima del ataque de un ofidio. La historia se interrumpe en el momento en que el protagonista es acechado por un gigantesco cocodrilo.

En otras historias, el significado alegórico es manifiesto. Por ejemplo, una disputa entre hermanos en la que uno representa la verdad y el otro la mentira; finalmente, éste vence a la verdad, y el honrado es cegado por su rival. Sin embargo, es vengado por su hijo, quien a su vez castiga al injusto.

Aunque los textos que han llegado hasta nosotros han perdido la mayor parte de sus ilustraciones, algunas de ellas muestran fábulas de animales desempeñando el papel de humanos, lo que podría considerarse como un anticipo de los modernos dibujos animados. En realidad, cualquiera que sea el mensaje contenido en el cuento, la sátira siempre está presente. Por ejemplo, existe una narración que representa a un bravo rey victorioso atacando una inexpugnable fortaleza enemiga en su carro de guerra, pero tras el carro va un ejército de ratones, y la fortaleza es defendida por una manada de gatos.



El comercio

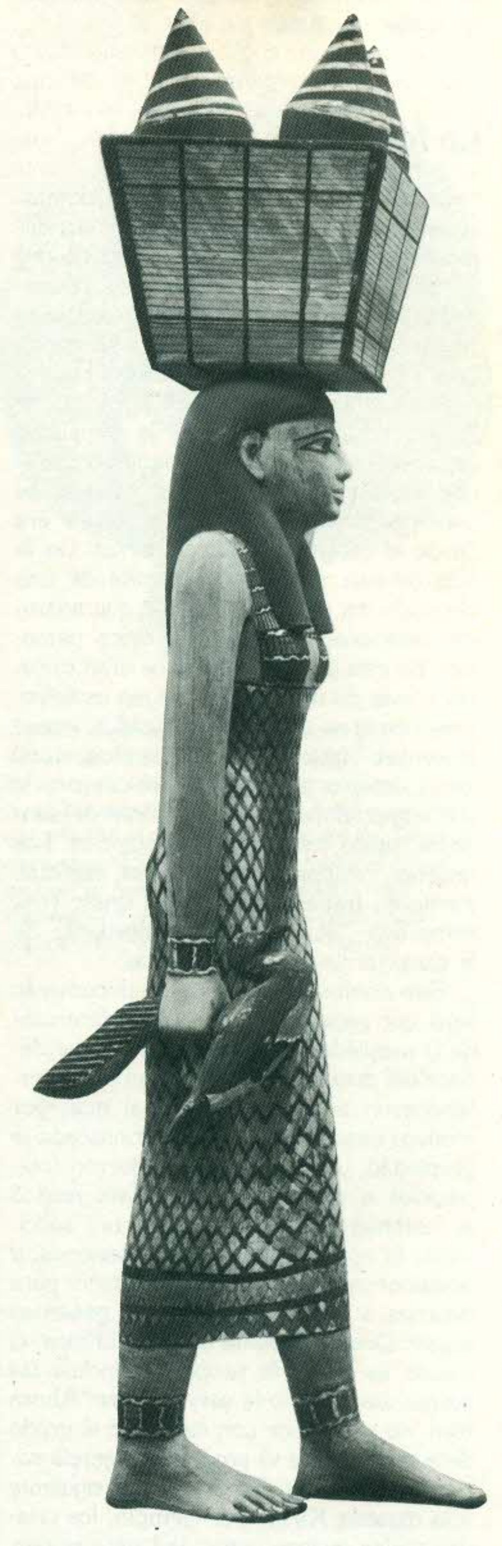
Los documentos y monumentos conservados hasta hoy ofrecen la impresión de que la sociedad egipcia se dividía en dos grandes grupos: por una parte, el estamento social de personas ilustradas, dedicadas a la cultura y las letras o al servicio del rey; por otra, la población iletrada, de la que, a pesar de constituir la mayoría ingente de la población de Egipto, tenemos muy escasos testimonios. Y, por último, existe un grupo social que está ausente de un modo manifiesto: los mercaderes y comerciantes en general, cuya vida era ciertamente independiente. A primera vista, la explicación de este hecho puede parecer simple, pues en la actividad diaria bastaba el sistema de intercambio para las transacciones económicas. Sin embargo, a partir de las dinastías XIX y XX existe una notable cantidad de información acerca de las mercancías que eran objeto de intercambios y de su valoración en unidades, teniendo como puntos de referencia el oro, la plata, el cobre y un patrón de trigo. Por ejemplo, un palo de amasar podía ser intercambiado por una jarra de cerveza más una piel de carnero, pero todas las mercancías tenían una representación en las unidades citadas anteriormente, buscando establecer una equivalencia.

El comercio con el extranjero y la explotación de las minas del Sinaí o de Nubia, constituían casi con toda certeza un monopolio real, pues los registros contables y los diversos documentos conservados muestran que estas actividades eran de dominio exclusivo del Estado. En el caso de las extracciones mineras, la lógica induce a creer que la industria inherente a ellas estuviera prácticamente militarizada, pues los largos desplazamientos y las valiosas cargas transportadas hacían de ello un asunto básicamente militar. Asimismo está claro que los templos estaban también relacionados con el comercio interno, puesto que los recursos que poseían eran de una gran variedad, y existen datos irrefutables acerca de la vinculación de los comerciantes con determinados templos, especialmente a partir de la dinastía XVIII.

Las inscripciones biográficas privadas halladas en tumbas, y las nóminas de los títulos de la burocracia, inducen a pensar que los únicos que desempeñaban actividades económicas y profesionales eran el faraón y los dioses, aunque algunas tareas de carácter excesivamente prosaico no les eran adjudicadas por serles naturalmente impropias.

No obstante, no hay duda de que la actividad privada comercial existió y fue floreciente, aunque sólo se posean datos a partir de la literatura secular de la XVIII dinastía. Es, por ejemplo, una realidad la existencia de fletadores privados que traficaban por el Nilo. De la dinastía XIX procede una carta de alabanza dirigida al propietario de un «barco llegado de Siria, cargado de toda suerte de mercancías de gran calidad».

No obstante, la estructura básica de la sociedad egipcia no está lo suficiente-



Arriba, escultura en madera policromada de una esclava del Imperio Medio.

Izquierda, gato de bronce esculpido hacia el año 600 a. de C., (British Museum, Londres.)

Página anterior, placa del período Ptolemaico, supuestamente un ex-voto ofrecido a Cleopatra en su papel de diosa. (Schindler Collection, Nueva York.)

mente documentada como para facilitar un análisis profundo de ella.

La libertad individual

La posición social de la clase burócrata-intelectual es absolutamente clara: sus derechos como individuos, ciudadanos y propietarios estaban sólidamente respaldados por las leyes. Teniendo presente las limitaciones de las sociedades arcaicas, cabe concluir que eran personas libres.

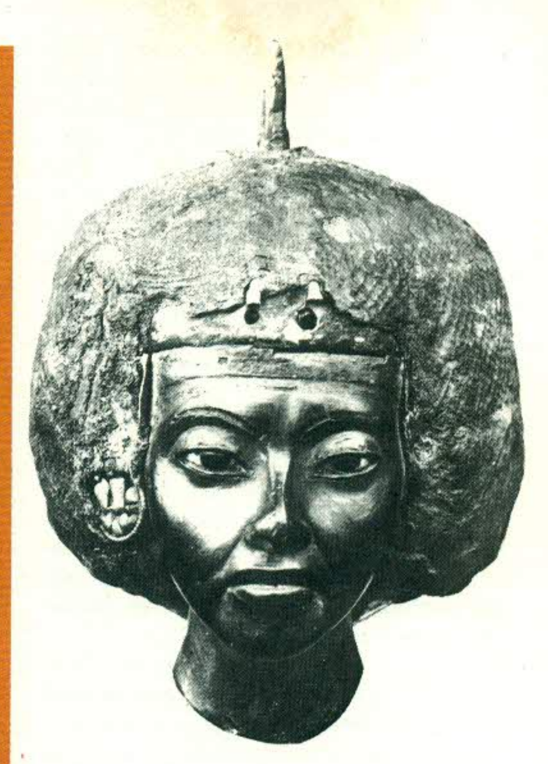
Las grandes propiedades agrarias del faraón, de los templos y de la oficialidad de mayor rango, así como de los cortesanos nobles, incluían un gran número de personas de cuyas vidas y destinos era dueño el propietario de las tierras. De la XIII dinastía procede la nómina de una hacienda del Alto Egipto en la que aparecen relacionadas noventa y cinco personas. De este grupo, dos tercios eran mujeres y más de la mitad de origen asiánico. Los hombres estaban empleados como sirvientes, agricultores, cerveceros, cocineros, tutores y artesanos del cuero y la piel, especialmente constructores de sandalias, típico calzado de los egipcios. Las mujeres estaban especializadas esencialmente en trabajos textiles –el grupo más numeroso–, sirvientas de la despensa de la casa, jardineras y peluqueras.

Esta nómina es parte de un documento legal que registra sucesivas transferencias de la propiedad en cuestión. Según se deduce del documento, aquellos criados pertenecieron a un funcionario al que, por motivos desconocidos, le fue confiscada la propiedad, y tierras y criados fueron traspasados a otro funcionario. Éste realizó primeramente una petición al rey solicitando la apropiación de las posesiones, y posteriormente recabó autorización para cederlas a su esposa como un generoso regalo. Desde un punto de vista jurídico, el asunto es claro: la propiedad incluía las tierras, las casas y la servidumbre. Ahora bien, no se conoce con exactitud el grado de autoridad que el propietario ejercía sobre los sirvientes. En el período siguiente a la dinastía XVIII, por ejemplo, los criados tenían incluso capacidad para poseer tierras y disponer de ellas a su libre albedrío. Es posible que la posesión del gran señor sobre los criados sólo lo fuera sobre el trabajo, y no sobre las personas físicas. Naturalmente, un criado al servicio de un propietario generoso debió vivir con tranquilidad, y existen testimonios de que en algunos casos, la hija de una criada se casó con el hermano del propietario, llegando a ser una mujer enteramente libre y, juntamente con su esposo, heredera de la propiedad.

EGIPTO DESDE EL AÑO 4000 a.C. HASTA LA ÉPOCA ROMANA

Año a.C.	Dinastías faraónicas	Política interior	Política exterior	Cultura
Cuarto milenio a.C.	Monarquía prehistórica	Existencia de dos reinos: Bajo y Alto Egipto		Culturas prehistóricas
3300	Monarquía prehistórica	Unificación de los dos reinos de Egipto (?) Piedra de Palermo	Influencia cultural de sumerios y elamitas en Egipto	Culturas prehistóricas Se utiliza el cobre en el Alto Egipto
3200	PERÍODO ARCAICO (3200-2700) I Dinastía	El primer rey de la lista: Menes Rebelión en el delta	Relaciones económicas con Biblos	Paleta de Narmer, primera escritura registrada Primera arquitectura monumental en ladrillo
	II Dinastía	Guerra civil (?)		
2700	IMPERIO ANTIGUO (2700-2150) III Dinastía Zoser		Primera expedición a las minas del Sinaí	Pirámide escalonada de Zoser, en Sakkara
2600	IV Dinastía			
2500	Snefru Khufu (Keops) Khafra (Kefrén) Menkaura (Micerino)		Cobre egipcio fundido en la ciudad de Nubia	Primera pirámide de paredes lisas Pirámides y esfinges de Gizeh
2400	V Dinastía	Aumento de provincias autónomas en el Alto Egipto		Tumbas de Teti, Ptah-hotep. Akhet y Mereruka en Sakkara
2300 2200	VI Dinastía Pepi I y Pepi II		Comercio de caravanas hacia el sur de Nubia	Textos en las pirámides
2100	PRIMER PERÍODO DE TRANSICIÓN (2150-1991) VII y VIII Dinastías			
2000	IX y X Dinastías de Heracleópolis XI Dinastía de Tebas	Finaliza la primera revuelta de Tebas en 2030		Tumbas de reyes y nobles de Tebas
	IMPERIO MEDIO (1991-1786) XII Dinastía Amenemhat I Sesostris I	Los tebanos gobernantes de Egipto Nueva capital: Amenemhat	Se renueva la actividad en las minas del Sinaí y las relaciones con Biblos	Primeros textos Primera difusión del uso del bronce
1900 1800	Amenemhat II Sesostris II Sesostris III Amenemhat III Amenemhat IV		Se construye una cadena de fortalezas en Nubia Influencia egipcia de marcada particularidad en Biblos	Tumbas pintadas en Beni Hasán Renacimiento de las pirámides de ladrillo Posible rescate de tierras al Nilo en Fayum
1700	SEGUNDO PERÍODO DE TRANSICIÓN (1786-1575) XIII Dinastía	El Alto Egipto es gobernado posiblemente aún por Amenemhat		
1600	Dinastía de los seis reyes hicsos XVII Dinastía de Tebas	Egipto gobernado por Avaris en el este del delta Finaliza la segunda revuelta de Tebas	Posible gobierno hicso en Palestina Reino de Kush	Pequeñas tumbas reales en Tebas
	IMPERIO NUEVO (1575-1087) XVIII Dinastía Amosis Amenofis I Tutmosis I	Avaris capturado Capital en Tebas	Hicsos perseguidos en Palestina Inscripciones en los linderos del Éufrates y en Nubia	Primera tumba en el Valle de los Reyes
1500	Tutmosis II Hatsepsut Tutmosis III	Asentimiento ilegal de poder	Palestina y Siria administradas por el Imperio	Templo de Dayr el-Bahari

1400	Amenofis III Amenofis IV (Ikhnatón) Tutankamon Aye Haremheb	Revoluciones religiosas Se construye una nueva capital en Amarna Restablecido el culto a Amon	Pérdida del norte del Imperio	Templo de Luxor, coloso de Memnón Revolución artística Tumba intacta en el Valle de los Reyes
1300	XIX Dinastía Seti I Ramsés II	Capital: Ciudad de Ramsés, en el este del delta	Batalla de Kadesh Tratado egipcio-hitita	Templo de Abydos Gran programa de construcciones: sala hipóstila de Karnak, templo de Abu Simbel, templo de Ramsés en Tebas
1200	Meremptah		Éxodo judío	
	XX Dinastía Ramsés III	Aplastada la conspiración del harén	Fracaso de la invasión de los pueblos del mar y de Libia	Templo de Medinet Habu
1100		Juicio por robo de una tumba en Tebas	Desvanecimiento del Imperio egipcio	Últimas tumbas en el Valle de los Reyes
1000	XXI Dinastía (1087-945)	Gobierno de reyes de Tanis en el este del delta Gobierno eficaz en el Alto Egipto en manos del sumo sacerdote de Amon		Tumbas reales de Tanis
900	XXII Dinastía (945-730) Sheshonk I	Reyes libios Final del período de anarquía	Sheshonk I ataca Jerusalén en el 930	Tumbas reales en Tanis
800	XXIII Dinastía de Tebas			
700	XXV Dinastía (730-656) Piankhy Taharka	Invasores napata en Sudán Rebeliones contra la ocupación asiria	Invasión de Asarhadon de Asiria en el 671 Invasión de Asurbanipal de Asiria en el 667	Comienzo del renacimiento artístico Pirámides funerarias en Napata
600	XXVI Dinastía (664-525) Psamético Neco II Psamético Vahibre Amosis II	Capital en Sais, en el delta	Circunnavegación de África	Primeros textos demóticos Comercio griego establecido en Naukratis
500	XXVII Dinastía (525-404) Cambises Darío Jerjes Artajerjes I	Egipto provincia de Persia	Cambises invade Persia en el 525	Finalizado el canal Nilo-mar Rojo Herodoto visita Egipto Colonia judía en la isla Elefantina
400	XXVIII y XXIX Dinastías (404-380)			
	XXX Dinastía (380-343) Nektanibis Nektoreb			
	XXXI Dinastía (343-332)	Egipto de nuevo provincia de Persia	Invasión de Artajerjes III de Persia	
300 200 100	Período Ptolemaico Egipto provincia de Roma	Capital: Alejandría Muerte de Cleopatra VII en el año 30	Alejandro Batalla de Actium	Manethón Se generaliza el uso de la lengua griega Se construyen los últimos templos faraónicos



Cabeza de la reina Tiy, la esposa principal de Amenofis III, faraón de la XVIII dinastía. Se trata de un matrimonio excepcional, pues Tiy era hija de un sacerdote, y los que ostentaban el título de faraón debían llevar exclusivamente sangre real, hasta el punto de que se hizo corriente la práctica del casamiento entre hermanos y parientes próximos. (Staatliche Museen, Berlín.)

Asimismo, la gente permanentemente asignada a los templos y entidades reales aumentaba en número sin cesar, como consecuencia del incremento de prisioneros de guerra, formándose así un fondo permanente de trabajo, orientado especialmente hacia la construcción, labor que se realizaba con la ayuda frecuente de contingentes militares, siendo todos ellos alojados y alimentados. Ha llegado hasta nosotros el testimonio casi intacto de lo que fue una ciudad de obreros albañiles, vinculada a la pirámide de un rey de la XII dinastía. La ciudad, que había sido cuidadosamente planificada, se componía de unidades rectangulares. En ella habían grandes mansiones para los administradores, y alineadas en las cercanías, las cabañas de los obreros, superpuestas en terrazas escalonadas. Las cabañas eran pequeñas, pero espaciadas entre sí.

Sin embargo, si la fuerza laboral destinada a las grandes construcciones se mostraba insuficiente, o por ejemplo, si el trabajo agrícola estatal padecía falta de mano de obra, el Estado podía requisar trabajadores procedentes de cualquier profesión o medio de vida, para que trabajaran en aquellos menesteres, sin derecho a paga. En tanto duraba la emergencia, habitaban en recintos construidos especialmente para tal efecto. La fuga era penada con la imposición de la servidumbre perpetua, que podía afectar incluso a la familia y descendencia del infractor. Es muy probable, por otra parte, que en la construcción de monumentos el trabajo forzado propiamente dicho se limitara sólo a los períodos estivales, cuando disminuía la actividad en las labores agrícolas.

Una de las ventajas que comportaba el ser escriba es que por la profesión se evitaban estas eventualidades. La posibilidad de la servidumbre perpetua fue un azote permanente para las clases populares, prolongándose incluso más allá de la muerte, pues en las tumbas aparecen amuletos —pequeñas figurillas con herramientas de trabajo—, con la misión de ayudar al finado.



El modelo laboral de Dayr-el-Medina

Afortunadamente se ha conservado una considerable documentación acerca de la existencia de un nutrido grupo de trabajadores permanentemente empleados del faraón, aunque al tratarse de hábiles artesanos parece que su posición era algo superior a la media en aquella época. Su relativa libertad ilustra acerca de los peligros de generalizar excesivamente sobre la sociedad del Antiguo Egipto. Estos artesanos excavaron y decoraron las tumbas reales del Valle de los Reyes, y entre ellos debieron haber artesanos de gran inspiración. El pueblo que habitaron ha permanecido notablemente intacto, situado en un pequeño valle detrás del templo mortuorio de Ramsés III, y se le conoce hoy con el nombre de Dayr-el-Medina. Estuvo habitado entre las dinastías XVIII y XX, es decir en el período en que fue abandonada la costumbre de edificar necrópolis reales, intervalo que duró unos cuatro siglos aproximadamente.

La ciudad se compone de casas idénticas a ambos lados de la calle. El interior de estas casas era sumamente confortable: una habitación frontal de recepción, en la que se hallaba el santuario casero; una sala principal, cuya techumbre era sostenida por una columna de madera pintada; dos habitaciones, y un pequeño patio. Fuera del pueblo existía una cisterna con agua para uso comunal, capillas para albergar las diversas deidades, y las tumbas de los aldeanos elevándose en terrazas por las laderas del valle. Las tumbas muestran la opulencia en que vivían aquellos aldeanos al servicio del rey. Son,

en general, grandes, con una capilla y una pirámide particular, con excelente decoración interior, y algunas contienen ricos ajuares mortuorios. Este lugar ha constituido una formidable cantera de material arqueológico, del que se han extraído infinidad de fragmentos de tablillas de barro y de piedra caliza, utilizadas como sustitutivo barato del papiro para registrar los acontecimientos cotidianos y la vida de la comunidad. Gracias a ello ha sido posible reconstruir lo que debió de ser la existencia de aquella comunidad.

El promedio de las unidades de trabajo consistía en unos sesenta hombres organizados en dos equipos o brigadas. Cada uno de estos grupos era dirigido por un capataz, y el inevitable escriba mantenía un estrecho control sobre los más diversos aspectos de las actividades realizadas: la eficiencia en el trabajo, el número y peso de las herramientas de cobre, las ausencias laborales, etcétera. Los obreros trabajaban durante nueve días seguidos, durmiendo en pequeñas cabañas edificadas provisionalmente frente a la tumba en construcción. Luego disponían de un día libre, que podían disfrutar en su casa de la aldea. También era día de asueto la celebración de alguna fiesta especial, de carácter religioso. Su labor era regularmente inspeccionada por el delegado real, su máximo superior, o por uno de sus ayudantes.

En retribución por el trabajo se les pagaba un salario regular mensual, en especies, procedentes sobre todo de las donaciones en los templos de Tebas. Básicamente, el pago se hacía en forma de grano panificable y de cebada para fabricar cerveza, aunque ambos productos podían ser cambiados por otros artículos. Asimismo, recibían cantidades variables de pescado, leña, verduras, frutas, aceite, tejidos, e incluso a veces productos de lujo, como vino, carne y cerveza importada de Asia. Las cantidades recibidas variaban en función de la posición de cada empleado. Por ejemplo, el escriba recibía la mitad de las raciones del capataz y, con frecuencia, menos que el propio trabajador. Asimismo, algunas de las necesidades básicas de aquellos trabajadores especializados eran cubiertas por criados: aguadores, pescadores, lavanderas y moledoras de trigo.

Por otra parte, se les dejaba ejercer un amplio y considerable control sobre sus propios asuntos. Los pequeños delitos eran juzgados por un consejo integrado por miembros del propio pueblo. Su culto religioso era diverso, aunque el faraón Amenhotep I era un oráculo consultado incluso para las más triviales decisiones, siendo servido por sacerdotes seleccionados entre la propia población local.

La relativa independencia que gozaban los habitantes de aquella aldea artesana se refleja en un texto de papiro del reinado de Ramsés III. En ocasiones, y como protesta por la falta de pago por su trabajo, los obreros llegaron a manifestarse colectivamente, abandonando el trabajo y sentándose —a veces incluso junto con sus familiares— detrás de los templos mortuorios. El objetivo de aquellas manifestaciones era reclamar la atención de la superioridad, como el gobernador de Tebas o el delegado real.

Esta pequeña comunidad constituye un vivo recuerdo de la complejidad de la sociedad del Antiguo Egipto, y pone de manifiesto la carencia de datos que se poseen sobre las gentes sencillas, pues el país se identificaba con la realeza.

El legado egipcio

En el año 30 antes de Cristo la reina egipcia Cleopatra se suicidó. Con ello desaparecía una latente e importante amenaza para el Imperio romano, y al mismo tiempo se diluía la posibilidad de que Egipto se configurase de nuevo como centro de un imperio. En resumen, con Cleopatra se extinguió la poderosa vitalidad de Egipto. Catorce siglos antes de su muerte, la cultura egipcia había alcanzado su máximo esplendor.

En aquella época, Occidente sólo existía geográficamente, y durante la organización del Imperio romano, por ejemplo, los constructores de las pirámides egipcias eran considerados ya como personajes legendarios. Cuando los soldados de Roma llegaron a Egipto, muchos de ellos grabaron sus nombres en las piedras de las pirámides.

De hecho, Grecia y Roma penetraron en un mundo civilizado de una gran antigüedad. Sus ideas no surgieron de la nada, ni tampoco sus modos de vida, que constituyen el punto de arranque de la cultura occidental. Sociedades ilustradas, muy complejas, provistas de grandes recursos económicos, con ingeniosos y creativos artistas y eruditos de gran talento, fueron las principales aportaciones de las civilizaciones del Próximo Oriente. Su progreso fue excepcional, y griegos y romanos heredaron sus rasgos esenciales, y a partir de esa conservación pudieron romper las limitaciones que dominaron, por ejemplo, a los antiguos egipcios, especialmente en el campo intelectual.

Egipto formó parte de aquella sólida matriz, y la continuidad y homogeneidad de su cultura, permiten que podamos acceder con relativa facilidad a su estudio y análisis.

Página anterior, detalle del sarcófago de una momia del período ptolemaico del año 200 a. de C. (British Museum, Londres).



EL ANTIGUO ORIENTE

Introducción

La historia sería una disciplina superficial si los especialistas, consciente o inconscientemente, analizaran la trayectoria global de la humanidad a través de esquemas estrictamente occidentalistas. El legado de las civilizaciones situadas al este de la cuenca del mar Mediterráneo, e incluso las de más allá de Mesopotamia, ha sido a menudo tratado en base al desarrollo posterior de las civilizaciones europeas. En los últimos quince siglos, la compleja historia de las Américas, y luego la de África y Oceanía, también ha sido abordada con el mismo espíritu.

Tales actitudes eran propias de la época en que Europa imponía su hegemonía militar, política y económica en el planeta. Las civilizaciones de India y China son tan remotas como las de Mesopotamia y Egipto, y desde luego anteriores a Grecia. La influencia ejercida por los pensamientos de Buda y Confucio ha sido inmensa en el tiempo y en el espacio.

Quizás el modo parcial de abordar el estudio de tan vastas culturas por parte de los occidentales fuera el resultado de las grandes dificultades de comunicación con aquéllas. Muy pocos viajeros occidentales lograron llegar a Oriente. Por otra parte, estas civilizaciones fueron, por lo general, de naturaleza apacible. Más invadidos que invasores, carecieron del ímpetu imperialista y proselitista de la cristiandad occidental.

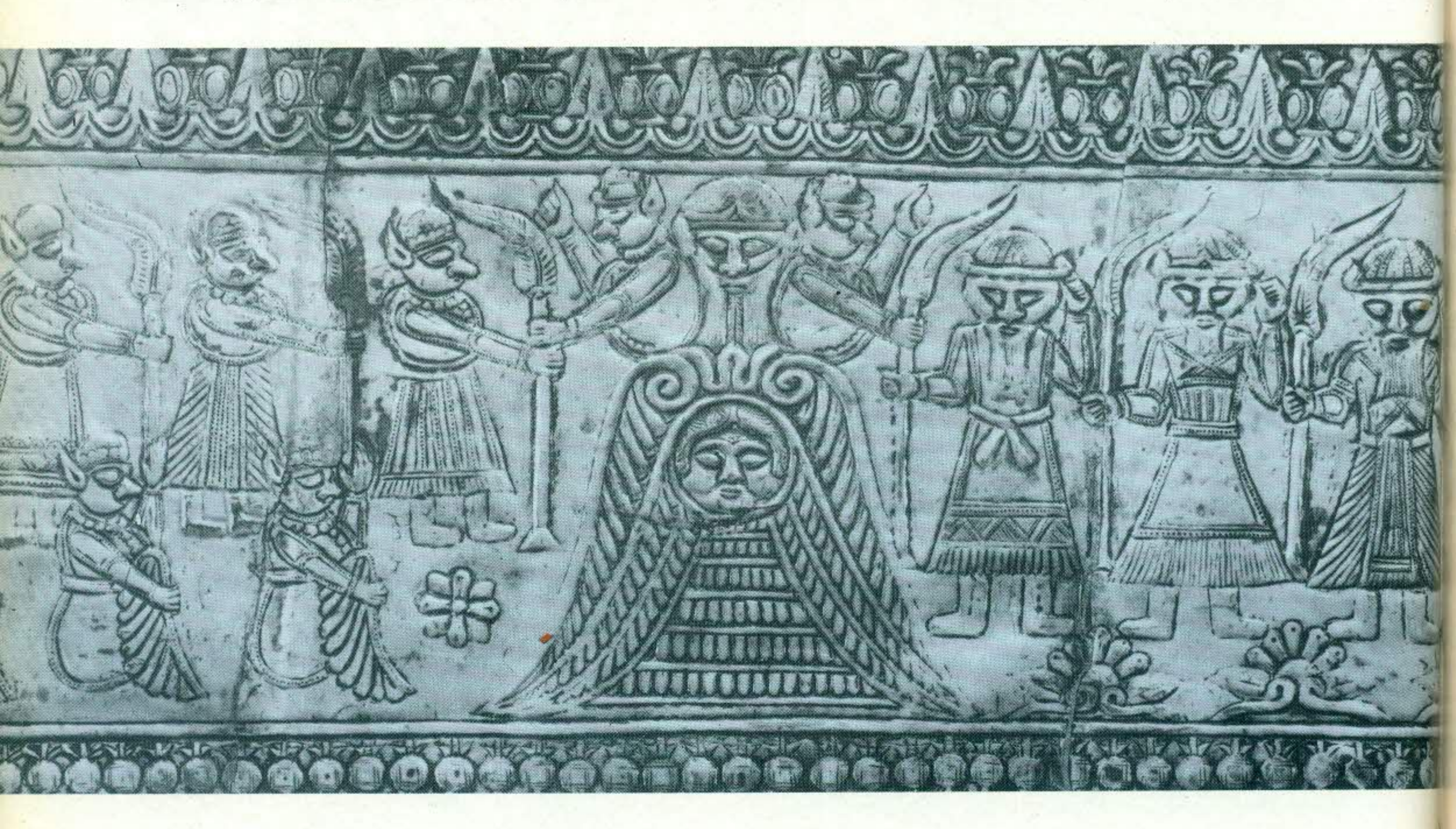
Las remotas civilizaciones del subcontinente indio se iniciaron con la penetración de los arios, aproximadamente en el año 1500 antes de Cristo. Este pueblo es considerado como una de las influencias más creativas de la historia de la India. En aquella época, y como resultado de ellos, surgieron las grandes religiones hindúes. El hinduismo, concretamente, se desarrolló a partir de la religión veda de los invasores arios. El budismo nació en el valle del río Ganges, se extendió lentamente por el continente y se convirtió en la más sólida religión de Asia y la primera del mundo que trascendió las fronteras de su país de origen. Nuevas invasiones como la de los bactrios y los guptas —cuya civilización fue fundamental para el desarrollo intelectual y literario— y a partir del siglo XII, la de los musulmanes, ayudaron a moldear la civilización que se desarrolló en la India, pero todos aquellos pueblos quedaron a su vez influenciados por esta misma cultura.

China, al igual que la India, fue una de las más grandes civilizaciones del mundo antiguo, y ha mostrado una notable continuidad cultural, a pesar de los continuos cambios políticos. Bajo el reinado de las dinastías Shang y Chou, es decir, desde épocas remotas, la división de la sociedad china en dos grandes grupos sociales —el de «origen noble» y el de «origen común»— se fue estableciendo gradualmente. Fue en aquella época cuando nació el lenguaje pictográfico chino, difundido ampliamente y transformado en vínculo unificador.

La filosofía conservadora de Confucio —nacido en el año 551 antes de Cristo— contribuyó a reforzar el orden establecido. Toda una legión de administradores fueron entrenados para seguir sus preceptos sobre «documentos, conducta, lealtad y exactitud». Desde entonces, la continuidad de la civilización china ha sido notable, y aunque esta nación fue invadida en numerosas ocasiones a lo largo de la historia, la unidad imperial ha resurgido siempre.

De todas las grandes civilizaciones de Oriente, solamente la de Persia, por su situación geográfica como territorio de tránsito de las rutas comerciales, mantuvo contactos regulares con el mundo occidental.

Durante mil quinientos años, Persia rivalizó con Grecia, con Roma, y finalmente, con la heredera de Roma, Constantinopla. El Imperio de los sasánidas, políticamente fuerte, y unido por una misma religión, fue el último gran florecimiento del poderío persa. Este Imperio, en su fase de mayor apogeo, invadió Egipto, tomó Jerusalén y Rodas, y sus tropas podían contemplar fácilmente Constantinopla. Sin embargo, se derrumbó en unas cuantas décadas y su lugar, como principal adversario de Oriente y del cristianismo, lo ocupó el Islam.



Persia bajo el poder sasánida



Arriba, vaso de plata de inicios del período sasánida. (Colección E. Borowski, Basilea.)

Página anterior, grabado en plata del siglo VIII a. de C. en el que se representa el nacimiento de Ormuz y Ahrimán, los principios de Bien y Mal sobre los que se basaba el mazdeísmo persa. Ambos emergen del dios padre Zurván, personificación del tiempo y la eternidad. Las figuras de los lados representan las tres edades del hombre. (Cincinatti Art Museum.)

La historia interna de Persia estuvo influenciada por la presencia de la gran meseta desértica situada en el centro del país. Al lado de ésta, junto a los montes Zagros, existen fértiles valles en el sudoeste. La cadena montañosa del Elburz limita con las riberas meridionales del mar Caspio, y en el nordeste surgen las primeras estribaciones de la cordillera del Hindu Kush.

Persia es un país con pequeñas áreas muy fértiles y ricas, en donde se organizaron pequeñas ciudades y comunidades agrarias dominadas por grandes terratenientes. De hecho, constituían una cadena de culturas autónomas. Por otra parte, los pueblos nómadas de la meseta eran incontrolables, y acabaron por generar el caos político. Las montañas que rodeaban los fértiles valles no eran obstáculo para los invasores, y solamente un gobierno centralizado podía cohesionar el país, organizar la defensa, unificar las ciudades independientes y someter a los nómadas. Únicamente una administración de aquel tipo, es decir, unificada, podía organizar y proteger los complejos sistemas de irrigación de los que dependía la agricultura persa. Por eso, los gobiernos locales entraron rápidamente en crisis, perdiendo totalmente el control de las aguas subterráneas.

A pesar de la variopinta diversidad persa y de los profundos antagonismos entre sus comunidades nómadas y agrícolas, el país siempre demostró poseer una tenaz continuidad política combinada con el pluralismo cultural. Persia supo instrumentalizar y adiestrar adecuadamente a sus conquistadores, tanto a Alejandro Magno, como a los árabes y a las hordas mongólicas.

Sus gobernantes utilizaron siempre el mismo régimen para regir el país: una monarquía autoritaria, de inspiración divina, que surgió en contextos muy distintos: desde los crueles mandatarios de la antigua Asiria, hasta los abásidas musulmanes, pasando por Jerjes, Darío y los sasánidas.

Las sucesivas civilizaciones establecidas en el territorio persa heredaron también las más antiguas rivalidades. Grecia, Roma y Bizancio fueron sus grandes oponentes occidentales. La relación de Persia con el mundo occidental fue un caso de mutua fascinación, y tanto los persas como sus adversarios, aprendieron recíprocamente mucho más de lo que fueron capaces de admitir sobre todo en cuestiones administrativas y cultos religiosos.

En el año 224 después de Cristo, Ardashir I, nieto de Sasán, fundador de la dinastía sasánida, derrocó a Artabano V, último de los reyes partos que había regido Persia desde el siglo II antes de Cristo.

El nuevo «rey de reyes» —un título más práctico que grandioso— se dispuso rápidamente a reforzar la tradicional burocracia estatal. El monarca reemplazó a los jefes militares locales y a los sátrapas hereditarios por gobernadores reales, que podían ser destituidos cuando le conviniera. Restringió los ejércitos privados, carentes de disciplina y adiestramiento, y se proclamó comandante en jefe de todas las tropas persas.

Los sasánidas fueron muy dados a difundir las hazañas de sus gobiernos, y las perpetuaron en inscripciones y relieves sobre piedras, que aún hoy se pueden apreciar en las antiguas rutas de las caravanas que recorrían el país. En las monedas grabaron asimismo gestas y semblanzas. La decoración de su suntuoso palacio ha motivado la creencia de que se consideraba a aquellos gobernantes virreyes del divino Ormuz, el espíritu del bien.

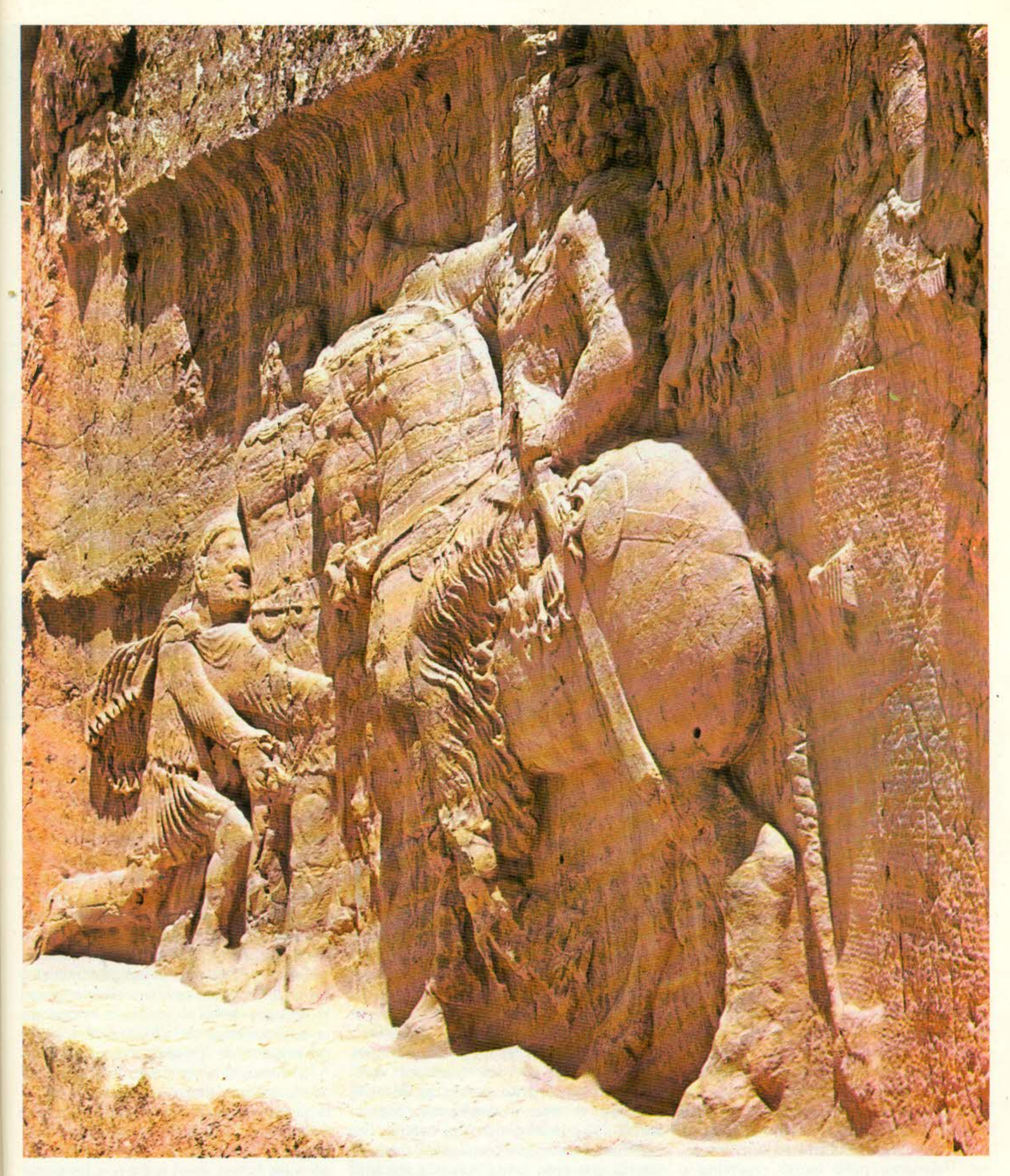
Los sasánidas fueron hábiles instru-



mentalizadores de sacerdotes y astrólogos, asegurándose así la lealtad popular hacia su gobierno. Asumieron la religión mazdeísta, cuyo profeta fue Zoroastro, basada en la creencia de que el universo está dominado por dos principios opuestos. En los templos, el espíritu del bien y el del mal, la luz y la oscuridad, combatían sin tregua. Una batalla sin fin que exigía una total devoción. El mazdeísmo fue posteriormente adulterado por cultos locales politeístas, y el profeta Mani, en el siglo III después de Cristo, lo modificó totalmente, adaptándolo a su manera.

El maniqueísmo, la nueva religión, se extendió más allá de los confines de Persia, y llegó a tener bastantes adictos entre los cristianos europeos que a lo largo de la Edad Media se debatían entre la ortodoxia y la herejía.

Los sacerdotes controlaban gran cantidad de riqueza, en dinero y propiedades de los templos. Otro grupo social dirigente eran los guerreros terratenientes, señores prácticamente feudales que dominaron en las provincias cuando el poder sasánida se debilitó. Funcionarios, sacerdotes y guerreros eran las figuras dominantes en una sociedad en la que los empleados y mercaderes tenían un papel insignificante. Se conocen escasos datos acerca de los pastores y campesinos. Tal carencia testimonial se debe a que los sasánidas no toleraban otras crónicas históricas que las que hacían referencia a su gestión gubernamental.



Sapor I y sus sucesores

El reinado de Sapor I (241-272) señala el inicio del apogeo de la dinastía. Sus ejércitos asolaron Armenia, Antioquía y Siria, y destruyeron la fortaleza romana de Dura Europos. El máximo triunfo de Sapor se produjo en el año 260, cuando capturó al emperador romano Valeriano, y destruyó su ejército integrado por más de setenta mil soldados.

El prestigio imperial de Roma nunca se recobró de la derrota infligida por el rey sasánida. Éste inmortalizó el triunfo en

Sapor I hizo esculpir y grabar en tres lenguas su triunfo sobre Valeriano en el altar de Napsh-i Rustem.

Página anterior, el rey persa Sapor II en un disco de plata. (British Museum, Londres.)



inscripciones sobre rocas y murales oficiales, diseminados por toda Persia. Los prisioneros romanos fueron esclavizados y utilizados para construir una densa red de irrigación hidráulica en el Khuzistán, todavía utilizada en la actualidad.

La unidad del estado sasánida dependía de la capacidad de cada monarca. Los sucesores de Sapor carecieron en general de la distinción de aquél, pero fueron agresivos y ambiciosos. Las discordias que surgieron al morir el gran rey fueron dominadas finalmente por Sapor II, quien según la leyenda fue coronado en una fantástica ceremonia en el año 309, «cuando estaba en el vientre materno». Sorprendentemente, gobernó durante casi setenta años, manteniendo constantes luchas con los ejércitos romanos apostados en Asia Menor. El emperador romano Juliano «el Apóstata» vengó militarmente a su antecesor Valeriano, pero murió repentina y misteriosamente en Persia. Durante el largo reinado de Sapor II, el cristianismo se convirtió en la religión oficial de Roma, y de hecho Juliano fue el último emperador propiamente pagano.

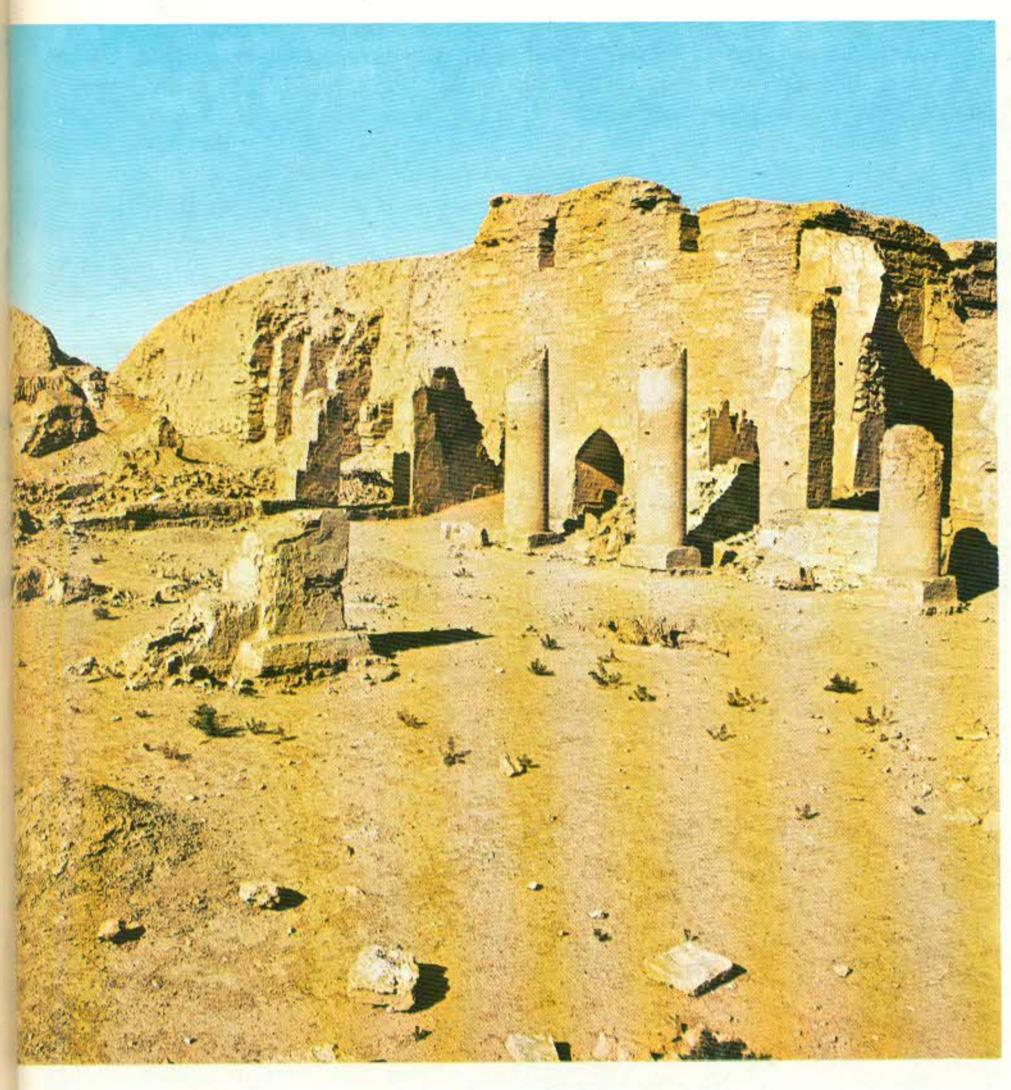
Armenia, ya cristianizada, se separó de Persia y solicitó protección a Roma. Sapor II persiguió ferozmente a los cristianos de Persia y estimuló las herejías, que acabaron por infestar la zona oriental del Imperio romano.

Con los años, Persia se convirtió en la sede central de una de las múltiples iglesias desmembradas del tronco común cristiano: la Iglesia caldea, en la que militaban los llamados nestorianos. Nestorio, el patriarca de Constantinopla, había sido condenado en el año 431 por propagar la noción de que «lo divino y lo humano pueden diferenciarse». Hoy se sabe que el propio Nestorio no fue nestoriano, y que la herejía que se estableció en Persia tenía poco que ver con las ideas del patriarca.

Perseguidos por los cristianos europeos, los nestorianos persas se difundieron por el este, evangelizando algunas zonas de la India y del Asia central. Sus hazañas fueron sorprendentes, demostrando que eran gente con una voluntad férrea, y en el año 774 levantaron un monumento en China para conmemorar el triunfo del cristianismo. Cuando en el siglo XIII irrumpieron los mongoles, los nestorianos contaban con más de doscientas diócesis dependientes del patriarcado persa. Sin embargo, este movimiento religioso fue prácticamente exterminado, a causa de las persecuciones de que fue objeto por los mongoles de Tamerlán, a finales del siglo XIV. Muy pocos representantes de aquella secta herética cristiana sobrevivieron, pero todavía hoy existen grupos que practican su credo religioso.

La mayoría de los sucesores inmediatos de Sapor II fueron hombres de escasa capacidad, que entregaron el poder a sus ministros. Fue entonces cuando los mazdeístas desafiaron a la religión estatal y los eftalitas o «hunos blancos» se erigieron en señores de las montañas, mientras que la nobleza local se independizaba en las provincias más alejadas. Cosroes I (531-579) restauró la vieja autoridad sasánida, conduciendo al Imperio a sus más elevadas cotas de esplendor. El nuevo monarca perfeccionó la maquinaria gubernamental, amplió los sistemas de irrigación y sometió a los hunos en el norte y a los yemeníes en el sur.

Al igual que sus antecesores, los sasánidas siempre consideraron que sus conquistas más valiosas y significativas debían estar en Occidente, y en consecuencia Cosroes entró rápidamente en conflicto con los romanos, concretamente contra





Arriba, busto de un rey sasánida (siglos VI al VII). El artista se esmeró en realzar la belleza de la ornamentación prescindiendo casi de los rasgos de la cara. (Colección Borowski, Basilea.)

Izquierda, vista de las ruinas de Dura Europos, población fronteriza del imperio parto, hoy en el estado de Siria.

Página anterior, la caza del asno salvaje, grabado del siglo II procedente de Dura Europos. La música y la caza fueron las actividades preferidas de los reyes sasánidas que se instalaron en esa ciudad. (Louvre, París.)

los herederos de Roma en Bizancio. En 540 tomó Antioquía y luchó por conquistar Armenia, disputado territorio dotado de una impresionante cadena de fortalezas militares, clave del sistema defensivo bizantino.

En el siglo XI las crónicas persas que narran el pasado histórico del Imperio presentan al rey Cosroes I como el más heroico y sobresaliente de todos los gobernantes sasánidas. Su amor por la exquisita Shirin, concubina cristiana, posiblemente de origen griego, es el tema de un romancero de la época. Según cuenta la leyenda, la favorita consiguió que las mujeres del harén llegaran a practicar el polo, deporte exclusivo de la nobleza.

En Ctesifonte, Cosroes encargó a un arquitecto bizantino que construyera el más espléndido palacio del mundo. Los descendientes del rey sasánida gobernaron allí pocos años, pero sus ruinas son una muestra de sorprendente creatividad. La construcción presenta la mayor bóveda de ladrillos que se conoce de la Antigüedad, carente de los soportes clásicos. Ésta cubría la sala de banquetes del rey. Hoy está rodeada por la arena del desierto.

El fin de los sasánidas

Las últimas energías del Imperio sasánida fueron definitivamente destruidas por el nieto de Cosroes, el avaro y ambicioso Cosroes II. Este monarca envió a sus generales a luchar a Calcedonia, amenazando la Constantinopla de Heraclio, con una campaña que cerró el Bósforo.

El ejército invasor fue derrotado y el emperador bizantino persiguió arduamente a su enemigo dentro de la propia Persia, hasta que consiguió darle muerte en el año 628.

Después de siglos de noble rivalidad con Roma, la dinastía sasánida tuvo un final rápido, inesperado e ignominioso. Ocho años después de la derrota frente a Heraclio, los árabes invadieron y aplastaron definitivamente al estado sasánida en el año 637. Cuando llegaron frente al palacio de Ctesifonte su asombro fue inmenso ante la magnificencia del edificio. El último rey de reyes sasánida, Yazdeger II (632-651), murió asesinado en Merv.

Según la tradición, algunos miembros del clan sasánida marcharon a la India, perdiéndose en el anonimato y sin que se posea ningún dato acerca de ellos.

La India

La India es prácticamente un continente. Se trata de una vastísima extensión de tierra en forma de diamante, bordeada en el este, oeste y sur por las aguas del océano Índico, y en el norte cerrada por la inmensa mole de la cordillera del Himalaya y sus ramificaciones.

Desde la punta de este diamante, surgen dos grandes sistemas fluviales, el río Indo, que canaliza sus aguas hacia el sudoeste, y el río Ganges, que las transporta hacia el sudeste. Ambos limitan la fértil llanura indogangética, que en el norte recibe también las aguas de los monzones. Al sur, la cordillera Vindhiya separa el este del oeste, englobando las mesetas del Deccan. Separada de la punta extrema del diamante indio, se encuentra una perla: Ceilán (actualmente Sri Lanka).

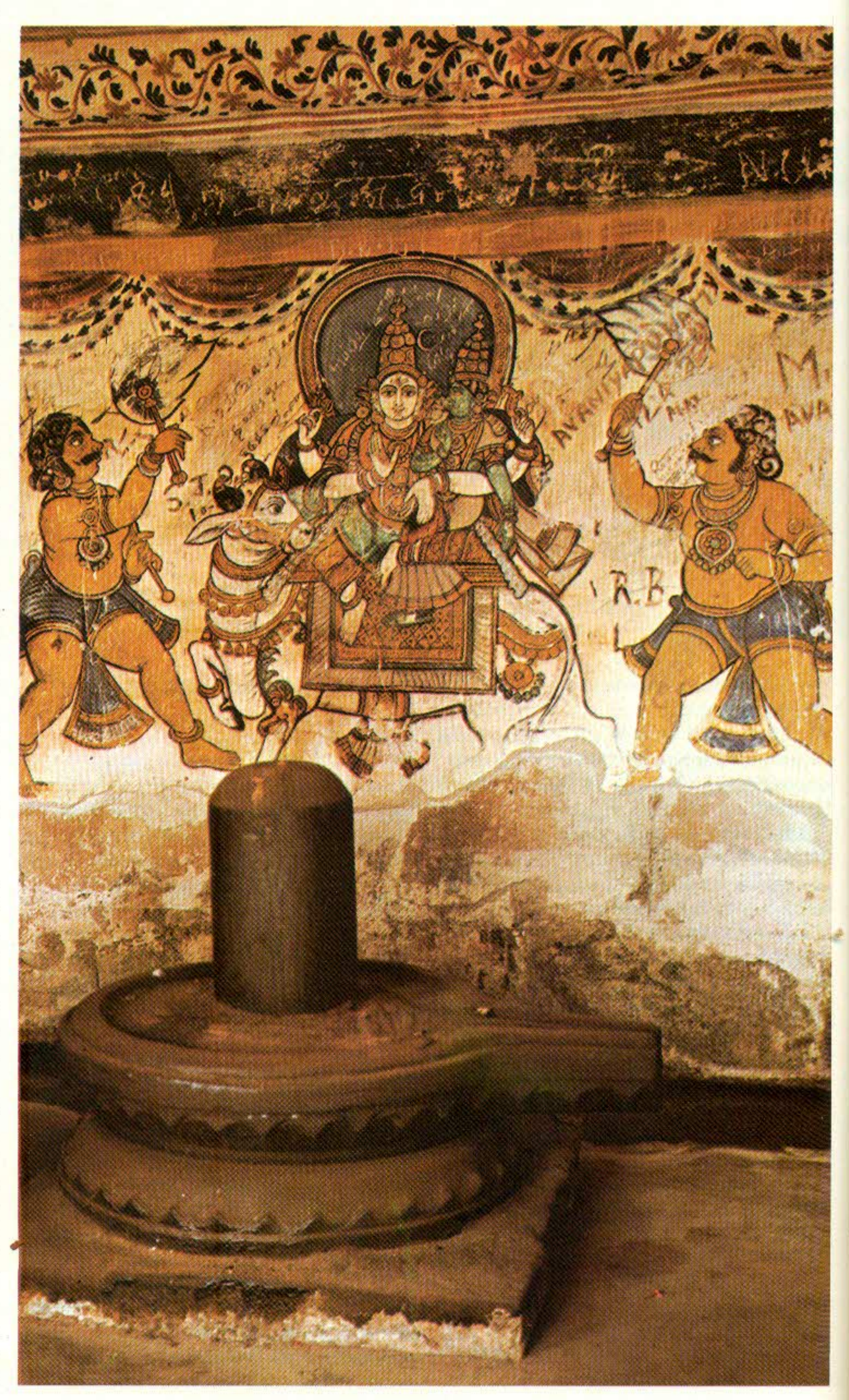
En tiempos remotos el mar aisló a la India del resto de la humanidad, excepto de los comerciantes que llegaban del mundo helénico y romano, y de los procedentes de las «tierras de las especias», más hacia oriente. A través de los angostos y elevadísimos pasos del noroeste llegaron a la India las sucesivas invasiones, desde los arios —que penetraron en el año 1500 antes de Cristo—, hasta los musulmanes, que lo hicieron en el año 1000 de nuestra era.

La invasión aria no fue la primera. Dos grandes familias lingüísticas estaban ya establecidas en la India: los munda, habitantes de las tierras del este y de la llanura central, y los drávidas, gentes del Deccán y del sur.

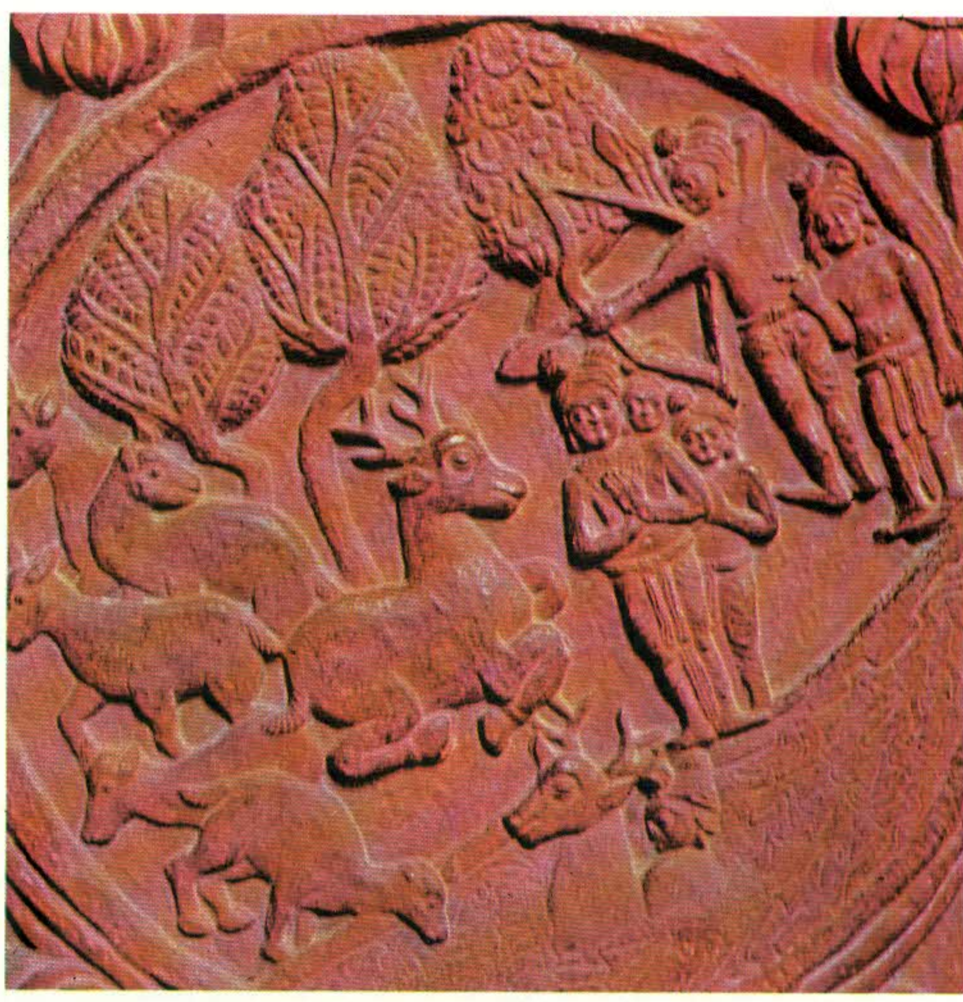
Entre la invasión aria y la musulmana, circularon por la India una variada gama de pueblos: persas, macedonios, griegos, escitas, partos, kusanos y hunos. Gobernaron en las llanuras hindúes durante un tiempo, y luego se retiraron. Los que decidieron permanecer, perdieron su identidad y fueron asimilados por la cultura autóctona.

Con la llegada de los arios comenzó la formación de la antigua civilización hindú, pero a ello contribuyeron también las culturas munda y dravídica. La civilización resultante de esta fusión no violenta, enriqueció el patrimonio de la humanidad. Su religión, el hinduismo, presenta gran vigor en las tierras en que se originó, y la religión posterior, el budismo, se internacionalizó, extendiéndose por todo el Extremo Oriente, convirtiéndose en un poderoso instrumento cultural, especialmente en el sudeste asiático y Sri Lanka. En la India se desarrolló una gran civilización cuya principal aportación fue la notación numérica decimal, en base a nueve símbolos y el cero, expandida luego por todo el planeta, y que en Occidente se denomina erróneamente «sistema numérico árabe», pues fue este pueblo el que, tras su paso por la India, lo introdujo en Occidente a través de España.

La historia de la India antigua se cierra con la llegada del Islam, portador de una religión incompatible con la hinduista. A partir de aquella coyuntura, la civilización india progresó bajo la influencia de nuevas ideas procedentes del Oriente Medio —especialmente de Persia—, las cuales se mezclaron con la antigua herencia cultural, transformándola, aunque aún persiste en la actualidad.







La civilización del valle del Indo

En 1920 los arqueólogos comenzaron el estudio en profundidad de una gran civilización que precedió a la llegada de los arios. Sus principales ciudades fueron Mohenjodaro en el Sind, y Harappa en el Punjab, y en excavaciones intensivas han sido descubiertos cerca de cien nuevos enclaves de ciudades. Esta civilización se extendió geográficamente a lo largo de la mayor parte del Indo, con una longitud aproximada de 1.500 kilómetros y una anchura que en algunos puntos alcanzó los 850 kilómetros, a partir del delta del Indo.

La población del área del Indo se agrupó comunitariamente en ciudades. En algunas de ellas se han descubierto viviendas que debieron ser de los individuos más acomodados o notables, con patios de solaz y termas propias. Un elaborado sistema de desagües controlados con pozos especiales, la existencia de pozos negros, y la adecuada disposición de vertederos de aguas y productos residuales, muestran el elevado grado de higiene que alcanzó aquella cultura urbana. El diseño en forma de parrilla de las calles principales, perfectamente geométrico, contrasta con las laberínticas callejuelas de sus contemporáneos mesopotámicos.

Por encima de la ciudad se elevaba una ciudadela levantada sobre una plataforma de ladrillos de barro cocido, amurallada y con torretas de vigilancia, provista de un gran vestíbulo de entrada sostenido por grandes pilones. Al norte de esta ciudad arquetipo se hallaban los barrios obreros y los graneros, donde se almacenaban los productos básicos de la alimentación urbana, y quizás también los tributos recibidos.

Sellos de esteatita, algunos verdaderas obras maestras del grabado, han aparecido en gran cantidad; generalmente representan a dioses y animales. Asimismo presentan inscripciones cuyo significado todavía no ha sido resuelto por los especialistas.

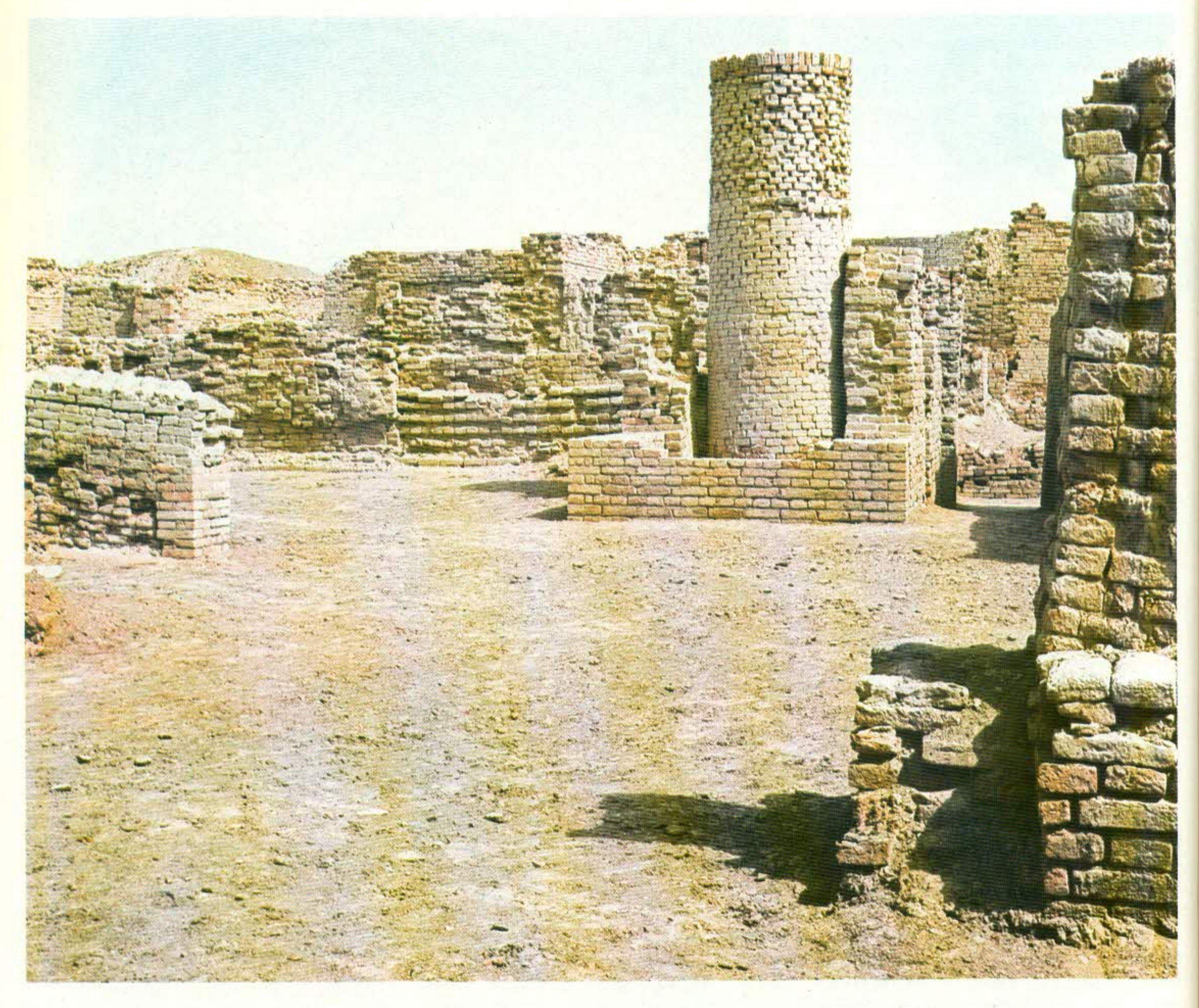
Durante varios siglos, desde 2300 a 1800 antes de Cristo, las gentes del valle del Indo vivieron en sus urbes planificadas, trabajando agrícolamente productos como el trigo, la cebada y el algodón, y comerciando con el área del golfo Pérsico, Afganistán y el resto del continente, en el este y el oeste.

Sin embargo, aún sigue siendo para nosotros un misterio el origen de aquella

Arriba, relieve del stupa de Bharhut (hacia el siglo II) que alude a los primeros años de la vida de Buda, recluido en un jardín del valle del Ganges, completamente aislado del dolor y la maldad humanos. (Museo de la India, Calcuta.)

Izquierda, estatuilla de una bailarina en reposo. (Musée Nationale, París.)

Página anterior, interior del templo de Brihadesvara en Tanjore. En la sala principal se encuentra el «linga», representación estilizada del órgano sexual masculino que simboliza al dios Shiva. Las pinturas murales del fondo narran la leyenda de este dios y los episodios de la vida de sus seguidores más destacados.



cultura pre-aria. Se desconocen datos sobre el carácter de sus gentes, y también se desconoce su final. Esta civilización muestra grandes afinidades con las mesopotámicas, pero también grandes diferencias. Si fueron los antepasados más remotos de quienes hoy hablan la lengua dravídica o la munda es una simple conjetura que la investigación habrá de verificar con el tiempo, cuando esta escritura sea descifrada.

Inundaciones, grandes sequías e invasiones pudieron desempeñar un papel esencial en la aniquilación de aquella civilización, que probablemente dejó de existir antes de la llegada de los arios.

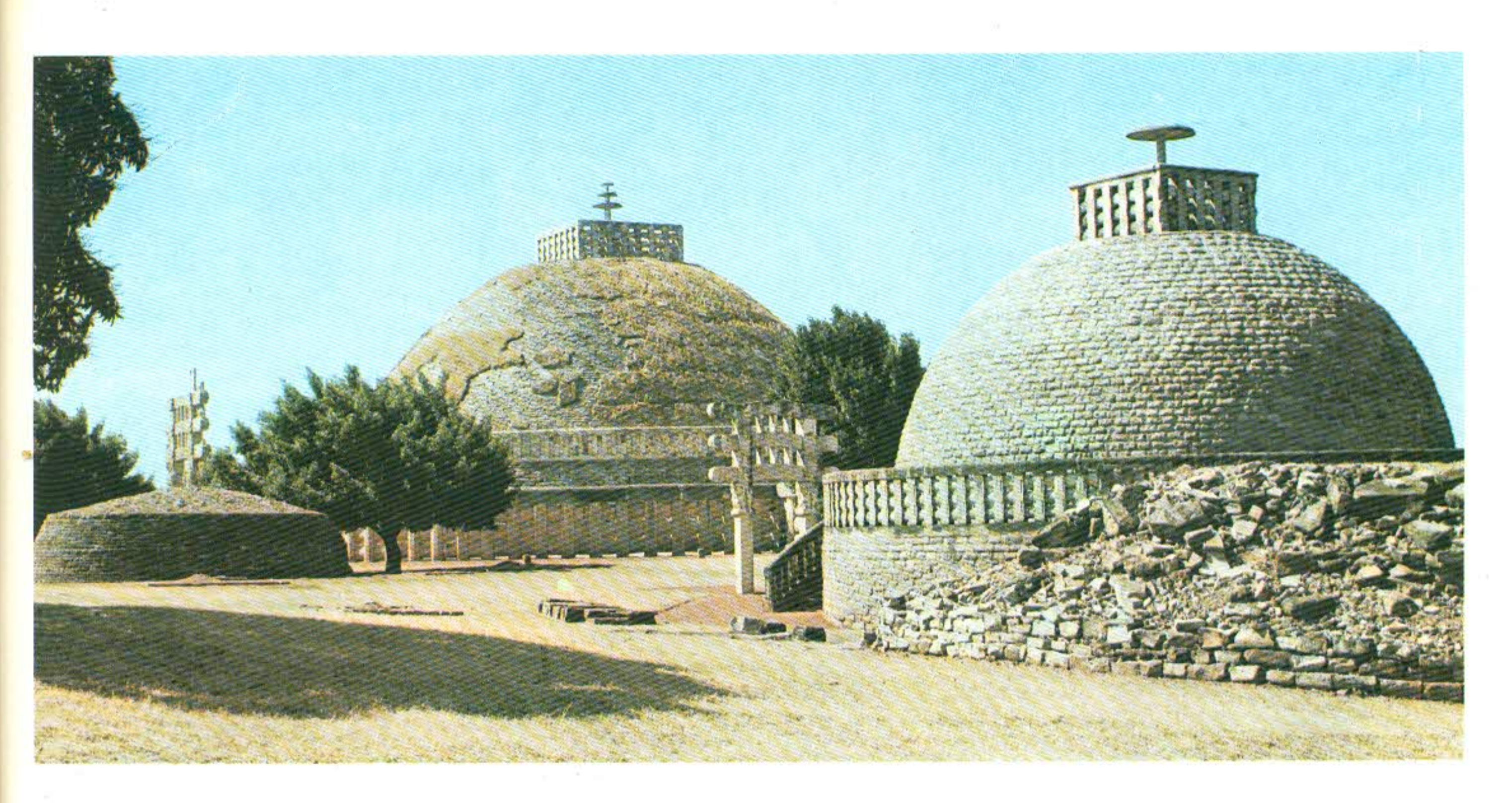
Los arios

Las tribus que se llamaban arias, establecidas en el Punjab después del final de la civilización del valle del Indo, presentan un cuadro muy distinto de ésta.

Lejos de emular a sus predecesores, los arios, que eran agricultores, crearon un ambiente rural, viviendo en pequeñas aldeas delimitadas por rudimentarias estacas clavadas en el suelo. Su principal arma de guerra era el carro ligero, muy veloz, tirado por caballos. Las armas y herramientas de trabajo eran de bronce. Sus principales ocupaciones fueron la ganadería y el robo de los rebaños de otros pueblos. Su economía era, pues, esencialmente agropecuaria. No se sabe si cuando se establecieron en el Punjab ya conocían técnicas agrícolas, pero lo cierto es que asimilaron rápidamente los cultivos del trigo y el arroz.

Los arios hablaban una forma arcaica del sánscrito, lengua que pertenece a la familia indoeuropea, a la que pertenecen entre otras el griego, el latín, el eslavo, el celta, el persa y el germánico. Quizá en el año 1500 antes de Cristo las tribus arias cruzaron los angostos pasos fronterizos de alta montaña que comunican el Punjab con la meseta irania, aunque no es seguro. Con sus carros de guerra diezmaron a sus enemigos, reduciendo a la esclavitud a todo individuo ajeno a sus tribus. Desde el Punjab, los arios fueron presionando hacia el este, hasta la región de Delhi y la cuenca del Ganges, y también se extendieron por la India central. Más tarde, extendieron su dominio en el Deccan y las tierras meridionales.

La época de los estados arios fue la época heroica de la India. La aristocracia se denominó *chatrias*, y su jefe era el «rajá». Un muchacho de la aristocracia aprendía desde niño el manejo del arco y la conducción de carros de guerra. Se les enseñaba a mantener el honor sin mácula y buscar la gloria en el campo de batalla. Si moría, el paraíso sería su recompensa. Matar a un indefenso, aunque fuera ene-



Dos de los tres stupas de la localidad de Sanchi, monumentos funerarios budistas correspondientes a los siglos II y I a. de C. Las puertas de los recintos amurallados, bellamente esculpidas, narran episodios de la vida de Buda.

Página anterior, ruinas de los depósitos de agua potable en Mohenjodaro. Estas construcciones, de técnica muy avanzada, eran muy frecuentes en las residencias de la nobleza urbana.

migo, rehusar a hospedar a un extranjero necesitado, eran, por ejemplo, hechos considerados como indignos de un ario. A los 16 años de edad el adolescente aristócrata era un hombre apto para la guerra y dispuesto para obtener los cuatro elementos que dignificaban al hombre: ganado, oro, tierras y mujeres.

Los «brahmanes» o sacerdotes, presidían los sacrificios que organizaban los más poderosos aristócratas, ofreciendo un aceite que avivaba el fuego sagrado, mientras canturreaban los himnos vedas de los escritos sagrados.

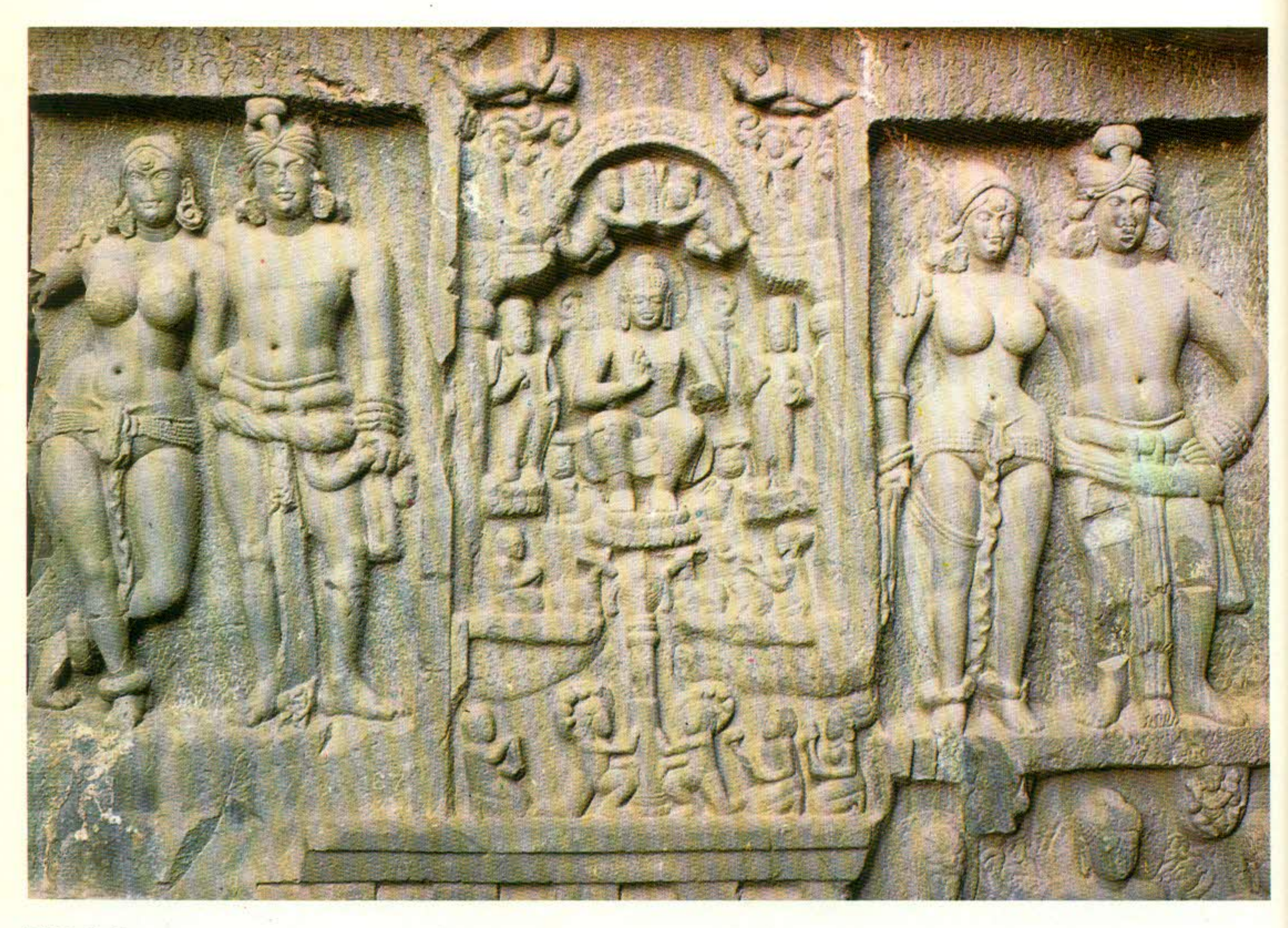
La gente común recibió el nombre de *vaisia*. A los vaisias se les asignaron las funciones más prosaicas: criar el ganado, cultivar la tierra y comerciar. Es decir, de ellos dependía la economía. Con una posición social inferior se hallaban los *sudras*, población sometida a servidumbre y que, probablemente, no era de extracción aria.

La religión védica

«Veda» es el nombre que se da a la literatura religiosa de las tribus arias de la India. El término se aplica a la colección de himnos dirigidos a cantar las loas de los dioses durante los rituales. El *Rigveda* es la más antigua de esas colecciones, y sus himnos más primitivos pertenecen a la época en que las tribus vedas acababan de ocupar el Punjab. Otros himnos datan del período de la estancia de los vedas en Persia.

Una de las deidades más importantes del *Rigveda* es Indra, el jefe guerrero de los dioses, exterminador del demonio Varuna, cuyas contrapartidas griega y persa son respectivamente Urano y Mitra; esta última garantizaba los juramentos y distribuía justicia. Los dioses del *Rigveda*, habitantes en el cielo, se extendieron con unos u otros nombres a la casi totalidad de las religiones indoeuropeas.

Los dioses eran entonces muy temperamentales y su favor sólo podía obtenerse mediante sacrificios —en los que el fuego desempeñaba un papel básico— que se realizaban a veces al aire libre, para conectar mejor con las deidades celestes. Tanto en sus prácticas como en su espíritu, la religión veda se halla muy lejos de la adoración de los ídolos que se generalizó posteriormente en los templos hindúes. Los brahmanes, especializados en el ritual, llegaron a convertirse en una auténtica casta política y social. Más tarde, los *upanishads* introdujeron modificaciones en los rituales, otorgaron una importancia superior a la meditación, y señalaron la mayor eficacia de la renuncia y la austeridad respecto a los sacrificios rituales. La doctrina de la transmigración, que sostiene que los individuos vuelven a nacer después de la muerte, presenta toda una jerarquía de reencarnaciones en función de los méritos alcanzados por el interfecto durante su existencia. Esta doctrina fue ya de antiguo aceptada sin discusión, y todavía persiste su creencia. El objetivo de la meditación estriba en el perfecto conocimiento de la identidad del «yo», conocimiento que constituye la única posibilidad de romper el sistema de reencarnaciones y producir la definitiva unión con el «alma suprema».



El jainismo

Al final de la época védica, en el este de la India, especialmente en la región situada en las cercanías de Magadha –actual estado de Bihar–, donde la dominación de los brahmanes no se consolidó totalmente, se originaron un cierto número de movimientos religiosos caracterizados por un profundo ascetismo. Sus seguidores rechazaban la autoridad de los vedas, pero sus doctrinas metafísicas mostraban afinidades con la de los *upanishads*. Uno de aquellos movimientos que tuvo más éxito fue el jainismo, que aún hoy cuenta con un millón y medio de fieles creyentes entre las poblaciones del oeste y sur de la India.

De acuerdo con la doctrina de Jina el «Victorioso», el universo rebosa de almas vivientes, cuya pureza primitiva es ensombrecida por la acción y el cambio, vinculándose a través del movimiento de las cosas mundanas y sometiendo a los individuos a un ciclo sinfín de transmigraciones. La única posibilidad de escapar a este proceso de reencarnaciones es la contemplación pasiva y la devota observancia de la doctrina de Ahimsa, el gran factor de la no violencia. Los monjes que practican esta religión portan una gasa sobre sus bocas y limpian los caminos por donde han de transitar, procurando desalojarlo de toda impureza, vegetal o animal.

El budismo

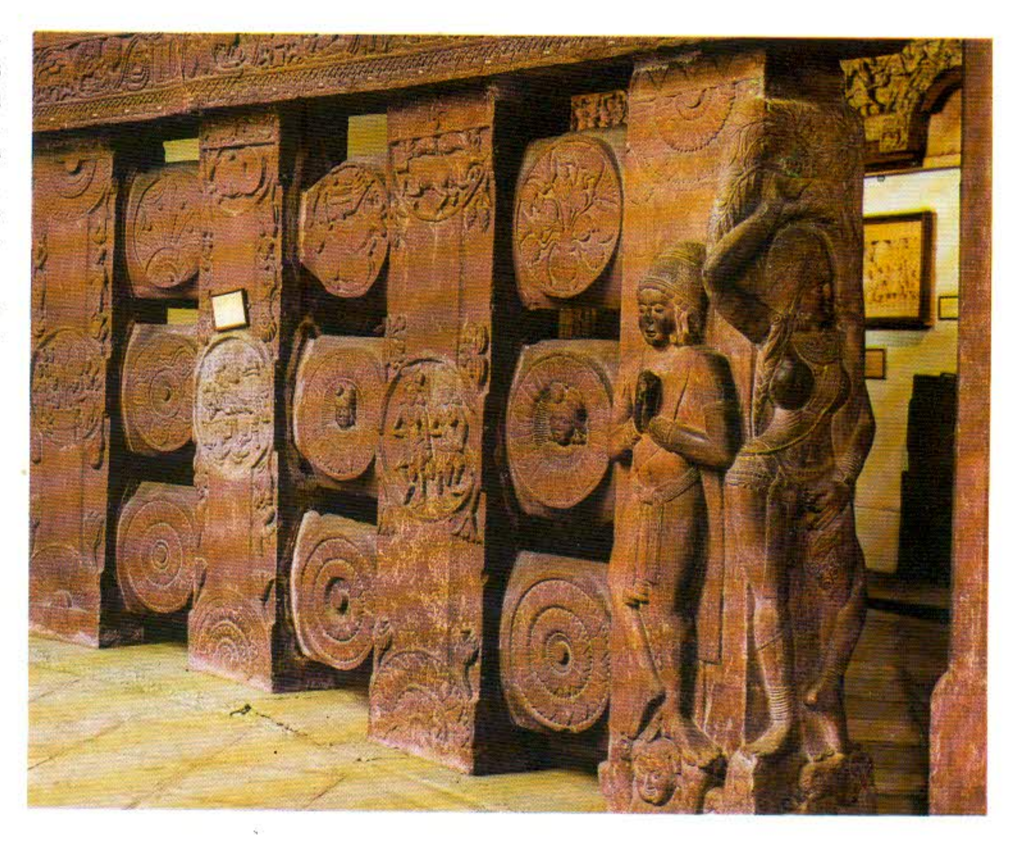
Mahavira («Alma Grande»), fundador del jainismo y Buda (el «Iluminado») vivieron ambos en el siglo VI antes de Cristo, en el este de la India, y se dijo de ellos que eran personas de nacimiento principesco. De acuerdo con la leyenda, antes de su nacimiento, se profetizó que Buda sería o un gran asceta o un emperador universal. Su padre, deseoso de que no se cumplieran los designios, lo crio con toda clase de lujos y lo educó en la mundanidad.

Sin embargo, un día, Buda, conduciendo su carro de guerra, vio sucesivamente un mendigo, un hombre enfermo, un hombre viejo y un moribundo. A partir de ese momento, profundamente impresionado, renunció a su familia y a su patrimonio, y una noche se fugó de su casa en busca del origen del dolor humano. La iluminación definitiva se produjo en su mente mientras meditaba bajo un árbol. Reunió a un grupo de discípulos, constituyendo así el punto de partida de un profundo movimiento religioso, el budismo, religión desaparecida hoy de las tierras donde se originó, pero que se ha extendido a millones de fieles de los países del Extremo Oriente.

El budismo propone una vía intermedia entre la indulgencia de los sentidos y la severa automortificación de los ascetas. Para él, el sufrimiento es una realidad universal, su raíz está en el deseo, y la cura estriba en la superación de las pasiones a través del conocimiento y la fuerza que proporciona la automeditación. Portando una vida ejemplar y desinteresada, y practicando una adecuada meditación, es posible liberarse del ciclo de las transmigraciones, obteniendo la gran meta final de todo mortal: el Nirvana, la paz definitiva.

En la época original del budismo, diversos sistemas de castas estaban ya estructurados en la India. Sin embargo, aquellos movimientos ascéticos y religiones liberadoras que surgían al margen de las tradiciones oficiales, rechazaron gran parte de los principios en que se fundamentaba la división en castas. Asimismo, los budistas se oponían a la tradición védica de los

sacrificios. Lo que un hombre pueda hacer, es decir, su práctica cotidiana, es más importante que su linaje, su sangre o su ascendiente aristocrático. En este punto, los budistas se enfrentaron abiertamente con los brahmanes, quienes habían hallado en el sistema de castas un medio de vida fácil. Para los budistas, cualquier hombre podía ser monje, independientemente de su rango social. Sin embargo, el sistema de castas siguió siendo el principio básico de la estructura social hindú, y el sacerdote brahmán continuó con sus prácticas rituales, subrayando los tres momentos cumbres de todo mortal: el nacimiento, el matrimonio y la muerte.



Balaustrada del stupa de Bharhut, edificio más antiguo que sus homónimos de Sanchi, en cuyas esculturas, como la de la mujer de sinuosa elegancia de este balaustre, se prefigura el estilo de la escuela siguiente.

Página anterior, relieve de la gruta-santuario de Karli (finales de siglo I a. de C.–principios del siglo II d. de C.). Las parejas representadas, posiblemente donadores o benefactores, pertenecen al período gupta.

Los invasores del oeste

Los estados de la época védica se organizaron indistintamente en repúblicas o monarquías, gobernadas por una aristocracia hereditaria, los ya citados *chatrias*. Estos estados prevalecieron en el Punjab hasta la llegada de Alejandro Magno en el año 326 antes de Cristo. Más al este, en la misma época en que aparecieron el jainismo y el budismo, surgieron estados cuyos gobernantes eran a menudo usurpadores de rango inferior, según los criterios del sistema de castas. El más importante de todos aquellos estados fue Magadha, cuya capital, Pataliputra, se convertiría en la sede del gobierno del mayor imperio de la India antigua.

Los estados tribales del Punjab conocieron invasiones antes de la llegada de Alejandro Magno. Gandhara y Sind habían sido satrapías de Darío hacia finales del siglo VI antes de Cristo, y los hindúes habían servido en las huestes de Jerjes durante la invasión persa de Grecia. Probablemente, para los hindúes, Alejandro era el último de los grandes conquistadores persas, pues procedía de aquellas tierras. El rey macedonio demostró en la batalla de Hidaspas la superioridad de su caballería sobre los carros de guerra del monarca hindú Porus, paralizados en el fango después de varias horas de lluvia. Sin embargo, los elefantes de Porus infligieron un duro castigo a las tropas macedonias, y se convirtieron en la más codiciada máquina de guerra de la época. Agotados por la guerra y temerosos de seguir desplazándose por tierras ignotas, los soldados de Alejandro Magno se sublevaron y la expedición acabó por regresar a Occidente.

Mientras tanto, Chandragupta ocupó el trono de Magadha apoyándose en una revuelta popular. Los estados tribales del Punjab habían sido azotados por las conquistas de Alejandro Magno, y la autoridad de los gobernadores que allí dejó el macedonio se vio amenazada tras su muerte. Los acontecimientos que siguieron a la marcha de Alejandro Magno son confusos, pero probablemente el avance de Chandragupta sobre aquellos estados fue imparable. Al poco tiempo, se extinguía el recuerdo de aquel conquistador que llegara de Occidente.

Seleuco, el general macedonio que sucedió a Alejandro Magno en los dominios orientales de su Imperio, llegó a pactar con Chandragupta, obteniendo de éste los quinientos elefantes que necesitaba para derrotar al que fuera también general de Alejandro, Antígono. A cambio de los elefantes, Seleuco cedió los vastos territorios del oeste del Indo, los actuales Pakistán y Afganistán.

Poco después, Seleuco envió como embajador a la corte de Maurya, en Pataliputra, a Megástenes. Éste escribió un valioso relato, aunque idealizado, de los primeros tiempos del Imperio Maurya. Para Megástenes, la India era una tierra en la que los delitos apenas existían, no habían leyes escritas ni esclavos, y los campesinos araban sus campos sin ser afectados por las pugnas políticas y militares. Sus escritos constituyeron la base más antigua para el conocimiento de la India en Occidente durante muchos siglos.

El gran vestíbulo sostenido por un conjunto de columnas del palacio de Chandragupta recuerda al del palacio de Darío en Persépolis. Las columnas de piedra pulimentada, con capiteles donde hay esculpidos animales que representan a Asoka,

muestran una influencia persa, pero el estilo global tiene una personalidad genuina.

Cuando Asoka accedió al trono en el año 268 antes de Cristo, el imperio que heredó comprendía todo el territorio de la India excepto la punta de la península, y algunos enclaves litorales. Asoka procedió a la conquista de estos territorios, ocupando finalmente Kalinga.

Asoka sentía un profundo respeto por el budismo, y los sufrimientos y muertes que provocó la ocupación de Kalinga transformaron completamente su vida. Renunció a las guerras de conquista y centró su gobierno en conseguir para sus súbditos el máximo bienestar. Sus gobernadores fueron educados en el respeto a los ancianos, el beneficio de todas las sectas, la no violencia y el pacifismo. Mandó embajadores al reino heleno, pues quería conocer opiniones acerca de sus puntos de vista políticos y religiosos. Siempre sostuvo que las «conquistas que se derivaban de la equidad y la justicia» eran infinitamente superiores a «las conquistas proporcionadas por la fuerza de las armas».

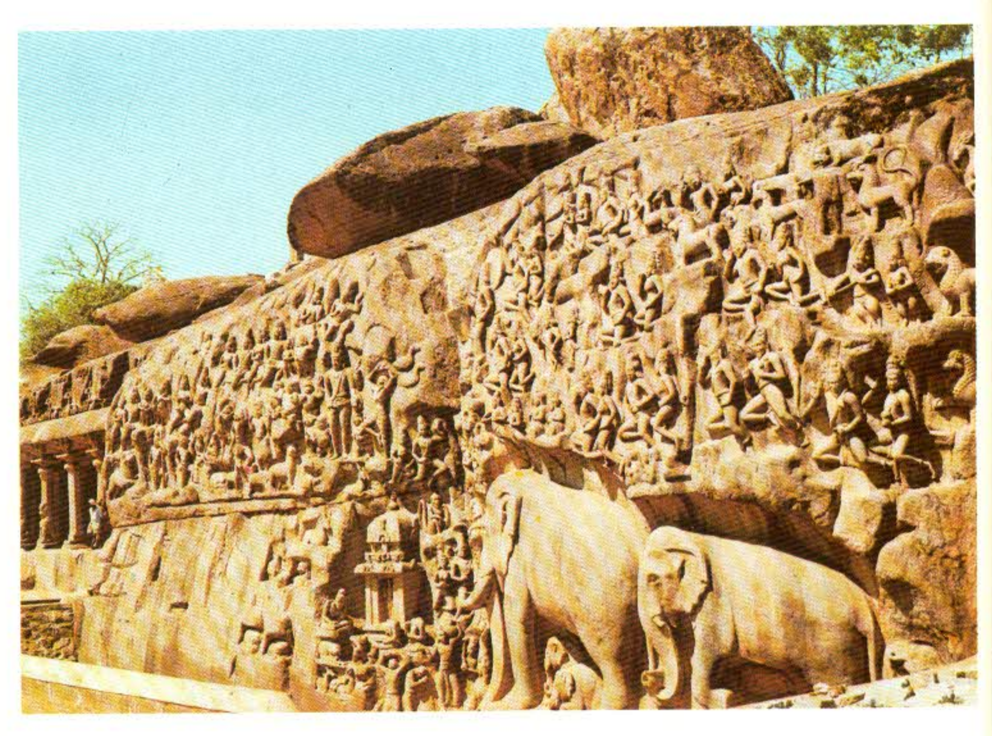
El mismo Asoka realizó numerosos viajes para difundir sus enseñanzas y visitar los lugares santos del budismo. Asimismo, hizo grabar sus palabras y preceptos por allí donde pasó, en paredes, columnas e incluso en simples rocas naturales. Aunque principalmente usó el dialecto magadha, algunos de sus edictos aparecen en griego y arameo, como por ejemplo demuestran los hallados en Kandahar. Estas inscripciones nos han proporcionado información acerca de una de las más grandes figuras de la historia de la humanidad.

Durante el reinado de Asoka el budismo prosperó y se extendió, llegando hasta Sri Lanka donde ha subsistido desde entonces.

Los Imperios sunga y kusano

En el 250 antes de Cristo, Diodoto se separó del Imperio seléucida y estableció un reino griego independiente en Bactria. En el siglo siguiente, la presión de las tribus del Asia central –los escitas– desplazaron a los habitantes de Bactria hacia el sur y el este, dentro de Gandhara, en el Punjab.

El Imperio Maurya no sobrevivió mucho tiempo tras la muerte de Asoka, y en el año 187 antes de Cristo, Pushiamitra levantó sobre sus ruinas el modesto Imperio de los Sunga. Su religión era hinduista, y partidaria de la revitalización de las almas. Por otra parte, los dos reinos griegos en que se dividió Bactria tuvieron que enfrentarse al dilema de destruir a los sunga o unirse a ellos, ante la amenaza escita que ya apuntaba en el noroeste.



Los escitas no se limitaron a llamar a las puertas de la India. Es difícil describir la historia de estas invasiones a partir de los fragmentos contradictorios que han subsistido narrados en más de seis lenguas diferentes. Asimismo, es imposible descubrir la verdadera identidad de los pueblos involucrados por las guerras. Sin embargo, a partir del siglo I después de Cristo, el oeste y noroeste de la India estuvo dominado por reyes bárbaros.

En un momento imposible de precisar de los siglos I y II después de Cristo, Kaniskha, rey de un pueblo al que se conoce como kusanos, forjó un Imperio que se extendía por las montañosas regiones del noroeste, ocupando finalmente todo el área central del norte de la India. Este pueblo procedía de Asia central, como demuestran sus vestimentas, típicas de aquella zona: gorro puntiagudo, casaca ribeteada con pieles, pantalones holgados y botas de piel. Utilizaban la caballería ligera, cuya eficacia puso fin al empleo de los pesados carros de origen persa.

Los reyes kusanos tomaron sus títulos de los pueblos que habían conquistado o con los que estaban en contacto: «majarajá» en la India, «rey de reyes» en Persia, «hijo del cielo» en China, césar en Roma. Eran eclécticos en asuntos religiosos, y por sus simpatías con el budismo hallaron apoyo entre las poblaciones de Asia central, desde donde penetraron en China.

La época de las invasiones originó dos grandes movimientos religiosos. El *mahayana* («Gran Vehículo»), variante del budismo que supo combinar el culto tradicional a Buda, con la capacidad de los laicos para difundir las ideas religiosas, en detrimento de la austera vida monacal de las antiguas escuelas budistas. Con el tiempo, el budismo mahayana prevaleció en el Tíbet, China, Japón y diversos países del sudeste asiático. En Ceilán y Birmania predominó otra variante budista que hacía más hincapié en la vida monacal, el *hinayana* («Pequeño Vehículo»).

El segundo de los movimientos religiosos provocado por las invasiones fue el culto *bakti*, movimiento popular que buscó un estricto culto a dios, oponiéndose a los sacrificios de los vedas y a las prácticas de *upanishads*, jainistas y budistas. El culto a Vishnú, encarnado en Krishna, es el tema del *Bagavad Gita*, uno de los textos religiosos clásicos más leídos en el mundo hindú hasta nuestros días.

Los guptas

En el año 320 después de Cristo, los reinos bárbaros del noroeste y del oeste habían sido asimilados por el hinduismo, y el Imperio de Magadha fue restaurado por Chandragupta I. Bajo el reinado de su hijo, Samudragupta, la mayor parte del norte de la India fue anexionada al dominio gupta, y el Deccan y el área meridional sufrieron la presión del nuevo poder septentrional. Chandragupta II expulsó a los descendientes de los escitas del oeste del país.

El reinado de este último monarca fue probablemente el más brillante de la India antigua. A través de los relatos de un

monje llamado Fa-Hsien, que visitó la India por aquellos tiempos, se ha sabido que los territorios de los gupta gozaron de una gran paz, gobernados por un poder moderado e inteligente. La poesía y el drama, escritos en sánscrito, alcanzaron su máximo apogeo, con autores de la importancia de Kalidasa. Asimismo, el sánscrito se generalizó en la corte como lengua oficial.

Los primeros templos existentes en la India datan de la época de los gupta. La arquitectura gupta forjó un estilo basado en la sencillez y la austeridad que no conservaron construcciones posteriores. Aunque estaban adheridos a las sectas brahmánicas, los emperadores gupta apoyaron también al budismo, y la escuela budista de Nalanda consiguió atraer a los monjes de China y Sri Lanka.

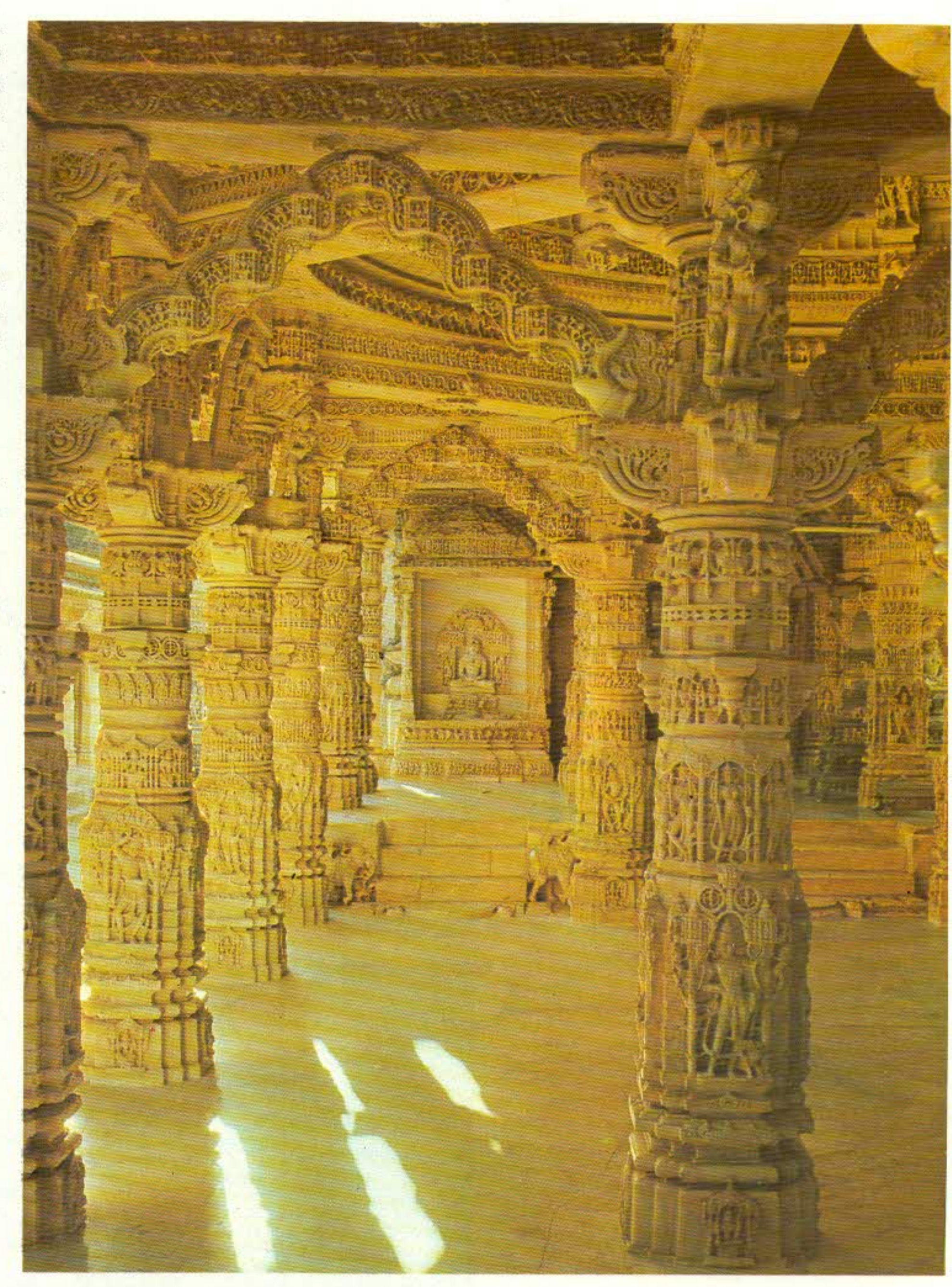
Por otra parte, aquella literatura épica, redactada en lengua tamil, y que versa generalmente sobre historias de amor y de guerra, cita la presencia de mercaderes griegos residentes en algunos puertos del sur de la India. Sin duda debió tratarse de comerciantes romanos que desde los tiempos de Octavio Augusto se desplazaban a aquellos remotos territorios buscando productos exóticos. Esta literatura muestra cierta influencia de la cultura aria, aunque conserva una originalidad indiscutible.

En la época gupta, el sur de la India era un receptor y transmisor de la cultura aria. Desde allí, y probablemente desde los puertos del reino de Palava Kanchi, el sánscrito, el hinduismo y el budismo se difundieron a las cortes del sudeste de Asia. Asimismo, el sur del país mostró unas posibilidades de comunicación marítima superiores al norte, estableciéndose comunicaciones con Sri Lanka y la península Indochina.

Hacia mediados del siglo V, un nuevo y poderoso invasor apareció repentinamente en la India, poco antes de que lo hiciera en Europa: los hunos. Durante una generación, los gupta consiguieron rechazar con éxito a tan temibles visitantes, pero a finales del siglo, Mihirakula se apoderó de Cachemira y de una vasta zona del valle del Ganges. Más de cincuenta años emplearon los gupta para expulsar al enemigo, que finalmente se estableció al norte de Cachemira, donde fueron asimilados cultural y racialmente por los pueblos allí existentes. Sin embargo, el Imperio gupta pereció tras esta difícil prueba.

Harsa es el monarca indio sobre el que la historia ha aportado más datos. Bajo su reinado, a principios del siglo VII, la India alcanzó una unidad política casi inédita hasta entonces. Estas noticias han llegado hasta nosotros a través de los escritos de Hsuan Tsang, un monje budista chino que viajó por la India y gozó de la hospitalidad del rey. Éste nos presenta a Harsa como un monarca justo y eficaz en su labor de gobierno, y que viajaba constantemente por su Imperio para conocer las peticiones de sus súbditos y mejorar la administración. Con su gran energía y dedicación a los asuntos de Estado, logró mantener unido el Imperio.

Su poder era similar al que poseía en el Deccan el reino de los Chalukyas, cuyo rey Pulakushin II, atacó al pacífico reino de Harsa. Al morir éste, el Imperio se derrumbó poniendo fin a la dinastía de los gupta. Finalmente, la crisis global se generalizó. El poder de los monarcas decayó, las monedas escasearon y el comercio declinó, disminuyendo asimismo la seguridad. El resultado de esta situación fue el progresivo desarrollo de un localismo sujeto a interminables guerras dinásticas.



Arriba, interior de uno de los templos jainistas construidos en mármol blanco en Dilvara (siglo XI), en el monte Abu. Los santuarios estaban en el interior del templo, en un patio al que se abrían veinticuatro capillas, dedicadas a la divinidad Tirthamkara.

Página anterior, El descenso del Ganges, *relieve en la roca de Mamallapuram.*

El mundo chino



Muy lejos, hacia el este del llamado mundo antiguo occidental, en un vasto, remoto y casi inaccesible territorio de Asia, se extiende China, una de las tres civilizaciones más importantes de la Antigüedad. Al igual que las civilizaciones de Egipto y Mesopotamia, la de China emergió en torno a un sistema fluvial compuesto por la densa red del Hoang-ho o río Amarillo, que discurre por el norte del inmenso país. Pero mientras las civilizaciones mesopotámicas y egipcia declinaron con cierta rapidez, la de China se consolidó. Por ello, el pueblo chino actual puede mostrar la más antigua y continuada historia escrita de toda la humanidad.

Los historiadores tradicionales remontan la historia del país a unos 5000 años. Personajes envueltos por la leyenda, como son Pan Ku, el «Creador del cielo y de la tierra», Fu Hsi, el «Gran domador de bueyes» y «Dios de la caza y de la cría», Shen Nong, «Dios de la agricultura y la medicina», y Huang Ti, el «Emperador amarillo», un guerrero constructor de imperios, fueron los pioneros de una civilización y una cultura, durante el reinado de Huang Ti en el siglo XXVII antes de Cristo. La existencia de estos primeros héroes de la prehistoria, refleja la transición del nomadismo a una economía agrícola sedentaria.

Otros descubrimientos arqueológicos coinciden en remontar los orígenes de la civilización china a aquella remota época. Se atribuye a Fu Hsi la elaboración de «los ocho triagramas», serie de diagramas místicos que, según la opinión de algunos especialistas, serían el primer intento de crear un lenguaje escrito. Finalmente, los caracteres de la escritura china evolucionarían rápidamente durante el reinado de Huang Ti.

El eslabón decisivo para el definitivo nacimiento de la escritura china sería un ministro de aquel emperador, llamado Tsang Chieh, quien habría estudiado con precisión las formas de las estrellas y las huellas de las aves y los animales sobre las arenas, llegando a la conclusión de que las cosas podían ser representadas mediante signos. Se le atribuye también la invención de un primer esbozo que anticiparía ingenios como el compás y la brújula, que tanta importancia tendrían para

el desarrollo de la ciencia. La esposa de este precursor, Lo Tsu, ideó la cría de gusanos, base de la industria sedera que hizo de China una primera potencia en la industria textil.

Las primeras dinastías

La existencia de una sociedad política más centralizada e integradora en los siglos XXIV y XXIII antes de Cristo, se personifica en tres reyes modélicos: Yao, Chun y Yu. Según la tradición, Yao representó el ideal del buen gobernante, que abdicó no en su hijo, sino en Chun, un hábil e inteligente campesino que se dedicaba a la pesca.

Más tarde, a su vez, Chun renunció al trono y nombró como sucesor a otro hábil hijo del pueblo, llamado Yu, soberano que se dedicó a la ingeniería, mandando construir importantes sistemas de riego fluviales, y al que la leyenda atribuye la fundación de la dinastía Hsia (2000-1500 antes de Cristo), la cual fundaría el primer Estado propiamente dicho del que se tiene noticia en la historia china.

El último de los gobernantes de la dinastía Hsia fue tan odiado por su pueblo, que las gentes se sublevaron, y, tras derrocarlo, establecieron la nueva dinastía Shang. Sobre esta dinastía existen más datos en textos muy remotos. Chien, un historiador que vivió en el siglo I antes de Cristo, confeccionó una lista de treinta reyes que pertenecerían a aquella dinastía.

Sin embargo, se ha llegado a dudar de la existencia histórica de aquella dinastía, aunque en 1929 aparecieron en los mercados de Pekín una reliquias, los «huesos del dragón», que la gente compraba para proseguir la tradición religiosa de enterrarlos con objetivos medicinales. Algunas personas, asombradas, apreciaron en aquellas piezas unas inscripciones que se supuso eran de tiempos remotos. Convenientemente analizados, se llegó a la conclusión de que se trataba de huesos que se utilizaban en los oráculos de antiquísimos templos para venerar a los dioses, y su datación coincidió con la supuesta dinastía Shang.

Entre 1929 y 1933 se realizaron intensos trabajos en los depósitos de sedimentos donde habían sido extraídos los «huesos del dragón», recuperándose hasta unas cien mil piezas, la mayoría descifradas por los especialistas. Estas excavaciones, realizadas en los lugares que debió ocupar la capital de la dinastía Shang, en las cercanías de An-Yang, en el norte de la provincia de Honan, han proporcionado una detallada información de la primitiva historia de China. Los escritos grabados en aquellas piezas y las magníficas urnas de bronce junto a otros elementos recuperados, demuestran que el pueblo de los Shang gozó de una cultura muy avanzada en la Edad del Bronce, entre los años 1523 y 1027 antes de Cristo. Además, corroboraban la historia tradicional de los primitivos textos clásicos, y con ello éstos se transformaron en fuentes fiables de la historia de China. En aquellas piezas óseas, curiosamente, están grabados los nombres de veintitrés de los treinta reyes de la dinastía Shang que proporcionó el historiador Chien.

Se acepta ya sin discusión que hacia el año 1500 antes de Cristo un pueblo muy dotado culturalmente, con un amplio y rico pasado, había emergido como una civilización en el norte de China. Aquellas gentes vivieron en grandes casas y su economía agrícola estaba ampliamente desarrollada. Como moneda, utilizaban conchas marinas de gran valor. En sus ciudades trabajaban hábiles artesanos, maestros en el tratamiento del bronce y el jade, capaces de crear magníficas urnas que, una vez grabadas con las inscripciones adecuadas, eran enterradas como forma de expresar su devoción y respeto hacia los antepasados, rasgo básico de la antigua cultura china.

Los primeros Imperios

En el siglo XI antes de Cristo aquel pueblo tan avanzado fue derrotado por los Chou, una tribu nómada procedente de las regiones del oeste. Los Chou no fueron innovadores, sino que procuraron consolidar la cultura de la dinastía Shang, que asimilaron rápidamente. Continuaron los preciosos trabajos en bronce, la alfarería y la industria sedera, perfeccionando el lenguaje escrito de sus predecesores. Políticamente, consolidaron cierta estructura feudal, que ya apuntaba en la dinastía Shang. Asimismo, dividieron el territorio en feudos basados en el trabajo agrícola de una servidumbre dependiente de la aristocracia.

Con el tiempo surgieron jerarquías claramente definidas, se establecieron impuestos y los nobles adoptaron costumbres caballerescas similares a las que mil años después desarrollaría la aristocracia feudal europea. Sin embargo, el dominio del soberano sobre la aristocracia encontró grandes dificultades, y de hecho solamente gobernó nominalmente sobre sus súbditos. La capital del reino se estableció cerca de Sian. Por aquella época se detectan signos de inestabilidad política, independizándose numerosos principados. Por otra parte, la presión de las tribus nóma-



Arriba, recipiente ritual de bronce, utilizado para el vino, de la dinastía Chou (finales del siglo XI o principios del X antes de Cristo).

Página anterior, figura del Buda Sakyamuni en bronce dorado, encontrada en 1963 en una cantera. La identidad de la imagen, que conserva casi intacto el revestimiento dorado, está indicada por una inscripción de 47 caracteres en el dorso de la escultura. (Museo Nacional de Corea, Seúl.)

das del norte y noroeste se hizo agobiante.

En el siglo VIII antes de Cristo la dinastía Chou intentó consolidar sus posiciones y decidió cambiar su capital hacia el este, en Lo Yang.

Al parecer, en los tres siglos siguientes, cerca de veinticinco estados semi independientes lucharon entre sí para conseguir la hegemonía, minando progresivamente la autoridad central de la dinastía Chou. Esta época destaca por la expansión demográfica, los significativos avances de la artesanía, el crecimiento económico, el desarrollo de un sistema monetario y la reorganización de las estrategias militares. Lentamente se derivó del empleo del bronce al uso del hierro. Los arqueros a caballo, utilizando nuevos y perfeccionados arcos, reemplazaron a los lentos antiguos carros de guerra que habían introducido los Shang.

Fue también aquella época una fase de importantes avances intelectuales. La complejidad de la situación política creó las condiciones para la formación de una élite de consejeros que se sumaron a la aristocracia feudal, formándose escuelas de pensamiento que entraron en controversia. Los célebres pensadores Confucio, Lao Tse y Mo Ti vivieron durante este período, llamado de las «cien escuelas», origen de la gran tradición filosófica china.

Hacia el siglo IV antes de Cristo la lucha por la hegemonía entre los estados se radicalizó. El caballeroso —y hasta ceremonioso— comportamiento del período feudal fue reemplazado por una lucha sin cuartel por la supervivencia de los más fuertes. Uno tras otro, los más pequeños estados fueron absorbidos por sus vecinos más poderosos. Este cambio, que cronológicamente se produjo entre los años 403 y 221 antes de Cristo, se registró con el nombre de época de los «reinos guerreros».

Los Chin

El estado occidental de Chin fue el resultado de la época de las luchas. Sus gobernantes rechazaron totalmente las ideas filosóficas de Confucio, dirigidas hacia la moderación y el sosiego. En oposición a ellas, adoptaron el inflexible criterio de los funcionarios, cuya conducta política se fundamentaba en que «el fin justifica los medios» y de que los individuos han de subordinarse al Estado. Se introdujo así una burocracia despótica. Las construcciones de los sistemas de irrigación fueron realizados en régimen de trabajos forzados y la población fue obligada a prestar el servicio militar. Uno tras otro, los estados independientes cercanos fueron progresivamente dominados y en el año 222 antes de Cristo, Chu, el último y más poderoso de los reyes adversarios, fue absorbido e integrado su reino en el Imperio Chin. El rey Cheng completó esta tarea, adoptando el título de Hyang Ti, proclamándose así gobernador del primer Imperio centralizado de la historia de China.

Los Chin promovieron cambios duraderos que influenciaron poderosamente el curso de la historia posterior del país. Introdujeron los impuestos fijos, un sistema de pesas y medidas, y leyes civiles. Controlaron rigurosamente el pensamiento de las clases intelectuales y se afirma que mandaron quemar grandes cantidades de libros de política y filosofía. Para mejorar las comunicaciones decidieron construir una poderosa y bien organizada red de carreteras y canales de irrigación, siempre en régimen de trabajo forzado. Los ejércitos Chin penetraron en aquel período en Mongolia por el norte, y por el sur en la península Indochina.

Sin duda, su mayor esfuerzo material fue la construcción de la Gran Muralla, una ingente obra que se extiende a través de unos dos mil kilómetros a lo largo de las fronteras del norte de China, desde el litoral oriental hasta las cordilleras montañosas occidentales. El objetivo de los gobernantes Chin fue establecer un valladar seguro entre la tierra cultivada, es decir, su granero alimentario, y las salvajes tribus nómadas que operaban por el norte, región infestada además de hordas de bandidos.

Sin embargo, los Chin perdieron el control interno del país antes de poder comprobar la eficacia de su Gran Muralla. Las leyes despóticas, el trabajo forzoso y los reclutamientos militares continuos para poder desarrollar los planes de expansión, forjaron una situación generalizada de descontento entre el pueblo. En el año 210 antes de Cristo, Hyang Ti murió, sucediéndole en el trono su hijo, hombre débil y taciturno. Estalló la revolución y el Imperio, cuyo fundador había profetizado una duración de diez mil generaciones, pasó a ser controlado por la segunda gran dinastía de la historia de China: la dinastía Han.

La dinastía Han

Durante el período de los Han (206 antes de Cristo a 220 de nuestra era), se recuperaron numerosas tradiciones del período de los Shang, conformando una sociedad sofisticada que deslumbraría al mundo de la Antigüedad en Oriente.



Para obtener el apoyo del pueblo, los primeros emperadores Han disolvieron las restrictivas leyes de los Chin, fundamentaron un nuevo feudalismo y proscribieron las teorías políticas de la burocracia opuesta a Confucio. Así, el confucianismo se vigorizó nuevamente tanto a nivel religioso como a nivel de código civil, es decir, a modo de conjunto de normas para el comportamiento social. Durante la primera parte del período, conocido como de la «antigua dinastía Han», numerosas asambleas de eruditos se reunían para debatir asuntos constitucionales, examinar documentos tradicionales del pasado, discutir la situación económica del país y decidir sobre cuestiones tales como la conveniencia o no de nacionalizar las minas de sal y hierro.

Sin embargo, pronto se hizo necesario volver al centralismo de los Chin. Los privilegios feudales fueron progresivamente suspendidos, siendo reemplazados por un sistema civil estatal, basado en la capacidad individual y no en el origen de nacimiento.

Así pues, se desarrolló una élite de dirigentes, docta en las teorías de Confucio. Esta élite de sabios prosiguió más tarde perfeccionando sus conocimientos de los clásicos de la cultura china.

Sin embargo, con el paso del tiempo el conformismo impregnó a la sociedad china y progresivamente la centralización estatal de los Han aumentó. En la época de Wu Ti (140-187 antes de Cristo) el sistema de gobierno se había perfeccionado, y desde la capital se difundió la moral confuciana al norte y centro de China.

El proceso de centralización fue simultáneo a los esfuerzos expansionistas. Se aplicaron drásticas medidas de castigo contra los secesionistas del sur, separados bajo el mando de un gobernador rebelde perteneciente a los casi extinguidos Chin. A pesar de las fuerzas enviadas para sofo-

car la rebelión extendida al territorio de Nam-viet —que comprendía las áreas de Cantón, Kwan-gsi y Vietnam—, los resultados fueron escasos. Más graves fueron, sin embargo, las amenazas que apuntaban por el norte.

En las regiones septentrionales de China las tribus nómadas de los hsiung-nu (hunos), yueh-chih y tungus constituían una amenaza permanente. Las guarniciones destacadas en la Gran Muralla no pudieron evitar el acoso de las tribus nómadas, hábiles jinetes y certeros arqueros.

Cuando Wu Ti, el «emperador marcial», llegó al trono, estableció una nueva política. Intentó ante todo detener el creciente desafío de los hunos, formando una alianza con sus enemigos históricos, los yueh-chih, que habían sido derrotados por los hunos y obligados a marchar hacia el oeste. En el año 138 antes de Cristo, el monarca envió a uno de sus generales, Chang Chien, a formalizar los pactos con aquella tribu nómada, pero ésta se había desplazado al Asia central. Durante la búsqueda, el general fue capturado por los hunos y permaneció cautivo durante más de diez años. Finalmente pudo escapar, prosiguiendo su misión. Cruzó Bactria, territorio también explorado por Alejandro Magno, y allí encontró a la tribu buscada, en la región actualmente denominada Khiva, a orillas de un afluente tributario del Amu Darya. Los yueh-chih comprensiblemente rehusaron inmiscuirse en los asuntos chinos, y el general tras sufrir la persecución de los hunos, llegó a su capital un año después.

El general Chang Chien fracasó en su misión diplomática, pero pudo recoger una notable información sobre el continente asiático. El emperador Wu Ti se sintió especialmente fascinado por la parte del informe que citaba la velocidad y belleza de los corceles «celestiales» de Fergana, que adquirían un color rojo sanguíneo cuando sudaban.

El emperador decidió obtener ejemplares de aquellos corceles para mejorar sus caballerizas, poco efectivas frente a los rápidos nómadas. Siguiendo sus instrucciones, un embajador se desplazó a Fergana para comprarlos, pero fue rechazado. Fue entonces que el emperador decidió apropiarse de los caballos mediante la fuerza, y envío un ejército de 60.000 hombres que recorrió más de tres mil kilómetros a lo largo del Asia central para imponer los deseos imperiales chinos.

Este desplazamiento chino hacia el centro de Asia tuvo importantes consecuencias para los pueblos del este y oeste asiáticos. Los chinos entraron entonces en contacto con los persas, y a través de ellos con los romanos, estableciéndose un variado intercambio comercial.



Arriba, estatuilla de marfil del emperador Hyang Ti, supuesto autor de una obra sobre curación de enfermedades, discutiendo su libro con el legendario Shen-Nong, patrón de la medicina. (Wellcome Medical Museum, Londres.)

Página anterior, encuentro entre Lao Tse y Confucio, baldosa funeraria de una tumba de la época Han. (Musée Cernuschi, París.)

Las necesidades expansionistas de Wu Ti hacia el Asia central proporcionaron nuevas dimensiones al estado chino, pero la operación fue costosa. Se estima que entre los años 129 y 90 antes de Cristo, China perdió un cuarto de millón de sus mejores guerreros.

Después de la muerte de Wu Ti, las intrigas de palacio, protagonizadas por la ambición de los eunucos, y la actividad

política de las familias más poderosas, se combinaron con un gran descontento social, factores que contribuyeron a minar la autoridad imperial. Se reorganizaron las grandes propiedades, formándose ejércitos privados para protegerlas, lo que finalmente acabó por destruir la trama administrativa construida por los Han.

Entre los años 9 y 23 después de Cristo, un ministro, Wang Mang, asumió el control de China y procedió a aplicar un amplio programa reformador. Sin embargo, aunque el gobierno consiguió en cierto modo reafirmar su autoridad, las revueltas y la inquietud persistieron. Entre las rebeliones, la de mayor envergadura fue la llamada de los «cejas rojas», que devastaron enormes áreas y condujeron al país al desastre. A las rebeliones, les siguió una guerra civil, que ocupó los últimos años de la dinastía Han.

La lucha por la sucesión de aquella dinastía duró todo el siglo III y constituye uno de los más agitados períodos de la historia de China. Se conoce a esta época como la de los «tres reinos», y las hazañas de sus protagonistas fueron inmortalizadas por la literatura y la leyenda.

Por una parte, destaca la figura de Ts'ao Ts'ao, cruel y poderoso tirano de Wei. Contra él lucharon Liu Pei, rey de Shu, y sus camaradas de armas, Chang Fei y Kuan Yu, siendo este último posteriormente deificado como «dios de la guerra». Las aventuras de los tres héroes y sus recíprocas lealtades, forman parte de la tradición popular china. En ocasiones fueron ayudados por Chuko Liang, un estratega cuyos ardides fueron decisivos para salvar a los héroes de la derrota.

Los peligros del norte

La lucha por el control interno de China se hizo más compleja debido a la presión permanente de las tribus bárbaras que se extendían por la frontera septentrional del país. En el este y el oeste, amenazaban además los pueblos turkic y mongol, respectivamente. En el siglo IV la presión tanto en China como en Roma se hizo irresistible.

En Occidente, la presión de los hunos obligó a los ostrogodos, visigodos, francos, alamanes y vándalos a cruzar las fronteras de Roma provocando el colapso del Imperio. En el este, los hunos penetraron en China y asolaron las tierras del norte, aunque su estancia no resultó totalmente devastadora. Fueron muchos los hunos que, acostumbrados a convivir en zonas fronterizas con pobladores chinos, se conformaron con poder establecerse en comunidad con éstos.

Durante los siglos IV y V numerosos pequeños reinos se establecieron en el norte de China. Uno de ellos, gobernado por el clan To Pa, estableció la dinastía norteña Wei (386-532 después de Cristo) que consiguió alcanzar un gran nivel cultural.

Una consecuencia importante de las invasiones bárbaras fue que muchos chinos huyeron hacia el mediodía y sur del país. Allí se adaptaron a nuevos ambientes, cultivando arroz en lugar de mijo y adquiriendo nuevas costumbres sociales, como la práctica cotidiana de beber té. Varias dinastías, también de breve existencia, se establecieron en el sur, compitiendo entre sí y luchando contra los estados vecinos.

Entre los siglos IV y VI, China pasó por un período de fragmentación política. Profundos cambios posteriores y el desarrollo constructivo, unificaron de nuevo el país en los siglos VI y VII, en las dinastías Sui y T'ang, respectivamente.

La extensión del budismo

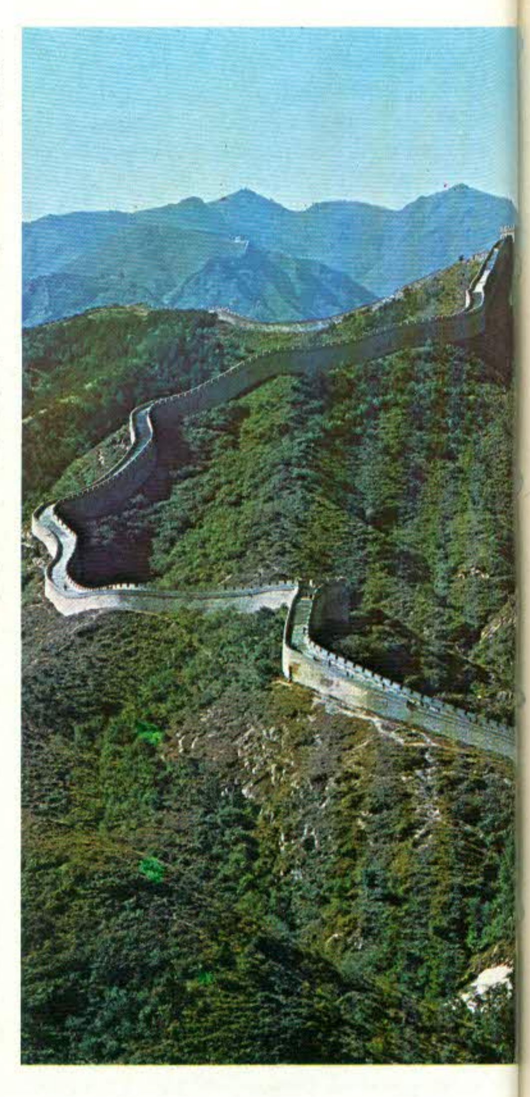
El budismo mahayana, con su gran énfasis en la fe y la participación, la ayuda mutua, y la caridad hacia el prójimo, encontró un amplio eco en China. Esta rama del budismo se extendió a lo largo de las rutas comerciales del Asia central hasta el interior de China y Japón. Durante las invasiones bárbaras de los siglos III al VI la religión se extendió rápidamente, en gran parte debido a la actividad de los nómadas, que habían establecido numerosos reinos en el norte de China y se sentían inclinados a apoyar el budismo, que ya tenía características familiares para ellos.

Con el tiempo, los misioneros hindúes viajaron a China a explicar su fe y traducir las sagradas escrituras. En correspondencia, peregrinos chinos, entre ellos Fa Hsien, siguieron la «ruta de la seda» para estudiar el budismo en su lugar de origen.

La actividad de estos hombres cambió el panorama religioso de China. El confucianismo había declinado, pues se dirigía sólo a las clases altas. En cambio, el budismo ofrecía las posibilidades de una sosegada vida monástica frente a la incertidumbre de la época, y la promesa de salvación después de la muerte. Hacia el siglo VI, cuando los Sui centralizaron el Estado y unificaron de nuevo China, el budismo se había extendido entre todas las clases sociales.

La reunificación

El concepto de unidad imperial asumido y aplicado primero por los Chin y



los Han, se recuperó en los siglos VI y VII a través de las dinastías Sui y T'ang. La primera sólo tuvo dos emperadores, pero a pesar de tan breve período de gobierno ambos restablecieron un gobierno centralizado. Al mismo tiempo, restauraron la Gran Muralla, destruida en algunos lugares por las tribus nómadas, y mejoraron las comunicaciones entre el norte y el sur.

Sin embargo, las numerosas guerras que tuvo que afrontar el segundo emperador Sui, generaron una fortísima oposición popular. Uno de sus oficiales, llamado Li Yuan, ayudado por su hijo, un resuelto joven llamado Li Shihmin, se sublevó en el año 618 y estableció el reino de la dinastía T'ang.

Durante la dinastía T'ang (618-907) China vivió una de sus etapas de mayor esplendor. Una continuidad ininterrumpida de capacitados gobiernos consolidó el control central. Chang-An, la capital, en el extremo oriental de las rutas del comercio, estratégicamente situada desde un punto de vista económico y cultural, fue una esplendorosa metrópoli que atrajo a viajeros de todo el mundo conocido. Llegó a alcanzar una población de dos millones

de habitantes, extendiéndose de norte a sur en una distancia de siete kilómetros, por seis de este a oeste. En el interior de sus murallas habían grandes y cosmopolitas mercados, parques, templos y palacios ricamente ornamentados. La principal vía pública, de doscientos metros de anchura, atravesaba toda la urbe, flanqueada por estatuas e imponentes árboles.

Con el control interno asegurado, los T'ang se ocuparon de someter sistemáticamente a los territorios adyacentes. En una serie de brillantes campañas militares, Tai Tsung conquistó el título de «kan celestial». Por el sur, llegó hasta Vietnam, instaurando allí un protectorado.

Bajo el reinado de Kao Tsung los chinos presionaron hacia el nordeste, contra los reinos coreanos, que fueron sometidos bajo su control. En el siglo VIII el Imperio T'ang era el mayor del mundo.

El máximo apogeo de los T'ang se alcanzó con el reinado de Hsuan Tsung (712-756). Se trata de una época espléndida que produjo aportaciones artísticas inimitables en cerámica, pintura y escultura. Asimismo, la poesía china adquirió relevancia. Los trabajos de Tu Fu (712-770), Li Tai-po (701-756) y Wang Wei (699-760) emergieron con una potencia creadora insuperable.

Sin embargo, este auge señaló también el punto de inflexión hacia la decadencia. Como sus predecesores, los T'ang pretendieron extenderse hacia el sur, y allí se encontraron con los árabes, enemigos completamente distintos de los que hasta entonces habían afrontado. En el año 751 los avances chinos quedaron bloqueados por la derrota en la batalla de Talas. Ya nunca volverían a recuperar sus posiciones en el Asia central. A partir de entonces, los emperadores de la dinastía T'ang se ocuparon más en la consolidación de la administración, pero las dificultades económicas generaron un aumento de los impuestos y con ello el consiguiente descontento popular.

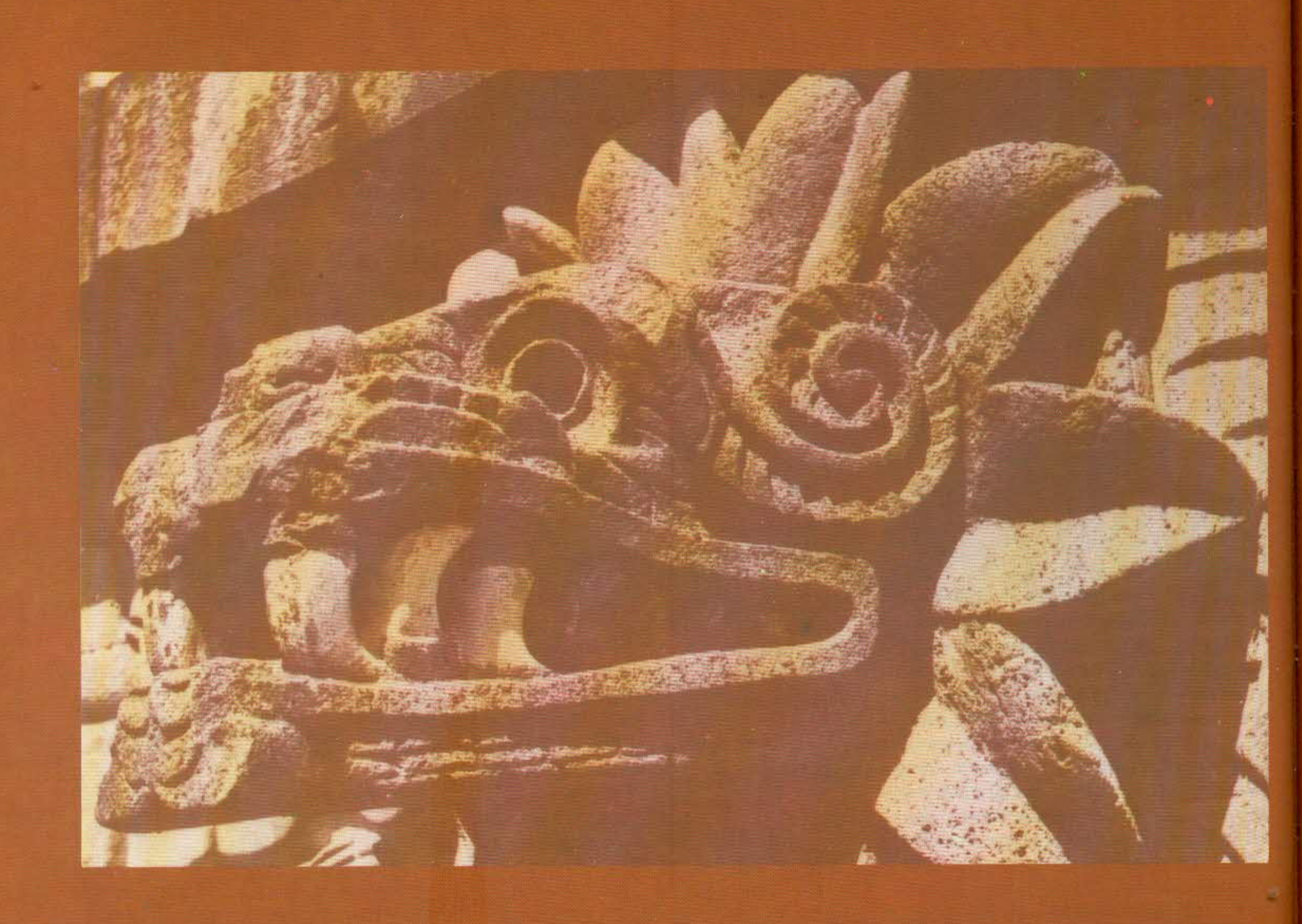
Una tragedia personal envolvió los últimos años de gobierno de la dinastía, cuando el viejo emperador Hsuan Tsung, en el año 745, se enamoró de la joven concubina de uno de sus hijos, llamada Kuei-Fei. La hizo su esposa y elevó a su hermano al cargo de primer ministro. La reina extendió su protección hacia un joven llamado An Lu-shan, nombrado general, lo cual motivó la sublevación de otros altos oficiales que tomaron la capital, forzando a huir a la familia real, que fue ejecutada durante la fuga.

Los gobiernos sucesivos hallaron crecientes dificultades de todo orden, hasta el punto de que el Estado, para superar la crisis de su hacienda, ambicionó las fabulosas riquezas de los monasterios budistas. Entre los años 841 y 845 se produjeron violentas persecuciones y miles de monasterios fueron saqueados. A finales del siglo IX, los levantamientos populares se generalizaron y China entró en una fase de disgregación, atomizándose en numerosos pequeños reinos.

INDIA Y CHINA HASTA EL AÑO 900 d.C.

Año	India	China	Oriente medio y Occidente
2300 a.C. 1500	Civilización del valle del Indo	Dinastía Hsia	Sumerios Reinado hitita Imperio Medio egipcio Civilización minoica
1000	Los arios se instalan en la India	Dinastía Shang Dinastía Chou	Imperio hitita Imperio Nuevo egipcio Judíos en Palestina Micenas
500	Período tardío Veda Jainismo Budismo	Lo Yang pasa a ser la capital de Chou Período Primavera y Otoño	Imperio asirio Formación de Persia Fundación de la República romana
400	Muerte de Buda (483)	Muerte de Confucio (479)	Hegemonía de Atenas Guerra del Peloponeso
300	Alejandro Magno en la India (326-325) Chandragupta Maurya usurpa el trono de Magadha (324)	Período de los «Reinos Guerreros»	Los galos saquean Roma Alejandro Magno
200	Asoka Maurya (273-232)	Shih Hyang Ti (221-210) La Gran Muralla (215) Dinastía Han occidental (206)	Expansión de Roma Primera guerra púnica
100	Pushiamitra Sunga acaba con la dinastía Maurya Imperio indo-griego Menandro	Han Wu Ti (140-87) Expansión china	Destrucción de Cartago (146) Tiberio Graco, reformador romano Mario, cónsul romano
0	Saka (invasión escita)		Sila Julio César
100 d.C.	Dinastía Kushana	Dinastía Han oriental Ruta de la Seda	Augusto Nerón Trajano
200	Kanishka	Introducción del budismo	Adriano Marco Aurelio
300	Budismo	Los Tres Reinos	Sasánidas en Persia Aureliano
400	Fundación del Imperio Gupta (320) Chandragupta II (375-414)	Invasiones bárbaras Sucesión de varios estados bárbaros	Constantino Desmembramiento del Imperio romano
500	Los hunos blancos derriban el Imperio Gupta en el norte de la India		Grandes invasiones Fin del Imperio romano occidental (476)
600	Toromana y Mihirakula: declive de los Gupta	Dinastía Sui	Justiniano
700	Harsha de Kanauj (606-47)	Dinastía T'ang Tai Tsong (627-49)	Mahoma Conquistas árabes
800	Árabes en Sind (712)	Hsuan Tsung (721-56) Contacto con el Islam	Carlos Martel Carlomagno
900	Establecimiento del reinado Rajput Dinastía Chola en el sur de la India	Decadencia de los T'ang Persecución de budistas Fin de la dinastía T'ang (909)	Expansión de Escandinavia Otón el Grande Hugo Capeto en Francia

Página anterior, vista parcial de la Gran Muralla china, cerca de Pekín.



AMÉRICA, CUNA DE CIVILIZACIONES

Introducción



El aislamiento físico del continente americano respecto del llamado Viejo Mundo fue el factor básico que permitió a los conquistadores europeos de finales del siglo XV hablar de un «descubrimiento». La existencia misma de la enorme masa continental americana no estaba prevista en los esquemas mentales de las gentes de Europa, pues no conocían vestigio alguno de aquella realidad. Partiendo de los litorales portugués, gallego, bretón o sajón, y profundizando en la inmensidad del océano Atlántico, los navegantes —se creía— debían de tocar tierra firme en las Indias Orientales, es decir, en el continente asiático. Así como Europa y Asia estaban unidas formando una sola masa terrestre, respectivamente por sus sectores oriental y occidental —de hecho, Europa es una península de la gran masa continental asiática—, lo cierto es que existía el convencimiento de que por la «otra parte», es decir, por el oeste europeo hacia el océano Atlántico, y por el este asiático hacia el océano Pacífico, existía solamente eso: la inmensa masa marítima sin interrupción.

La gran barrera terrestre americana fue una sorpresa para las gentes del Viejo Mundo.

Las leyendas en Europa, en plena Edad Media, allá por los siglos IX, X y XI, dieron lugar a extrañas creencias; por ejemplo, acerca de la existencia del llamado «País de la Cucaña», una tierra de promisión que la imaginería popular identificaba como un «pueblo de libertad, de abundancia y de igualdad». Ese fabuloso «País de la Cucaña» se situaba en la lejanía, «tan lejos —señalan algunas crónicas— que ni siquiera oteando el horizonte desde Finisterre es posible su vista». Estaba, pues, aquella fantástica región mucho más allá.

Los orígenes de aquella leyenda son inciertos, pero lo real es que tan utópico país se alcanzaba cruzando la masa oceánica que se desplegaba a partir de los litorales occidentales de Europa.

Quizás en el origen de tal leyenda se encuentren las noticias aportadas por los viajeros vikingos que, al parecer, arribaron al hemisferio norteamericano entre los siglos IX y XI, en las actuales costas canadienses, bastante antes de que lo hicieran Cristóbal Colón y sus hombres. Pero ello es más que dudoso.

Inicialmente, los expedicionarios españoles que a finales del siglo XV tocaron por primera vez tierras americanas creyeron que habían circunnavegado el mundo y llegado a Asia. Al poco tiempo, sin embargo, la falsa realidad sería evidente y las noticias del «descubrimiento» atronaron en el Viejo Continente, acuciado por la miseria, las guerras y el fanatismo religioso.

El impacto provocado por el «descubrimiento» se extendió por gran parte de Europa, entre la incredulidad de unos y el entusiasmo de otros. La teoría social escolástica dominante venía sosteniendo que, en esencia, todas las sociedades del orbe presentaban las mismas características sociales y culturales. Pues bien, los primeros viajeros y cronistas que regresaban del Nuevo Continente señalaban que las gentes que allí habitaban nada tenían que ver con las de Europa, «ni siquiera en las vestimentas», y mucho menos en sus ideologías religiosas.

En efecto, la idea de «descubrimiento» es falaz. Nada se «descubrió» en realidad, pues en el continente americano había sociedades y culturas perfectamente estables y heterogéneas en su homogeneidad.

Aquellas tierras fueron inicialmente llamadas «Nuevo Mundo», «Nuevo Continente», en contraposición a lo «arcaico» de Europa, que en aquella óptica aparecía como el «Viejo Continente». Europa estaba preñada de problemas y la existencia de los pueblos era muy difícil. Lo «nuevo» representaba, pues, el porvenir. El Nuevo Continente era el futuro. Y esto lo comprendieron aventureros y gobernantes: los primeros buscando huir de la miseria y la opresión europeas; los segundos impulsados por ampliar su poderío. América era la tierra de promisión, y quienes allí llegaban buscaban con avidez «El dorado», la versión auténtica de la *Utopía* de Tomás Moro o de *La Ciudad del Sol* de Tomás de Campanella. Aguirre y otros muchos aventureros murieron engullidos por la selva en persecución de aquella utopía.

El origen de las culturas americanas halladas por los europeos sigue siendo hoy, en líneas generales, incierto. En parte porque los vestigios hallados son de compleja identificación e interpretación; en parte, porque los conquistadores destruyeron numerosas fuentes explicativas en su fanatismo por identificar como «pagano» todo lo que era ajeno a la concepción cristiana. Fue un mal servicio a la historia de la cultura humana. Pero es así.

A partir de tan dura realidad, los investigadores actuales, historiadores, arqueólogos, antropólogos, etc., utilizan las más avanzadas técnicas en busca de unos orígenes remotos, en unos proyectos de investigación en los que, por ejemplo, el estudio de la cerámica constituye una fuente básica, así como el resto de los monumentos conservados, y los que aún se descubren. La historia política y social y la económica se hace sumamente incierta, al menos en los balances del inmenso período anterior a la era actual. Y aún dentro del ámbito de nuestra era lo cierto es que tal historia es francamente difícil de reconstruir.

Tan sólo una ventaja aparece a la hora de aproximarse a la historia americana: la de la homogeneidad relativa de la cultura continental, con dos núcleos de esencial importancia, muy superiores al resto: las culturas de Perú-Bolivia y las de Mesoamérica (México y Centroamérica).

La prehistoria americana

Las grandes dificultades que presenta el estudio del pasado cultural americano ha hecho necesario encontrar ciertos planteamientos metodológicos capaces de facilitar aquel análisis, y el primero de tales planteamientos ha sido distribuir la gran plataforma continental americana en tres grandes áreas: América del Norte, Mesoamérica o Centroamérica y América del Sur. División ésta en cierto modo «natural», pues viene proporcionada por la propia estructura del gran bloque terrestre.

Desde el punto de vista cronológico, las dificultades clasificatorias son hasta el presente extraordinarias, y no existen entre los estudiosos acuerdos definitivos sobre la cuestión. Una opción sitúa un llamado período Paleoindio anterior al año 5000 antes de Cristo, que abarcaría las culturas o civilizaciones basadas en la piedra tallada o pulimentada, con unas economías de subsistencia basadas en la caza de animales pleistocénicos, muchos hoy extinguidos. La frontera del año 5000 antes de Cristo es convencional y el período anterior a la misma se pierde en la oscuridad de los tiempos.

El segundo período tendría como fronteras los años 5000 antes de Cristo y el 2000 antes de Cristo, y se le denomina Mesoindio. Y finalmente, una tercera subdivisión abarcaría desde el susodicho año 2000 antes de Cristo hasta los primeros contactos con el mundo europeo, es decir, hasta los siglos XV-XVI de la era actual, período final denominado Neoindio.

CIVILIZACIONES PRECOLOMBINAS

Año	México	Civilización maya	Perú
2000 a.C.	Pueblos tlatilco Templo de Cuicuilco		Pueblos de la costa Chavín de Huantar
1000 a.C.	Cultura olmeca (900-400 a.C.)	Pueblos afincados en las tierras altas	
500 a.C.	Fin de la cultura olmeca Monte Albán Teotihuacán (100)		Paracas Nazca
1 d.C.	Expansión teotihuacana	Primeras inscripciones	Esculturas en Tiahuanaco
500 d.C.	Caída de Teotihuacán (600) Aparición de los toltecas (750)	Imperio maya antiguo Caída de Palenque Fin del Imperio antiguo	Expansión tiahuanaca Fin de Tiahuanaco Aparición de los chimú
1000 d.C.	Fin del Imperio tolteca (1000) Comienzos del poder azteca Expansión azteca	Mayas en Yucatán Toltecas en Chichén-Itzá Liga de Mayapán Independencia de las ciudades mayas	Expansión de los incas Conquistas de los chimú Expansión inca
1500 d.C.	Cénit del poder azteca Conquista española (1521)	Debilitamiento y desunión entre los mayas Conquista española (1547)	Conquista de Quito Conquista española (1533)

Los orígenes: ¿un continente único?

Existe prácticamente un acuerdo en el universo de la historia y la etnología acerca de que el poblamiento del continente americano se produjo a partir del Viejo Continente, de su área asiática, y más concretamente con el paso de primitivos grupos humanos a través del estrecho de Behring o, más verosímilmente, a través de alguna lengua terrestre que debió unir ambas plataformas continentales en un remotísimo pasado. Mas, ¿en qué fecha se produjo aquel paso? Algunos estudiosos opinan que ocurrió hace unos 40.000 años –en la época glaciar Wurm I–, protagonizado por individuos portadores de instrumental pétreo cortante. Otros autores prefieren situar el paso en el seno del período 25.000-14.000 antes de Cristo.

Hasta el año 5000 antes de Cristo los datos son confusos y las decisiones tomadas convencionales. He aquí un hecho que crea desconcierto: en numerosas culturas primitivas remotas americanas se han hallado proyectiles líticos tallados por ambas caras, instrumental desconocido en los fondos culturales asiáticos y siberianos, y en cambio sí difundidos en los yacimientos europeos. Esto plantea la incógnita de si los primeros emigrantes asiáticos eran o no miembros de la subespecie mongoloide, o bien pertenecían a algún grupo premongoloide. También puede ser que la adopción de aquellos instrumentos bifaciales lanceolados fuera una invención propia.

Lo que sí parece seguro es que hubo tránsito de un continente a otro hacia el año 5000 antes de Cristo, intensificándose en los años en torno al 3000 antes de Cristo, y que perduró hasta prácticamente los albores de la penetración colombina. Contactos, que según algunos estudiosos, habrían promovido el gran despegue de algunas civilizaciones, como las de la zona peruana y mesoamericana.

Página anterior, Machu Picchu, la más espectacular de las ciudades incas, situada a unos 80 kilómetros al NO de Cuzco. Nunca fue ocupada por los españoles y permanecía intacta en el momento de su descubrimiento, a principios del siglo XX.

La caza del elefante en América del Norte

El arqueólogo y antropólogo estadounidense C. Vance Hayes sostiene que la primera prueba segura de la existencia de cazadores en el continente americano se sitúa en el año 12.000 antes de Cristo. Serían, aquéllos, indios cazadores de gigantescos mamuts, animales propios del período Pleistoceno, a los que el primitivo humano atacaba usando unas lanzas acanaladas de las que en el yacimiento de Clovis —en Nuevo México— existe un depósito importante.

Tales grupos o bandas de cazadores persiguieron probablemente sus presas a partir de Alaska y llegaron en su carrera hasta el México central, atravesando las Grandes Praderas del continente, es decir, Canadá y Estados Unidos. Esta penetración hacia el sur se habría producido a lo largo de cinco siglos.

Algunos descubrimientos avalan tales ideas. En 1932, en un barranco abierto por un corrimiento de tierras producto de una intensa pluviosidad, en la localidad de Dent (Colorado) se descubrieron once mamuts hembras y un macho adulto, y junto a ellos tres puntas de afilado pedernal. A partir de entonces se ha considerado que los primitivos habitantes no sólo habían perseguido y capturado bisontes, sino también mamuts.

No parece probable que aquellos proyectiles líticos fueran cabezas de flechas, pues el arco no se introdujo hasta mucho después. Probablemente eran piezas encajadas en lanzas y lo cierto es que su eficiencia frente a un poderoso mamut debió requerir una acción masiva: grupos de cazadores acosando al animal hasta que uno de ellos le acertaba con un proyectil en el corazón.

Señalan algunos autores que el rápido incremento de las bandas de cazadores de mamuts comportó la extinción de esta especie animal —que de todos modos no debió de ser muy numerosa— y con su extinción —calculada hacia el año 9000 antes de Cristo— el bisonte se convirtió en la presa sustitutoria en la alimentación y el abrigo del primitivo hombre norteamericano.

El remoto hombre de los Andes

Más antigua es aún, al parecer, la presencia de humanos activos en América del Sur. Utensilios pétreos encontrados en los altiplanos peruanos señalan la presencia de individuos desde hace unos 22.000 años. Descubrimientos posteriores realizados en Ayacucho, en 1970, en un valle con abundantes restos prehistóricos, permiten avalar la idea de que hace 40.000 años habían ya allí grupos humanos establecidos. Este yacimiento de Ayacucho demuestra una sucesión cultural que, como mínimo, abarcaría desde el año 20.000 antes de Cristo al 1500 después de Cristo, es decir, hasta la llegada de los europeos. El depósito más antiguo es la llamada Cueva de la Pulga, en Ayacucho, y está situado en una depresión cuyo suelo es de lava. En el estrato se han hallado vértebras de animales —al parecer de un edentado terrestre hoy extinguido— con cuatro instrumentos rudimentarios pétreos, especialmente hojas cortantes. En posteriores excavaciones surgieron huesos de caballo y dientes de un posible tigre llamado «dientes de sable», así como más y más utensilios moldeados en piedra y hueso. Sorprendentemente, algunos restos pertenecen con toda probabilidad a una especie animal remotísima antecesora del camello.

Los instrumentales a que nos hemos referido son especialmente: grandes hachas, raederas, cuchillos y mazos, todos líticos.

Es hacia el año 15.000 antes de Cristo que comienzan ha encontrarse proyectiles como los descritos en el apartado anterior dedicado al hemisferio norte del continente.

La agricultura en los orígenes

Si se considera que el paso más trascendental en la evolución cultural humana radica en el descubrimiento de la agricultura y la ganadería, como etapa posterior y superior al de las bandas cazadoras, entonces es necesario analizar, aún a pesar de los escasos datos disponibles, la realidad de ese tránsito en el Nuevo Mundo. Cronológicamente, se cree que aquel decisivo paso se realizó, por ejemplo en Mesopotamia, entre los años 15.000 y 10.000 antes de Cristo. Y el mismo debió de producirse en América en un momento histórico posterior.

Cuando los conquistadores españoles llegaron allí en los siglos XV-XVI hallaron unas sociedades —según señala MacNeish— tan avanzadas y bárbaras «como las suyas» y en aspectos, como el cultivo de vegetales, su progreso era notablemente mayor que el europeo. Los hombres del Viejo Mundo cultivaron poco los vegetales y más la ganadería. En cambio, el hombre americano se movió en una dirección inversa: poco trato con los animales y amplio el cultivo vegetal. Ellos consiguieron adaptar un considerable número de vegetales: la batata y la patata fueron genuinas de América y la vainilla y el chili también; como semillas comestibles cultivaron la cebolleta, el panizo, el girasol, el quino, el cacao, el cacahuete, el apazote y cantidad de tubérculos —mandioca y oca—, así como frutos tales como la calabaza, el aguacate, el calabacín, el tomate, la piña tropical, la guayaba, el saúco, la papaya y, naturalmente, la caña azucarera y el tabaco. Por otra parte, el maíz indio *(Zea mays)* fue transformado en grano cultivado para la alimentación hacia el año 2500 antes de Cristo, como promedio para toda el área. Desde el río San Lorenzo, al norte del hemisferio americano, hasta Chile y Perú, al menos, ciento cincuenta variedades de ese maíz fueron la base alimentaria de los pueblos amerindios. En las cercanías de la ciudad de México se han hallado pruebas de un maíz cultivado con una antigüedad casi superior a los 5000 años y concretamente en unas cuevas de Tehuacán, en Puebla, se hallaron mazorcas que, según el carbono 14, datan de 5600 años atrás.

Un modelo de tránsito prehistórico: Tehuacán

Las gentes de esta interesantísima cultura prehistórica mexicana vivieron durante mucho tiempo como recolectores de vegetales salvajes antes de iniciarse en el cultivo organizado. Y aunque es aventurado decir que fueron los primeros en transitar hacia una «cultura del cultivo» en el Nuevo Mundo, el hecho es que hasta el presente los datos, obtenidos en aquel pequeño rincón de Tehuacán, son los más valiosos para llevar a cabo el estudio del citado tránsito.

Desde el año 12.000 antes de Cristo al 7000, tuvo pocos habitantes. Aunque su centro de referencia era el valle de Tehuacán, vivían de la caza de animales diversos: aves, tortugas, ratas, más raramente antílopes y caballos, y recolectaban vegetales.

Hacia el año 6700 antes de Cristo se inició una evolución, llamada cultura de el Riego. Los habitantes de la zona se convirtieron en recolectores regulares de alimentos vegetales, abandonando gradualmente la actividad de tramperos. Recogían plantas silvestres y comenzaron ya a cultivar calabazas, aguacates y fríjoles. Simultáneamente, fabricaron instrumental nuevo: morteros, mangos, mazos, cuya función sería la de machacar y triturar los vegetales. Esta actividad permitió la sedi-

mentación de numerosos grupos, en los que al parecer se daba ya en esa época la existencia de brujos o sacerdotes relacionados con el ceremonial de respeto y culto a los muertos.

Hacia el 5000 antes de Cristo se detecta un nuevo giro de progreso en la agrupación humana del valle mexicano de Tehuacán, con la denominada cultura Coxcatlán. Allí, el 15-20 % de la alimentación provenía de vegetales de cultivo, y el resto se componía de alimentos provenientes de la recolección salvaje o la caza. Entre los vegetales cultivados se daba el maíz, la calabaza, el zapote, el amaranto, el chili y diversas variedades de judías. Gran innovación fue la introducción de la molturación clásica con piedras y rodillos muy perfeccionados, así como la producción de vasijas y pequeñas escudillas de piedra perforadas y vaciadas para el uso doméstico.

Una auténtica revolución se produjo hacia el año 3400 antes de Cristo con el paso a la cultura de las Abejas, en el que cabe situar los cimientos de una auténtica civilización. La agricultura proporciona ya un 40% de los alimentos y la ganadería evoluciona en grado notable, con la domesticación del perro. Al mismo tiempo, surgen las primeras viviendas fijas, excavadas en la montaña y en la tierra. Hacia el 2300 antes de Cristo la cultura del Purrón señala la aparición de interesantes cerámicas y el cultivo de diversos subgéneros de maíz.

El progreso a partir de aquí fue rápido. Desde el año 1500 antes de Cristo la cultura de la zona puede considerarse urbana, con cerámicas refinadas y ceremoniales que inducen a la producción de figurillas de dioses. Es la fase de la cultura Aljapán, sucedida en 850 antes de Cristo por la cultura de Santa María, en la que se registra un aprovechamiento de las aguas del valle, organizadas en regadíos. Ello comportó un despegue demográfico y la aparición de templos. Asimismo se experimentaron contactos con otras culturas (por ejemplo, con las de los pueblos Olmecas, habitantes de la costa de Veracruz, y más tarde con las de Monte Albán y la de los Mixtecas).

Hacia el año 500 de la era actual el sistema de regadíos permitía que el 85% de la alimentación fuese obtenido de la agricultura. También se ha detectado la existencia de un importante comercio, coincidente con la organización de un ejército permanente y una religión compleja.

La influencia azteca sobre este valle se hizo irresistible hacia el siglo VIII-IX y las perspectivas de una gran civilización se mantuvieron hasta el súbito colapso provocado por la irrupción europea.



Centros de culturas en la América Central y del Sur antes de la llegada de los europeos. Las civilizaciones mayas habían llegado a su declive cuando aparecieron las aztecas e incas.

Acerca de los orígenes de la cultura americana

He aquí una cuestión aún en vías de resolución en el ámbito de la historiografía. Un hecho, como ha resaltado Laurette Sejourne, resulta sorprendente: «...los jeroglíficos fundamentales del pensamiento de Quetzalcoatl (el dios mexicano) existen de un extremo a otro del continente».

Esa omnipresencia se vincula con el tema del cuál ha sido cuna la civilización americana. Respuesta difícil, al



menos a la luz de los datos existentes, aun teniendo en cuenta los progresos realizados por la arqueología en su incesante búsqueda de elementos. El incansable investigador Julio Tello se centró en el estudio de la cultura peruana de Chavín, tenida por algunos como centro impulsor original de la cultura americana; Mathew Sterling descubrió en el sur de México un centro que también presentaba rasgos de una originalidad absoluta: La Venta.

Curiosamente, tanto en Chavín como en La Venta, los complejos arquitectónicos aparecen construidos en torno a una estructura de carácter simbólico integrada por el jaguar, aves y serpientes humanizados. Sin embargo, no es posible aún establecer un orden de prioridad entre esas dos culturas, pues no se conoce ningún indicio cronológico que avale el intento.

La localización de la cuna americana seguirá, momentáneamente siendo un objetivo por esclarecer.

Lo dicho hasta aquí plantea, pues, el problema del modo de abordar el estudio de las culturas precolombinas. Estudio que forzosamente ha de ser distinto al de cualquier investigación o exposición histórica normal. No hay aquí conocimiento de las dinastías y sus devenires internos, ni tampoco datos precisos sobre grandes acontecimientos políticos o militares. Solamente resta el estudio de los hallazgos arqueológicos y las deducciones que éstos permiten, analizados con los métodos y técnicas de la datación mecánica, es decir, las obtenidas a través de valorar las radiaciones, que aún está en condiciones de emitir un fragmento de materia orgánica. Se trata de la aplicación de las técnicas del carbono 14, cuyos resultados distan de ser precisos por varias circunstancias. Por ejemplo, las excavaciones raramente presentan las condiciones mínimas necesarias para asegurar la validez de la «contemporaneidad» entre un resto orgánico y otro cultural, aunque ambos hayan sido hallados en el mismo lugar. Por otra parte, los especialistas que trabajan con el carbono 14 admiten siempre márgenes de error de «centenares de años».

Es por todo ello que el relativismo debe imperar a la hora de establecer valoraciones acerca de la situación y estado de los estudios de la historia americana anterior a la llegada de Colón. Se trata sencillamente de un modo distinto de explicar la historia, más similar a lo que sería el estudio de la antigüedad mesopotámica, pero aún con menos datos sobre hechos y sobre todo de personas.

Unos criterios etnográficos generales

De hecho, el hombre americano, el indio o amerindio, sigue presente a lo largo y ancho del continente, pero su origen es una de las grandes incógnitas que tienen planteadas la historia y la etnología. En base a la documentación extraída pueden proporcionarse algunas líneas capaces de trazar los perfiles homogéneos de aquella raza.

En el aspecto físico es evidente que la homogeneidad no es absoluta, aunque hay rasgos coincidentes. Para el etnólogo Navarro Lamarca: «El indio, en general, era ágil, bien proporcionado y de estatura media; de pelo áspero, negro y tan abundante en la cabeza como escaso o nulo en la cara y resto del cuerpo. El color de la piel era cobrizo, variando en matices desde el pardusco oscuro al ligeramente amarillento. Su cráneo, salvo algunas excepciones (esquimales, quéchuas, calchaquíes), mesocéfalo y bien conformado; sus pómulos, prominentes; su nariz, larga y aquilina en algunas tribus, y corta y chata en otras; sus ojos, muy negros, y en algunas tribus del noroeste (Estados Unidos), con la peculiar oblicuidad del tipo mongólico».

En cuanto a sus condiciones psicológicas e intelectuales, se señala al indio como un hombre activo para la caza, de reflejos rápidos y reacciones fáciles, reservado en sus manifestaciones externas y, en cierto sentido, ingenuo.

Desde un punto de vista cultural, las sociedades son casi siempre patriarcales, con predominio religioso de mitos divinos con rasgos humanos mezclados con animales.

En líneas generales, en los pueblos autóctonos americanos, el matrimonio estaba sujeto a algún tipo de reglamentación, en función de la constitución del grupo social, aunque existían tanto el matrimonio fuera del grupo propio (sistema exogámico), como el efectuado en el seno del propio grupo (sistema endogámico). El número de esposas podía variar, según las capacidades económicas. Razones éstas que también determinaban, por ejemplo, la eliminación de infantes y ancianos, cuando los recursos escaseaban para toda la comunidad. De hecho, la familia revestía suma importancia en el sistema social amerindio, regulada por unas normativas institucionalizadoras basadas en la costumbre, es decir, no escritas.

Caza, recolección y cultivo son tres elementos básicos de las economías amerindias. Así, algunos etnólogos han propuesto la división de todo el continente americano en zonas «económicas»: en el norte, el área del caribú (Canadá), la del salmón y la del bisonte (entre Canadá y Estados Unidos); el área de la fruta silvestre y del maíz en México; el área de la agricultura intensiva en toda la zona andina, desde el sur de México hasta Chile; el área de la mandioca en Brasil y la del guanaco en Argentina y cono sur.

El comercio se desarrolló a pesar de la precariedad de las comunicaciones, pues la mayoría de los pueblos amerindios carecían de rutas de comunicación especialmente organizadas, siendo una excepción los incas. Cabe señalar el uso de embarcaciones para recorrer los ríos y adentrarse en el mar, llegando los pueblos peruanos a usar la vela.

La industria tuvo especial importancia en el sector textil, en donde con el uso de telares realizaron magistrales artesanías, empleando esencialmente algodón y utilizando tintes. Igualmente, a través de su singular uso del fuego, produjeron una notable metalurgia en trabajos con oro, plata, cobre, etc., siendo especialmente hábiles en las técnicas auríferas los chibchas. La cerámica fue otra de las industrias vinculadas al fuego y en ella fueron, especialmente los pueblos del sur y del centro, grandes artistas. Entre el armamento usado cabe destacar el arco, que en el norte era utilizado de modo horizontal y en el sur verticalmente; las flechas, la azagaya, el bumerang sin regreso, las cerbatanas impulsoras de dardillos envenenados, las hachas y las macanas.

El neolítico norteamericano

La moderna etnología, especialmente a partir de los estudios realizados por Pere Bosch Gimpera, divide las culturas de la masa continental americana situada al norte de México en tres áreas: el Noroeste, las Regiones Boscosas y el Sudoeste.

La llamada cultura de Cochise, desarrollada en el Sudoeste, contempló un notable avance de la agricultura, y después de una fase frutícola, introdujo el maíz entre los siglos X y VIII antes de Cristo. Es a partir de esta cultura que surgió en el año 100 antes de Cristo la «civilización de los cesteros», con núcleos geográficamente dispersos, aunque siguiendo siempre la trayectoria del río Colorado o Hakataya (nombre proporcionado por los autóctonos). Estos centros fueron: Anasazi –sur de Utah–, Hohokam –sudoeste de Arizona y oeste de Nuevo México– y Mogollón –sudoeste de Nuevo México–. En general, en tales zonas se desarrolló un tipo de vida tribal de pequeñas aldeas, en donde se cultivaban calabazas, fríjoles y maíz.

A partir de estas culturas, se habría de desarrollar la de los indios Pueblo, dentro ya de nuestra era, caracterizada por la construcción de casas con ladrillos en sus partes inferiores. Los diversos grupos Pueblo se aglutinaron entre los siglos XIV y XVII alrededor de los ríos Grande y Pecos, extendiéndose hacia el norte por el río Colorado, hasta Texas, y por el sur hasta Durango y Chihuahua, en el actual México.

Las culturas de las Regiones Boscosas sucedieron en América del Norte a la de los cazadores y abarcaron una extensa zona que incluía Nueva Inglaterra, los Grandes Lagos y Ohio.

HIPÓTESIS DE LAS POSIBLES FUENTES EN EL VIEJO MUNDO DE LAS TRES PRIMERAS CULTURAS PREHISTÓRICAS DEL NUEVO MUNDO

Años (a.C.)	América del Sur	América Central	Estados Unidos y Canadá	Asia Oriental	
9.000	Puente Huanta	Iztapan Lermm			Cultura especializada en puntas
10.000	Cueva de Fell	Ajureado			
11.000	El Jobo Tagua		Plainview Folsom Clovis		
12.000	Tagua Ayacucho		Cueva de Fort Rock		
13.000	El Abra				
14.000	Ayacucho		Wilson, Butte		
15.000					
16.000	Paccaicasa	Hueyatlaco			Cultura de la lasca, del buril y de puntas ovaladas
20.000		Tlapacoya Huetyatlaco		Malta - Buret U.R.S.S.	
25.000			Cueva de Friesenhahn Old Crow		
30.000			Lewisville		Cultura de herramientas en hueso y lascas
40.000				Shuitung-Kuo, China	
50.000			Calico (?)		
60.000				Fenho, China	Cultura del núcleo
75.000					

En agricultura, se cultivaban cereales, calabazas, tabaco y maíz. El trabajo del metal ha dejado hachas pulimentadas y una singular artesanía a base de conchas, cobre y mica. Se hace prácticamente imposible establecer una relación cronológica de su estudio, aunque los métodos del carbono radiactivo señalan, por ejemplo, la fecha del 2200 antes de Cristo para la aldea de Hunter (Nueva York).

Quizá sea conveniente destacar la etapa cultural Hopewell, desarrollada en-

Página anterior, vasijas de la fase Manantial, de las culturas de Mesoamérica. (Departamento de Prehistoria de la UNAM, México.)

tre los años 300 y 1300 de la era actual, extendida por los valles de los ríos Illinois y Mississippi.

La característica primordial del área son unos elevados montículos funerarios de considerable tamaño y con tendencia a la estructura piramidal. Allí se enterraba al jefe de la tribu, y junto a ellos se han hallado numerosos instrumentos de cobre que formaban parte del ajuar del difunto y huesos descarnados.

Probablemente las culturas del Noroeste sean las más tardías del continente, situadas en la baja Columbia y norte de California. Se trataba de núcleos indios dedicados a la pesca y la recolección. Practicaban la relación del *potlach,* ceremonia durante la cual se producía un intercambio de mercancías. Sus artesanías son similares a las de los pueblos polinesios, caracterizadas por el dibujo de animales partidos en dos.

El ámbito peruano-boliviano

Las mixtificaciones e interpretaciones interesadas se superponen al estudiar la historia precolombina del área peruano-boliviana. El hecho de que antes de alcanzar Perú —y el Imperio Inca allí enclavado— los aventureros y descubridores europeos hubieran tomado contacto con México, generó un lastre en la actitud y mentalidad de éstos. En México, aventureros y conquistadores intentaron justificar su acción depredadora en razón, por ejemplo, de la existencia de sacrificios humanos realizados por las civilizaciones mesoamericanas que descubrían, obviando otros aspectos de la magistral cultura allí desarrollada y sin tener en cuenta que entre aquellos sacrificios rituales amerindios y las trágicas actividades, pongamos por caso, de la Inquisición, no existía otra diferencia que el olvido interesado de la segunda, o bien la falsa consideración de que los «sacrificios» inquisitoriales eran «naturales» y los de los nativos mesoamericanos «salvajes».

Cuando los primeros conquistadores llegaron a territorio peruano se habían ya difundido las «atrocidades» de los nativos de Mesoamérica. No habrían de pasar muchos años para que los hombres «civilizados» que llegaron de España se enzarzaran entre sí en feroces luchas por el poder. Ferocidad sostenida asimismo en la relación con los nativos, lo que en el siglo XVIII indujo al erudito francés barón de Montesquieu a definir la colonización americana como «una de las más tremendas plagas que el género humano ha conocido».

Las culturas preincaicas

De hecho, existe una tendencia a asimilar «incaico» con «peruano», sin que ello tenga una base científica ni real. En el amplísimo territorio peruano pulularon diversas culturas, y la de los Incas se extendió por Bolivia y no fue más que la culminación de todas ellas, aunque las conexiones que existen entre sí no han sido todavía estudiadas con la suficiente profundidad como para poder sentar ya unas bases definitivas. Sin embargo, al conjunto de culturas anteriores a la aparición de los Incas se las agrupa como «preincaicas», convención aceptada hasta que futuras investigaciones permitan configurar con mayor claridad lo que fue su realidad.

De hecho, las llamadas «culturas preincaicas» se extendieron a lo largo del árido litoral peruano, en una longitud de más de 2000 kilómetros.

En el actual territorio de Trujillo, al norte de Perú (y de Chavín), se desarrolló la cultura Chimú, sobre cuyas costumbres sociales y políticas poco se sabe, a pesar de que aún existían hacia el siglo XI de nuestra era. Su afición arquitectónica ha dejado monumentos como el templo de Pachacamac, y una gran cantidad de huacas (montículos de carácter funerario). Su cerámica es abundante, polícroma y negra, son de destacar las secuencias que reflejan escenas de la vida religiosa, militar y social, proporcionando también datos sobre las costumbres en el vestir.

La cultura Nazca es más meridional, situada entre Lima y la frontera chilena, y también junto al litoral. Desde un punto de vista cronológico los Nazca se desarrollaron entre el siglo IV antes de Cristo y el VI de nuestra era, sin que su historia sea bien conocida. De su cerámica destacan las vasijas con forma de tambor, así como los vasos, todos ellos con una decoración y coloración polícroma brillante, con formas que recuerdan al «jaguar manchado», «al pájaro demonio», y dioses con cuerpo de serpiente provistos de varias cabezas. Según cuentan ciertas tradiciones, los nazca eran «reductores de cabezas», aplicando unas técnicas prolongadas mucho tiempo después por los jíbaros.

La cultura de Paracas ocupa un lugar importante por sus necrópolis y sus bordados funerarios, verdaderas piezas maestras de la artesanía textil. Sus coloridos son impresionantes, espontáneamente mezclados, y entre ellos emerge con fuerza la silueta humana, en representaciones que hacen pensar en individuos que pueden estar volando o a punto de hacerlo, o bien nadando, siempre con tendencia horizontal. De sus bocas y partes diversas de sus cuerpos surgen apéndices serpentarios sobre los que brotan flores, cabezas de jaguar, de aves, etc. Laurette Sejourne analiza así la visión de estas telas: «La identificación de las especies ha sido difícil para los especialistas y se han elaborado varias teorías. Nosotros creemos, no obstante, que en razón de la voluntad patente de desorientación que presidió la creación de ese mundo fantástico, las formas fueron alteradas y convertidas en algo irreconocible. Una composición en la que, por ejemplo, un centro vive a través de todas sus protuberancias y culmina con una cabeza que saca la lengua, en la que unos seres flotantes emiten fluidos de los que salen unos equilibristas, criaturas de piel turquesa, verde, roja o amarilla, que caen en un espacio de espirales móviles, difícilmente puede ser aprehendida por una investigación naturalista».

En torno al lago Titicaca

Esta masa de agua pacífica, que forma hoy parte del Estado boliviano, fue el centro de una o varias grandes culturas. Allí, según la tradición, habló por vez primera el «gran Dios» a los hombres, y algunos especialistas han llegado a identificar el nombre de «Titicaca» con el de «Madre de los Incas».

Y junto al lago se levantó una gran ciudad que tomó el nombre de Tiahuanaco —cuyo equivalente mesoamericano sería Teotihuacán—, que era la ciudad del dios Viracocha —invisible, pero expresado a través del Sol—. El Inca Garcilaso de la Vega ha dejado abundantes notas acerca de esa zona, al parecer llamada globalmente Collao, en la cual se dice que tuvo su origen el conocimiento de alimentos como la patata y la batata, «lugar donde aterrizaron los dioses bajados del cielo».

Tiahuanaco y el lago Titicaca fueron siempre venerados por los incas. Sin embargo, la zona no fue totalmente dominada por ellos hasta mediados de siglo XV, es decir, poco tiempo antes de la llegada de las primeras expediciones de conquistadores.

Para Cobo, la ciudad no era sino la sede de «aquellos gigantes que precedieron a los incas», pero de los cuales no se sabe nada con certeza —gigantes que, curiosamente, se encuentran citados también en la leyenda azteca.

El Imperio Inca se extiende en una superficie de casi dos millones de kilómetros cuadrados, desde tierras actualmente ecuatorianas hasta el norte de Chile y Argentina, alrededor del enorme eje de los Andes, en zona de fácil acceso por el oeste a la costa del Pacífico y de difícil acceso por el este a la selva amazónica. Sobre la costa, dominada por una extraña

sequía, Laurette Sejourne ha escrito: «El fenómeno que representa esta sequedad a orillas de un mar tropical ha intrigado a todos los cronistas ... pero no fue explicado hasta que Alexander Humboldt descubrió la acción de la corriente fría que lleva su nombre, que al impedir la evaporación de las aguas marinas, priva a la atmósfera de la humedad necesaria para la formación de nubes... Envuelta en eternas brumas, interrumpida por los raros oasis de las desembocaduras de los ríos que llegan al océano antes de ser absorbidos por las arenas, esa extensión dorada es un verdadero reino de la muerte. A la vez que impide la más mínima existencia, la arena deja por todas partes la huella de su imperio: esculpe el espacio con bellas elipses movientes y modela a los Andes que bajan hasta el mar, como enormes volúmenes fantasmagóricos».

Esta zona tan enigmática alberga escasos vestigios arquitectónicos, pero posee paradójicamente una enorme cantidad de sepulturas que fueron saqueadas por los conquistadores, pues contenían gran cantidad de joyas y valiosas cerámicas polícromas.

Más allá del valle del Marañón, río que no es otra cosa que uno de los brazos que originan el inmenso Amazonas, los Andes surgen con sus crestas blanqueadas por la nieve, y en sus vericuetos mil valles de tierra fértil se delinean invitando a la residencia. En uno de ellos se encuentra Chavín, un centro cultural de gran importancia, y al sur se levanta Tiahuanaco, más elevada.

Culturas precolombinas en América del Sur.

La Cultura de Chavín

El incansable arqueólogo e historiador Julio Tello, tras arduas investigaciones y cálculos, opina que Chavín llegó a alcanzar, al menos, una superficie de 13 hectáreas, aunque hoy ha quedado reducido a un conjunto arquitectónico que consiste en un gran templo frente al cual se extiende a sus pies una plaza de unos 50 m –de largo y de ancho–, con un altar en el centro.

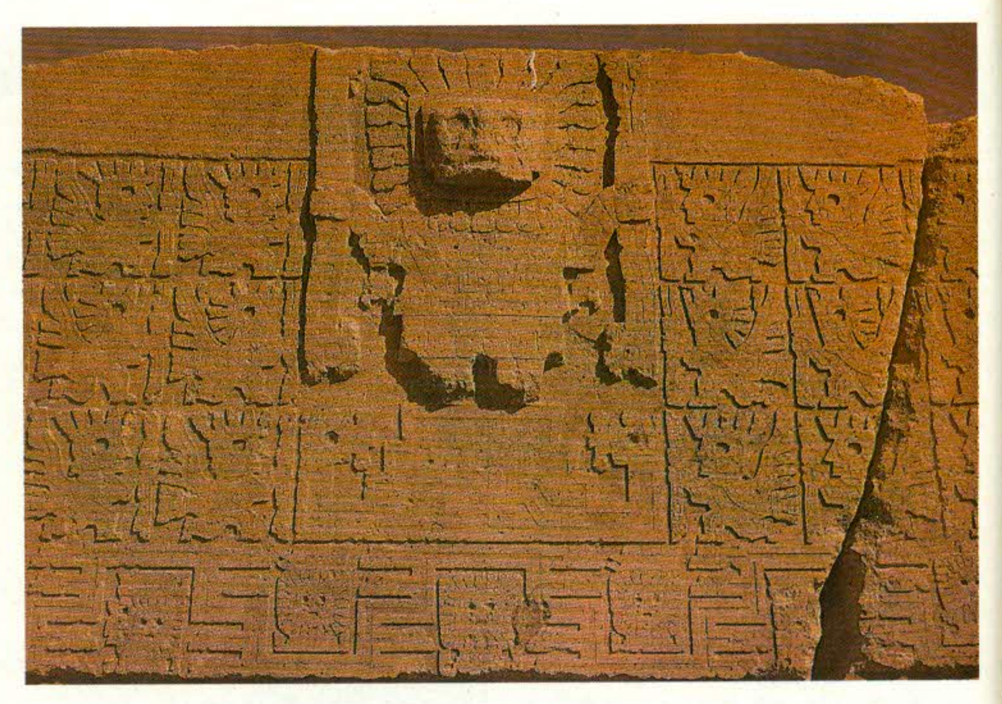
El templo tiene algo más de 70 metros de planta y es de forma piramidal, con una altura de 10 metros. Sus muros han sido construidos a base de piedra triturada mezclada con tierra, recubiertos exteriormente por losas muy llamativas e interiormente por fango solidificado al fuego. El interior está atravesado por numerosas galerías y estancias a las que se accede a través de escalinatas subterráneas. No hay, en las estancias, ni pinturas ni bajorrelieves, pero en una época sí debieron estar adornadas. Chavín es el centro original conocido, a partir del cual se desprende un ambiente cultural peruano-boliviano y su cerámica se remonta, cuando menos, a unos 8 ó 10 siglos antes de nuestra era. Se trata de una producción artesanal de gran singularidad: es monocroma, predominan las formas de botella y garrafón, con el cuello encajado en el asa tubular superior (elemento que es una constante en toda la cerámica de la región peruana). La coloración es simplemente un trazado lineal blanco sobre fondo rojizo.

En otro orden de cosas, cabe señalar que la escultura es la única expresión artística que se posee de Chavín, pues no han llegado hasta nosotros ni elementos textiles ni pinturas. Las esculturas halladas están grabadas en bajorrelieve, aunque también hay restos de esculturas aisladas, pero siempre planas.

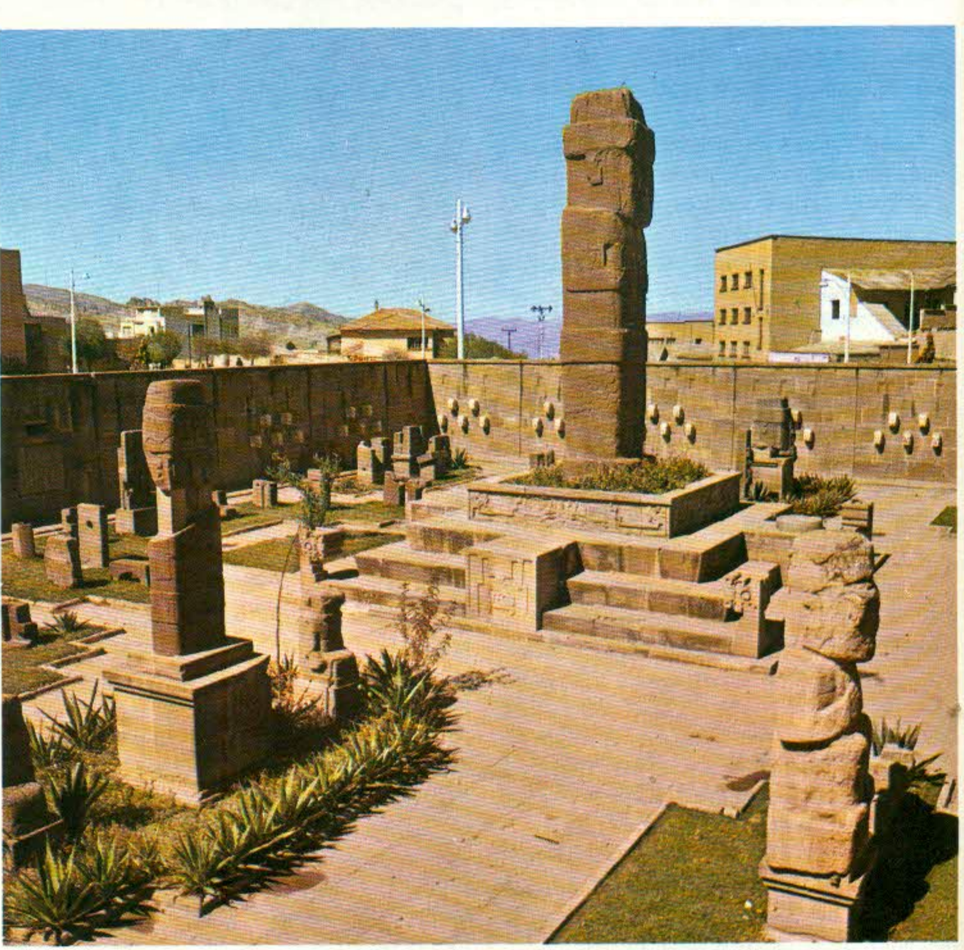
Una constante de los artistas de Chavín era evitar toda representación de un ros-

tro humano, para concentrarse en la adopción de figuras animales, preferentemente felinos, serpientes y aves, y a veces seres monstruosos que poseen características de las tres especies.

Es especialmente impresionante un conjunto simbólico levantado en un monolito triédrico de más de 4 metros de altura y que perfora el techo de la estancia del templo. Un ser adorna esta estructura. Su rostro abarca las tres caras del monolito, plasmado a través de un intenso trabajo de talla, incisión y grabado. En él destacan la mezcla de fauces felinas, plumas de ave y cuerpo serpenteante, los tres típicos elementos de la iconografía, en la que el jaguar ocupa siempre, en Chavín, un lugar destacado. Frente a él, el cóndor y la serpiente permanecen en un plano inferior.



Tiahuanaco



Tiahuanaco es la gran ciudad construida junto al lago Titicaca. El lugar donde, según el Inca Garcilaso, «passado el diluvio del cual no saben dar más razón de dezir que lo huvo ... se aparesió un hombre en Tiahuanaco ... que fue tan poderoso que repartió el mundo en cuatro partes y las dió a cuatro hombres que llamó Reyes». Curiosísima referencia con concomitancias bíblicas, referidas al «diluvio», y también al reparto de las «cuatro partes», coincidentes con los cuatro grandes continentes del mundo.

También fue Tiahuanaco el lugar donde «fueron creadas todas las cosas» y donde también «aterrizaron los dioses provenientes del cielo y patria de las almas», centro al que «las gentes llevaban sus maçorcas, las cuales daban al Rey como cosa sagrada y él las conducía al templo del Sol y dellas enbiava a las vírgenes escogidas que estavan en el Cuzco y mandava que se llevassen a otros conventos y templos que por el reino havía, un año a unos y otro año a otros, para que todos gozassen de aquel grano que era como traído del cielo ... Echavan algunos granos en los graneros del Sol y en los del Rey y en los pósitos de los concejos, para que, como cosa divina, guadasse, aumentasse y librasse de corrupción el pan que para sustento común estava allí recogido».

La veneración por Tiahuanaco y el lago Titicaca parecen tan remotas como la propia cultura Inca, y es un equivalente de la que los aztecas sentían por Teotihuacán, según opinan la mayoría de los especialistas. No obstante, las discusiones se multiplicaron sobre el tema. En una primera fase, la cuestión lingüística fue punto de polémicas. Para Riva Agüero, los creadores de Tiahuanaco hablaban el quechua, la misma lengua que usaron sus descendientes los incas y los aymará. Sin embargo, para Max Uhle y Porras Berrenechea el aymará primó, y el quechua sería un dialecto suyo, siendo la lengua dominante hasta la irrupción de los incas. Para el primero de esos autores las pequeñas culturas peruanas del litoral habrían sido anteriores a la de Tiahuanaco. Sin embargo, otro arqueólogo, Arthur Posnansky sostiene todo lo contrario.

Fue Julio Tello quien aportó más elementos de clarificación, refutando las tesis de Uhle, considerando que la aridez del clima y la tierra de la costa no podían, por su tremendo calor, la sequedad, la acción de los insectos, promover la creación de

culturas que fueron la cuna de la civilización americana. Para él, Chavín es esa cuna, y no Tiahuanaco. Asimismo prima la mayor antigüedad de las culturas peruano-bolivianas sobre las de Mesoamérica.

Tiahuanaco está situada sobre las planicies de la puna, en una llanura de más de un kilómetro de longitud por casi medio de anchura, y aparece cercada por una fosa. En su seno destacan varios edificios, y el conjunto llamado Kalassasaya abarca 130 metros de longitud por algo más de anchura. Este conjunto incluye la célebre «Puerta del Sol», un gran monolito de 3 metros de alto y casi 4 metros de ancho, con un dintel esculpido en bajorrelieves. Hacia el sudoeste se sitúa lo que, al parecer, debió de ser la puerta de comunicación de la ciudad con el lago Titicaca. Grandes sillones esculpidos y pilastras sobre amplias plataformas de más de 8 metros de altura, proporcionan al conjunto una majestuosidad indiscutible.



Arriba, extensión del Imperio Inca (1462-1532).

Página anterior, arriba, detalle de la «Puerta del Sol» en Tiahuanaco (Bolivia).

Página anterior, abajo, reconstrucción de un templo de la cultura de Tiahuanaco con materiales procedentes de aquel lugar. (Museo Arqueológico de La Paz, Bolivia.)

El Imperio Inca

La sociedad incaica fue interpretada legendariamente en el siglo XVIII, y los utopistas europeos se referían a ella, a menudo, citándola como ejemplo de «sociedad feliz bajo un régimen político paternalmente comunista», tal como señala el historiador Raúl Porras. El sociólogo Sergio Bagú ha señalado: «Los débiles cimientos sobre los cuales se levantaba el colosal edificio cultural de los incas, le confiere a su civilización un acento de grandeza sin igual en la historia».

Los incas no reconocieron ningún precedente cultural. Ellos mismos afirmaban ser sus propios antecesores. No guardaron ninguna prueba documental acerca de las culturas preincaicas con las que debieron contactar, pacífica o violentamente. Sin embargo, aquéllas existieron, y ellos se apropiaron de numerosos elementos. Curiosamente, los incas denominaban al pasado la «era purupacha», cuyo significado puede traducirse como «tiempo de bárbaros».

La historia del Imperio Inca se entremezcla con la mitología, pero siempre, en los datos llegados hasta la época actual, el lago Titicaca es la imagen de una «donación divina», centro de vida y actividad. El cronista español Cieza de León recogió así la historia oral de los incas: «Dicen que carecieron de lumbre muchos días, y que estando todos puestos en tinieblas y oscuridad, salío desta isla de Titicaca el sol muy resplandeciente». Junto al lago, el Sol es otra fuente de la vida. Fue un «hijo del Sol» el que se hizo Manco Capac, jefe de los incas.

Según parece los incas eran una de las varias tribus que habitaban los valles de Vilcanota, llamadas quechuas. Su historia es tan compleja como la de los otros pueblos americanos precolombinos y su desarrollo se situaría en la perspectiva del siguiente esquema: en los siglos XII y XIII predominio de un tipo de organización basado en las ciudades-estado con fundamento tribal; en el siglo XIV, expansión imperial y en el siglo XVI formación del Imperio, justo poco tiempo antes de la llegada de los españoles.

La tradición religiosa incaica sitúa como progenitores de la civilización Inca a la pareja mitológica formada por Manco-Capac y Mama Ocllo, a la vez hermanos y esposos, que constituyen el equivalente del Quetzatcoatl de los mexicas. Sin embargo, el primer inca —jefe— auténtico parece que fue Sinchi-Roca, emperador a mediados del siglo XII.

A partir de Sinchi-Roca tendría lugar un proceso de conquistas en el que desta-

caron los «incas» jefes, siempre legendarios: Lloque Yupanqui y Mayta Capac, que dominarían a los cancas, aymarás y collas, y a quienes sucedió el inca Capac Yupanqui, cuyo Imperio se extendía en una superficie de casi 200.000 kilómetros cuadrados. Sus sucesores fueron, al parecer, Yahuar-Huacac, el Inca Viracocha, el Inca Pachacutec, el Inca Yupanqui, Tupac Yupanqui y Huayna Capac, todos ellos promotores de una expansión continuada a través de la incorporación al Imperio de las civilizaciones o reinos Nazca, Chavín, Ica, etc., conquistando finalmente el Gran Chimú, el más septentrional de los reinos del horizonte peruano.

A Huayna Capac le sucedieron sus dos hijos, Huáscar y Atahualpa, quienes debieron combatirse mutuamente en una guerra civil de la que salió vencedor Atahualpa, quien reinaba cuando llegó a Perú la expedición de Francisco Pizarro. Al parecer, el Imperio Inca tenía entonces una población no inferior a los 11 millones de personas, que compartían las normas de una misma organización social y las mismas creencias religiosas.

Desde un punto de vista social se ha hablado mucho del Imperio «socialista» de los Incas. Este mito debe ser puesto en cuestión, pues la sociedad de aquel Imperio estaba absolutamente estratificada en grupos sin movilidad social interna. En la cúspide de la jerárquica organización sociopolítica se situaba el Inca, el emperador, personificación de Dios, enlazado matrimonialmente con sus propias hermanas con objeto de mantener la «pureza sanguínea» de la descendencia. Eran los llamados «hijos del Sol».

El Inca poseía una numerosa corte que constituía el segundo eslabón de la jerarquía social. En esta corte figuraban los príncipes de otros reinos conquistados, que eran educados en la ideología inca como medio de asegurar una hegemonía indiscutida. También se incluían en esta corte los jefes militares, sometidos a una educación muy dura, pues de entre ellos se reclutaban los jefes y gobernadores locales. El estrato inferior lo formaban los *yanaconas*, una capa social de servidores sin derechos de ciudadanía, y también los *mitimaes*, trabajadores agrarios o artesanales, que constituían la base social.

El linaje era la clave de la pertenencia a un grupo social determinado. Para mantener la pureza de la clase dirigente, las doncellas eran recluidas en unas casas especiales hasta ser requeridas por los altos dignatarios para cumplir el rito procreador. El Imperio se dividía en cuatro distritos subdivididos en 10 regiones, en las que el Inca mandaba por delegación a través de los jefes locales o *chunka-kamayos*.

La idea de «sociedad socialista» no proviene, pues, de la existencia de una igualdad en lo político y lo social, ya que la estratificación social existente recuerda más bien a la «República» de Platón y a Esparta. En tal sentido sería una sociedad de castas u órdenes. Probablemente aquella consideración de igualitarismo provenga de la reglamentación sobre los recursos económicos, que mantuvieron con un criterio democrático como ningún otro pueblo del mundo, aunque ello fue posible precisamente por el carácter tremendamente rígido de su estructuración sociopolítica. La tierra tenía una distribución sumamente peculiar. En primer lugar, había la llamada «propiedad estatal», concretamente del Inca; en segundo lugar, la «propiedad colectiva», que podríamos denominar del pueblo en general, que la trabajaba, y finalmente, algunos privilegiados a causa de algún hecho militar eran autorizados a poseer una «propiedad individual».

Los bienes eran distribuidos equitativamente entre toda la población y las provisiones corrían a cargo de los funcionarios del Inca.

El ejército se nutría de hombres previamente adiestrados y aleccionados, que practicaban una vida adusta y sencilla, con una función de acción interior y exterior, constituyendo una casta cerrada en el ámbito de la sociedad inca.

En la mitología religiosa, el Sol, llamado Inti, es el gran centro de atención de los incas por su carácter de «observador» de la vida en la tierra. Pero compartía los honores de la piedad con otro dios, el «gran creador» Viracocha —al que a veces se identificaba con el Sol—, objeto de complejos rituales que en ocasiones incluían sacrificios humanos, aunque este extremo es difícil de confirmar. Al igual que los egipcios, los incas practicaron la momificación de los muertos, por los que sentían un respeto y una veneración absolutos: la figura del antepasado ocupa un lugar destacado en la plataforma de creencias y mitos de los incas. Por otra parte, cabe señalar que éstos no destruyeron los mitos y religiones de los pueblos que fueron conquistando, sino al contrario: las asimilaron. Gracias a esta tolerancia, se conservó el santuario de Pachacamac, al que contribuyeron a enriquecer. Sin embargo, no se reconocieron herederos o influenciados por nadie.

En su arte, los incas asimilaron las aportaciones de pueblos sometidos o integrados en su Imperio, por lo que se hace difícil detectar la propia originalidad. Sus vasijas, tipo ánfora, son especialmente bellas y fabricadas con un sentido utilitario; por ejemplo, sus asas están perforadas de modo que puedan ser enlazadas con cuerdas. Desplegaron igualmente una gran actividad textil, utilizando lana de vicuña y llama, y algodón, legándonos espléndidas telas. El uso de la plumería estuvo muy extendido. Musicalmente fueron maestros en el uso de la flauta y otros sencillos instrumentos de viento, así como en el del tambor, empleados para comunicarse. Su música era suave y bucólica.

Ellos han legado a la posteridad numerosas obras de gran envergadura: palacios, templos, vías de comunicación, diques. Quizá el complejo arquitectónico de Machu-Picchu sea el mayor exponente de su potencia cultural-arquitectónica sin olvidar los edificios de Cuzco y Sacsahuaman (las llamadas *pucaras*). Por su volumen, es célebre el templo de Coriancha, radicado en Cuzco.

La célebre Puerta del Sol reproduce los mismos esquemas de hibridación animal que las tallas y figuras de Chavín, pero el ser humano sustituye aquí al jaguar y al cóndor como protagonista central de las escenas. Es, por ejemplo, interesante el personaje que ocupa el centro de la imaginería de la Puerta del Sol, cuya cabeza está cubierta de una gran carátula con penacho formado por cuerpos de serpientes culminados con cabezas de jaguar o cóndor. Con sus manos, sostiene dos poderosos reptiles con cabeza de cóndor. Su rostro presenta colmillos y los ojos recuerdan los de una carátula. Una banda inferior junto al ojo ha creado numerosos problemas a los investigadores, pero la tendencia más generalizada la identifica con una lágrima (la cual aparece también en relieves hallados en otros lugares, como por ejemplo en Paracas). Según el cronista Fernando de Montesinos, los dioses «lloraban sangre», lo cual tendría cierta conexión con aquella «lágrima».

Los pequeños reinos peruanos

Numerosas crónicas de las escritas en el siglo XVI citan la existencia de «reyes», sin que se sepa con certeza si en realidad eran tales o simplemente jefes militares y locales. Probablemente se trataba de territorios de la zona costera centrifugados en el proceso de disgregación de la cultura de Tiahuanaco.

En dicha zona litoral, de hecho, no existen grandes construcciones, y las conjeturas se basan esencialmente en cerámicas, tejidos y restos funerarios.

En base a ellas, se ha perfilado la existencia del ya citado reino de Chimú, que debió de estar situado en el valle de Trujillo actual, en una de las zonas más fértiles

CUADRO CRONOLÓGICO: PERÚ

		Costa				Montaña		
Años	**Períodos**	**del extremo norte**	**septentrional**	**central**	**meridional**	**septentrional**	**central**	**meridional**
d.C. 1532 **1450**	Horizonte tardío (período imperialista)	Tallan	Inca-Chimú	Inca-Chancay	Inca-Ica	Inca	Inca	Inca
1400 **1300** **1200** **1100** **1000**	Período intermedio tardío (período de la construcción de ciudades)	Chimú Lambayeque	Chimú	Chancay	Ica	Cajamarca	Inca antiguo	
900 **800** **700** **600**	Horizonte central (período expansionista)	Huari Lambayeque	Huari	Pachacamac	Huari	Huari-Cajamarca	Huari	Tiahuanaco (Huari)
500 **400** **300** **200** **100** **0**	Período intermedio antiguo (período de experimentación y florecimiento)	Vicús negativo	Moche (Mochica) Virú (Gallinazo)	Lima	Nazca	Recuay		
a.C. 100 **200** **300**		Vicús clásico	Salinar				Chanapata	Pucara
400 **500** **600** **700** **800**	Horizonte antiguo (período cultural)	Tembladera	Cupisnique	Supe Ancón	Paracas	Chavín		Chiripa
900 **1000**		Chongoyape		Curayacu				
1100 **1200** **1300** **1400** **1500** **1600** **1700** **1800**	Período introductorio (período formativo)		Guañape			Kotosh		
2000	Período inicial (sin cerámica)		Huaca Prieta	Río Seco	Casavilca		Lauricocha (8000-2000)	

de Perú. En una crónica anónima del siglo XVI se cita este reino y a un príncipe llamado Tacanaymo, quien al parecer procedía de una región ecuatoriana, pues se dice que llegó a Chimú en una barcaza fabricada con madera propia de aquel lugar. Este príncipe y su familia se emparentaron con jefes locales chimúes, fundándose una dinastía que, al parecer, tuvo hasta 18 monarcas. De ellos se sabe muy poca cosa. Por ejemplo, mientras en el Imperio Inca gobernaba Tupac Yupanqui, a mediados del siglo XV, en Chimú lo hacía Minchanzaman, bajo cuyo reinado desembarcaron los españoles en Tumbez. Este rey aceptó el bautismo cristiano y cambió su nombre por el de Martín.

También se tienen noticias de la existencia de un reino en Cajamarca, con una antigüedad casi tan grande como la de Chavín. Destaca de su cultura una cerámica con personalidad propia, decorada con suaves y superficiales trazos, más parecidos a los hallados en Mesoamérica que a los propiamente peruanos, lo que plantea claramente el problema de la transición de unas culturas a otras.

Minchanzaman combatió contra los incas. Ello induce a pensar que su Estado debió ser sumamente fuerte y, de hecho, se sabe que recibía tributos de remotas zonas del norte, adonde periódicamente acudía un ejército de cinco mil chimúes a buscarlos. Aquel Estado debió sumar, según el profesor Disselhoff, casi mil kilómetros de norte a sur, y debió inspirar a los Incas en su organización política. La capital chimú era Chan-Chan, ciudad en la que había palacios, templos y abundantes viviendas de adobe, distribuidas en diez barrios en los que habitaban los principales clanes. Asimismo, se ha detectado la

existencia de sistemas de riego y almacenes de alimentos, y obtenido una notable cantidad de piezas de cerámica presentes en los principales museos del mundo. Cerámicas que producen la curiosa impresión de estar fabricadas en serie y presentan siempre escenas grabadas, con predominio de secuencias profanas sobre las religiosas.

Por lo demás, escasos datos han perdurado de los poblados populares, adyacentes a las ciudades que, como Chan-Chan, eran residencia de la aristocracia. Otras ciudades importantes eran Pacatnamú y Pachacamac, esta última situada al sur de Lima.

Las culturas de la transición

Por culturas o civilizaciones «de la transición» se entienden aquellas que geográficamente debieron estar situadas entre los dos grandes focos primordiales de la cultura americana: la zona peruano-boliviana y Mesoamérica.

De hecho, numerosos pueblos provenientes tanto del sur de América como del norte, convergieron en la estrecha franja de territorio que une a los dos grandes bloques continentales, sin que se sepa con seguridad la causa de las emigraciones. Se cree que al menos cuatro oleadas migratorias se sucedieron en el curso de unos dos siglos.

Entre esas corrientes étnicas se hallaban los *chorotegas*, instalados en Costa Rica y en los países adyacentes. Provenían de México, pues hablaban una lengua emparentada con el chiapaneca, el otomí y el mazateca, todas ellas originarias de allí. Ellos debieron de ser los primeros protagonistas de aquellas migraciones, algo anteriores a los *nahua* y *nicaraos*, que llegaron en el siglo XI. También los *pipil* siguieron aquel camino y de ellos todavía subsisten focos en Nicaragua y El Salvador.

H.D. Disselhoff ha señalado, refiriéndose a estos pueblos: «Si los motivos decorativos de la cerámica polícroma de América Central (especialmente las serpientes emplumadas, monos, jaguares y cocodrilos, muy esquematizados) son debidos a influencias mayas, como han sostenido diversos americanistas, debemos asombrarnos de que hubiese en tiempos de la Conquista tantos elementos sudamericanos en la civilización de los chorotegas, que eran precisamente los principales productores de la cerámica de la región; citemos a este respecto la costumbre que tenían de masticar las hojas de coca, costumbre de origen andino; algunos vestidos; las fiestas acompañadas de libaciones y de orgías sexuales que a veces celebraban, y finalmente su panteón. El dios supremo de los chorotegas hace pensar más en la divinidad de la lluvia de algunas tribus de Colombia que en las divinidades mexicanas».

Queda, pues, planteada la cuestión del origen de algunos de estos pueblos.

Hacia 1930 una expedición de arqueólogos descubrió en Coclé, en el mediodía de Panamá, un centro funerario presidido por la tumba de un jefe. En el cementerio estaban depositados numerosos vasos polícromos con restos de material orgánico, así como piezas áureas: escudos, orejeras, cobertores nasales y amuletos fabricados en ágata, cuarzo, hueso, etc. Los escudos llevaban incrustaciones de esmeraldas, piedras estas provenientes con toda seguridad de Ecuador.

Crónicas del siglo XVI hacen referencia a esta zona, y señalan la existencia de jefes guerreros y reyes locales, entre ellos uno llamado Parita, quien en 1515 entregó a Gonzalo de Badajoz cestos repletos de joyas y piedras preciosas en señal de amistad. Tesoro luego abandonado por los españoles cuando se vieron amenazados por los indios, después de que un soldado violara a una mujer de la tribu.

En las cercanías de Managua, junto al lago del mismo nombre, en Nicaragua, se han descubierto trazas acerca de la existencia de individuos que debieron vivir muchos siglos antes de la llegada de los españoles. Junto a las huellas grabadas en la lava, aparecen las de bisontes y ciervos, animales extinguidos en aquella área desde tiempos bastante remotos. Tales huellas se encontraron a tres metros de profundidad de la superficie y son el único testimonio de la existencia de una remota presencia humana en aquellas tierras.

La cultura chibcha

En las llanuras de la actual Colombia, en los alrededores de la ciudad de Bogotá, el conquistador Jiménez de Quesada encontró un conjunto de tribus amerindias a las que la Etnología ha dado el nombre común de *chibchas*, cuya importancia estriba en su posición geográfica, situadas como estaban entre el área peruano-boliviana y Mesoamérica, y que por tanto constituyen una «cultura de transición».

Una vez más, la historia de aquellos pueblos se mezcla con el mito y la leyenda. Curiosamente, atribuían a un «extranjero», llamado Bochicha, tanto los fundamentos de su propia civilización como el culto al Sol. Sería Bochicha quien salvó al pueblo chibcha de perecer cuando se produjo el Diluvio, pues aquel ser mitológico abrió las montañas para que el agua discurriera.

En la coyuntura de la llegada de los conquistadores destacaban cinco Estados chibcha de entre una amplia gama de unidades: los guanentá, los sugamuxi, los tundamas, los zaue y los zipa, siendo estos últimos, radicados en las cercanías de Bogotá, los más importantes. El estudio de los chibcha tiene a este grupo como punto de referencia.

El *zipa*, equivalente al emperador o jefe máximo, residía indistintamente en Funza y Bogotá, y era el propietario de casi la mitad del territorio total de los chibcha. El cargo de jefe se transmitía por línea materna, y su titular se apoyaba en una casta de jefes que eran objeto de culto religioso. La élite practicaba la poligamia y las mujeres formaban parte de los tributos. La organización política era de carácter autocrático, basada en el mando de un tirano apoyado en una oligarquía, que socialmente se reproducía a sí misma, por herencia, aunque algún miembro alterase las normativas imperantes mezclándose con la plebe.

Los chibcha —siempre siguiendo el patrón de los zipa— eran belicosos, disponiendo de unos ejércitos especialmente adiestrados en combatir en la selva. Revestían gran colorido sus desfiles marciales, en los que lucían estandartes de algodón profusamente coloreados.

Una casta sacerdotal cuidaba de los asuntos religiosos (el culto a Bochica) y entre los ritos se daban sacrificios humanos, celebrados en el templo de Sogamoso. Especial relieve tenía el ceremonial de coronación del zipa, quien en el acto se bañaba con el cuerpo recubierto de polvo áureo en la laguna de Guatavita, punto de partida de una leyenda sobre el «hombre dorado» o «El Dorado», que obsesionó durante décadas a los españoles acerca de la existencia de una «ciudad de oro», en donde la vida era armónica y la felicidad su principal característica.

Los chibcha cultivaban el maíz, la piña, el aguacate, la banana, el tabaco y la quina, dedicándose poco a la caza; su economía era, pues, bastante rudimentaria.

De su arquitectura cabe destacar especialmente las columnas de Tunja, situadas en el valle del Infernito, sin que se hayan localizado otros vestigios de mayor importancia. El descubrimiento de algunos campos funerarios ha facilitado ciertas reconstrucciones históricas sobre vestimentas, alimentación, religión, etc., y se dispone de una abundante y bien hecha alfarería polícroma, así como de una notable producción de mercancías de metal al fuego, de la que es buen ejemplo el tesoro de los Quimbayas, depositado en Lima.

Las culturas mesoamericanas

CUADRO CRONOLÓGICO SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA CIUDAD DE TEOTIHUACÁN.

d.C. 1500	AZTECAS	Período Posclásico
	Diversos estados pequeños	
1000	TOLTECAS	
	Pequeños centros no urbanos	Período Clásico
500	TEOTIHUACÁN	
0		Último Período Preclásico
	Cuicuilco y otros centros religosos	
500	Desarrollo de asentamientos más grandes: Período de influencia olmeca (Atlatilco y otros asentamientos)	Período Preclásico Intermedio
1000	Pequeños pueblos dedicados al cultivo del maíz, hilados, piedras de molturar (Primitivo Zapatenco, El Arbolillo)	Primer Período Preclásico
a.C. 1500		

Junto con la zona peruano-boliviana, es en Mesoamérica donde se hallan las civilizaciones superiores del mundo americano.

Las ciencias sociales destinadas al estudio de las culturas antiguas, han elegido con preferencia el término Mesoamérica, por considerar que el mismo abarca una amplitud mayor que el de América Central, que en cierto modo puede marginar a México, gran zócalo del hemisferio norteamericano. El pasado de las culturas que se desarrollaron en México, Guatemala y demás zonas del istmo que une los dos grandes bloques continentales es una mezcla extraordinaria de singularidad y misterio, pero en cualquier caso, más al norte de México no hubo civilización alguna conocida que pudiera competir, no sólo con la de los mayas y aztecas o mexicas, sino ni tan siquiera con la de los olmecas, toltecas y otros pueblos menores de la zona mesoamericana. Y al sur sólo es parangonable el brillante Imperio inca.

El estudio de las culturas mesoamericanas presenta casi las mismas dificultades que el de las civilizaciones andinas, y si acerca de ellas se ha podido profundizar más, se debe al apoyo dado por el gobierno mexicano a los estudios de antropología, etnología, sociología e historia. Esta actitud ha permitido un notable avance en los últimos años, sin que ello quiera decir que no subsistan amplísimas lagunas sobre su conocimiento, especialmente en lo referente a los orígenes de las culturas allí desarrolladas.

Teotihuacán

Fray Bernardino de Sahagún dejó escrito lo siguiente después de contemplar la entonces capital de los aztecas: «Y se llamó Teotihuacán, el pueblo de Teótl, que es dios, porque los señores, que allí se enterraban después de muertos, los canonizaban por dioses, y que no se morían, sino que despertaban en un sueño que habían vivido; por lo cual decían los antiguos que, cuando morían, los hombres no perecían, sino que de nuevo comenzaban a vivir».

La ruinosa urbe de Teotihuacán, ciudad de las pirámides, está a unos 40 kilómetros de México D.F., y es la representación magistral de una antigua civilización surgida tras el período arcaico, acerca de la cual se tienen imprecisas noticias. Cuando los aztecas la convirtieron en su capital, la selva recubría sus muros: llevaba siglos abandonada. De hecho, los aztecas que allí se instalaron fueron unos advenedizos, pues la urbe tenía una antigüedad, cuando menos, de cinco siglos.

En el primer siglo antes de Cristo parece ser que hubo en la zona de Teotihuacán un asentamiento indio de escasas dimensiones, rodeado de centros religiosos: Cuicuilco (valle de México) y Cholula (valle de Puebla), y probablemente otros. Fue después cuando el asentamiento comenzó a desarrollarse, y entre los siglos II y III después de Cristo se alzaban ya algunos monumentos de notables dimensiones, y entre ellos uno de extraordinaria singularidad: la Pirámide del Sol, cuya base es de amplitud similar a la de Keops (Egipto). Solamente esa mole arquitectónica bastaría para asombrar a cualquier observador, pasado o actual.

Mas, ¿qué causas determinaron el florecimiento de Teotihuacán en tal zona?

De hecho, la zona inferior del valle de Teotihuacán es una fértil llanura de materiales de aluvión y abundante en agua de manantiales. Casi desde sus orígenes, sus habitantes organizaron canales de riego, y todavía hoy puede verse un sector pantanoso en un ángulo de la ciudad, surcado por canales que cruzan las llamadas *chi-*

nampas (pequeñas islas artificiales en las que había cultivos). Los aztecas practicaron este sistema, pero lo cierto es que ya existía cuando ellos se instalaron allí.

El centro de la ciudad es ampuloso, y en él destacan, sobre todo, las dos grandes pirámides, del Sol y de la Luna, y diseminadas entre ellas hasta un centenar de pequeñas estructuras piramidales truncadas que alínean la gran avenida central o Calle de los Muertos. Fuera de este imponente centro, se cuentan hasta más de 4.000 construcciones adicionales.

En el año 500 después de Cristo, esta ciudad tenía más de 50.000 habitantes.

Investigaciones realizadas en la década de 1960 permitieron desvelar el hecho de que, al menos el centro de Teotihuacán, fue el resultado de una minuciosa planificación urbana, siguiendo una organización cuadriculada cuyo punto de referencia era el centro de la ciudad. Los fundadores así lo hicieron, y sus sucesores –los aztecas– conservaron el criterio en sus ampliaciones. El especialista René Millon afirma lo siguiente sobre la sorprendente simetría de Teotihuacán: «La principal dirección de la plantilla se extiende suavemente de este a norte. La unidad modular básica del plano es aproximadamente de unos 57 metros. Las mayores avenidas de la ciudad, que corren paralelas al eje norte-sur, están espaciadas en intervalos regulares. Incluso el río que corre por el centro de la ciudad estaba canalizado de acuerdo con la plantilla. A unos kilómetros del centro hay restos de edificios que estaban orientados también según la plantilla, a pesar de estar construidos sobre pendientes de orientación opuesta... La realización de este tipo de ordenación demuestra claramente un avance y una visión inicial a la vez segura y audaz».

La entrada pública de la ciudadela es una escalera monumental situada en la calle de los Muertos. En el interior del complejo arquitectónico se abre una plaza hacia el Templo de Quetzalcoatl, principal monumento sagrado. La fachada de este templo es un modelo de integración arquitectónico-escultórica.

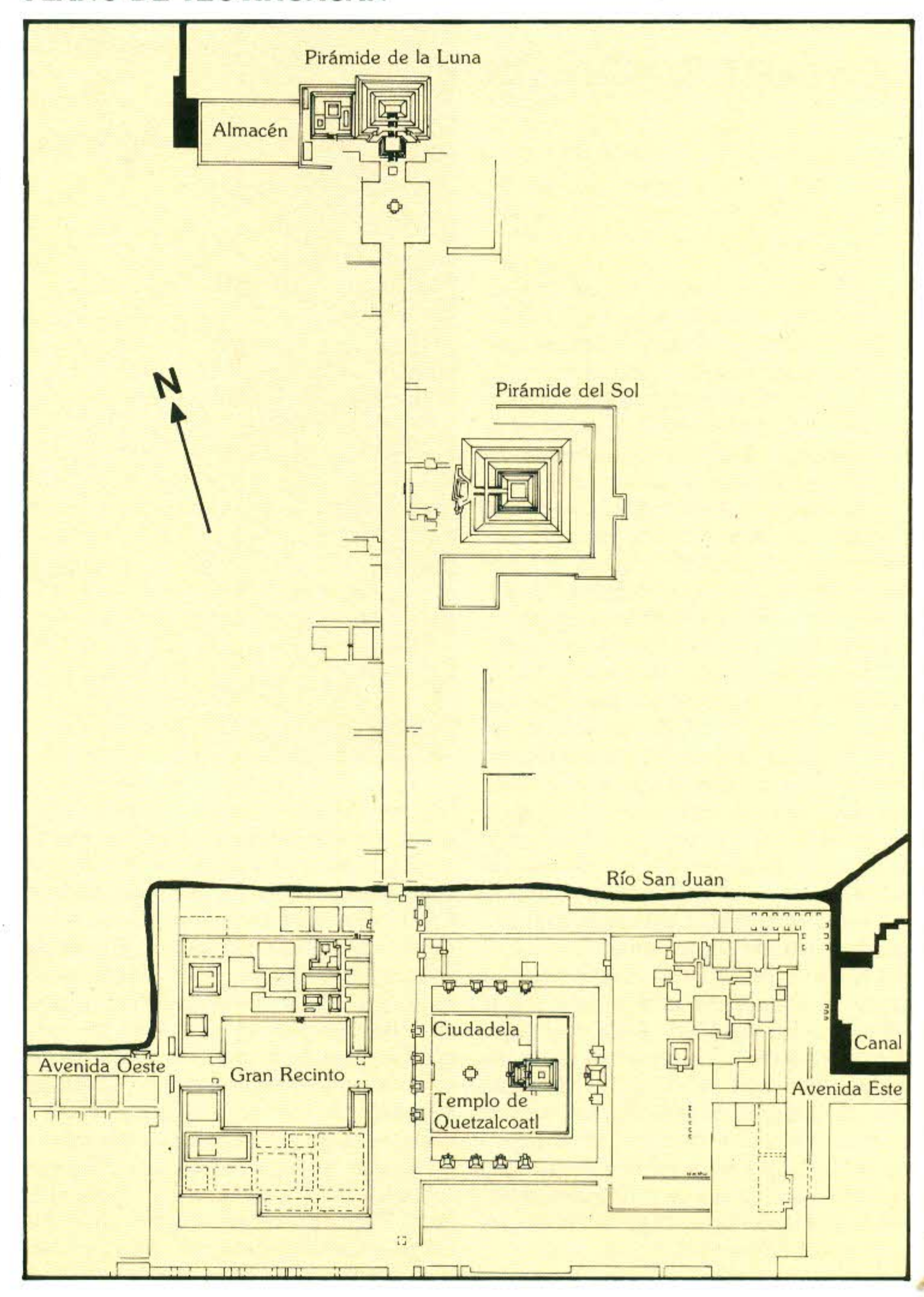
Hemos señalado antes que la ciudad contaba con 50.000 habitantes, pero lo cierto es que en su momento de máximo esplendor, con los aztecas, llegó a alojar hasta 100.000 personas, con adiciones anuales de centenares de miles de peregrinos. Pero su superioridad respecto a ciudades religiosas de otras latitudes, como la india de Benarés o la árabe de La Meca, estriba en su mejor planificación y en la disposición de sus apartamentos, de planta única, especialmente previstos para la intimidad, a pesar de su apariencia externa adusta y casi de tipo carcelario. El material utilizado en la construcción provenía de cercanas canteras, de donde se extraía roca volcánica que se mezclaba con yeso y tierra mojada, de cuyo resultado salía un cemento sumamente resistente. Las superficies de los suelos eran pulimentadas.

Mas, antes de llegar los aztecas, ¿qué clase de gentes habitaron Teotihuacán? En la cúspide de la estratificación social se situaban los sacerdotes, el funcionariado y los jefes militares. El grueso de la población estaba compuesta por artesanos y agricultores, que labraban las tierras situadas en las afueras del gran recinto urbano. Los talleres de tallado de la obsidiana estaban muy difundidos. En la plaza del Gran Recinto se celebraban los mercados, a los que acudían forasteros para comerciar.

La proyección exterior de sus habitantes fue asimismo notable. La influencia de Teotihuacán aparece en zonas de dominio maya, en Kaminaljuyu, en las cercanías de la capital de Guatemala, en donde se establecieron sacerdotes y soldados teotihuacaníes. En el templo maya-guatemalteco de Tikal hay claros indicios de la influencia religiosa y artística de Teotihuacán.

¿Cuáles fueron las causas del declive de Teotihuacán? Se han citado factores climáticos: una tremenda sequía que desforestó la zona y arruinó los cultivos. Ello habría motivado una fuerte emigración. Por otra parte, hay huellas indiscutibles de

PLANO DE TEOTIHUACÁN



Límites de la Mesoamérica

Límites internacionales

Límites de los Estados de la República Federal Mexicana

Lugares arqueológicos en la Mesoamérica

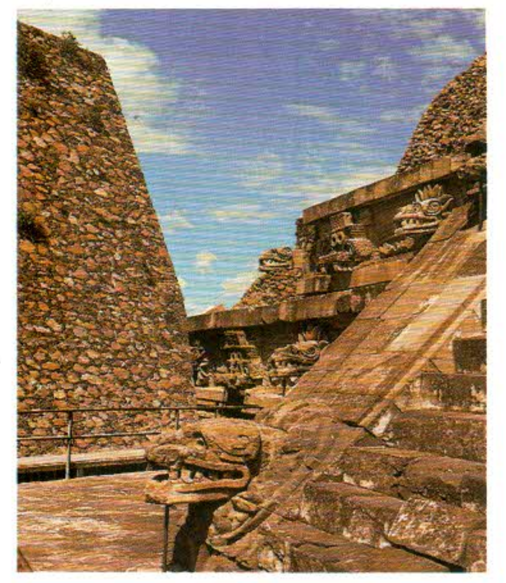
1 - Kaminaljuyu
2 - La Venta
3 - Zapotes
4 - Monte Albán
5 - Uaxactum
6 - Tikal
7 - Palenque
8 - Copán
9 - Uxmal
10 - Tajín
11 - Cerro de las Mesas
12 - Cempoala
13 - Tula
14 - Mitla
15 - Chichen-Itzá
16 - Tulum
17 - Tenochtitlán (México)
18 - Río Bec
19 - Teotihuacán
20 - Cholula
21 - Xochicalco
22 - Xicalanco
23 - Bonampak
24 - Quiriguá
25 - Jaina

que un sector de la gran ciudad fue arrasado violentamente hacia el año 750 de nuestra era. Y curiosamente, junto a ella declinaron otros centros similares, como Monte Albán.

Los enigmáticos toltecas

La historia, dificultosamente conocida, de los pueblos toltecas aparece vinculada al nombre de Tula, también llamada Tollán, ciudad donde según la leyenda «se yerguen aún los pilares de las serpientes».

La ciudad de Tula, citada por las leyendas, probablemente está identificada con el conjunto de ruinas situado en el actual Estado mexicano de Hidalgo, cerca de la urbe que actualmente lleva el nombre de Tula, a unos cien kilómetros al norte de la capital de la nación. Según la leyenda, Tollán era una ciudad perfecta, una utopía convertida en realidad, en donde la alimentación no presentaba problema alguno, dada la abundancia de medios, y el oro y la plata constituían elementos típicos en la ornamentación urbana. Cereales, algodón, cacao, legumbres... todo ello se producía en la ciudad en cosechas asombrosamente abundantes. En Tollán, al parecer, reinaba un rey-sacerdote Quetzalcoatl, del que nada se sabe con certeza, pero que siempre aparece vinculado al pueblo de los toltecas.



Mas, ¿quiénes eran los toltecas? Las crónicas registradas sobre ellos apenas aclaran nada. Algunas de ellas hablan de los «tolteca-chichimecas», otras de los «tolteca-monoalcas». También aparecen referencias a ciertos «toltecas de las estepas».

Arriba, mapa de Mesoamérica con indicación de los principales lugares arqueológicos.

Izquierda, vista parcial del templo de Quetzalcoatl, en Teotihuacán (México).

Página anterior, situación de los monumentos y población de Teotihuacán, antiguo centro religioso de México, al noroeste de la actual capital federal.

Algunas corrientes investigadoras asocian el nombre de toltecas con el de la ciudad de Teotihuacán.

Lo más verosímil es considerar a los toltecas como los antiguos habitantes de Tula y su región. Ellos impulsaron la hegemonía de la ciudad que acabó sustituyendo a Teotihuacán como punto de referencia cultural y religioso del área. El soberano tolteca llamado Quetzalcoatl-Topiltzin es citado en ciertas leyendas como el monarca soberano de un fabuloso imperio, un auténtico «El Dorado». Un jefe guerrero victorioso en todas sus empresas.

Esta primacía de los toltecas como antiguos moradores de Tula es, sin embargo, cuestionada por algunas referencias que sitúan a los chichimecas como los primigenios moradores. Eran éstos lingüísticamente afines a los aztecas, pues hablaban el nahuatl.

Un intento de reconstrucción de la historia de Tula podría desarrollarse del siguiente modo: al iniciarse el siglo IX una masa de bárbaros belicosos invadieron el mediodía de México, arrasando todo lo que hallaron a su paso. Su jefe era llamado Mixcoatl, y ciertas leyendas afirman que fue él quien destruyó Teotihuacán. Lo que sí parece seguro es que derrotó a las tribus establecidas en el altiplano, y que muchos pueblos se sumaron a sus efectivos. El jefe Mixcoatl fue sucedido por su hijo, Ce Acatl Nacxitl Topiltzin, que posteriormente asumió directamente el nombre del dios Quetzalcoatl, quien hizo de Tula su capital residencial. En una roca cercana a las ruinas de la ciudad, un grabado le representa rodeado por una serpiente emplumada, símbolo de la máxima divinidad. Este monarca habría sido un gran reformador. A partir de aquí, los mitos y la falta de datos limitan la realidad.

¿Qué papel desempeñaron esos invasores y qué relación tuvieron con respecto a los toltecas? Probablemente, los toltecas eran una de las tribus que formaban parte de aquellos bárbaros. En el noroeste de México se han realizado importantes investigaciones al respecto, en unos yacimientos arqueológicos en los que los toltecas dejaron las huellas de una huída masiva, resultante de la caída de Tula en poder de los aztecas.

Son los aztecas quienes se sitúan como sucesores de aquellos famosos guerreros que eran los chichimecas, pero por otra parte se sentían orgullosos de ser los herederos culturales de los toltecas. Viejas crónicas afirman que aquel rey llamado Topiltzin fue sucedido en el trono de Tula por Mactlaxochitl y posteriormente existe una lista que culmina con un supuesto monarca de origen extranjero llamado Huemac, del que la leyenda cuenta que tuvo grandes dificultades para contraer matrimonio, pues «apetecía una mujer que poseyera un trasero de cuatro codos de ancho». Este último monarca fue impopular, y durante su mandato debió tener lugar una sublevación y una guerra civil, cuyo resultado fue la muerte del rey y la destrucción de la ciudad, escindiéndose el reino en diversos pequeños Estados. Ello hubiera sido el fin de los toltecas.

Es verosímil considerar que quizá, más que una guerra civil, lo que se produjo fue una nueva invasión de hordas provenientes del norte, atraídas por el bienestar y la riqueza del reino tolteca. Según esta visión, habrían existido en Tula los «toltecas históricos», y estos nuevos bárbaros serían los chichimecas, produciéndose a partir de entonces la fusión entre ambos pueblos.

Según las crónicas, la introducción de sacrificios humanos fue obra del último rey Huemac, pues antes, en la época de Topiltzin, los dioses solamente recibían ofrendas florales y el sacrificio de animales, especialmente aves. Otras narraciones citan la existencia de jardines y de diques de riego, que serían destruidos por los aztecas, provocando la ruina de la agricultura, y «los árboles frutales fueron cambiados por matorrales de espinos».

Un dato fundamental sobre los toltecas es que ellos introdujeron los tratamientos metalúrgicos en el centro de México. Hacia el año 1000 de la era actual exportaban mercancías de cobre (cascabeles). Aparte de ello, poca cosa más puede decirse de los toltecas, cuya hegemonía se desarrolló entre los siglos IX y XII.

Los olmecas y la cultura del caucho

Los olmecas eran los habitantes de las tierras de Olmán, que significaba «país del caucho», en una zona situada al sur del litoral occidental mexicano, llamada también «tierra de Tlalocán» por referencia al dios de la lluvia.

Los habitantes de aquel remoto lugar protagonizaron una antigua civilización, reconocida por los aztecas. En una coyuntura recibieron la influencia de Teotihuacán, y ellos mismos invadieron Cholula, en donde dejaron una bella cerámica polícroma. En 1939 y 1940 una expedición investigó numerosos yacimientos olmecas, especialmente el del Cerro de las Mesas, situado a unos cien kilómetros al sudeste de la localidad de Tres Zapotes, y posteriormente los de Tabasco e Izapa, más al sur. Se descubrieron allí numerosos altares con estelas decoradas con personajes y paneles grabados con cabezas de jaguar. Estos descubrimientos provocaron la celebración de un congreso etnológico para tratar exclusivamente la complejidad del tema de los olmecas, acordándose sustituir el concepto de «cultura Olmeca» por el de «cultura de La Venta», aunque La Venta representa tan sólo una fase de la civilización de los olmecas.

Entre los descubrimientos realizados por la expedición citada, destaca un gran monumento que representa al «dios pájaro», con los rasgos sexuales masculinos muy destacados, cosa inaudita en el arte mexicano antiguo, salvo excepciones (Monte Albán). En esta figura y en numerosos bajorrelieves, en los que es palpable la influencia olmeca, las cabezas de jaguar allí representadas son casi idénticas a las halladas en La Venta.

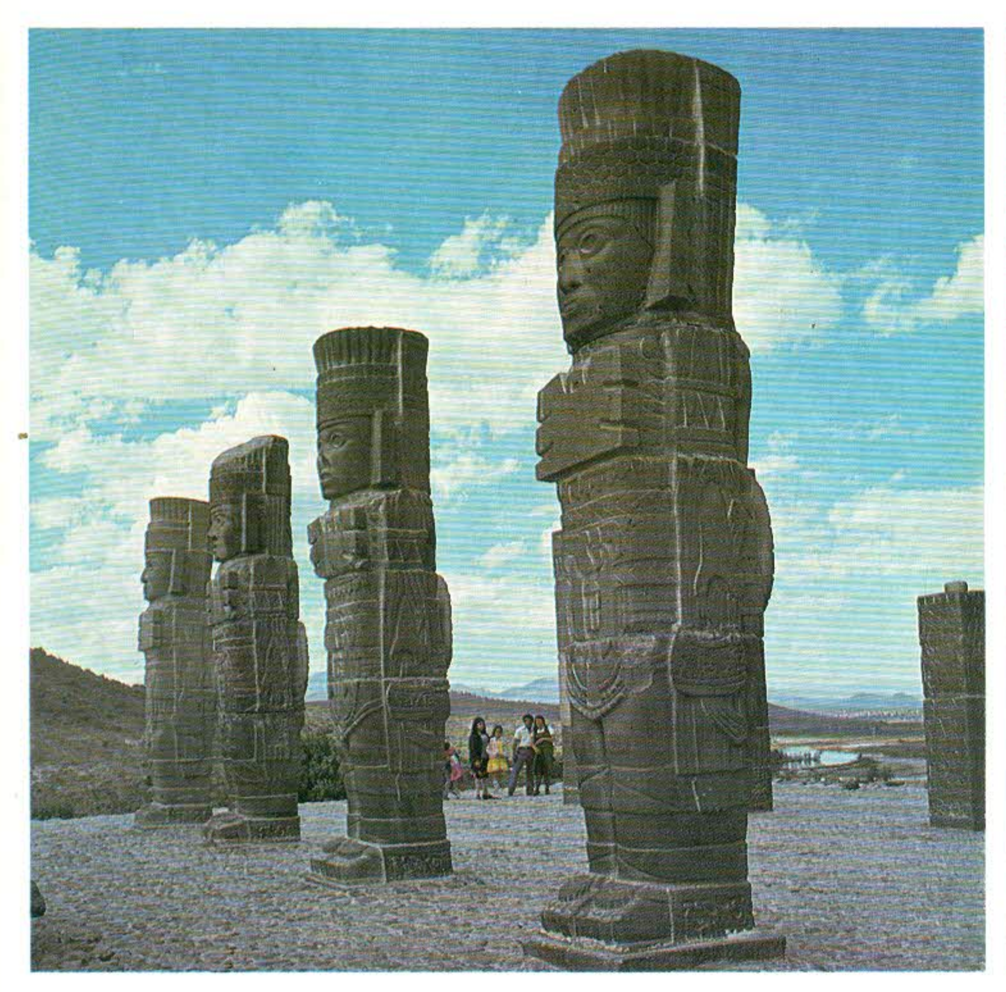
En uno de los múltiples altares destacan unos relieves en los que están representados unos extraños personajes de poca estatura: unos enanos. Portan unos tocados singulares y gesticulan con gran vehemencia. Se trata de representaciones que recuerdan claramente a unas figurillas olmecas trabajadas en piedras semipreciosas, con cabeza de jaguar. Todo ello aparece envuelto en el más absoluto de los misterios. Ni tradición oral ni documentación escrita hacen la más mínima referencia a esta imaginería escultórica.

Igualmente está rodeada de incertidumbre una pirámide, llamada de Uaxactún, hallada en el primigenio territorio de los mayas (norte de Guatemala), que aparece prolíficamente decorada con máscaras de estuco similares a las viejas esculturas olmecas depositadas en La Venta, lugar que, como ya se ha indicado, recibió en algún momento remoto la llegada de los cultos olmecas, expulsados de sus tierras.

Los mayas

«No es necesario atribuir a esta ciudad en ruinas una excepcional dimensión ni remontarla a una época tan antigua como la de los egipcios, pongamos por caso. Lo que tenemos ante nuestros ojos es ya por sí mismo lo suficientemente grandioso, extraño e interesante; es la herencia de un pueblo cultivado, refinado, que había pasado por todos los estadios, de la ascensión al ocaso». Así se expresó el arqueólogo John L. Stephens cuando llegó a la ciudad maya de Palenque.

Palenque se halla situada en las altiplanicies boscosas de Chiapas y fue la primera de las ciudades del llamado Imperio Antiguo descubierta por los españoles. Ella y otros centros parecidos son los únicos «documentos» existentes para analizar





Izquierda, atlantes con figura de guerrero que sostenían el techo del templo de la Estrella Matutina, en el centro arqueológico de Tula. Cultura olmeca (México).

Derecha, figurilla olmeca en piedra verde, procedente del Cerro de las Mesas, Veracruz. Preclásico superior. (Museo Nacional de Antropología, México.)

la historia de la civilización maya. En ellos hay fechas, jeroglíficos y una abundante producción artística. Pero ningún documento. Testimonios verdaderamente «históricos» sólo se hallan en los libros escritos por los indios utilizando ya caracteres de escritura europeos, que mezclan la historia y el mito formando un cuerpo literario difícil de disociar.

Los mayas –que habitan aún territorios de sus ascendientes– eran un grupo humano homogéneo distribuido en el altiplano de Guatemala y en la península de Yucatán. Sin embargo, hay especialistas que consideran que en su seno había, cuando menos, hasta seis divisiones de tipo lingüístico. Pero esto es sólo una hipótesis.

Los territorios en donde la civilización maya alcanzó su mayor esplendor son zonas actualmente selváticas. Una división establece tres áreas diferenciadas geográfica y culturalmente: el centro, que incluye el norte boscoso de Guatemala, zonas de Chiapas, Tabasco y parte de Honduras, sedes de la civilización maya clásica, desarrollada desde el año 300 al 900 después de Cristo. Sería ésta la época también llamada del Imperio Antiguo.

La segunda zona comprende la península de Yucatán, que incluye la fase cultural del Imperio Nuevo, sin que ello signifique que aquí no se dieran formas similares a las del Imperio Antiguo.

La tercera zona incluiría gran parte de la Guatemala montañosa y El Salvador, integrando la Provincia Sur.

Al igual que otras civilizaciones desarrolladas en Mesoamérica, la civilización maya se produjo en un medio ambiente en el que habían existido ya otras culturas arcaicas. En la mayoría de casos solamente han subsistido vestigios muy escasos de las primitivas civilizaciones. Durante el período inicial, Yucatán no era un territorio despoblado, a pesar de que se creyó lo contrario hasta fechas muy recientes, que señalaban que la zona comenzó a ser habitada al hundirse en el siglo IX los centros religiosos del mediodía de México.

Resumiendo: las tres provincias de la civilización maya debieron estar ya habitadas en una época antigua, al tiempo que se introducía el aprovechamiento del maíz, pero no se han encontrado señales de una ocupación anterior de los territorios. De cualquier forma, no es imposible que el poblamiento de la provincia central se produjera entre los siglos IV y IX, cinco siglos en los que la cultura maya alcanzó su máximo apogeo. Al finalizar el siglo IX, las ciudades religiosas fueron sucesivamente abandonadas.

El período clásico

La época de máximo esplendor de la civilización maya ha sido llamada de formas muy distintas para significar su contenido, pero el de «período clásico» ha primado para definirla. Algunos autores han comparado las condiciones políticas de la «época clásica» maya con las existentes en la antigua Grecia, es decir, con la etapa de ciudades-estado que compartían una lengua y una religión. En cambio, otros autores consideran la existencia de un gobierno central. Pero no se pone en duda el papel hegemónico desempeñado por los sacerdotes.

Los primeros santuarios se establecieron en las selvas vírgenes, durante los siglos I al III después de Cristo, en cuyos alrededores se fueron agregando unidades urbanas hasta constituir un cinturón. La primera fecha maya absolutamente cierta está grabada en una placa ornamental de jade, llamada «placa de Leyde», datada en el año 320. En la cara inferior de la placa está representado un personaje de perfil, cubierto de ornamentos de simbología religiosa, y a sus pies tiene a un mendicante, probablemente un prisionero, en posición sumisa. Otra fecha antigua obtenida está grabada en una estela de piedra de Uaxactún, que corresponde al año 328 después de Cristo. En la ciudad de Copán, en el extremo sudeste del área maya, se halló la fecha de 465 después de Cristo. Curiosamente, se trata de fechas todas ellas muy cercanas entre sí. Fue aquel período el inicio de la etapa clásica, que alcanzó su máximo esplendor entre los siglos VI y VIII.

El resultado de aquel progreso fueron los centros religiosos a que nos hemos referido anteriormente.

El más estudiado fue durante mucho tiempo la ciudad de Uaxactún, aunque no era la más interesante. Según parece, esta urbe estaba integrada por seis cuerpos de edificios conformados en torno a unas grandes plazas y avenidas. Los edificios se levantaban sobre plataformas escalonadas de tendencia piramidal. El edificio maya más antiguo de todos los conocidos se encuentra en esta ciudad y está fechado en el año 328 después de Cristo, e incluye una pirámide de unos 8 metros de altura.

Otra ciudad religiosa fue Tikal, la más extensa de todas las urbes mayas y la que posee las mayores pirámides, algunas de ellas de más de 40 metros de altura.

La ciudad de Tikal se encuentra en el valle que lleva su nombre, y desde lo alto su panorámica es impresionante. Aparece como una plataforma rectangular en la que destacan dos pirámides enfrentadas, en terrazas escalonadas. Se trata de santuarios muy elevados y sus salas interiores son, en cambio, oscuras y reducidas, lo que contrasta con el grosor de sus paredes, debido a la necesidad de sustentar adecuadamente la robustez de todo el edificio. El pueblo no penetraba nunca en esas reducidas estancias, en las que se ejecutaban rituales poco conocidos. En las grandes fiestas religiosas la muchedumbre se agolpaba alrededor de la plaza.



La visión popular de los ceremoniales debía sugestionar a las masas y los creyentes quedarían deslumbrados por la blancura estucada de las fachadas e impresionados por los barrocos bajorrelieves pétreos. En lo alto de las escalinatas que conducían a los santuarios, podían otear a los sacerdotes pomposamente recubiertos de plumas y ornamentos de jade, quienes de pronto podían ocultarse en los habitáculos y reaparecer acto seguido. El mito era así alimentado por las formas.

En aquella ciudad había asimismo gran número de pequeñas pirámides y una ingente cantidad de estelas. También se supone que debía albergar locales de baño y juegos, que hasta ahora no han sido hallados.

Copán es otro de los grandes centros mayas, situado en Honduras, en el extremo sudoeste del área maya. Se le ha llamado la «Atenas del Nuevo Mundo» debido a que fue sede de una gran preocupación por la ciencia, especialmente la astronomía. Los científicos de Copán establecieron el calendario de 260 días. Un hermoso templo de la ciudad está consagrado al planeta Venus. Fue centro del interés de los astrónomos mayas, quienes llegaron a calibrar la periodicidad de los eclipses de Sol.

En medio de la ciudad se encuentra una Acrópolis, un conjunto de terrazas, pirámides y santuarios que debían dominar toda la panorámica urbana.

Es en Copán donde radica una gran piedra que hace las funciones de altar, decorada con relieves en los que aparecen representados hasta dieciséis personajes tocados con turbantes y sentados al estilo oriental. Se trata de astrónomos de la casta sacerdotal que, al parecer, conversan en torno al calendario maya.

En Quiriguá, localidad situada al norte de Copán, se encuentran singulares altares pétreos con forma de animales mitológicos, de grandes dimensiones, junto a monolitos también gigantescos, aunque curiosamente no hay allí ninguna pirámide. Las principales construcciones de la ciudad se supone que datan de los años 700 y 800 de nuestra era.

Yaxchilán y Piedras Negras son también antiguas urbes ceremoniales, casi tan grandes como Palenque. Allí se han hallado cantidades considerables de estelas, muchas de ellas haciendo referencia a episodios bélicos. Ello se interpreta como el paso a la etapa en que los príncipes-sacer-

dotes dejaron paso a los príncipes-guerreros. En las cercanías de Yaxchilán, en la selva, en un lugar denominado Bonampak, que significa «pared pintada», fueron encontrados murales de excepcional calidad por sus pinturas perfectamente conservadas. Estos murales expresan tremendas escenas de batalla, con guerreros portando cascos que representan cabezas de animales y cráneos, mientras los prisioneros sangran abundantemente.

Los especialistas coinciden en afirmar que estas escenas de guerra señalan el fin de los gobiernos teocráticos mayas y la asunción del poder por los militares.

En el norte y el sur del Imperio Maya también se desarrolló una activa cultura. De Yucatán provienen inscripciones que datan del siglo V después de Cristo y que demuestran la existencia de teocracias. Al parecer, se registraron dos corrientes migratorias dirigidas hacia el norte desde la provincia central maya: la primera tendría lugar entre los siglos V y VII a través de la costa oriental, y la segunda partió del valle de Usamacinta y culminó en el sector occidental de la península de Yucatán.

En este período clásico surgió la más importante de las capitales religiosas mayas: Chichén Itzá. Seguramente fue fundada en el siglo V y abandonada en el año 692, sin que se sepa a ciencia cierta las razones del abandono. ¿Una catástrofe natural? ¿Sequías? ¿Hambrunas? ¿Pestes?

Los jeroglíficos y el calendario

Frente a los jeroglíficos mayas el investigador se sintió durante muchos años absolutamente impotente. No existía para la «escritura» maya la maravillosa «piedra de Rosetta» que permitió la traducción de los jeroglíficos egipcios.

Los jeroglíficos que constituyen la escritura maya no son signos silábicos y la gran dificultad para proceder a su desciframdo estriba en la polivalencia de los valores fonéticos. H.D. Disselhoff señala lo siguiente: «Los especialistas en el estudio de la civilización maya admiten hoy en día que aquéllos también poseían una escritura fonética simple, que puede ser definida como una forma perfeccionada de la escritura jeroglífica, en el sentido de que los *glifos* se han ido convirtiendo en tan convencionales, que por su primer significado no resultan reconocibles».

El arqueólogo Thompson ha puesto varios ejemplos de aquella complejidad. «Bolon Yocte» es el nombre de una divinidad cuyo sentido sería el de «nuevo tránsito hacia». Pero el glifo de la divinidad está compuesto de un signo que traduce la idea del «hombre nuevo» o *bolon*, de otro signo que identifica al «perro» u *oc* y el signo que identifica al árbol o *te*. Y sin embargo, ni los conceptos «perro» y «árbol» nada tienen que ver con el citado dios.

Tras una agobiadora tarea se han ido descifrando progresivamente gran parte de aquellos jeroglíficos que en su mayoría se relacionan con el calendario, es decir, los glifos designarían números, hechos astronómicos y latitudes, y representarían determinadas fases de tiempo, a modo de cambios de estación. No aparecen hechos históricos relatados a través del jeroglífico. El especialista alemán Thomas Barthel estudió en Chichén Itzá que uno de los signos del calendario maya, el *ahau*, está reproducido en diversas inscripciones en distintos monumentos. Junto a él ha encontrado ciertas descripciones que pueden relacionarse con problemas tales como la sequía, las dificultades de la recolección del maíz, etcétera. Sin embargo, puede tratarse de meras profecías, pues los mayas estaban obsesionados por los ciclos y la repetición de determinados sucesos.

De hecho, todos los pueblos de Mesoamérica han poseído el mismo calendario, compuesto de 260 días, de contenido religioso-profético. El número de días estaba dividido por 13 períodos, cada uno de 20 jornadas. Los aztecas señalaban estos períodos con cabezas de animales o con símbolos representativos del viento, el agua, etc. En cambio, los mayas complicaron mucho más la simbología, hasta el punto que ha habido quien los ha identificado con signos del zodíaco.

El calendario maya se denominaba *Tzolkin* y en él cada uno de los 20 signos se combina en una repetición regular con las cifras de 1 a 13, de modo que el catorceavo nombre de un día se repite en relación con la cifra 1, el quinceavo con la 2, y así sucesivamente. Esto es, el primer signo del día se repite con el ciclo siguiente de 20 días, en combinación con la cifra 8.

La fijación de una fecha maya es muy complicada, puesto que el año de 260 días del calendario ceremonial se combina con un año de 365 días, integrado por 18 meses de 20 días y de un mes final de 5 días.

En las inscripciones muy antiguas aparecen también «series suplementarias», que señalan la cronología lunar. Y buscando la precisión utilizaban fórmulas correctivas para adaptar las fechas a las circunstancias de cada época. Las fechas establecidas en función de los movimientos del planeta Venus aparecen en algunas inscripciones y denotan un exacto conoci-



Arriba, busto en piedra del dios del maíz, procedente de Copán (Honduras), una de las divinidades más reverenciadas entre los mayas porque protegía el cultivo de esta gramínea, que era la base de la alimentación de los pueblos mesoamericanos. (British Museum, Londres.)

Página anterior, lápida que cubre el sarcófago en la cripta del templo de las Inscripciones, en Palenque (estado de Chiapas). Pertenece al período clásico de la civilización maya. (Museo Nacional de Antropología, México.)

miento de los mismos, producto de una larga tarea observadora; ello es realmente asombroso si se tiene en cuenta que no disponían de instrumental apropiado.

La aritmética maya estaba también muy desarrollada, situándose aquí en vanguardia de las aportaciones en la historia de la humanidad. Al parecer utilizaban el cero dos siglos antes de la llegada de los españoles, aunque solamente lo contemplaban dentro de un sistema vigesimal, no decimal. La coordenación de las cifras no presenta la misma orientación que en el sistema árabe, sino que están clasificadas de abajo hacia arriba. En la parte inferior colocaban las unidades, más arriba y en otra capa situaban las veintenas, luego las centenas, y así sucesivamente.

El sistema religioso

Los mayas, como todas las civilizaciones antiguas, fueron colectividades dominadas por los mitos, y a partir de los cuales organizaron una estructura religiosa vinculada normalmente al poder político y al dominio sobre la sociedad.

Por ejemplo, en Yucatán el sumo sacerdote tenía el título de «príncipe-serpiente» y era él quien ordenaba a los sacerdotes menores, llamados *ahkin*. El sumo sacerdote era un personaje de estirpe «real» y transmitía su carga mediante herencia. De hecho, era el jefe de lo espiritual y lo cultural, asumiendo la dirección de las cuestiones pedagógicas y era también quien autorizaba la institucionalización de algún descubrimiento nuevo.

El papel de los sacrificios en el sistema ceremonial maya está poco claro. En el período clásico existen grabados sobre sacrificios humanos. En este sentido son reveladores los de Piedras Negras, en los que puede verse a individuos con el pecho descuartizado al pie de un altar. La presencia de cabezas cortadas en las pinturas de vasijas halladas en Tokal hacen pensar en que la inmolación también comportaba trágicos episodios de decapitación. Lo confirma el hallazgo de algunas urnas que contenían cráneos.

Sin embargo, parece ser que los sacrificios se hicieron más frecuentes en Yucatán por influencia del contacto con otros pueblos. Concretamente se tienen noticias de que un ceremonial especialmente importante consistía en extraer el corazón a la víctima, después de haber sido inmolada a flechazos. Se cree que también procedían a arrojar personas a los ríos, con el objetivo de evitar posibles catástrofes. En Chichén Itzá había unos cenotes sagrados en donde, en suntuosas ceremonias, se arrojaban indistintamente alimentos, joyas y los restos de las víctimas sacrificadas, que en general eran hombres.

El conocimiento de los dioses mayas es superficial y no siempre se les puede asimilar con los otros dioses de las culturas mesoamericanas. El dios de la lluvia Chac, extendido a numerosas civilizaciones de aquella zona, tiene un origen maya. Chac era, en Yucatán, el dios benefactor del agua fecundadora, y también el dios del rayo y protector del maíz. Se le representaba de formas muy diversas, pero siempre con larga nariz, con forma de trompa de tapir. En ocasiones, bajo los ojos le grababan unas lágrimas, símbolo del agua fecundadora. Otra deidad maya importante es Itzamná, dios del cielo, hijo de la suprema divinidad creadora y ordenadora del mundo, la cual habría comunicado a los hombres el saber. Probablemente el dios del Sol era él mismo. Su esposa era Ixchel, diosa de la Luna, deidad temible, pues su ira se traducía en inundaciones y catástrofes de todo tipo. Hay también un dios del maíz, protector de la familia y del bienestar.

Frente a ellos, el dios de la muerte era representado en forma de esqueleto humano y asimilado al dios de la guerra. El perro, el búho y el buitre son utilizados para representar a este dios de las tragedias. Un dios protector del comercio era el llamado de la «estrella polar». Y curiosamente había una diosa del suicidio, Ixtab, conductora de los autoinmolados hacia la felicidad.

Como la mayor parte de religiones, el sistema de creencias maya era maniqueo: fuerzas del bien en lucha con fuerzas del mal, siempre en perpetua confrontación, a modo de un equilibrio inestable que exigía un ceremonial vigilante y diligente para mantener satisfechas a las deidades del bien. En el cuadro mitológico del Universo, la Tierra era concebida como un disco plano flotante en el magma espacial, y sobre este magma se levantaba un cielo estratificado. Así, las pirámides, con sus escalonamientos a modo de estratos superpuestos, eran una simbólica representación celestial, en cuya cúspide moraban los dioses.

Creían que los guerreros muertos en combate, las mujeres fallecidas al parir un hijo, los sacerdotes y jefes, así como los suicidas iban, tras la muerte, directamente al paraíso. En cambio, los malvados, siempre surgidos de la plebe, estaban destinados al suplicio eterno de un infierno.

El sistema político

El sistema político y la estructura social del Imperio Maya son, una vez más, poco



conocidos. Únicamente se poseen datos seguros sobre el período posclásico.

Se sabe, por ejemplo, que en Yucatán el poder lo detentaba una oligarquía de familias que gobernaban vastos territorios desde los centros urbanos residenciales. Posiblemente entre los siglos X y XV existió un Gobierno central, pero se disolvió tras la crisis de la Liga de Mayapán acaecida en la década de 1440.

El Yucatán del período posclásico era un conjunto de Estados gobernado por una Halach Hunic («gran hombre» u «hombre verdadero»), que al morir era sucedido por su primogénito. Este mandatario cuidaba de reclutar la élite dirigente y asegurarse de su educación, realizando pruebas de aptitud cada 20 años.

Tras el supremo mandatario operaba una trama de jefes locales, encargados de mandar las tropas en situaciones bélicas y de presidir las asambleas de la colectividad en las fases de paz, en las que administraban la justicia en los casos de litigio y se ocupaban del tributaje.

Hasta cuatro capas sociales cabe distinguir en la estratificación social de Yucatán: sacerdotes, aristocracia, hombres libres y esclavos. La aristocracia se fundamentaba en la sangre y el linaje, y de ella se reclutaban los jefes militares, elegidos para períodos de tres años.

Los hombres libres eran artesanos, albañiles y agricultores. Su actividad era protegida por la aristocracia, e incluso aquellos que en la vejez eran pobres o sufrían enfermedades tenían asegurado un cuidado mínimo, a modo de una jubilación.

Los esclavos se reclutaban de entre los prisioneros de guerra y la delincuencia. Los cautivos nobles podían ser rescatados por sus pueblos, pero si éstos no se interesaban, entonces eran sacrificados a los dioses. Un dato curioso es que un ladrón convicto pasaba a ser esclavo de la persona dañada, aunque ésta no fuese de condición noble. El mantenimiento de relaciones sexuales con esclavos de uno u otro sexo comportaba la pérdida de la condición social del que infligía la ley.

Había en Yucatán una elevada concepción del derecho civil. Los culpables de asesinato, robo, adulterio, etc., eran condenados convenientemente. Sin embargo, los mayas sabían distinguir las flaquezas humanas y los errores de la intencionalidad, e incluso el homicidio involuntario era penado con una reducida multa en especies o trabajo forzado. Por otra parte, un marido podía ser condenado si su mujer se suicidaba a causa de su mal comportamiento.

El robo era duramente perseguido y la existencia de cerraduras en las viviendas hace pensar en que debió constituir, a veces, una plaga. Si el ladrón era de noble estirpe se le tatuaba el rostro en público. La pena de muerte era sentenciada por el jefe local, pero su ejecución tenía que ser aprobada por el monarca o príncipe de la capital. Los juicios se celebraban en público y el reo tenía derecho a ser defendido y a que fueran escuchadas sus razones.

La civilización azteca

El 8 de septiembre de 1519 los españoles entraron en la ciudad de Tenochtitlán-Tlatelolco, complejo urbanístico formado a raíz de la conquista de Tlatelolco —una ciudad-Estado construida en la laguna llamada Texcoco— que fue independiente hasta 1473, fecha en que fue conquistada por los aztecas de Tenochtitlán. A partir de aquella coyuntura, ambas integraron una misma ciudad, centro del mundo azteca o mexica.

Cuando la expedición española llegó a la ciudad, ambos sectores estaban unidos por un canal a través del cual circulaban embarcaciones. La laguna estaba jaspeada por infinidad de islotes artificiales o *chinampas*, a modo de jardincillos flotantes levantados sobre una especie de embarcaciones de caña cimentadas por fango y ancladas al fondo.

La actividad que existía en la ciudad impresionó a los españoles y de ello los cronistas han dejado notables testimonios.

Los arsenales de Tenochtitlán estaban provistos de abundante armamento: arcos, flechas, jabalinas, escudos, cascos, defensas, etcétera. La ciudad estaba poblada de árboles y rebosaba de flores por todas partes y sobre los estanques pululaban mil aves de las más diversas especies. Bernal Díaz del Castillo se sintió especialmente impresionado por las plazas y mercados. Su relato dice así: «Quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ellos habían y del gran concierto que allí reinaba. Cada género de mercaderías estaba en lugar propio, en lugares señalados a propósito». Y a continuación el cronista enumera los tipos de géneros que allí se vendían o cambiaban: mantas de algodón, sandalias de fibra de henequén, papel de corteza, pieles diversas, cerámicas, legumbres, cereales, miel, perfumes, ungüentos, hierbas terapéuticas, sal, hachas de cobre y bronce, excrementos humanos utilizados como productos químicos para diversos trabajos, etcétera. Los talleres de artesanía de obsidiana ocupaban amplias zonas de la ciudad. Tres delegados gubernativos vigilaban el sosiego del mercado, ayudados por alguaciles.

Los orígenes

La fecha de la fundación de Tenochtitlán es, al parecer, 1370, aunque los aztecas se asentaron en aquella zona bastante antes.

Los aztecas eran una tribu muy pobre cuando llegaron al sitio lacustre de Tlatelolco protegidos por su dios Huitzilopochtli, quien según la leyenda les condujo hacia aquella «tierra de promisión». Eran un pueblo belicoso, descendiente de los llamados «bárbaros de las estepas del norte», temidos por todos los habitantes del centro y el sur. Algunas crónicas relatan



Arriba, figura en terracota del arte maya, que representa a un hombre con rico tocado teniendo en la mano una vasija usada probablemente para contener copal, resina transparente que se empleaba para la fabricación de lacas y esmaltes. (Colección particular, Milán.)

Página anterior, estela esculpida, una de las más importantes muestras del arte plástico maya. (Museo Nacional de Antropología, México.)



que los aztecas se habrían instalado en territorios de Chapultepec, ricos en agua, y lo cierto es que una vez se aposentaron en Tenochtitlán, los soberanos acudían a aquella zona a pasar períodos de descanso.

Conservaban el hábito de realizar pillajes en las posesiones de otros pueblos vecinos y, entre otras cosas, raptaban a sus mujeres. Durante largo tiempo fueron continuas las hostilidades entre los aztecas y esos pueblos, e incluso una confederación militar llegó a someterlos, obligándoles a pagar tributos, a pesar de lo cual mantuvieron su tradición de gente rebelde, temeraria y valerosa.

Es imposible tratar la historia de los aztecas sin hacer referencia a la historia global del Valle de México. Una historia a menudo contradictoria. En aquel valle, las tribus existentes combatieron sin tregua durante el siglo XIII en aras de alcanzar la hegemonía política y militar. Por ejemplo, se hizo célebre la lucha entre los colhua y los tapanecas, que lucharon hasta la extenuación. La ciudad de Texcoco estuvo sometida a los tapanecas, hasta que el auténtico príncipe de la misma, Netzahualcoyotl, se alió con otros príncipes para desalojar a los invasores, siendo finalmente muerto el tirano Maxtla. Entre los aliados estaban los aztecas, cuyo poder salió robustecido del conflicto, apropiándose de la mayor parte del botín obtenido. Los aztecas instalados en Tenochtitlán tenían como soberano a Itzcoatl, quien cimentó su poder con la alianza mantenida con las ciudades-Estado de Texcoco y Tlacopán. Aunque aquel soberano era el sucesor de una línea dinástica que había contado, al menos, con dos titulares, su importancia radica en que fue bajo su reinado (1428-1440) cuando se produjo la fusión de Tenochtitlán y Tlatelolco, constituyen la base del poderío azteca.

Los antecesores de aquel monarca fueron vasallos de otras ciudades-Estado, a las que debían de pagar tributaje. Él quebró aquella dependencia y la invirtió, convirtiéndose en promotor de nuevas construcciones y de la modificación de la administración y la política del reino. Tras conquistar extensos territorios, los distribuyó entre sus principales generales, creando la base de una casta militar y social, que ejerció una verdadera hegemonía sobre el resto de la sociedad azteca.

El sucesor de Itzcoatl fue Moctezuma o Montecuzoma I, consignado a veces como «Aquel que se dirige al Cielo». Este soberano es considerado como el auténtico fundador del Imperio Azteca, aunque su reinado, entre 1440 y 1469, coincidió con el asumido por Netzahualcoyotl de Texcoco, que fue su aliado. Moctezuma I inició una nueva expansión dirigiendo expediciones militares hasta los confines del océano, obteniendo tributos de numerosos pueblos. También concertó con la ciudad-Estado de Tlaxcala un curioso tratado.

Tlaxcala era una pequeña ciudad-Estado cercana a Tenochtitlán, separada de ella por un área lacustre y colinas, y cuyos habitantes hablaban la misma lengua que los aztecas. El singular tratado obligaba a ambas partes firmantes a combatir periódicamente. Fueron aquellas las «guerras de las flores», nombre que oculta los episodios de sangre y violencia propios de todas las guerras. Este extraño pacto obligaba a enfrentar a los dos ejércitos en un campo de batalla elegido previamente por ambos bandos. La lucha permitía a los soldados ejercitarse trágicamente y a los sacerdotes de uno y otro lado obtener los prisioneros necesarios para sostener sus rituales sangrientos. La exasperación de los tlaxcalos se produjo por estas «guerras pactadas», pues ellos eran más débiles. Ésta fue la causa de que los españoles encontraran en ellos unos formidables aliados para destruir el Imperio Azteca.

El reinado de Moctezuma I fue pródigo en construcciones, destacando un acueducto que facilitaba la llegada a la ciudad de agua potable proveniente de la fuente de Chapultepec.

El período entre 1451 y 1456 fue de grandes hambrunas, inflexión de crisis en que la revolución estalló y los perdedores fueron vendidos por las clases aztecas dominantes como esclavos a otros pueblos.

Moctezuma falleció sin herederos masculinos, sucediéndole su nieto Axayacatl (1469-1481). Este monarca acabó con la ya limitada autonomía de Tlatelolco, con cuyo soberano —según una fuente documental poco segura— se batió en duelo, derrotándole y arrojándolo desde lo alto del escalón de una pirámide.

Axayacatl fue sucedido por su hermano Tizoc, que solamente reinó hasta 1486, y que al parecer murió envenenado por sus jefes militares, quienes le consideraban débil e indigno de ocupar el trono. Tizoc, sin embargo, antes de morir culminó la construcción de la mayor pirámide de Tenochtitlán, en la cual había un gran vaso-pozo en el cual eran incinerados los corazones de las víctimas de los sacrificios, y en el que hay grabados que representan al monarca.

A Tizoc le sucedió otro hermano, Ahuitzotl (1486-1503), el cual consagró los templos de la ciudad en unas trágicas ceremonias durante las cuales pudieron ser inmoladas más de 20.000 víctimas. Este monarca, al contrario que su antecesor, fue un hombre belicoso y sus ejércitos se expandieron hasta las zonas fronterizas con territorios mayas, consiguiendo nutridas remesas de prisioneros y grandes botines. La población de la ciudad de Tenochtitlán aumentó desmedidamente y fue necesario construir un nuevo acueducto para traer aguas potables.

El rey murió en un accidente, según fuentes poco seguras, mientras cazaba,



sucediéndole su primogénito Moctezuma II (1503-1520), quien organizó una corte dotada de gran ceremonial y boato. Él realizó actos de humillación contra la nobleza de Texcoco, que hizo esperar su venganza hasta que llegaron los españoles, con quienes se aliaron.

Moctezuma II seguramente cometió verdaderos genocidios en el ceremonial de sacrificios, razón por la cual los españoles habrían sido recogidos en un primer momento como liberadores por los pueblos agobiados por la presión azteca. En ese período de gobierno, algunas crónicas hablan de presagios y profetizan tragedias, producto probablemente de la llegada de noticias sobre la presencia «extraña» de hombres «blancos y barbudos provenientes del mar», que pululaban por el litoral de Yucatán. Noticias probablemente traídas por los comerciantes.

Cuando el rey azteca tuvo noticia de todo ello se asustó y convocó oráculos y a sus sacerdotes, buscando explicaciones sobre el futuro y acerca de la identidad de los intrusos. En su delirio, llegó a confundirlos con deidades y envió emisarios en su busca. La leyenda explica que estos embajadores comieron tierra delante de Cortés y sus hombres, para demostrar así su sumisión y veneración.

El contacto del monarca con los soldados de Hernán Cortés fue trágico y, el 27 de junio de 1520, Moctezuma fue «vilmente asesinado» por aquellos a quienes confundiera con Quetzalcoatl.

Estado y sociedad

Se hace complejo hablar de «Imperio Azteca», pues en el momento del hundimiento del reino de Moctezuma II la situación era de aparente federación con otras ciudades-Estado. Sin embargo, los tributos que recibía Tenochtitlán, capital de los aztecas, tiene todos los rasgos de una relación de vasallaje y sometimiento.

Sin embargo, los reyes de la confederación eran elegidos por los máximos dirigentes de cada una de las ciudades-Estado reunidos a propósito. Igualmente, cada miembro de la confederación podía declarar guerras por su cuenta. Mas lo cierto es que, justo con Moctezuma II, la hegemonía de Tenochtitlán fue tal que cabe considerarlo como un verdadero emperador, o el máximo entre jefes iguales.

Al parecer, en sus orígenes, la organización política de los aztecas fue democrática, pero evolucionó hacia la conformación de una verdadera realeza. Los predecesores de Moctezuma II tenían la dignidad de *tlatoani* u oradores, los «propietarios de la palabra», máximo cargo en el Consejo de los Clanes. El líder, después convertido en rey, tenía un consejero, una especie de primer ministro o canciller, aunque se desconocen sus exactas atribuciones. Sin embargo, esta figura declinó con Moctezuma I. Es necesario señalar también que todos los sucesores de Itzcoatl fueron elegidos en el seno de la misma familia, dato sumamente revelador. Y esta familia se apoyó sobre una oligarquía.

Esta aristocracia de dignatarios tuvo orígenes militares imperialistas, y estaba integrada por clanes, cuyos miembros habitaban en los suntuosos barrios de Tenochtitlán y se casaban entre sí. La economía de esta aristocracia era controlada por una asamblea de notables y tenía gran influencia a la hora de nominar un rey.



Arriba, tambor de guerra hecho de un tronco de árbol, enteramente tallado, con figuras de guerreros y animales en actitud amenazadora. (Museo de Antropología y de Historia del Estado, Toluca.)

Izquierda, Coatlicue, la diosa azteca de la tierra, de la vida y de la muerte, representada como una mujer joven. (Museo de Antropología, México.)

Página anterior, distribución territorial y centros de cultura en la Mesoamérica precolombina.

Esta asamblea, en alguna época debió poseer el máximo poder, pero al aumentar el poder de los aztecas, las jerarquías se complicaron y fue necesario un árbitro que ordenase la relación entre los clanes. Nacería así el rey azteca, aunque el concepto de «rey» es de un contenido distinto al dado en Europa.

También cabe consignar la existencia de una casta de comerciantes cuyos miembros eran de calidad «superior» al resto de la población. Era la élite del dinero. Los artesanos gozaban también de alta consideración pues parte de sus productos eran destinados a los dioses y debían por consiguiente presentar una idoneidad precisa. Sin embargo, artesanos y agricultores, es decir, el «mundo del trabajo», ocupaban los grados inferiores de la estratificación social azteca, pero eran «ciudadanos» de Tenochtitlán. Bajo ellos, los esclavos constituían el escalafón ínfimo, integrado por delincuentes y prisioneros de guerra. Es curioso que algunos esclavos pudieran obtener la prerrogativa de poseer bienes propios. Ello probablemente fue concedido a alguno de aquella condición que poseía especiales cualidades intelectuales, y su descendencia adquiría la condición de «hombre libre».

Entre los hombres libres de las capas medias, la condición de esclavitud se adquiría a través de las deudas.

Cita especial se merece el matrimonio. Hasta el momento de tan sagrada consagración, las muchachas debían permanecer vírgenes, aunque no los varones, que podían frecuentar a las prostitutas. Éstos podían casarse a los 20 años de edad y ellas cuatro o cinco años antes. El acto del matrimonio era forzosamente precedido por varios días de abstinencia, con el fin de llegar a la ceremonia con la máxima pureza de cuerpo y espíritu. En caso de esterilidad o de alguna desviación no prevista, el matrimonio podía ser disuelto y el adulterio era penado, aunque el arrepentimiento del protagonista era tenido en cuenta, únicamente la primera vez. Una segunda pena podía comportar la lapidación.

Los castigos contra delitos civiles podían ser horribles. Se generalizó la pena de morir cortado a trozos, lentamente, y el corte de los labios era una práctica común. El robo, los delitos sexuales, la borrachera y el asesinato eran objeto de castigo. Solamente los ancianos podían emborracharse tomando grandes cantidades de pulque.

El ritual religioso

La situación del azteca después de la muerte no dependía de la calidad de su existencia en la tierra, sino del modo de morir. Los guerreros muertos en combate obtenían la máxima recompensa en el más allá, así como los sacrificados en el altar para moderar a los dioses. Unos y otros entraban en el imperio del dios del Sol y acompañaban al astro rey en su camino excelso, asumiendo diversas apariencias durante el día; al mediodía, se transformaban en aves y mariposas, revoloteando por la tierra, y por la noche eran estrellas del firmamento, en donde brillaban poderosamente. Buena suerte estaba reservada también para las mujeres muertas durante un parto.

En general, los muertos destinados a la vida superior eran incinerados. En cambio, los muertos por ahogo, por enfermedades de la piel —lepra— y los muertos por una catástrofe natural, pasaban a ser propiedad de Tlaloc, dios de la lluvia, y eran enterrados.

Los muertos vulgares iban destinados a un lugar llamado Mictlan, de donde les era prácticamente imposible escapar. Se trata de una especie de purgatorio.

Hemos ya citado a Tlaloc, dios de la lluvia. Otra deidad era Tezcatlipoca, el «espejo humeante». Era la divinidad del cielo nocturno, y en esta cualidad estaba opuesta al dios diurno o Huitzilopochtli. Ambos protegían, sin embargo, a los guerreros.

El dios más célebre de todos fue Quetzalcoatl, la «serpiente emplumada», dios del planeta Venus, de los seres deformes, de los mellizos, del viento, de la civilización, del saber, de las artes y benefactor del Universo.

Entre las ofrendas a los dioses estaban la abstinencia, el incienso, la confesión de los pecados y también los sacrificios humanos. Estos últimos tenían su fundamento en la trágica creencia en la virtud mágica de la sangre. La producción de sangre iba desde la autolaceración o el autotormento mediante amputaciones y clavado de agujas, hasta la inmolación en el altar.

Frente a las pirámides existía una plataforma-altar especial para los sacrificios. La víctima era tendida de espaldas y el sacerdote le abría el pecho a partir de la última costilla, extirpándole el corazón aún caliente y palpitante. También podía matarse a la víctima mediante flechas, mientras permanecía colgada. En la gran fiesta de los muertos, los reos de sacrificio eran abrasados junto a una hoguera y, todavía vivos, les era extirpado el corazón.

Un ritual curioso eran las danzas de carácter fálico, destinadas a asegurar la fecundidad. Igualmente se representaban danzas y episodios teatrales para curar enfermedades, en las que participaban serpientes.

El arte

Los artesanos aztecas se instruyeron a través del contacto con otros pueblos de México, obteniendo gran experiencia y habilidad. Quedan en pie escasos edificios construidos por los aztecas, pues la destrucción de los mismos por los conquistadores determinó su desaparición. Una pirámide, la de Tenayuca, es un monumento singular, réplica de las que debieron existir en Tenochtitlán.

Es célebre el templo de Malinalco, cuya parte inferior presenta forma piramidal escalonada.

La producción escultórica, comparada con la de los mayas es tosca, pero combinaban la producción religiosa con la profana. Practicaron también el arte del mosaico, hecho de fragmentos de turquesas, conchas, obsidianas, jade y otras piedras semipreciosas.

Las crónicas españolas afirman que la orfebrería estaba muy desarrollada, pero tampoco han llegado hasta nosotros productos suficientes para poder confirmar tal aserto, aunque lo cierto es que entre los tesoros aztecas mandados a España se hallaban piedras de notable calidad.

La cultura zapoteca

El nombre original de Monte Albán, en el actual Estado de Oaxaca, nos es tan desconocido como el de la mayor parte de las ciudades de los mayas. En este lugar existen ruinas de edificios sagrados que lo han convertido en un centro casi tan famoso como Teotihuacán, especialmente después del hallazgo (1932) de una sepultura regia que contenía un gran tesoro, y que está fechada durante el quinto y último período de Monte Albán, fase en la que los zapotecas fueron sometidos por los mixtecas.

En 1931, el arqueólogo mexicano Alfonso Caso inició las excavaciones en el sagrado monte. En el curso de las mismas pudo constatar cinco capas principales, que correspondían a otras tantas épocas sucesivas. Gracias a aquellos trabajos, ha sido posible reconstruir la historia de las ruinas de Monte Albán, que comenzó antes del nacimiento de Cristo y terminó con la llegada de los españoles a México, es decir, con una existencia de dos mil años.

No ha sido posible hasta hoy establecer una relación precisa entre los dos niveles más antiguos de Monte Albán y los zapotecas históricos. Sin embargo, la cerámica del nivel dos presenta ya algunos rasgos zapotecas. De todos modos, éstos corresponden a fases preparatorias de la civili-



zación zapoteca clásica, la de los períodos tercero y cuarto de Monte Albán, los cuales coinciden con la época de expansión de Teotihuacán.

En la primera fase destacan elementos olmecas y jeroglíficos muy desarrollados, escritura cuyos signos se descubrieron sobre los relieves pétreos de Monte Albán, y probablemente es la más antigua de América.

Hay un edificio, cuyas sepulturas incluían utensilios propios del estilo del primer período, levantado sobre el templo de «los danzantes». En la cerámica de ese período allí encontrada existen ya objetos de formas muy evolucionadas, tales como vasos de tres y cuatro pies, vasijas provistas de agujeros para beber, etc. Se trata de una cerámica que data aproximadamente del mismo período que las de civilizaciones arcaicas del valle de México.

Tanto en el territorio zapoteca como en el maya parece ser que dominó la costumbre de construir estelas pétreas aisladas, y en estos monumentos se grabaron no sólo datos astronómicos y cronológicos, sino también sucesos históricos y nombres de personajes.

Máscara de turquesa perteneciente a la civilización azteca, de México, que representa probablemente a Quetzalcoatl, divinidad de la mitología nahua (su nombre significa «serpiente de plumas» en lengua náhuatl), que era enemigo de la guerra y enseñó a los toltecas la escritura, la pintura y el arte de trabajar los metales.

Mas, ¿quiénes eran los zapotecas? Es decir, ¿el pueblo cuya civilización es patente, y que coincide con los períodos tercero y cuarto de Monte Albán? Como en la época de la conquista, los indios de lengua zapoteca pueblan actualmente la mayor parte de la zona sur del Estado de Oaxaca, en el que se hablan infinidad de lenguas indígenas, de las que probablemente la más extendida sea la zapoteca. Sin embargo, no sabemos de donde provenían; únicamente algunos de sus vasos permiten suponer que eran oriundos de las regiones más meridionales de Mesoamérica.

En el período cuarto de Monte Albán se manifiestan los primeros signos de decadencia; el estilo de las obras de arte zapotecas se hace convencional. Los personajes representados son de barro ennegrecido, mal cocido, y la mayoría de los ejemplares han sido elaborados con molde y no a mano. La emoción artística que se experimenta con la contemplación de los objetos más antiguos no se produce ante la producción perteneciente al cuarto período. Parece que el Estado zapoteca, que probablemente había servido de unión entre los mayas y las civilizaciones del altiplano del centro de México, se convirtió entonces en dependiente, y es probable que, a finales de aquel período, los zapotecas fueran expulsados por los mixtecas, quienes ya comenzaban a desempeñar un papel importante en la historia de la civilización mexicana.

Durante el cuarto período, y quizá a causa de la influencia de los toltecas, comenzó a prosperar otro centro religioso, el de Mitla, el llamado «Lugar de los Muertos», una de las cortes antiguas mejor conservadas de México y que, lo mismo que Monte Albán, fue ocupada por los mixtecas.



El único texto disponible acerca de la historia zapoteca proviene del siglo XVII, y fue elaborado por el padre Francisco de Burgoa, pero su fiabilidad es muy dudosa respecto a algunos temas. A pesar de todo tenía probablemente razón al relatar que los zapotecas realizaron la conquista de Tehuantepec durante el siglo XVI, y que, a partir de finales de ese siglo, sus reyes residieron en Zaachila, emplazada en las proximidades de la actual ciudad del mismo nombre. Pero fue durante el reinado de Moctezuma el Viejo cuando los aztecas penetraron en la zona fronteriza de este territorio e instalaron una guarnición en Oaxaca. Su sucesor realizó varias campañas contra los zapotecas, de las que hablan diversas crónicas de los primeros tiempos de la colonización española: los zapotecas se aliaron, a veces, con sus enemigos seculares, los mixtecas, para poder presentar mayor resistencia al poder de Tenochtitlán.

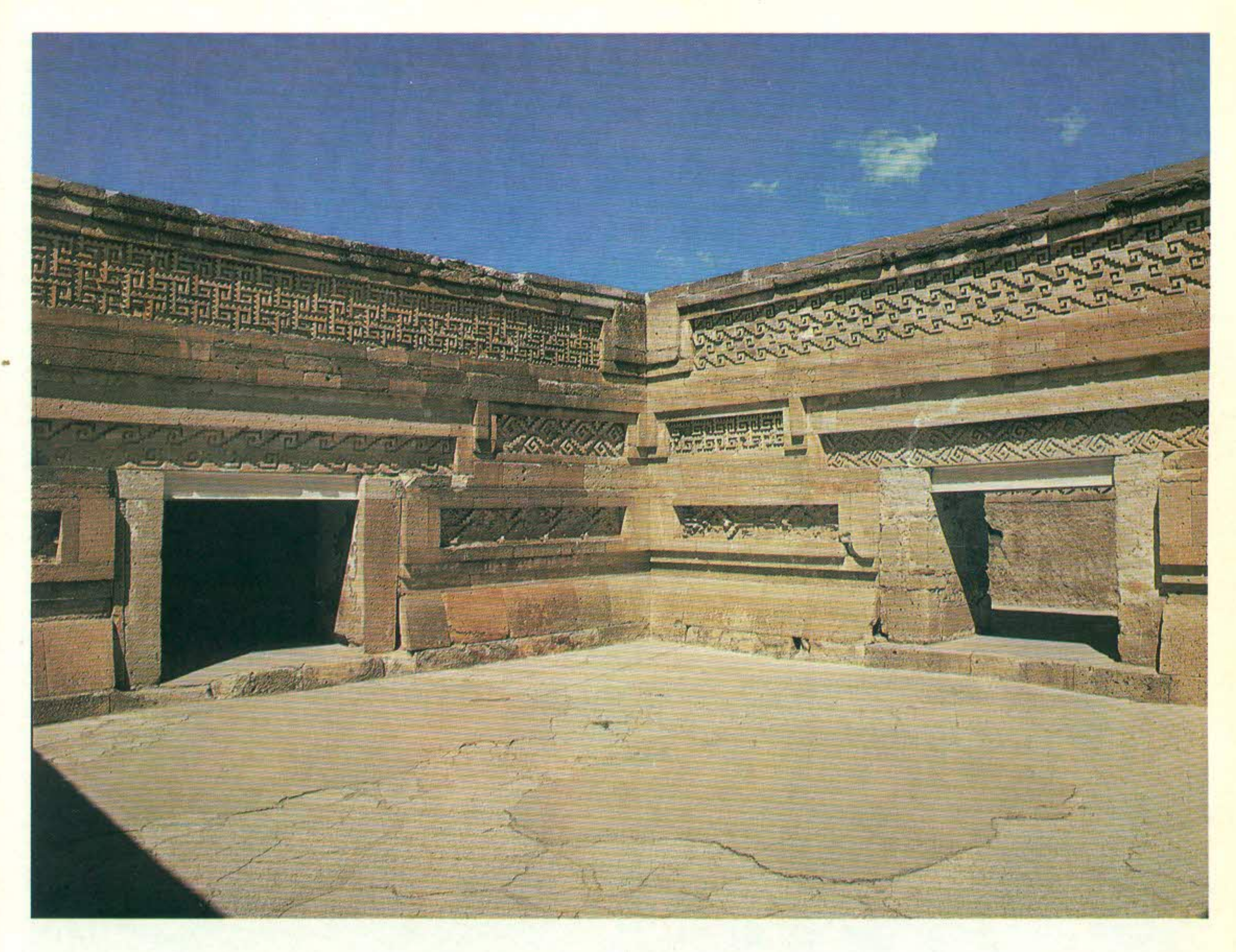
Cozijoeza y su hijo Cozijopi, últimos soberanos zapotecas, protagonizaron la fase final del Estado zapoteca, pero supieron actuar diplomáticamente. El rey azteca Ahuitzotl, considerando que la resistencia de los zapotecas ponía en peligro las rutas comerciales entre Tenochtitlán y los territorios del sur, trató de pactar con Cozijoeza, lo que permitió a los zapotecas conservar cierta independencia.

Durante años los zapotecas resistieron la presión de los españoles, atraídos a su territorio por la abundancia de oro. Al principio, los zapotecas les acogieron pacíficamente, pues les consideraban liberadores de la hegemonía azteca. Cozijopi, tercer hijo de Cozijoeza, fue bautizado como «Don Carlos» y murió en 1529, en Zaachila. Ejerció el cargo de gobernador en Tehuantepec, pero cuando vio limitado su poder recuperó la religión de sus antepasados. Al enterarse los españoles de que adoraba secretamente ídolos le confiscaron todos sus bienes y le desposeyeron de sus cargos.

La cultura mixteca

Si de los zapotecas se conocen escasos datos acerca de su historia, en cambio sí hay mejor conocimiento de sus vecinos los mixtecas, debido a la existencia de manuscritos pictográficos y de documentación poscolombina. En los últimos años se ha comprobado que parte de los manuscritos pictográficos mexicanos que se conservan en las bibliotecas de Oxford, Londres y Viena son obras de la cultura mixteca.

Un detalle que los mixtecas comparten con los otros pueblos mesoamericanos, es que sus dinastías se identificaron en sus orígenes con Quetzalcoatl, el héroe divino civilizador de la época tolteca.



Arriba, vista parcial del edificio de las Columnas, en Mitla (Oaxaca), ciudad sagrada de los mixtecas.

Página anterior, pectoral de oro con la efigie del dios Xochipilli, procedente de una de las tumbas de Monte Albán (Oaxaca). Los mixtecas sobresalieron en orfebrería.

Las crónicas mixtecas describen, entre otras cosas, los matrimonios entre hermanos y hermanas, las luchas dinásticas y las conquistas, así como las reformas del calendario realizadas bajo el reinado de diversos soberanos.

En su época histórica los principales lugares de residencia de este pueblo se encontraban cerca de Monte Albán, de donde expulsaron a sus primeros ocupantes, convirtiendo el territorio en lugar de enterramiento de sus sacerdotes, manteniendo con los zapotecas relaciones indistintamente bélicas y pacíficas. Cuando los españoles desembarcaron en México había también mixtecas en la zona litoral del actual Estado de Veracruz y algunos autores opinan que fue allí donde residía la mayor parte del pueblo mixteca. Otros estudios demuestran la existencia de comunidades mixtecas en otras regiones mexicanas, lo cual ha inducido a algunos estudiosos a definir como «horizontes Mixteca-Puebla» al conjunto de la fase civilizadora que caracterizó a todo México entre 900 y 1521. La etapa se inicia con el gran período de Tula, comprende el período de la dominación azteca y finaliza con la conquista española.

Otros autores, a raíz de las investigaciones realizadas en Monte Albán, citan una civilización zapoteca-mixteca, la cual caracterizó el último período de aquella región.

En sepulturas mixtecas se han hallado no sólo joyas y piezas auríferas y de plata trabajadas artísticamente, sino también objetos de cobre, de jade, turquesas, coral, perlas, así como mosaicos de turquesa fijados sobre madera con resina de incienso, que el tiempo ha destruido. También se poseen espátulas esculpidas, probablemente talladas en hueso de jaguar y con glifos de fechas y nombres que podrían haber sido copiados de los manuscritos pictográficos.

Otros testimonios de la ocupación de Monte Albán por los mixtecas —que debió de tener lugar en el transcurso del siglo XVI— aparecen fuera del conjunto de ruinas de la montaña sagrada, sobre todo en las colinas próximas. Con sus colores pulidos y brillantes, la cerámica de los mixtecas es fácil de distinguir de la zapoteca,



que casi siempre es monocroma. Bien conocidas son las copas mixtecas decoradas con jeroglíficos y apoyadas en un trípode alto y delgado, cuyas ramas representan serpientes, o bien sus vasos en forma de tazón, con frecuencia provistos también de tres pies, y decorados con dibujos que simbolizan a los dioses, o bien con adornos geométricos. La refinada decoración y el brillante colorido hacen de la cerámica mixteca una de las más bellas de México.

Mitla, en donde los palacios bien conservados han sido atribuidos a arquitectos toltecas o mixtecas, se encuentra a unos 50 kilómetros al este de Oaxaca. En Mitla pueden observarse, a ambos lados de un pequeño riachuelo, varios grupos de edificios separados por grandes espacios; la construcción de cada uno de estos grupos está distribuida en torno a una plaza casi cuadrada. A cierta distancia de ellos y sobre una colina de laderas abruptas, se levanta una fortaleza. Sus paredes, construidas con piedras sin tallar muy gruesas y

con una altura de 8 metros, rodean la cumbre. En México fue a finales del siglo XI cuando comenzaron a construirse fortificaciones de este tipo, es decir, en una época en que comenzaban a producirse guerras y conflictos sociales. Es muy posible que los mixtecas no decidieran apoderarse de los territorios de los zapotecas, sino que les indujo a ello la presión de las potencias del altiplano central. En la época azteca, el soberano mixteca Ozahuinda luchó tanto contra los zapotecas como contra los tenochcas. Los mixtecas se aliaban o combatían contra sus vecinos, los zapotecas, según las necesidades del momento. Tras la conquista de Tenochtitlán, los españoles eliminaron los conflictos que desde hacía tiempo involucraban a los indígenas.

Los restos religiosos que se han conservado demuestran que los mixtecas adoraban a los mismos dioses que los aztecas y que éstos los habían heredado de sus predecesores los toltecas. Por tanto, todo parece indicar que estos últimos también habrían influenciado de algún modo a los mixtecas. Zapotecas y mixtecas tenían santuarios subterráneos, y entre los segundos parece ser que una esmeralda era objeto de culto en los santuarios de esa clase. Los oráculos eran consultados en varios lugares del país mixteca, pero Achiotlán era la residencia del sumo sacerdote.

Rodeados por tribus menores que la suya, que no hablaban su misma lengua, y de las que no ha perdurado apenas más que sus nombres, zapotecas y mixtecas, como pueblos protagonistas de una civilización altamente desarrollada, e intermediarios entre los mayas y los nahuas, contribuyeron notablemente a la expansión del arte y de la ciencia.

La cultura totoneca

Hernán Cortés tuvo como primeros aliados a los indios totonecas. Un corpulento mandatario de la época de la conquista, que desde su residencia de Cempoala (la mayor ciudad totoneca) gobernaba un conjunto de pequeñas urbes, ha sido presentado con el nombre de «Cacique Gordo». Este soberano acogió a los españoles como liberadores y ante ellos se lamentó de los actos arbitrarios, militares y económicos, cometidos por los aztecas. Obsequió a Cortés con notables riquezas, principalmente joyas de oro y finos tejidos de algodón, pero también, y esto es lo más importante, puso a su disposición varios centenares de porteadores, los encargados de transportar los pesados equipajes de los españoles. Más tarde, millares de guerreros totonecas acompañaron al ejército de Cortés en la ascensión hacia las altiplanicies centrales de México.

La primera gran ciudad india que vieron los españoles fue Cempoala. Allí habían pirámides parecidas a las que los conquistadores observaron luego en el altiplano. Las clases pudientes de la ciudad habitaban en grandes casas compuestas de varios cuerpos de construcciones y provistas de grandes patios interiores en los que manaban fuentes. Sus numerosos esclavos y criados vivían aparte. Cortés afirmó que la provincia que dependía de Cempoala contaba con cincuenta ciudades y fortalezas, y que en ellas se encontraban unos cincuenta mil hombres capaces de empuñar las armas. Sin embargo, una serie de hechos inducen a pensar que los totonecas no fueron buenos guerreros. Su país había sido con demasiada frecuencia una zona de paso. Numerosos totonecas hablaban el azteca y solían ser buenos músicos y bailarines. Sus mujeres tejían finos vestidos de algodón muy apreciados por los aztecas. Los totonecas eran vasallos de los aztecas desde poco antes de la llegada de los españoles, pero durante siglos habían mantenido pacíficas relaciones comerciales con las gentes de Tlaxcala, enemigos mortales de los aztecas y futuros aliados de los españoles.

La primera conquista azteca sobre territorios de la zona norte totoneca tuvo lugar durante el reinado de Moctezuma I (1440-1449). En 1454, un año de hambrunas, varios jefes de familia aztecas marcharon a la costa atlántica para vender allí a sus hijos, para evitar morirse de hambre, y otros emigraron al país totoneca, pues temían que en su patria se reprodujeran nuevas crisis económicas.

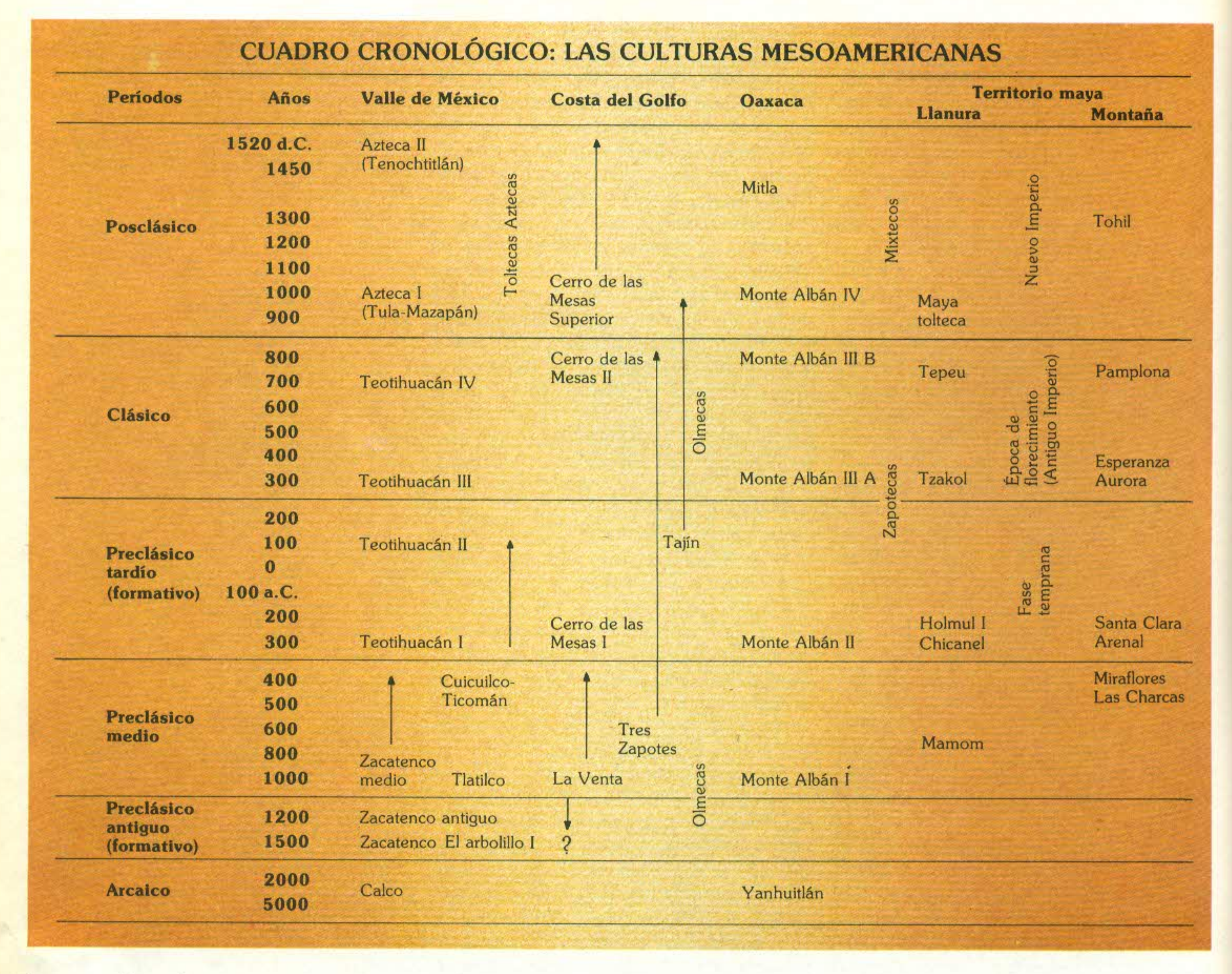
El caso es que, durante los últimos años del reinado de Moctezuma I, los aztecas realizaron varias incursiones en territorio totoneca, que acabaron con la sumisión de varias localidades en las que fueron instalados sus gobernadores. Sin embargo, los príncipes totonecas conservaron una cierta independencia.

La historia de los totonecas, en el siglo que precedió a la conquista, ha sido parcialmente reconstruída, por una parte, a través de los datos aportados por los descubrimientos arqueológicos, y por otra por las crónicas del español Torquemada.

Cempoala, estaba situada al sur del territorio totoneca. Hoy existen aún indios de lengua totoneca en la zona norte del Estado de Veracruz, pero ya poco antes de la llegada de los españoles aquellos territorios no eran una zona étnica y lingüísticamente homogénea, sino que en él existían numerosos enclaves poblados por gentes de lengua azteca.

Como se ha dicho, las relaciones comerciales entre totonecas y tlaxcaltecas

Página anterior, la pirámide de los Nichos, en Tajín (Veracruz). Mide 35 metros de base y 25 de altura y está compuesta por siete bloques superpuestos, formados por nichos. Hay exactamente 364, sin contar los de la escalinata, por lo que se ha supuesto que la pirámide cumplía la función de calendario.



CUADRO CRONOLÓGICO: LAS CULTURAS MESOAMERICANAS

Períodos	Años	Valle de México	Costa del Golfo	Oaxaca	Territorio maya: Llanura	Territorio maya: Montaña
Posclásico	1520 d.C.	Azteca II				
	1450	(Tenochtitlán)		Mitla		
	1300	Toltecas Aztecas		Mixtecos	Nuevo Imperio	Tohil
	1200					
	1100					
	1000	Azteca I	Cerro de las Mesas	Monte Albán IV	Maya	
	900	(Tula-Mazapán)	Superior		tolteca	
Clásico	800		Cerro de las Mesas II	Monte Albán III B	Tepeu	Pamplona
	700	Teotihuacán IV				
	600		Olmecas		Época de florecimiento (Antiguo Imperio)	
	500					
	400					Esperanza
	300	Teotihuacán III		Monte Albán III A	Tzakol	Aurora
Preclásico tardío (formativo)	200			Zapotecas		
	100	Teotihuacán II	Tajín			
	0				Fase temprana	
	100 a.C.					
	200					
	300	Teotihuacán I	Cerro de las Mesas I	Monte Albán II	Holmul I Chicanel	Santa Clara Arenal
Preclásico medio	400	Cuicuilco-Ticomán				Miraflores Las Charcas
	500					
	600		Tres Zapotes			
	800				Mamom	
	1000	Zacatenco medio Tlatilco	La Venta	Olmecas / Monte Albán I		
Preclásico antiguo (formativo)	1200	Zacatenco antiguo				
	1500	Zacatenco El arbolillo I	?			
Arcaico	2000	Calco		Yanhuitlán		
	5000					

fueron pacíficas durante trescientos años, hasta que los guerreros y comerciantes aztecas arruinaron el monopolio comercial de los segundos. La «mexicanización» de la región costera se efectuó fácilmente, pues los aztecas contaron con elementos muy favorables, como una lengua común y unas costumbres y creencias religiosas similares.

Sin embargo, la influencia azteca sobre el pueblo totoneca no perduró el tiempo suficiente como para impregnarlo, aunque tampoco sean mucho más visibles las huellas de la influencia cultural nahua, muchísimo más antigua, ejercida en territorio totoneca.

La lengua totoneca ha sido considerada como una lengua aislada, es decir, que no estuvo emparentada con otras del área mesoamericana; sin embargo, recientes investigaciones demuestran que posiblemente era una rama de la familia lingüística macro-maya.

Cempoala, capital meridional de los totonecas, era una urbe muy floreciente, pero su población fue diezmada por las epidemias introducidas en México por los españoles, y finalmente abandonada por sus habitantes hacia el año 1600. Su «redescubrimiento» arqueológico en el siglo XIX permitió reconstruir su antigua estructura, en la que destaca la planificación de su red de calles, a lo largo de las cuales se encontraban las viviendas de las clases pudientes. En el interior del perímetro urbano, y diseminadas entre los campos roturados, se levantaban terrazas y pirámides. Destaca especialmente el barrio de los templos, situado en el centro de la ciudad, en donde se levantaba la pirámide principal rodeada de otras construcciones así mismo piramidales. Son también interesantes los templos circulares que, por otra parte, resultan muy típicos de la arquitectura totoneca.

La influencia tolteca en el país totoneca ha sido demostrada por varios elementos, pero quizá el más importante sea el diario de excavaciones redactado en el lugar del descubrimiento.

Las recientes investigaciones arqueológicas han revelado la existencia de un gran edificio piramidal totoneca provisto de 364 nichos, que formaba parte de un conjunto urbano de templos, palacios, canchas de juego de pelota, terrazas y patios rodeados de muros. Aparte de esa magnífica pirámide, destaca también un edificio con columnas y anexos que cubrían una superficie de 33.000 m². Esa ciudad, llamada Tajín, puede ser comparada a las ciudades sagradas de los mayas, si no por su estilo arquitectónico, sí por su planificación general. Al lado de los edificios religiosos se encuentran las viviendas sacerdotales y las casas en donde, probablemente, vivían las altas jerarquías sociales, a quienes abastecían los campesinos que cultivaban maíz en las cercanías, los cuales vivían en cabañas, lo mismo que los indios que actualmente pueblan la región. Hasta el presente, no se han descubierto en Tajín ni talleres, ni sepulturas, ni objetos comerciales.

Los personajes representados en los relieves de Tajín son hombres de talla media, con la cabeza deformada voluntariamente, y de nariz voluminosa, en algunos

de tipo negroide; los esclavos aparecen con rostros diferenciados de los de sus amos. Algunos de los personajes aparecen junto a jeroglíficos de nombres que designan días del calendario. Lo mismo que entre los mayas, los olmecas y los zapotecas, las cifras numéricas de los totonecas se componen de rayas y puntos.

Esta ciudad religiosa pudo haber sido un centro aislado. Todavía no se sabe cuándo fue abandonada, ni porqué causa fue a caer en el olvido, pero al igual que en otros lugares, existen huellas de un posible incendio. Otras hipótesis apuntan hacia causas de tipo climático, o bien de tipo social, que hubieran derivado en grandes trastornos y en sangrientas guerras.

Los Tarascos

En tiempos de la conquista española un pueblo más moderno que los totonecas habitaba al noroeste de México, en el actual Estado de Michoacán, al margen de los territorios en los que los aztecas ejercían su dominio. Eran los tarascos, una tribu guerrera cuyo idioma no tenía vinculación con las demás lenguas de Mesoamérica. Su poderío se afirmó en la misma época en la que los soberanos de Tenochtitlán habían alcanzado la suya, después de un proceso semejante al producido en el altiplano central. Durante el siglo XV, una ciudad-Estado de las orillas del lago Pátzcuaro se hizo hegemónica en la región: Tzíntzuntzan, la «Ciudad de los Colibríes», la residencia de los últimos reyes tarascos.

Los tarascos fueron vencidos por las tropas españolas en 1522. Al igual que los aztecas, ellos habían tratado de imponer su dominio sobre los pueblos que les tenían que pagar tributo. Durante el siglo XV, o quizá un poco antes, llegaron a controlar las zonas que corresponden a los actuales Estados de Jalisco, Colima y Guerrero. La frontera sudeste de su zona de influencia bordeaba la región sobre la que ejercía su poder la triple alianza del altiplano, que mantuvo con los tarascos varios conflictos bélicos, hasta que Tangaxoán, el último de los soberanos tarascos, presentó vasallaje a Cortés. La violenta política practicada por Nuño de Guzmán, y las numerosas epidemias fueron causas principales del despoblamiento del país. Actualmente sólo queda una quinta parte de lo que había sido la población de los tarascos antes de la llegada de los españoles a México.

Aunque se han hecho diversas especulaciones sobre el origen de los tarascos, lo más probable es que fueran nómadas que se instalaron en el territorio de una antigua población sedentaria de pescadores y agricultores. Se carece también de información respecto a su historia, de la que sólo se conoce una lista de 16 soberanos más o menos míticos, y algunos datos sobre las luchas que tuvieron lugar entre varias ciudades-Estado de la región. En algunos manuscritos pictográficos poscolombinos se consignan las tradiciones orales de los tarascos, pero éstos no han dejado documentación escrita.

Etnográficamente el territorio tarasco formaba parte de una vasta provincia que se extendía desde Michoacán, por el norte, hasta Nayarit, comprendiendo el pequeño Estado de Colima, así como las regiones próximas de Jalisco. Los objetos hallados en este territorio proceden en su mayor parte de sepulturas, y permiten comprobar que esta antigua civilización difería bastante de las otras culturas mexicanas. La cerámica de esa época refleja un mundo más análogo al del área andina que al del resto de México.

Durante mucho tiempo se ha creído que el área cultural occidental de México fue habitada por los tarascos, a pesar de que éstos ocuparon solamente un sector muy limitado. Las excavaciones realizadas hasta el presente, permiten distinguir tres capas arqueológicas: las dos primeras corresponden únicamente a la civilización tarasca y sólo la capa superior contiene objetos de metal, signo de que los tarascos poseían una técnica metalúrgica muy desarrollada, aunque no se sabe todavía cuáles fueron los primeros estadios de su evolución.

Entre los productos de la cerámica tarasca hay vasos con asas en forma de cinta y vasos con asas en estribo, que inducen a pensar en las cerámicas peruanas: cerámicas negras y pulidas, vasos decorados con motivos geométricos, copas apoyadas sobre cuatro pies y pipas para tabaco de arcilla.

Arquitectónicamente sobresalen los edificios sagrados llamados *yácatas*, pirámides construidas con piedras sin tallar, de base cuadrada o redonda.

Se cree que desde tiempo remoto debieron de existir relaciones entre los países andinos y la provincia occidental de México, pero no se ha podido determinar con precisión el grado de convergencia. Los tarascos serían parte de las culturas de transición, pero el futuro habrá de confirmar esta hipótesis.

Finalmente, cabe consignar que en sus grabados aparecen pequeñas obras de arte que representan personajes sentados en literas o provistos de parasoles y otros objetos considerados como distintivos de nobleza, lo que hace suponer que la sociedad tarasca estaba profundamente jerarquizada.

Índice



